Las chicas de composición

EDICION

3ª

NOVELA

J. BELDA

HISPANIA

BIBLIOTECA REGIONAL
1545958

MU-007781
15€

LAS CHICAS DE TERPSÍCORE

DNJ
12907
t:t. 401792

OBRAS DEL AUTOR

La suegra de Tarquino (7.ª edición).
¿Quién disparó? (3.ª edición).
Memorias de un suicida (3.ª edición).
¡Saldo de almas! (4.ª edición).
La farándula (6.ª edición).
La piara (2.ª edición).
Alcibiades-Club (3.ª edición).
El pícaro oficio (2.ª edición).
La Coquito (8.ª edición).
Una mancha de sangre (3.ª edición).
Aquellos polvos... (3.ª edición).
Más chulo que un ocho (4.ª edición).
Las noches del Botánico (3.ª edición).
La pregunta de Pilatos (2.ª edición).
Memorias de un «sommier» (4.ª edición).
Las chicas de Terpsícore (3.ª edición).
Un pollito «bien» (2.ª edición).
Traviatismo agudo (2.ª edición).
La Diosa Razón (2.ª edición).
La bajada de la cuesta (3.ª edición).
El Compadrito.
Tobilleras.
Función de gala.
Los nietos de San Ignacio (2.ª edición).
Los Corrigendos.

EN COLABORACIÓN:

Con Luis Antón del Olmet: *¡Usted es Ortiz!*

TRADUCCIONES:

El burdel de Filiberto (*La maison Philibert*), de Jean Lorrain.

15€

JOAQUÍN BELDA

LAS CHICAS DE TERPSÍCORE

NOVELA

(TERCERA EDICIÓN)

BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4 MADRID

Es propiedad del autor.
Copyright by Joaquín Belda,
1922.

Suc, de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20.—Madrid.

BIBLIOTECA DE CULTURA
SECCIÓN DE CHILE

PRIMERA PARTE

R441200

CONSEJERIA DE CULTURA, JUVENTUD Y DEPORTES
BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

Tito Scornetti empujó violentamente la mampara de cristales y penetró en el vestíbulo de Contaduría; cruzó rápido, para evitar que le vieran los empleados desde su observatorio de las taquillas, y ganó la puerta que daba paso a una de las galerías de butacas.

Felizmente, la otra puerta, la de madera, cerrada muchas veces a estas horas, estaba abierta en una de sus hojas. Pasó por ella, y se encontró en pleno reino de las tinieblas; una bofetada de aire húmedo le dió en el rostro, e instintivamente subióse aún más el cuello del gabán. La calefacción, encendida hacía media hora escasa, aún no caldeaba los pasillos, frescos como neveras, con el frío de la obra reciente. Había que andar con tiento, porque los pies resbalaban en la cenefa de mármol pulido del pavimento.

Para no tropezar en la pared tuvo que encender una cerilla: guiándose por su resplandor anémico, llegó a la mampara de terciopelo rojo que se abría sobre el *foyer*. Antes de ella, la otra mampara de cristales, abierta y pegada al muro, le allanó parte de los obstáculos del camino.

Por el montante de una de las puertas que daban al vestíbulo de coches de la plaza de Oriente, entraba de la calle un rayo de luz, pero tan ané-

mico, que el que hubiera intentado guiar por éi sus pasos habría ido a darle un beso al busto de Gayarre, que presidía el amplio *foyer* como una divinidad lírica.

La cerilla se le apagaba en la mano, y empezó a llamar, en voz baja, en medio de aquellas tinieblas:

—Emma... Emma...

Habían elegido aquel sitio porque a aquella hora, las dos de la tarde, era lo mismo que citarse en la sala del teatro de una isla desierta durante la representación de una obra de tesis. Dios y ellos únicamente se enterarían. Y hoy todo les era favorable, pues ni siquiera habían aparecido por allí los criados del *buffet*, que a lo mejor venían por la tarde a limpiar y traer provisiones.

—Emma... Emma...

Su voz, ahora más fuerte, se perdía en los ámbitos del gran salón. ¿Habría sido capaz de no venir? Avanzó, tanteando con las manos para no tropezar con un diván o con una de las enormes pilastras del recinto. Debía estar ya en el centro de la estancia, y al pie de la escalera que subía a la sala, porque allá a lo lejos, a través de la puerta de cristales, se veía el escenario como en un fanal iluminado, y en él, rodeado del coro, al tenor Palella ensayando los berridos del primer acto del *Sansón:* hoy le había dado la vena de ensayar a toda voz, y en este momento atacaba la frase final de la salida:

"D'il gran Dio d'Israel."

Era como un trueno, como un cañonazo, que

llegaba hasta los oídos de Scornetti, agujereándole el tímpano en medio de aquel silencio. El, a pesar de su fama, nunca daría una nota así; bien es verdad que tampoco se creía capaz de levantar a pulso un baúl lleno de ropa, como hacía Palella los días que estaba en voz.

Pero... ¿y Emma?... ¿Le habría tomado el pelo esta mocosa?

La noche antes, en el primer entreacto del *Rigoletto*, ella, vestida aún de caballero bailarín, se lo había prometido muy formal:

—A las dos en punto estaré: ya sabes, sentada en uno de los divanes de junto al teléfono.

Fué hacia allá, chillando ahora casi tanto como Palella en el escenario.

—¡Emma!... ¡Emma!... Vamos, mujer, si estás ahí, contesta ya y déjate de bromas.

Porque debía ser eso: una broma que la muchacha quería gastar, divirtiéndose con su berrenchín... Pero, para broma, ya era muy pesada. Tropezó con uno de los asientos, y dejóse caer en él a esperar; podría ser que a la bailarina se la hubiera hecho tarde, y llegase con retraso. Si era eso, indudablemente dentro de poco la vería entrar, azorada, jadeante, buscando a tientas, como él, el sitio del encuentro.

Y, en efecto, a los pocos segundos, por la misma puerta por donde él había entrado poco antes, como un malhechor que huye de caer en un cepo, penetraba alguien de prisa. ¡Ella! Se lo decía el corazón... Sin embargo, los pasos no parecían los suyos: no era aquel su andar a saltitos breves y

picados, como de persona acostumbrada a emplear los pies para volar en los batimanes y monerías de la escena; el que fuese pisaba recio y firme, y, además, en la seguridad con que cruzaba la estancia se veía que estaba acostumbrado a caminar por aquel bosque de sombras, y que tenía contados los pasos que había de dar para llegar sin tropiezo a la otra orilla.

Al pasar frente a la escalera le adivinó más que le vió: era uno de los ordenanzas de la Delegación Regia, que cruzó el recinto y fué a subir por la otra escalera que arrancaba del *buffet*. A su paso contuvo la respiración; hubiera sido grotesco que le descubrieran allí, y nunca hubiera podido explicar lo que hacía.

Esperó todavía más de diez minutos, y al cabo de ellos, sin saber qué hacer ni dónde ir, encaminóse al escenario por el pasillo de la izquierda. No quería andar dos veces el mismo camino, y por la escalera de abonados subió a la escena; menos mal que aquí, en aquella estrecha y agobiada, que parecía la escalera de un campanario, lucía una bombilla de luz; antes, en la galería, había tenido que reñir otra batalla con la obscuridad, jugándose las narices a cara o cruz.

Cuando ya estaba arriba, comprendió que había cometido una ligereza. ¿Qué pensarían los que le vieran entrar por aquel lado, por donde, a estas horas, no podía venirse de ningún sitio racional? Felizmente no le vió nadie; el coro se agrupaba en el escenario para el ensayo, y la decoración del primer acto del *Sansón* cerraba casi del todo los

huecos de los bastidores por aquella parte. Los carpinteros y la tramoya hacían corrillo en la rampa del fondo, y sólo al llegar a la escalerilla que daba acceso al pasillo de los camerinos se cruzó con uno de los maestros concertadores:

—*Buona sera, caro Scornetti.*

—*Addio, Muntagnoli.*

Y Muntagnoli desapareció muy de prisa, dejando flotar al aire los faldones de su chaquet, que no se quitaba ni para bañarse.

Ya en el pasillo central había más gente: Liborio, el maquinista; Roberto Zamora, uno de los inspectores del personal de la casa; *Patatine*, Ramírez el sastre... Y todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, le saludaban lo mismo:

—*Caro Scornetti, buona sera.*

—*Addio, caro Scornetti.*

—*Addio, mio caro.*

¡Caro! En realidad, un señor que cobraba cuatro mil pesetas por noche no tenía nada de barato.

En el camerino de la tiple, el primero del pasillo, frente a la subida, estaba Cecilia Gonzalvi; como tenía abierta la puerta y estaba sentada—o mejor, echada—frente a ella, en un sofá, Scornetti la vió y saludó, pero de pasada. Sólo que ella tenía, por lo visto, ganas de conversación, y le llamó:

—¡Oh, Tito, venga acá, mala persona!

Tuvo que pasar. Ella le dió la mano para que se la besase, y con su voz llena, de soprano dramática, empezó a echarle una rociada:

—Qué poco galante es usted conmigo. Anteano-

che le esperé hasta las diez. ¿Dónde demonios comió, que no fué por el Palace? Yo creí que mi buen Tito era una persona formal y seria, pero, por lo visto, las madrileñas me lo han cambiado.

Se hospedaban ambos en el Palace, como casi todas las primeras partes de la compañía, y muchas veces comían juntos en la misma mesa, en la que también les acompañaba el maestro Regulo Sainatti.

Scornetti creyóse en el caso de dar algunas excusas:

—¡Oh, *cara!* Pasé una noche infernal: tuve que meterme en la cama a las ocho. ¿No sabe? Estoy enfermo, muy enfermo...

—¡Pobre! Yo tampoco estoy buena: hoy mismo tengo una cosa más rara por todo el cuerpo... Y luego estos nervios, estos malditos nervios, que no me dejan ni un momento tranquila.

Se quejaban los dos con mimosería, con ese aire lánguido e interesante que los cantantes adoptan siempre cuando hablan de su propia salud. En ellos, no sólo la voz, todo el organismo es de vidrio, y un soplo de aire un poco más violento que de ordinario les resulta más temible que una descarga de fusilería.

Ella, la Gonzalvi, con los nervios siempre de punta, los aplacaba casi a diario a fuerza de éter y de morfina, pasando muy a menudo días enteros en la cama, en un nirvana para ella encantador. A Scornetti lo había conocido tres años antes en Bolonia, cuando ya la fama del tenor empezaba a llenar el mundo, y desde entonces, y siempre que

coincidían en un teatro, le asediaba, le perseguía, sin recibir más premio que una constante repulsa de él, muy cortés y muy zumbona.

En escena coincidían raras veces: el repertorio de los dos apenas si tenía alguna obra común; ella era Aída, la Leonora del *Trovador*, la Valentina de *Hugonotes*, la apasionada Amelia de *Un ballo in maschera*... El era el Des Grieux de *Manon*, el Almaviva de *El Barbero*, el duque de *Rigoletto*—¡oh, esto sobre todo!—, el Rodolfo de *La Bohemia*. Sólo una vez, en Milán, habían cantado juntos la *Tosca;* a ella no le iba la Floria, y se pasó la noche dando aullidos molestos que atrajeron sobre la ciudad, al día siguiente, los estragos de una lluvia con truenos y relámpagos. A pesar de ello, ahora, en esta temporada del Real, de Madrid, no hacía más que conquistar al director artístico, el bueno de don Eduardo Tamarit, para que diese unas *recitas* de la ópera de Puccini con ella y Scornetti. Don Eduardo, que en esto de lidiar con artistas era el amo, contestaba siempre lo mismo:

—Veremos, veremos... Si encuentro el Scarpia que necesito...

Fué aquella noche de Milán la única vez que la Gonzalvi vió satisfecho su capricho: Tito, a la salida, la acompañó a su casa, ella le invitó a subir, y allí en su habitación, a la ligera y sobre un sofá que se quejaba de todos sus muelles, hicieron los dos una nueva reprise del eterno dúo. El apenas se acordaba: ¡fué aquello tan rápido y tan por compromiso!... Ella, en cambio, conservaba el re-

cuerdo de la fecha como la efemérides más interesante de su vida; y siempre que venía a pelo, cogía una mano de Scornetti, ponía los ojos en blanco y decía, a punto de desvanecerse:

—¿Cuándo cantamos otra vez la *Tosca?* ¡Como en Milán!

—Espero que muy pronto—respondía él invariablemente.

Ahora, en esta tarde, cuando él tenía aún el disgusto del mico que le había dado Emma, y cuando le apretaba más fuerte que nunca el apetito de sus carnes frescas de niña, el encuentro con la Gonzalvi y sus coqueterías de siempre le hacían el mismo efecto que le haría una comida pesada, con mucha grasa, a quien contase con despachar un menú muy ligero y poblado de exquisiteces.

Abrevió cuanto pudo la entrevista, despidióse como quien teme perder el tren, y salió pasillo adelante.

A mitad de él vió venir a Tamarit; por decir algo, dijo una mentira:

—¡Oh, señor Tamarit; le buscaba!...

—*Caro* Scornetti, ¿qué quería usted de mi?

—No..., no más hacerle una pregunta.

—¿Quiere usted que pasemos a mi despacho? —y señalaba una estancia abierta al fondo de la crujía, de la que se veía una amplia ventana que daba a la calle de Felipe V.

—¡Oh, no!: si no es más que saber... cuándo irá el *Mefistófele.*

La pregunta era tan necia, que Tamarit se tragó la partida; de algo habían de servirle sus cua-

renta años de rodar por todos los teatros del mundo. Ni el tenor le buscaba a él, ni tenía ningún interés por saber nada del *Mefistófele*. Se puso a tono y contestó:

—Pues no se sabe, porque Grandini Bordalli está malo; pero si tiene usted mucho interés en saberlo, yo se lo diré a la noche.

Y, para no estorbar, se quitó de en medio con un pretexto cualquiera.

Se oía ruido en la redondilla. Scornetti, por curiosidad, más que por esperar allí ningún encuentro favorable, se llegó hasta ella. Y, en efecto, sentada ante uno de los muros, y con una garrota en la mano, estaba Amalia, la simpática y guapetona maestra de baile; delante de ella, ocupando el centro de la estancia, había seis bailarinas, con el traje de calle desde la cintura para arriba, pero con unos toneletes y unas zapatillas de baile que por lo gastadas y sucias más bien parecían alpargatas.

Y entre las seis, más sofocada que ninguna, con los pelos en revolución y sudando, estaba Emma.

El tenor, al verla, sintió una alegría muy grande, y al mismo tiempo una compasión infinita. La maestra se había encarado con ella:

—Hija mía, Emma, ¡cómo estás hoy! No te he visto nunca tan torpe. Cuidado que llevas ya una hora ensayando este paso y cada vez lo haces peor.

Hasta entonces la muchacha no vió a Scornetti, que se había quedado parado junto a la puerta de la redondilla, pero en el pasillo. Le lanzó una mirada con la que le quería decir:

—Ahora te explicarás por qué no he ido.

Pero Amalia recargaba:

—Te advierto que de aquí no sales hasta que no lo hagas como Dios manda... Venga.

Y empezó a tararear un bailable, golpeando con la garrota en el suelo para llevar el compás. Las muchachas alzaron los brazos y empezaron a pegar patadas a la atmósfera.

En el teatro todo el mundo le llamaba así: *Patatine*. Y este nombre eufónico y claro, que parecía el de un específico para el estómago, se lo había puesto el grupo de bailarinas italianas, y había hecho fortuna.

En el café que había enfrente al teatro, en la calle de Carlos III, se reunían todas las tardes a comer, o a hacerse la ilusión de que comían, las diez o doce bailarinas que la Empresa había traído de Italia. Con cuatro pesetas de jornal, y teniendo de esa cantidad que restar para el pago del hospedaje y para mandar algo a Italia a la madre o al *bambino*, claro es que los menús de las chicas hubieran podido escribirse muy holgadamente en la espalda de un sello de cuarto de céntimo, y habría sobrado sello.

Con fervor casi místico se aplicaban a devorar la rica patata, ora la temprana, ora la secular, pues por aquellos días este distinguido tubérculo no había alcanzado el precio de vitrina de joyero con que hoy se envanece. El muchacho no entraba una vez en el establecimiento que no se encontrase a las hijas de Terpsícore liadas con tamaña ración de patatas suflés, que iban trasvasando al estómago a fuerza de pan.

—*Buona sera: ¿si manga di patatine?*—decía siempre a modo de saludo, y en un italiano que habría hecho enrojecer al Dante.

La respuesta era siempre una carcajada que soltaban aquellas bocas llenas, y ya desde los primeros días de la temporada el joven comenzó a ser *Patatine* para sus amigas, y, poco a poco, para todo el mundo en el teatro.

La Regina, una trigueña muy delgada y melancólica, con cara de un hambre atrasada de siglos, era la que, dedicada con más fruición al libre cultivo de la patata, acogía con más agrado aquello de *Patatine;* para ella el mote había sido un verdadero hallazgo, y le parecía que sólo con pronunciarlo se alimentaba. Viéndolas a todas tan delgaduchas, tan anémicas, no se comprendía cómo en la escena podían dar aquellos saltos, entregándose a un trabajo muscular que parecía alimentado por buenos filetes y cumplidas inyecciones de solomillo.

Vivían en una casa de huéspedes de la calle de la Escalinata, y en tres habitaciones se acomodaban las doce que eran, resolviendo el problema de la impenetrabilidad de los cuerpos mucho mejor que el más experto físico. Eran de ver aquellas habitaciones, del tamaño de sombrereras, en las que había dos camas para cuatro personas, un lavabo y tres sillas; las primeras noches, sacando un colchón de cada cama, formaron dos supletorias en el suelo; pero bien pronto se convencieron de que, gracias a lo mal alimentado que se hallaba el colchón, dormir así era como hacerlo

sobre un montón de grava, y decidieron acostarse dos en cada cama, aunque para ello tuvieran que hacerlo de perfil.

Por las mañanas, la persona que hubiera pretendido penetrar en la habitación, habría tenido que taparse el rostro con una de esas caretas que se emplean en el frente contra los gases asfixiantes; en el aire enrarecido flotaba un perfume que se componía de los siguientes olores: sudor femenino, bacalao en adobo, tabaco y polvos de arroz.

Sobre todo, tabaco: aquellas chicas fumaban como cuatro carreteros juntos, y el vicio del cigarrillo se había convertido en ellas en una necesidad, por exigencias de sus nervios, que reclamaban aquel estimulante. El mejor regalo que podía hacérseles era el de un paquete de pitillos, y si eran egipcios, entonces el regalo se convertía para ellas en un don del cielo; y cuando no surgía el buen amigo que se lo regalaba, lo compraban ellas mismas entre todas, disputándose después el reparto como parientes que se disputan una herencia.

El público habitual del café—parejitas de enamorados, señoras pensionistas, alabarderos del vecino cuartel de San Nicolás—miraba los primeros días con extrañeza a aquel grupo de muchachas, encendiendo un cigarrillo con la punta del otro, como si fueran estudiantes, nerviosos por la proximidad del examen; pero al oírlas hablar a gritos en una charla en la que se amasaban todos los dialectos italianos, sonreían y las miraban con indulgencia. Esa sonrisa y aquella mirada querían

decir: "¡Bah! Son extranjeras." Ya se sabe que, para la mayoría de las gentes, extranjero quiere decir un ente al que le son familiares todas las extravagancias.

A *Patatine* lo que le molestaba en grado sumo de aquellas jóvenes era la contumacia de su suciedad: como si vieran en el agua no sé qué gérmenes patógenos, apenas la usaban más que para regar unos tiestecitos que habían puesto en los balcones de sus cuartos. Cuando en el café, para estar más cómodas, se quitaban el sombrero de tres liras, enseñaban unas cabezas de pelos casi siempre lacios, desgreñados y llenos de una caspilla fina, como si sobre ellos hubiera caído una nevada. Una de ellas, la Regina, tuvo un día con *Patatine* una confidencia, que si honraba su sinceridad, dejaba harto malparada su reputación de mujer limpia.

—Chica, ¿qué te pasa hoy, que hueles tan mal? —le preguntó el muchacho, solos los dos en una mesa del café.

—Pues que esta semana no me he mudado de camisa ni de medias.

—¿Por qué?

—Porque he observado que es una cosa que trae *jeta*.

—Mala pata, como decimos aquí.

—Sí, eso; mala pata. La semana que me mudo, salgo luego por ahí, y... no cae ni uno. Cualquiera diría que a los madrileños os gusta la ropa sucia.

—No te diré que no; los hay caprichosos.

Porque la Regina—como la Irma y como la Ro-

sina—era una de las que se habían lanzado: de seis a ocho, sobre todo los días en que no trabajaban, se las veía pasear solas, o formando pareja por la acera del Oriental de la Puerta del Sol, por la de la izquierda de la calle de Alcalá y por las de Peligros y Montera. A todo transeunte que se insinuaba un poco le animaban con la mirada, y si hacía falta, con la sonrisa, y una vez enganchado, subían con él a cualquier apeadero de las calles de la Aduana o de Jardines. Otras noches, a última hora, acudían a Fornos, y allí, posesionadas de una mesa, gracias a un café con media que pedía una de ellas, aguantaban hasta el cierre del establecimiento, invitando con la mirada a los parroquianos.

Y en todo ello, en los paseítos por las calles y en la exhibición del café, no ponían las buenas muchachas nada de vicio, nada de perversidad: era una faceta más de la lucha por el panecillo, que, por lo visto, no quería llegar hasta ellas en cantidad suficiente, con sólo los movimientos y las contorsiones del escenario, y habían de ampliarlo con otras contorsiones y otros movimientos que no podían ejecutarse en público.

Venían a Madrid, como iban a todas partes, sabiéndose de memoria la leyenda que corre por todos los teatros de ópera del mundo, y que habla del viejo abonado que se prendaba de las gracias de la bailarina, se liaba con ella, y acababa por llevarla al altar, asegurándole un cocido vitalicio. La tal leyenda, que ya había pasado a la categoría de argumento de película, no tenía casi nunca realidad. El viejo abonado no se presentaba, y cuando

lo hacía era para ofrecer una cena en Los Burgaleses o en casa de Morán, con vino de Rioja como sibaritismo supremo.

Y en vista de que el redentor no venía, ellas salían a buscarlo por la calle, aunque a sabiendas de que lo único que iban a conseguir era añadir unas diez pesetas a las cuatro que les daban por mover las piernas en escena.

Sin embargo, si el abonado que se volvía loco había pasado ya a la Historia, aún quedaban muchos que, al verlas en escena, las encontraban apetitosas y dignas de consagrarlas unas horas de su vida. *Patatine,* contemplándolas de cerca aquí o en el café o en los ensayos del teatro, en lo que pudiéramos llamar su estado natural, no se explicaba aquella admiración; eran feas y, además, sucias. Pero era lo cierto que él mismo, al verlas por la noche durante la función desde su butaca de fila diez, con los ojos agrandados por el carbón hasta las sienes, con los labios muy rojos y las caras muy blancas por la pasta, con el pelo suelto y brillante, y las piernas bien formadas entre las gasas de los trajes de colorines, las encontraba adorables, apetecibles, dignas de caer sobre ellas con todas las armas en ristre y comérselas a besos y a mordiscos.

Pero acababa el acto, subía al escenario, cruzaba el pasillo de los camerinos y llegaba a la redondilla... y *¡tableau!* El rebaño, reunido allí, exhalaba un olor a chotuno que él había percibido muchas veces en las exposiciones de ganados; el sudor que les caía por el rostro se amasaba con el albayalde y convertía las caras en un plato de arroz con leche del que sólo quedasen las rebaña-

duras; los cabellos olían demasiado a brillantina, y algunos a petróleo...

En la tarde de hoy, que era la misma en que Tito Scornetti habíase citado con Emma en el *foyer,* llevándose tan soberano mico, las muchachas se habían dedicado a murmurar de su compañera.

—Es una estúpida—decía la Regina con su voz de gata—; al acabar el ensayo no ha querido venir con nosotras y ha salido corriendo, casi sin vestir, para que no supiéramos dónde iba.

—Yo me lo figuro.

—¿Sí?

—Pues claro; esa se las trae con Scornetti. ¿No os fijasteis anoche en escena los guiños que se hacían los dos?

—¡Eso quisiera ella!—dijo la Rosina, que, por lo visto, era más escéptica.

Patatine, a quien no interesaba poco ni mucho la conversación, miraba a la calle a través del amplio ventanal del chaflán. De pronto, muy de prisa, por la puerta de la Conserjería, vió salir del teatro a Emma. Casi instintivamente dijo:

—Miradla: ahí la tenéis.

Miraron todas.

—¡Ya veis! ¡La muy hipócrita! Y decía que no nos esperaba porque tenía prisa...

No habían acabado de pronunciar estas frases cuando por la misma puerta del teatro, haciéndose el loco, pero sin perder de vista a la bailarina, salió Scornetti, inspeccionó rápido la calle y echó a andar tras la muchacha, aunque a una prudente distancia.

En la tertulia del café resonó una carcajada.

—¿Qué os decía yo?—dijo triunfadora Irma, con esa alegría que produce en la mujer el haber acertado en una perfidia referente a una amiga.

Como si quisieran darle la razón, la bailarina y el tenor, al llegar a la plaza de Isabel II, torcieron a la izquierda, aunque siempre guardando la distancia.

Por aquel camino se podía ir a muchos sitios: al Senado, al monasterio de la Encarnación o a una casa de entrevistas amorosas que había por aquel entonces en lo alto de la Costanilla de los Angeles.

Lo probable es que fueran a esta última. Así lo pensó *Patatine,* pidiendo perdón a Dios por el mal pensamiento.

Sólo que Tito Scornetti, el tenor celebérrimo, el rival de Caruso y de Anselmi, en el terreno del amor se administraba con una medida y con un tacto que era la desesperación de sus adoradoras.

Sabía, por una experiencia dolorosa de los comienzos de su carrera, que los cantantes estaban más cerca de la afonía cuantas más visitas hacían a ese pasadizo diabólico que la Naturaleza ha puesto en el cuerpo de la mujer, y del que generalmente se sale con más facilidad que se entra.

Le gustaban las mujeres más que el arroz a la milanesa; pero más que de las mujeres era un fervoroso adorador de su arte. ¡Ah, su arte! No podía hablar de él sin poner los ojos en blanco, sin ascender en seguida al éxtasis, como olvidándose de sí mismo, para no pensar más que en los milagros de su voz.

Aficionadísimo al dinero, cantaba, a pesar de ello, por afición; y aunque llevaba camino de hacerse millonario, no desdeñaba un contrato aun de los menos brillantes, con tal de proporcionarse a sí mismo el placer divino de oírse una fermata.

Era hijo de unos modestos artesanos de Verona, y los primeros años de su vida los pasó en el campo, en casa de su abuela, modesta propietaria rural de la Lombardía, que arrancó al chico de los

brazos paternos, con ese cariño egoísta y feroz de las abuelas hacia el nieto único. Los padres de Tito no defendieron mucho a su cachorro, porque, en realidad, la vieja, llevándose al chico, les libraba de una carga, ya que sus flacos bolsillos podían aguantar pocas. En el campo, en aquel vergel todo verdura y humedad, que es la tierra entre Brescia y Cremona, con el límite azulado de las aguas del Chiese por todo horizonte, pasó Tito los doce primeros años de su vida, ayudando a la abuela en el cuidado de su modesto patrimonio—unas tres fanegas de tierra—, que la anciana, en las horas melancólicas del crepúsculo, enseñaba al nieto, con el orgullo con que una vieja emperatriz pudiera enseñar al príncipe heredero el mapa de sus Estados.

—Mira, cuando yo me muera, todo esto, *todo*, será para ti.

El chico sonreía, se echaba al cuello de la abuela, y le decía:

—Cuando tú te mueras... Pero si tú no te vas a morir nunca, abuelita.

A los nueve años, el travieso rapaz ya andaba detrás de las mozuelas del contorno, y no ciertamente para contarlas un cuento. Sentía en las venas como un bullir de la sangre, que no sabía lo que era, pero que le abrillantaba los ojos y le aceleraba la respiración cada vez que una chica, al cargar un haz de leña, se inclinaba al suelo y dejaba ver por detrás las pantorrillas hasta las corvas.

En el campo, cuando estaba solo, o cuando, ya anochecido, volvía a casa llevando del ronzal a la vaca *Pastora*, de regreso de la merienda, como él decía, iba siempre cantando viejas canciones del

país, con una voz limpia y brillante, llena de raras modulaciones aterciopeladas, como un diamante en bruto, en el cual se contienen todas las perfecciones imaginables, en espera del artífice que lo pula.

Al cumplir el chico los catorce años, los padres de Tito se acordaron de que tenían un hijo en el mundo, y plantearon la cuestión muy seriamente a la abuela; el chico se había criado fuerte y lustroso como un ternero, bello como un *bambino* de retablo, con sus cabellos negros muy rizados y muy espesos, sus ojos brillantes y su tez morena...; pero la pobre vieja no había visto en él más que a la bestezuela retozona, y... se había olvidado de enseñarle a leer y escribir.

El chico llevaba camino de no ser más que eso: un animalito hermoso y fuerte, pero sin más porvenir que el de su propia animalidad. ¡Y eso no, por la Virgen! Ya que no tenían más hijo que aquél, los padres querían que aprendiese un oficio que le redimiese un poco de aquella miseria de sus propias vidas. Tal vez, si el chico aprovechaba, pudiese estudiar una carrera. ¿Por qué no? En Milán estaba, iba ya para tres años, el hijo de sus vecinos, los panaderos, con un destino del Gobierno, y camino de hacerse rico; y como uno de los maestros de escuela de Verona, pariente lejano de la madre de Tito, se ofrecía a enseñar al chico las primeras letras, sin cobrar un cuarto, hubiera sido necio no aprovechar la ocasión.

Y se acabó para el muchacho la vida libre de pájaro suelto en la campiña. La abuela lloró, pateó, predijo que aquella separación le costaría la vida, y hablaba a todo el mundo del robo de que la ha-

cían víctima los padres de Tito. Sí, era un robo: ella había criado al chico, ella lo había alimentado durante catorce años, por ella se había hecho hombre, y ahora, como pago a todo eso, se lo robaban. ¡Sí, se lo robaban! Y hablaba del robo como si fuera la vaca *Pastora* o una gallina de las veinte que tenía en el corral lo que, en realidad, le hubieran robado.

Tito, en la escuela de Verona, empezó a atisbar un poco lo que era el mundo. Los primeros meses su situación fué humillante, teniendo que aprender las primeras letras a los catorce años, junto a mocosos que, a lo sumo, tendrían cuatro o cinco. Los muchachos de su edad, muchos de ellos ya con el primero de latín aprobado, le llamaban, en son de burla, *el mœstro,* y él, con la extrema sensibilidad que desde muy chico tuvo para hacerse cargo de las cosas, sufría lo indecible con aquella vejación, que, en el fondo, le parecía razonable, y guardaba cierto rencor a la pobre abuela, que así le había dejado embrutecerse.

Todo ello fué un estímulo para aplicarse más y más, y antes de acabar el primer curso, ya el chico de los modestos artesanos se había pulido mucho: escribía y leía casi correctamente, y sabía de cuentas y de Gramática tanto, por lo menos, como sus coetáneos los del primero de latín. Por graciosa paradoja, el mote de *maestro* se lo aplicaban menos a medida que iba sabiendo más, y llegó un día en que, ya mediado el segundo año, y metido de lleno en Geografía y en Historia, dejó asombrado a su profesor en un certamen que se organizó entre los chicos de la clase.

Era, por lo visto, un prodigio aquel chicuelo que aun no había acabado de tirar del todo la corteza campestre, y ya, en año y medio, había ganado el primer puesto en el colegio. Los padres de Tito, en el fondo de su modestísimo taller de calzado, pasaban las horas muertas discutiendo el porvenir del chico. ¿Qué sería? ¿Cura? ¿Abogado? ¿Boticario...? La madre quería que fuese militar, pues a ella le parecía que su pequeño, con una espada en la mano y a la cabeza de un pelotón de hombres, como ella había visto a Garibaldi en los cromos de la litografía de enfrente, tardaría muy poco en conquistar la gloria, y con ella el dinero.

Tenía ya el mozo diez y seis años, y un día, como el maestro lo llevase, en unión de los demás compañeros de colegio, a casa de un amigo suyo, sacerdote, que estaba encargado por el Municipio de organizar un coro infantil para una fiesta benéfica, el buen padre de almas, al ir probando voces, fijóse en la del hijo de los Scornetti con especial atención. Sorprendióle en ella lo grato de su timbre y la seguridad y firmeza con que la manejaba de modo instintivo; no era una gran voz, uno de esos vozarrones broncíneos de tenor dramático, que parece que se podrían aprovechar como saltos de agua: era una voz varonil, pero pequeña, dotada de una dulzura infinita y con matices aterciopelados de gran sonoridad, sobre todo en el registro medio.

El cura tenía mucho de lírico y filarmónico, aunque no tanto como él creía, y con esa aptitud especial que hay en toda Italia para aprovechar y

descubrir voces, como si fueran tesoros ocultos, quiso sacar partido de la del muchacho; de acuerdo con sus padres, le hacía ir todas las mañanas a su casa, y allí, durante dos horas, le iba enseñando los rudimentos del solfeo y los primeros principios del canto. Todo ello con una de reminiscencias y tranquillos del canto eclesiástico—que el buen hombre tenía metidos en su alma de toda una vida pasada en las húmedas naves de las iglesias—, que al chico, en realidad, le iban convirtiendo en un aventajado tenor de capilla.

Los sueños de la madre de Tito cambiaron con esta revelación: no había que pensar ya en la milicia; el hijo de su alma sería artista de ópera, uno de esos tenores que ella había visto vestidos de colorines y con la espada al cinto en los teatrillos de los barrios populares, cantando aquellas cosas tan bonitas del *Trovador* y de la *Lucía*. El muchacho ganaría dinero, mucho dinero, y ellos, los pobres zapateros de la calle de Sancti Petri, podrían dejar al fin el trabajo y vivir un poco, yendo los domingos a pasear en coche, como hacían ahora los Bounarottis, los carniceros de la Plaza Nueva, cuya hija les había salido tiple ligera, y corría todo el mundo cargada de alhajas y de dinero.

Aquel verano vino a pasar quince días en Verona un célebre maestro de Milán, llamado Castro, con altivo y sonoro nombre español, que casaba mal con su tipo rubio y colorado de italiano del Norte. Su fama era grande en toda Italia, desde que había convertido, a fuerza de gritos y de paciencia, en un gran artista al célebre tenor Cardinali, que antes de caer en sus manos era más bru-

to y más ordinario que un tronco de mulas. Castro, puliendo aquel diamante, que en *Otello* llegó a pisarle el terreno a Tamagno, había hecho su propia fortuna; se hizo el maestro de moda; para verle en su regia casa de Milán había que llevar una buena recomendación, y además esperar turno tres o cuatro días, como si se tratase de un médico famoso. Ser discípulo de Castro era tener tomada una participación, a fecha más o menos próxima, para el reparto de la gloria y de los millones, en que sólo entran los elegidos.

Hacía milagros con las voces humanas: a Tancredini, el celebérrimo Tancredini, lo había convertido en el primer barítono del mundo, después de llevar seis años de tenorino, cantando *Sonámbulas* y *Dinorahs* por todos los teatrillos de la Lombardía; a la Elena Marcoveggi, la pobre soprano que provocaba la subida mecánica de las patatas en todos los pueblos en que cantaba, y a la que ya no querían contratar los empresarios porque decían que la noche que ella salía a escena se abrían grietas en el techo del teatro en virtud de la fuerza aulladora del público, Castro la había transformado—obligándola, eso sí, a cambiarse el nombre—en la célebre soprano dramática Eva Paraguini, compañera de Caruso en sus noches de gloria, y señora que, en el *¡oh, patria mía!* del tercer acto de *Aida,* hacía salirse de madre al río Nilo para bajar hasta el proscenio a besarle los pies.

Pero todo esto no era nada al lado de lo que había hecho con Strümacker, un bajo alemán, que en el Fafner del *Sigfredo* no tenía rival, pero que de pronto se quedó afónico a consecuencia de una

patada en los riñones que le dió un tramoyista, y que, habiendo acudido al maestro Castro para que le resucitara la voz, debutó a los tres meses en el San Carlos, de Nápoles, con el Sparafucile de *Rigoletto,* y qué tal creación haría el tío, que se acabó la obra en el segundo acto, porque el público dejó vacío el teatro creyendo que se había erupcionado el Vesubio.

Castro, al cuarto día de estar en Verona, conoció a Tito: se lo presentó el propio cura, su profesor, después de haber logrado para el maestro una recomendación del propio alcalde de la ciudad. El coloso, ya viejo y malhumorado, acogió al jovenzuelo con la desconfianza resignada del que llevaba probadas en este mundo unas diez mil voces para encontrar hasta un centenar aceptables.

Tito, que sabía a lo que iba, y conocía lo que se jugaba en aquella entrevista, acudió a la fonda en que el maestro se hospedaba, todo tembloroso y afligido; no recordaba haber sufrido una emoción tan intensa más que el día que le vacunaron por primera vez. Castro le hizo cuadrarse delante de él, hacer unas vocalizaciones, lanzar unas escalas... Cada vez que el chico, venciendo su timidez, hacía una de esas cosas, el maestro miraba al cura —que, muy risueño y complacido, se había colocado detrás de su discípulo—, con una mirada que quería decir: "¡Qué bruto eres, presbítero!" Una mirada como la que un inteligente lanzaría al pintorzuelo que, queriendo arreglar un cuadro de Velázquez, lo hubiese manchado todo él de bermellón.

No hubo dictamen. ¿Servía el muchacho? ¿No servía? Castro nada dijo:

—Veremos... veremos...—limitóse a afirmar.

Y como el hasta entonces profesor del chico pidiese con toda humildad un dictamen más categórico, volvió a decir, en el tono de una persona que no está dispuesta a hablar más:

—¡Veremos!

Claro que él ya había visto todo lo que tenía que ver.

A la tarde siguiente, cercana ya la noche, un hombrecillo empujaba la puertecita de cristales de la zapatería de Scornetti. Era rubio, coloradito, insignificante, y no entró sin antes inspeccionar a su sabor la calle y convencerse de que nadie le veía.

Era el maestro Castro, que venía sencillamente a pedirle a los padres de Tito que le dejaran llevarse al chico a Milán: era cuestión de un año, y, durante ese tiempo, el muchacho viviría con él en su casa y recibiría, además del sustento, la educación que necesitaba para ser artista, completamente gratis, y cuando fuese el gran tenor que Castro esperaba hacer de él... ya le pagarían como fuera.

Era un sueño, un cuento oriental que tomaba realidad para los pobres artesanos en medio de las sombras humildes de su taller, en el que se habían dejado la mitad de la vida. El padre y la madre se miraron como para convencerse de que estaban despiertos, y ella, la más emocionada, se echó a los pies del maestro, y sollozando, le agarró las manos mientras decía:

—Pero usted... ¿usted... hará eso...?

El, fingiendo afectarse, abrazó a los dos, y que-

dó convenido que al día siguiente maestro y discípulo partirían para Milán.

¡Al día siguiente...! Fué el padre el que cayó en ello...

—¿Mañana...? Pero... ¿y mi madre?

No había que olvidarse de la pobre abuela. El chico no podía marcharse así, tan lejos, sin despedirse de la vieja. Ya lo era mucho, y puede que el disgusto le costara la vida. No, no era justo, no era humano.

Pusieron al maestro en antecedentes, pero éste, temiendo que el retraso sólo de un día hiciese que la presa se le escapase de las manos, negóse a esperar.

¡Por Dios! No se trataba de un viaje al fin del mundo: el chico vendría para las vacaciones de Navidad. Y, sobre todo, él no podría perder ni un día más: si no querían dejarlo partir al día siguiente... se marcharía solo.

Claro es que no se marchó. Que perdonase la abuela por esta vez, pero se trataba del porvenir del muchacho, del porvenir de todos.

Los años que Tito Scornetti pasó en Milán fueron dos años de esclavitud, de verdadero secuestro; la jaula era de oro, pero estaba enjaulado. Instalado en casa de Castro, jamás salía a la calle si no era acompañado por él; juntos paseaban en coche todas las tardes; juntos concurrían a las funciones de la Scala cuando había debuts de artistas o representaciones de las óperas que Scornetti tenía en estudio; juntos pasaban todo el día y casi toda la noche, pues a la alcoba de Tito sólo la se-

paraba un tabique de la que su maestro protector ocupaba.

En Milán empezó a hablarse del discípulo preferido del gran maestro; en las tertulias de la Galería de los artistas, en los cafés del Duomo, empezaron a circular los más estupendos rumores; se trataba de la mejor voz de tenor lírico conocida hasta el día; un pollito que se daba el *re* sobreagudo con la misma facilidad con que se quitaba la chaqueta. Y todo eran conjeturas, porque al fenómeno nadie le había oído cantar; Castro lo tenía guardado como a la favorita en el fondo de un harem.

Pero ahora ya iba a oirlo todo el que quisiera: en Verona, donde actuaba una compañía de segundo orden, se anunció un día el debut del tenor Tito Scornetti con *Rigoletto*. Habían pasado tres años desde que Castro se lo había llevado a Milán, y el muchacho tenía ahora diez y nueve; el maestro quiso asistir a la primera salida de su discípulo, y fué con él a Verona: tres días antes del debut, el glorioso profesor hizo firmar al padre de Tito un documento, en virtud del cual, de cuanto dinero ganase el cantante durante los diez primeros años de su carrera, el cincuenta por ciento íntegro iría a parar al bolsillo del que lo había hecho artista.

La noche del debut, una viejecita arrugada y llorosa, vestida con el traje de las campesinas del país, ocupaba un palco del segundo piso: era la abuela del debutante; la acompañaban los padres del nuevo duque de Mantua y el maestro Castro, que, modestamente, no quiso salir en toda la noche del fondo del palco.

El debut fué una jornada gloriosa: ya en el *Questa o quella...* se inició el clamor, que obligó al tenor a repetir la balada; en el dúo del segundo acto lució espléndida la maravillosa agilidad de su garganta, la elegancia del fraseo, que hacía aparecer como un veterano de la escena al que sólo llevaba una hora en ella. La *donna e mobile...* la cantó tres veces, y a la tercera, en medio de la ovación que le hacían sus paisanos, tuvo que dirigir ia palabra al público para dar las gracias.

Los periódicos de Milán, al día siguiente, para dar cuenta del debut, hablaban de Massini y de Stagno. La carrera del chico estaba hecha. La abuela, al terminar la función, iba diciendo a todos:

—Ahora ya puedo morirme.

Y, en efecto, como si no hubiese esperado más que *aquello,* a los tres meses se murió. A Scornetti le dieron la noticia en Palermo, al terminar el último acto de la *Favorita;* a las cuatro horas ya estaba en la Península, y en un tren especial llegó a Verona a la hora del entierro.

.....

Tito Scornetti venía por primera vez a Madrid después de haber recorrido en triunfo el mundo entero. Le faltaba la consagración del teatro de la plaza de Oriente, la escena de los triunfos de Gayarre.

Sólo que, cuando recordaba la historia de su vida, a pesar de lo que le gustaban las señoras, huía de ellas como de la peste. Lo primero era su voz, y luego, todo lo demás.

Emma hoy quedó algo desencantada: aquel

hombre practicaba el amor con cuentagotas. Y al salir de la casa de la Costanilla, la chica iba pensando:

—La verdad es que, aparte la gloria, con cualquier corista queda una más satisfecha.

—Yo, señores, ante Wagner, ante la cabalgata de *Las Walkyrias,* ante *La muerte de Iseo,* ante el preludio de los *Maestros cantores,* me quito el sombrero, y no me quito el bisoñé porque ya saben ustedes que no lo uso. Ahora que no dejo de comprender que el arte de Wagner es un arte intelectual, cerebral; al corazón, al sentimiento, habla mucho más *Una furtiva lacrima* o el epílogo de *Mefistófele.*

Este párrafo, en verdad redondo y acabado, lo había construído Roberto Zamora sentado encima de la mesa grande del centro del despacho y con las manos metidas en las sisas del chaleco: un chaleco de paño de Sedán con cenefa de piel de bisonte, que lo hubiera podido llevar con orgullo el propio rey Eduardo, si no se hubiera muerto.

En el despacho de la Delegación Regia estaban con el simpático aristócrata don Eduardo Tamarit, el director de escena, el bajo Grandini Bordalli y su esposa—una rubia muy guapa y muy simpática—y *Patatine.* La discusión, amistosa y leal, era sólo con el primero; Grandini echaba de tarde en tarde su cuarto a espadas, y *Patatine* estaba muy atareado en llenar el taco de vales para la función del día siguiente con los nombres más prestigiosos y sonoros de la *high-life* del tifus.

Tamarit replicaba ahora:

—No tiene usted razón, Roberto; ya ve que yo no soy sospechoso; fuí de los últimos en conceder beligerancia a Wagner, y mi historia, que todo el mundo conoce, está llena de admiración al cantante, que para mí sigue siendo el primer elemento en toda ópera.

—Pues eso es lo que yo digo...

—Sí, pero perdone usted: eso de que no hay emoción, de que no habla al corazón..., por ejemplo, el coro de los peregrinos de *Tanhaüser* o el *Canto a la primavera,* o el raconto de *Lohengrín*..., ¡hombre, por Dios!, cuando aquel hombre clava la vista en el cielo y entona aquello de

"Mío patre e Parsifal
cui solo regna:
son Looooohengrin
suo figlio e cavallier."

Y lo entonaba a toda voz, accionando, gesticulando, con la afinación y la justeza del que era uno de los mejores maestros de canto del mundo, pero con la voz cascada de sus cincuenta y tantos años de dar gritos en los ensayos para poner las obras en escena. Y era maravilloso cómo aquel hombre emocionaba, a pesar de todo, cuando remedaba a la perfección los viejos estilos de canto de un Uetam o de un De Lucía.

Zamora volvía a la carga:

—Sí, sí, Tamarit: todo lo que usted quiera, pero yo, ¿qué quiere usted que le diga?: emoción honda, de esa que hace saltar lágrimas, como la que sentía al oírle cantar a Gayarre el *O paradis-*

so, no la siento ni con un *Sigfredo* ni con un *Oro del Rhin*, ni con nada de eso... ¿Usted se acuerda?

—Sí, hombre, por Dios: ¿no he de acordarme?

—Cuando aquel hombre, desde el fondo del escenario, desde la misma rampa de Isabel II, cogía la nota, tenue, delgada, con un hilillo de voz y. aumentando, aumentando, venía hasta la concha del apuntador, y hubiera seguido por todo el patio de butacas si hubiera habido un puente para pasar por encima de la orquesta, y allí mismo, después de dar el agudo claro, potente, iba, sin cortar la nota, *tutto in un fiato,* apianando, apianando, hasta morir en un suspiro, que los oídos se afinaban por coger...

—Pues ¿y los *ai mé*, del *Spirto?*

—Todo, hombre. ¿Y el epílogo de *Mefistófele?*... Era otra cosa, era un hombre aparte.

Se exaltaba hablando de ello, y en su fervor de antiguo aficionado evocaba toda una época de gloria y esplendor, en que las paredes de la vieja casa parecían retemblar cada noche con el estrépito de las ovaciones.

En el desfile maravilloso aparecían las grandes figuras, los nombres cumbres que llenaron con su fulgor toda una época: era Stagno en el *Roberto*, y en el *O il mío trionfo inaspetato* del *Barbero*, donde hacía una fermata imposible en teoría para la garganta humana; era Tamberlick, que en la pira de *El Trovador* hacía levantarse al público de sus asientos; era Massini, con las increíbles vocalizaciones y monerías del *Rigoletto* y con la elegancia de frase que en *Hugonotes* convertía en un prodigio el *Oh beltade che rallegri;* pero era, sobre

todo y por encima de todo, Gayarre, nuestro Julián Gayarre, la voz angélica en garganta de hombre. "Como el de casa, ninguno." Y, en efecto: ninguno como él en *El Profeta,* en *Pescadores,* en *Favorita,* en *Africana,* en cuanto hacía, que era casi todo, pues jamás artista alguno tuvo tan poderosa facultad de adaptación de la voz a las tesituras diversas.

Y junto a ellos venían ellas: la Patti, milagro de voz y de agilidad, que enloquecía a los públicos; la Nevada, la Kuffer, la Sembrich, la Melba, la Penco—¡y cuidado si hace falta valor para llamarse así!—, la Darclée y tantas otras, cuya lista de triunfos sería interminable.

Como una tromba, como un huracán que amenaza destruírlo todo, aparecía Tamagno en el *Esultate* de *Otello,* bramando, rugiendo, dando luego verdaderos trompetazos bélicos con la garganta en el *addio sante memorie...*

Tamarit no podía más, e interrumpía:

—¿Recuerda usted cómo decía la frase *clamori e canti di battaglia, addio!...?* Era eso: una serie de notas de clarín en tono mayor.

Y con su voz cansada imitaba los gritos del coloso, valiéndose del falsete, dentro del cual todo es permitido.

Menotti, Battistini, la Pasqua, la Guerrini, Verger, Uetam..., recibían también el homenaje del recuerdo en esta evocación gloriosa. Al escuchar el nombre de Uetam, Grandini, que oía la conversación casi sin tomar parte en ella, inclinó la cabeza como haciendo un saludo a una sombra invisible; bien podía decir que era un saludo de igual

a igual, porque el *Don Basilio* y el *Mefistófele* que hoy hacía Grandini Bordalli no tenían nada que envidiar a las mejores creaciones del famoso bajo mallorquín.

Ya en época más reciente, aparecía Marconi, guapo, gallardo, de figura espléndida, que con su interpretación de *Hugonotes* borró las anteriores, incluyendo—¡y era incluír!—la de Massini; en *Lucrecia Borgia* Marconi elevaba su nombre y su fama a la altura de los ídolos de antaño, y a su lado iban apareciendo los de ayer, los de hoy muchos de ellos: De Lucía, rival de Gayarre, aunque con una rivalidad parecida a la de Joselito y Belmonte; *Bonci,* que hacía llorar en *Una furtiva lacrima,* y que recorría el mundo llenándose de oro con el *A te, o cara,* de *Puritanos;* Ibós, insuperable en *Lohengrín*...

Patatine, al sentir estos nombres de los que él había oído en sus tiempos de estudiante desde el duro asiento del paraíso, suspendió de una vez la tarea de rellenar vales, y escuchó con toda ansiedad. Hasta ahora había oído la conversación como se oye el relato de esos viajes a países lejanos en los que no se ha estado nunca, y a los que no se piensa ir en la vida; pero ahora ya era otra cosa. A Marconi le había él oído *Rigoletto* y *Hugonotes,* ya en su época de decadencia, en que, como Rafael el *Gallo,* en sus últimas tardes madrileñas, daba unas *espantás* en forma de gallos—con minúscula—, que al público lo dejaban helado; y también le oyó la última noche que cantó en la escena de sus grandes triunfos, en una despedida imprevista, que estuvo a punto de ser trágica. Can-

taba *Hugonotes,* en unión de una muy guapa y muy simpática soprano portuguesa, y en el gran dúo final, como el público, para premiar su contumacia en la desafinación, le estuviera dando un jabón regular, él quiso pagar su mal humor con *Valentina,* y el *Raul* enamorado, como si fuese un chulo de la calle del Horno de la Mata, la emprendió a golpes con su dama sobre la misma escena.

La función acabó como acaban siempre las tormentas, y el gran tenor, al día siguiente, salió de Madrid poco menos que huyendo, cuando aún le quedaban cuatro funciones para terminar su contrato.

El último vástago de esta dinastía de colosos había sido Titta Rufo. Zamora tenía acerca del gran barítono una teoría especial: con sus fermatas de aliento extrahumano, con sus prodigiosas facultades de actor dramático, con el vigor imponderable de sus calderones, él había sido el que había matado, al menos para una temporada larga, el Teatro Real.

La aparición de esta verdadera fiera del canto produjo en Madrid un caso colectivo de locura contagiosa; las gentes, en las mañanas más frías de enero, abandonaban el calorcillo tibio de la cama para ir a instalarse, a pie firme, a lo largo de la fachada del teatro, esperando que les llegase el turno de acercarse al despacho, dos, tres y hasta cuatro o cinco horas.

La cola era cada día más larga, y después de dar la vuelta por toda la calle de Carlos III y plaza de Oriente, venía a morir en el lado opuesto, frente a la puerta del Conservatorio. Se pagaban doce y

quince duros por una butaca y tres o cuatro por una localidad de paraíso, como en los tiempos de la Patti y de los grandes cuartetos; y, ya dentro del teatro, los afortunados que habían conseguido entrar, pasaban la noche apretujados, sudorosos, colocándose diez o doce personas en cada palco, ocupando entre dos el sitio que de ordinario ocupaba uno... Pero todo se sufría, todo se aguantaba; era el fenómeno, el milagro, el prodigio, que sólo surgía de tarde en tarde, y había que ir a oírlo, a admirarlo, por si acaso no se presentaba una nueva ocasión.

—Y, ¡claro!, a la gente—añadía Roberto Zamora—, después de aquello, todo lo demás que se le venía ofreciendo en los años siguientes le parecía pequeño, insignificante; buenos artistas muchos de ellos, cantantes excelentes, pero que no producían, como el coloso, aquel espasmo que electrizaba el cuerpo y dejaba los nervios cansados para una temporada después de haberlo oído. ¿Para qué oír lo mediocre después de haber saboreado lo sublime? Era como veranear en Vallecas después de haberlo hecho en Biarritz. ¿No le parece a usted, don Eduardo?

El director de escena movía la cabeza pausadamente, como rumiando una pena:

—¡Es verdad! ¡Es verdad!... Tiene usted razón.

—Es mucha la historia de esta casa, es mucho el peso que cae sobre la cabeza de los artistas cada vez que ese telón se alza. Es una lista muy grande y muy brillante de nombres y de triunfos. Y luego, ¿cómo evitar las comparaciones? En todas las óperas, exceptuando las nuevas, conjunto en su ma-

yoría de vulgaridades y ramplonerías, venía al recuerdo un nombre glorioso: "¡Cómo decía esta frase Stagno!" "¡Qué cosas hacía aquí Julián!" "¡Esto Batistini lo cantaba como nadie!" Y con ese lastre, con ese saldo en contra, aun antes de empezar, harto hace el artista de ahora con defenderse, con no provocar los rugidos de las fieras agazapadas arriba, en el paraíso, y dispuestas a caer sobre el primer cantante que se descuide. Ahí tiene usted el caso de Scornetti: es un tenor indudablemente tan grande como aquellos de la buena época, y, sin embargo, el público se resiste a colocar su nombre en el libro de oro, tarda en ungirlo, en sancionarlo; gusta mucho, se le ovaciona, se le hacen repetir las cosas hasta tres veces, como la otra noche el sueño de *Manon;* pero... no es eso. ¿Verdad, don Eduardo?

—No; indudablemente no es eso.

—Y es que el público está saturado, siempre ha tenido ante sí una mesa espléndida, servida con los mejores manjares que daba el mercado. Tiene esa especie de hastío elegante y de buen tono del hombre que lo ha saboreado todo hasta hartarse.

Se abrió la puerta del despacho y detrás de la mampara de terciopelo rojo resonó un "¿se puede, señores?", dado con voz simpática, de timbre varonil.

Apareció decidido, gallardo como siempre, Carlitos del Alamo, metido dentro de su abrigo azul con trabilla y manejando el palasán con la misma elegancia con que un mariscal de Napoleón pudiera esgrimir el bastón de mando.

—¿Qué hay, señores?... Don Eduardo, se le

saluda... Señor Grandini, igualmente... ¡Señora! Y *tutti cuanti*...

—Aquí estamos, recordando tiempos pasados. Hablábamos de Massini; de Gayarre...

—¡Ah! La edad de oro... ¿A que no se acuerda usted, don Roberto, cómo decía Menotti el *Vien, Leonora,* de la *Favorita?*

—No es fácil, porque lo decía cada noche de una manera distinta...

—Bueno; pero las noches en que había regañado con la querida lo decía así:

"Vien, Leonora, a'piedi tuoi
Serto e soglio il cor ti pone;
A se amare il re tu puoi..."

Y se cantaba íntegro el *pezzo,* arrastrando las notas, cortando bruscamente los agudos para una fermata espléndida, mascando, por decirlo así, las palabras para que todas, hasta la última sílaba, fueran debidamente saboreadas por el auditorio.

Al terminar se ganaba una ovación, que él agradecía con unos saludos muy *petit Trianon,* que hacían elevarse hasta el techo los faldones del gabán. Y luego, con el conocimiento de sí mismo, que tenía como ningún artista, y con la modestia, que constituía el principal atractivo de su persona, añadía:

—¡Ah, si yo tuviera voz como tengo... otras cosas!

En efecto, no era un Sanmarco ni un Batistini, pero a fuerza de estudio y de talento había logrado crearse una personalidad artística de incalculable utilidad para las empresas. En escena tenía por

encima de todas una cualidad: la naturalidad, que cuando el papel lo requería, como en el Sharpless de la *Butterflay*, se revestía de una elegancia sin afectación, en eterno contraste con la cursilería afectada de la mayoría de los artistas de ópera.

En Madrid, toda empresa que, aparte de la del Real, quería organizar una temporada de ópera, lo primero que hacía era echarse en brazos de Carlitos del Alamo, sin el cual no se concebía un *elenco* medio decente; y él, a más de brindarse a desempeñar todos los papeles que fueran de su cuerda—y su cuerda era más larga que la de un reloj extraplano—, buscaba a los artistas, sabía cuál encajaba mejor en determinada ópera, les hacía aceptar el sueldo y las condiciones más... picarescas con su conocimiento de esas mil triquiñuelas en que los cantantes cimentan el edificio enorme de su vanidad.

Y otras veces, cansado de trabajar para los demás, organizaba él por su cuenta una compañía y se iba con ella por esas provincias de Dios a ganar muy buenos cuartos, como el hortelano que, después de dar su sudor a la tierra de los demás, se decide por fin a cultivar su huerto.

—¿Su señora...? ¡Eso quisiera ella!

—Pues él la presenta en todas partes como si fuera su señora.

—Pues no lo es... Que se lo pregunten a ésta...

Y *ésta,* la Regina, muy atareada en resolver el casi irresoluble problema de que no la bailasen las pantorrillas—dos agujas del ocho—dentro de las mallas que acababa de colocarse, respondió casi maquinalmente:

—¡Claro que no lo es! Lleva con él un año: desde que se conocieron en Nápoles.

—Esa ha ido conmigo, en Milán, a la misma Academia: a la de la Veletri.

—¡Toma! Y conmigo bailó, hace dos años, en Barcelona, en el Liceo; ¿pero eso qué tiene que ver? Dicen que se han casado después.

—¡Qué se han de casar! Ella es una guarra, que ha estado en Nápoles en una casa de... nodrizas al revés... Yo la he visto.

Una atrocidad así no podía decirla más que la Irma, la más descocada y rabina de todas, mientras, de pie ante el espejo y completamente desnuda de cintura para abajo, se agrandaba los ojos hasta las sienes con la barra del carbón.

En aquel cuarto, que era el segundo del pasillo, a mano derecha, se vestían tres italianas y una es-

pañola: esta última era la Petra, una de las pocas de todo el cuerpo de baile a la que se podía mirar a la cara, con un pelo negrísimo y ondulado y unos ojos que parecían de azabache. Con ella compartían los dos metros en cuadro de la habitación, Irma, Regina y una gordinflona llamada Tetis, que al dar en escena los saltitos de la danza, parecía que iba a dejar caer al suelo las dos enormes vejigas que tenía en el pecho.

El pasillo aquel era como el reservado, la clausura de la casa, un verdadero harem, no sólo porque en él se encerraba lo que en todo el teatro había de más apetecible, sino porque a su entrada, y con una consigna rigurosa, había un empleado, siempre con su gorra encasquetada, dispuesto a impedir el paso a todo sér que por aquel moderno bosque del amor quisiera arriesgarse: nadie, ni aun los mismos artistas, podían penetrar allí durante las horas de ensayo o función, exceptuándose de prohibición tan severa el director de escena y los inspectores de personal y servicios de la casa.

Don Eduardo no usaba nunca de tan sabroso derecho, y cuando había de hacer alguna advertencia a una de las chicas que allí se vestían, la llamaba a la vecina redondilla, y en ella dejaba caer sobre la cabeza de la interfecta el jarro de agua de la reprimenda o el simple chorrito de la advertencia paternal. En cuanto a los inspectores, había uno de ellos, Roberto Zamora, que, si bien alguna vez, durante la función, daba sus paseos por el peligroso paraje, prefería acudir a él en las horas celestinas del atardecer, en que las tinieblas eran allí casi absolutas y no solía haber nadie por los

alrededores... Nadie, fuera de la o *las* que a él le interesaban.

El pasillo, que, en realidad, no era tal, pues no servía de paso a ninguna parte, arrancaba de la misma redondilla, y formaba ángulo recto en su entrada con el otro que iba a dar al escenario, y en el que estaban los cuartos de las primeras partes. Cuando algún amigo o abonado quería ver a alguna bailarina—¡los hay que se pirran!—, tenía que esperar que la chica saliera a la redondilla, y una vez allí, la tolerancia revestía sus formas más amplias en todo lo referente a pellizquitos, ofertas y achuchones.

Saliendo de la estancia, la primera habitación a mano izquierda, ya en el pasillo que llamaremos del harem, era el despacho del director de escena, y hasta él sí tenía acceso todo el mundo, no sólo porque el reglamento de la casa no lo prohibía, sino porque la amabilidad de Tamarit le hacía tener siempre abierta su puerta para todo el que llegase. Al lado de ella, firme como el centinela que no puede abandonar su puesto bajo pena de muerte, estaba el ya citado guardador del harem, al cual las chicas habían bautizado con el apodo del *Eunuco,* a pesar de tratarse de un hombre casado, con siete hijos, uno de los cuales tenía una huevería en la plaza de San Miguel.

Muchas veces, al pasar delante de él, los días en que tenía cara de buen vino, las muchachas le hacían caricias en la barbita, y las italianas le decían unas jaculatorias en la dulce lengua del Petrarca creyendo que no las iba a entender, pero que él, después de diez temporadas de estar allí, hubiera

podido hasta poner en verso español. No lo hacía, y se limitaba a contestar invariablemente:

—Y vuestro padre en presidio...

En cualquiera de aquellos cuartos, a la hora de la función, había, al poco rato de estar ocupados por las chicas, una atmósfera espesa formada de emanaciones de polvos de arroz, perfumes baratos y de ese olorcillo especial que exhala el cabello cuando se le riza con las tenacillas; en cada uno no había más que un tocador con su espejo, y un lavabo para todas. Las ropas se amontonaban en las sillas y en los rincones, apareciendo, en cambio, casi desnudos los ganchos de un perchero de madera que había en la pared del fondo.

La busca de cada prenda provocaba un tumulto: se vestían para el segundo acto de *Aida,* y una de ellas tiraba de un trozo de gasa constelado de lentejuelas, que asomaba debajo de una verdadera montaña de trapos rojos, mientras otra, buscando sus mallas, que ella juraba haber dejado hacía un momento colgadas en el respaldo de esta silla, iba echando al aire prendas y más prendas, como quien arroja naranjas para que los chicos se diviertan cogiéndolas: caían las más al suelo, y al poco tiempo eran pisoteadas por las muchachas, que apenas podían revolverse en aquel cuchitril; y otras quedaban enganchadas en el aparato de la luz, dejando casi a obscuras la estancia; vino una a caer de plano sobre la cabeza de la Regina, quien soltó una palabrota en milanés y estableció ciertas momentáneas relaciones entre su intestino y la madre de la que iba echando al aire las ropas; pero el que hizo

estallar el conflicto fué uno de los cíngulos blanco y oro, que después de vacilar unos instantes por el techo de la habitación, quiso dar una lección a aquellas chicas, que tan refractarias eran al baño, y se zambulló de golpe en la palangana llena de agua jabonosa, sobre la que flotaban unos peluchos lacios.

Tetis reconoció como suyo el cíngulo: por lo grande no podía ser de otra, y, soltando el paño con que se estaba sacando brillo a la cara, empezó a echar por la boca una serie de insultos, que parecía que el techo iba a rasgarse.

—¡Zorras! ¡Canallas! Si es mejor vestirse en medio de un pasillo que con vosotras. Y ahora, ¿con qué salgo yo a escena? Toda chorreandito; va a parecer que llevo un traje de baño... ¡Zorras! ¡Zorras! ¡Más que zorras!

Petra, la española, fué la primera en saltar:

—Oye, tú, ¿qué culpa tenemos nosotras? Díselo a ésa, que es la que te lo ha tirado—y señalaba a Irma, que era la que con tanto desparpajo se había consagrado a la tarea de jugar al diávolo con la indumentaria.

Tetis, al oír a Petra, se calmó como por ensalmo, entornó los ojos, y poniendo en ellos toda esa dulzura de que sólo las gordas son capaces, le dijo:

—No, rica, no: bien sabes que no lo digo por ti. Tú eres más decente que estas pelonas.

Hablaba una mezcla de italiano y de español chapurreado, que la otra entendía perfectamente; la entendía demasiado, porque por ciertas señales

inequívocas, hacía tiempo que se había dado cuenta de las intenciones de la gorda.

Calmado el tumulto, y medio seco el cíngulo como Dios dió a entender, Tetis volvió a tomar la palabra:

—No os voy a pedir más que un favor: que conforme estéis vestidas os vayáis a la redondilla, para que podamos respirar un poco.

Esto se lo decía a sus dos compatriotas, y una de ellas, Irma, que tenía poco de tonta y nunca se había dedicado a chuparse el dedo, pues sabía que en el mundo hay cosas más sabrosas que chupar, replicó:

—Sí, rica; nos iremos; no nos gusta ver ciertas... películas.

Petra hizo como que no se enteró, y para librarse del nubarrón que se le venía encima aceleró cuanto pudo su tocado.

Volvieron al tema de antes; Irma, la más enterada, tornó a decir:

—Pues sí. ¿A que no se atreve a decir delante de mí que está casada?

Y Regina, que ya se había olvidado de la conversación, preguntó mientras se alisaba los cabellos con las manos empapadas en el agua de la palangana:

—¿Quién no se atreve?...

—El bacalao ese que va con Scornetti.

—¿Sospechará algo de lo de él y la Emma?

—Y si lo sospecha se tendrá que aguantar, porque lo que es sobre él tanto derecho tiene la una como la otra.

—Dicen que ella lo tiene dominado de tal modo, que hasta para mudarse de ropa interior le tiene que pedir permiso.

—Pero ¿no la visteis la otra noche, cuando la *Manon*, que no se separó ni un momento de la primera caja, para ver si él se entusiasmaba demasiado con la tiple?

—Yo sé algo más—dijo muy decidida la agonizante Regina—: ella no se separaba de allí y Roberto no se separó de ella en toda la noche. Estaba a su espalda, y yo no sé dónde tendría él las manos, pero si hubiera caído entre los dos un papel de fumar, no habría llegado al suelo.

Pero Irma y Regina, vestidas ya y estucadas, salieron a continuar su chismorreo a la redondilla; el ir y bullir de aquel pintoresco lugar les divertía más que el obligado encierro del cuarto. Y, además, que si el abonado redentor de la leyenda había de surgir al fin, era en la redondilla donde tenía que hacer su aparición, como el diablo se presentaba de repente saliendo por un muro en las antiguas comedias de magia.

En el camerino, Tetis, después de cerrar por dentro la puerta con disimulo, acercóse lentamente a Petra, que a la sazón delante del espejo se colocaba en la cabeza el velo flotante de las sacerdotisas de Vulcano.

—¿Quieres que te ayude?

La otra, muy azorada, como siempre que se quedaba sola con la obesa, respondió:

—No, deja...

Pero Tetis, que sabía que de aquellas ocasiones

se presentaban pocas, había juntado ya su rostro al de su amiga, y de pronto, sin previo aviso, estampó un beso lleno y glotón en la mejilla apetecible de la morena.

Fué como si la hubieran puesto un sello de lacre para echarla al correo, porque en la cara, fresca y brillante por la pasta, quedó perfectamente señalado todo el redondel rojizo de los labios de la agresora, que por lo bermejos darían ictericia a un chorizo de Pamplona.

Petra miróse al espejo y dió un grito:

—¡Ay, guarra! Mira cómo me has puesto.

Pero la otra, a prueba de desdenes y de insultos, se puso aún más zalamera.

—No te enfades, rica; verás qué pronto se te quita.

Con una toalla limpió la mancha, extendió luego suavemente por la piel con los dedos una capa de pasta y ¡mejor que antes!

La otra dejaba hacer, pareciéndole muy justo que la misma que había causado el desperfecto lo remediase... Pero ya en la punta del pasillo resonaba la voz chillona de Amalia, la profesora de baile, que, dando unas palmadas, gritaba:

—¡Vamos, chicas: a *essena!*

En quince años de permanencia en España no se había podido acostumbrar a pronunciar la c.

Petra salió del cuarto al galope y Tetis partió corriendo tras ella, elevando hasta la garganta las dos vejigas del pecho y bajándolas después hasta el estómago con la violencia de la carrera.

En el cuarto quedaba el suelo lleno de trapos,

de cintas, de horquillas, de puntas de cigarros; encima de una silla había unos zapatos, y dentro de uno de ellos un peine. En el agua jabonosa de la palangana, como restos de un naufragio, sobrenadaban unos ovillitos de pelos.

Lo terrible del caso era que aquellas jóvenes tenían razón; el chisme no era chisme, sino una verdad como un templo. La murmuración, censurable siempre, tenía en este caso un fondo de verdad que no podía ser mayor.

Porque Cesárea, la jovencita rubia, distinguida y de ojos azules, que Scornetti presentaba en todas partes como su esposa, no era más que... su adjunta. Claro que esto, para un espíritu fuerte, no tiene importancia ninguna; pero así era.

En los diez años que llevaba de carrera, diez años de gloria y de esplendor, Tito había tenido hasta cinco mujeres. Y no es que se le hubieran muerto las cuatro anteriores, ni que él, como Barba Azul, las encerrase en un *garage* muy húmedo para que el mundo no supiese de ellas; era, sencillamente, que las sustituía.

A la primera, Jannina, una milanesa a quien conoció en un café de Turín, le dió al poco tiempo la licencia absoluta y tres mil liras para que se consolase. Eva, gorda y exigente, que tenía encima de la cama un retrato de Desdémona, se fugó con un agente teatral, después de haberle hecho pasar a Tito en dos años todo lo que pasó Jesucristo en el Calvario, y un poco más. La tercera fué una condesa viuda, que por la edad podía ha-

ber sido la madre del tenor. Se pintaba de rojo hasta los lóbulos de las orejas, y con ésta el muchacho quiso desquitarse de la perrería que le había hecho la anterior, y, en efecto, un día, en un hotel de Monte-Carlo, con el pretexto de jugar al escondite—ella, aunque anciana, era muy jugona—, la dejó encerrada en un armario de luna, y él, llevándose la llave, embarcó al día siguiente en Génova para América.

Regresó a los ocho meses, y una noche, en Roma, a la salida del Constanzi, donde había cantado como un maestro *Favorita,* se tropezó con ella de manos a boca. En el fondo del manguito llevaba una botella, que se apresuró a sacar y a verter su contenido sobre el rostro y el pecho de su ex amante. ¡El vitriolo!... Eso había pensado ella; pero en casa, al coger el frasco, habíase equivocado, y en lugar del líquido corrosivo, había tomado una botella de ron de Jamaica, que ella usaba mucho contra la neurastenia.

Deshecho el equívoco, Scornetti apresuróse a relamerse, pues el dulce licor tropical era una de sus debilidades, y así terminó de modo tan agradable lo que había empezado en tragedia.

Cesárea vino a sustituír a una corista completamente ordinaria y vulgar, en la que nadie podía explicarse lo que había visto el cantante, pues para que aquella mujer hubiera podido inspirar una pasión, habría sido preciso encontrársela de noche y a obscuras en el fondo de un subterráneo. Duró poco, y a la de ahora la conoció Scornetti, hacía un año, en un tranvía de Nápoles, en el momento en que, al ir a pagar el billete, se encontró

con que se había dejado en casa el bolsito de los cuartos.

Pero Tito no se lo había dejado, y ello fué el principio de un diálogo que tuvo inmediatas y muy sabrosas consecuencias. Era bailarina, y estaba en Nápoles de paso para Palermo, en cuyo Politeama iba a hacer toda la estación. Claro que no la hizo. Scornetti estaba en vísperas de embarcar para Buenos Aires, y Cesárea marchó con él.
artista la presentaba en todas partes y a todo el mundo como a su verdadera mujer; en todas mundo como a sus verdaderas mujeres; en todas partes y a todo el mundo, menos al cura de la parroquia o al juez del distrito, que hubieran sancionado con mucho gusto tan simpática unión. Esta, que en él era costumbre arraigadísima, le proporcionaba algunos pequeños embrollos, pues al volver por segunda vez a una población donde ya había estado la primera con una mujer distinta, no solía faltar quien le preguntase:

—¡Cómo! Pero... ¿se quedó usted viudo?

Y él, que lo llevaba todo previsto, contestaba, poniendo el mismo rostro que ponía en el último acto de *Traviata,* al enterarse de que Violeta la diñaba:

—Sí: la pobre... Fulanita me abandonó para siempre.

Y no mentía. Algunas veces el curioso impertinente se apresuraba a darle el pésame, procurando que la heredera no lo oyese.

De las cinco, la última era la que había cobrado más ascendiente sobre la voluntad del polígamo. Sabiamente, sin enseñar las uñas más que muy de

tarde en tarde, se había ido haciendo la dueña del muchacho y había ido imponiendo sus ideas, sus gustos y hasta sus simples caprichos. Cesárea, con su eterna cara juvenil, sus ojos dulces y sus cabellos que parecían de bronce retorcido, tenía ese aire de dominio que suelen tener las rubias... cuando no resultan más pavas que una reina de Juegos florales.

No le dejaba ni a sol ni a sombra; le vigilaba siempre, hasta cuando estaba en escena, con ese cuidado empalagoso con que se guarda lo que, de perderse, constituiría una catástrofe. En justa reciprocidad, le cuidaba como no le hubiera cuidado ni su propia abuela, la campesina de la Lombardía, si hubiera resucitado; ella preparaba sus comidas, le decía la ropa que había de ponerse, según el temple del día, y, muchas noches, juntos los dos en el lecho, cuando él, excitado por el calorcillo de la cama y del cuerpo de Cesárea, quería entonar... el dúo del acto de Grecia del *Mefistófele,* ella, muy severa, y decidida a tirarse de la cama si no le obedecía, exclamaba:

—¡No, Tito, por Dios! No seas loco, que tienes que cantar mañana.

Insistía él con la pesadez del borracho:

—Anda... ¡Si estoy muy bien de voz! ¡Anda..., que se me va a romper el muelle!...

—¡He dicho que no! Conmigo, no; si tanta gana tienes, sal a la calle y busca por ahí.

El lo hubiera hecho de muy buen grado, pero, en lugar de ello, se volvía de espaldas y procuraba acallar el hambre pensando en mujeres feas y monstruosas... con preferencia en una corista de

la Scala que tenía sesenta años y la cara llena de granos.

Pero era inútil: en aquellos momentos de fiebre hasta las feas le parecían adorables, y a la corista de la Scala, si él la hubiera cogido ahora bajo el arco de sus muslos, puede que la hubiera dejado como para tomar un abortivo... Y casi siempre, aprovechando el sueño de Cesárea, se acordaba de sus años de secuestro en casa del maestro Castro, de la criada de éste, gorda y guapetona como un clavel reventón, y pensando que las manos las ha dado la Naturaleza para algo más que para que nos las lavemos, oficiaba convulsamente en el ara solitaria, y se quedaba dormido como un bendito.

En esos momentos maldecía del oficio. ¡Puerco y cochino oficio, que a un hombre joven y con una mujer bonita al lado le impedía gozar de ese único placer verdad que hay en la vida! Era ese momento de hastío que tienen todas las profesiones: la del político, cuando la multitud le abuchea; la del bolsista, cuando bajan sus valores; la del sacerdote de conciencia, cuando siente hambre después de las doce de la noche, teniendo que decir misa al día siguiente, y la del jugador de tute, cuando le fallan el as.

Cesárea, desde que estaban en Madrid, tenía algo raro, algo extraño, que Scornetti no había podido averiguar. El creyó, al principio, si acaso sería que no la sentase bien el agua del Lozoya, pero pronto hubo de abandonar su sospecha al ver que lo que su amante tenía era algo moral. Quedábase de pronto callada y en suspenso, como si

pensase en cosas muy lejanas; al entrar y salir del teatro, se cogía al brazo de él, como si tuviera miedo, y le incitaba a pasar muy de prisa por pasillos y escaleras, hasta llegar al camerino, y, una vez en él, sólo salía cuando estaba el telón levantado, para ir a vigilar a Tito desde la primera caja, junto al cuarto de la luz, y ello lo hacía casi arrastrándose por las paredes, procurando pasar inadvertida, cubriéndose con la figura del director de escena o de cualquiera de los concertadores, cuando bajaban al escenario. Se veía que procuraba evitar un encuentro, que huía de alguien.

A los tres días de comenzada la temporada, venía ella una tarde al teatro, a eso de las seis, trayendo en un paquete varios enseres que Tito necesitaba para la función de la noche; el tenor se había quedado en el hotel, y ella sola empezó a subir la escalera que desde la conserjería llevaba al pasillo del escenario. Iba por el segundo tramo, cuando un hombre que venía de arriba se cruzó con ella; no le miró apenas, pero él, parándose en seco, lanzó una exclamación:

—*¡Dio!... ¡Cesárea!...*

Miró ella entonces, y se quedó helada: blanca, sin saber si debía echar a correr o afrontar claramente el encuentro.

Era Cannille, el tenor, un hombretón alto y recio, de rostro ancho e inexpresivo, que ahora, al salir de entre las sombras del gabán de pieles, parecía una luna llena entre nubarrones muy negros.

Habían sido amantes, y pronto iba a hacer tres años que no se veían; durante todo el tiempo de sus amores, la mujer de él, una romana guapeto-

na, pero adusta, que parecía la estatua de la honestidad, no había cesado de darles escándalos, llegando más de una vez a plantarse en casa de la bailarina, exigiéndole por la fuerza que terminasen aquellas... cochinerías.

Y el idilio entre Cannille y Cesárea acabó por eso precisamente: la romana se compró un día un revólver, y amenazó a su esposo con matarlos a los dos si la cosa no terminaba. El leyó en los ojos de su mujer, de ordinario buena y sumisa, la firme decisión de ejecutar su amenaza, y como no le corría mucha prisa abandonar este mundo, prefirió abandonar a la muchacha.

Desde entonces, el odio entre las dos mujeres, la esposa y la ex amante, fué algo que se escapaba a la comprensión del pensamiento humano; cada vez que el giro de la conversación traía entre los esposos algún recuerdo de la otra, afirmaba muy seria la esposa que su mayor satisfacción sería ver a aquella zorra muerta y arrastrada por las calles como una alimaña. Cannille bajaba los ojos y no decía nada. ¿Para qué? Las mujeres son así.

En cuanto a Cesárea, no aguardaba más que la ocasión de poder vengarse de su enemiga. No tenía prisa: sabía que la oportunidad llegaría más tarde o más temprano, y se juraba a sí misma que sabría aprovecharla... Sin embargo, desde que vivía con Scornetti sus ideas habían cambiado un poco. ¿Para qué remover el pasado, estando, como estaba, tan lleno de fango? ¿No sería preferible evitar el escándalo, impedir que hasta Tito llegasen detalles de su vida pasada, que necesariamente saldrían a relucir a poco que se removiese el cie-

no? Claro que cuando Scornetti la conoció en el tranvía de Nápoles, no pudo hacerse la ilusión de que fuera una virgen; pero los celos vagos, sin un sujeto determinado sobre quien recaer, son como esos dolores de cabeza de localización trashumante e indeterminada: mientras no se fijan en un sitio, no molestan demasiado.

El día en que Scornetti fimó en Barcelona el contrato para el Real de Madrid, Cesárea se quedó aterrada al oír de labios de Tamarit que otro de los tenores del *elenco* era Cannille. Rápida como una flecha, preguntó:

—¿En qué época va Cannille?

—Lo hemos contratado para toda la temporada, pero no podrá ir hasta febrero, porque enero tiene que hacerlo en la Scala.

¡Respiró! Menos mal; el contrato de Tito era de primeros de enero al 15 de febrero. Por lo menos el primer mes estaría tranquila; y después, ¡quién sabe! Si Cannille se retrasaba un poco, acaso se marchasen ellos de Madrid antes que el otro llegase.

Pero un día, faltaban cinco para empezar la temporada, estando Scornetti con las demás partes y los coros ensayando en escena, al piano, la *Manon,* llegó Tamarit en uno de los descansos, y, muy gozoso, con un telegrama en la mano, dijo al maestro Vallés, que pasaba la partitura:

—La semana que viene llega Cannille. Acabo de recibir un telegrama de Milán.

Para él era una preocupación grande que se quitaba de la cabeza. Scornetti no era un tenor al que se pudiera hacer cantar dos noches seguidas; y en

cuanto a Palella, con su histerismo de niño travieso, era un hombre del cual sólo se estaba seguro cuando ya había bajado el telón del último acto. Necesitaba él a Cannille, el tenor *de espalda,* el encargado de sacar de apuros a las Empresas, y el que cantaba hoy *Aida* y al día siguiente *Hugonotes,* si hacía falta, y al otro *Carmen,* si se lo pedían con cierta insistencia.

Cesárea se levantó de la silla, donde detrás del piano estaba sentada, y vino al grupo de Tamarit.

—¿Y cómo es eso? ¿No va a la Scala?

—Dice que no: a la Scala este año no va nadie; aquello es una ruina.

Y era verdad: el viejo teatro, verdadera Meca del arte, pasaba ahora por una época de decadencia que lo deshonraba. Los grandes cantantes, los maestros, cruzaban el charco y se iban a Nueva York a cobrar sueldos diez veces mayores y a cantar para un público nada refinado, que aplaudía los calderones como suprema manifestación artística.

Carlitos del Alamo, que ensayaba el Lescaut, vino también al grupo, y encarándose con Cesárea, le dijo, dándoselas de bobo:

—¿Tiene usted ganas de que venga Cannille?... Es un buen artista.

—¡Oh! Simple curiosidad...

Por la manera como el otro lo dijo, comprendió que era de los enterados. ¡Dio mío! ¡Lo sabía todo el mundo!

El marido de la Vennallegra, una tiple guapísima, que hacía la Manon, fué el encargado de re-

machar el clavo, con su tipo de peluquero de provincias y su aire de tonto mantenido por la garganta de su mujer. Se acercó a Scornetti, que hablaba en voz baja con uno de los partiquinos, y le dijo:

—El que se alegrará de la llegada de Cannille será usted. Así le descansará un poco.

Cesárea se puso pálida, y el aludido, con las manos por debajo del abrigo y el frégoli muy echado hacia los ojos, le miró con ese aire con que miramos al que acaba de decir una impertinencia, de la que es irresponsable, y, sonriendo, le dijo:

—¡Oh, querido! Todavía no estoy cansado, se lo aseguro.

Y le volvió la espalda.

La Vennallegra acudió junto a su marido, y tirándole de una manga, se lo llevó aparte para decirle:

—Pero Boni, ya has metido la pata. ¿Por qué no te estás callado, como te tengo dicho?...

Y Boni, más corrido que una mona, fué a refugiarse al fondo del escenario, junto al corro de los carpinteros y maquinistas.

.....

Cesárea ahora, delante de Cannille, optó por una actitud fría.

—¿Cómo está usted?... Ya sabía que estaba usted en Madrid... Vaya, voy de prisa al escenario porque...

El, en presencia de aquella mujer, a la que había querido mucho, con ese cariño carnal, que es el que deja más huellas, sintió renacer sus apeti-

tos pasados. Estaba más guapa, o a él se lo parecía, y de un golpe le acudieron a la memoria los recuerdos de sus entrevistas en la agencia artística de Milán, especie de prostíbulo disfrazado al que él acudía so pretexto de impresionar discos de gramófono. La frialdad de ella le excitó más.

—Pero Cesárea, ¿qué dices? No sabía que estabas aquí... Mira, podemos vernos..., ahora mismo si quieres, porque Fabia ha ido al dentista...

Ella empezó una huída hacia la puerta del escenario, y él, ya enfadado, la cogió por un brazo, y atrayéndola con fuerza, quiso darla un beso. Fué una lucha silenciosa, en medio de las tinieblas de la escalera, apenas disipadas por una bombilla empolvada que había en lo alto; le hacía daño, pero ella no quería chillar, y hubiera pasado por todo con tal de no armar escándalo, cuando la mampara del escenario se abrió con estrepito, y una persona comenzó a bajar la escalera tragándose de tres en tres los escalones.

Tuvo él que soltar su presa, y ella salió corriendo hacia arriba, como la oveja que por un milagro se ha librado de las garras del lobo.

En la revuelta de la escalera se cruzó con *Patatine*, que bajaba tarareando un trozo de *Bohemia*:

"Mimí, tu piú non torni.
O giorni lontani e belli..."

Como barítono era casi una eminencia, pero como persona, todo el mundo estaba conforme en que resultaba un pelmazo.

Era francés, de Tarbes, y aunque aquí en Madrid cantaba en italiano, lo hacía con ese acento galo obscuro y arrastrado, que produce el efecto de que el cantante tuviera la boca llena de aceitunas y hubiera de ir expulsando uno a uno sus huesecillos. Tenía una hermosa voz, y cantaba con un buen gusto y una elegancia que al instante se adueñaba del público; y si bien no había conseguido borrar el recuerdo de Titta Rufo, era, sí, el primer barítono que, después del coloso, había triunfado en el teatro Real.

Se llamaba Gaston Du Flery, aunque Carlitos del Alamo aseguraba muy seriamente que su verdadero nombre era el de Duval, como el de cualquier restorán económico de una población francesa. Pero se llamase Duval, Du Flery o Pont-Bal-du-Montmorency, lo cierto era que... estaba completamente loco.

Que se lo preguntasen a *Patatine,* víctima de casi todas sus locuras. A lo mejor, a la hora del ensayo, a media tarde, o a la de la función, Du Flery penetraba en el teatro por la Conserjería, como una tromba, dejando flotar al aire los fal-

dones del gabán y la melena castaña, que le escapaba por debajo de las alas del sombrero. Desde que entraba en la casa no hacía más que preguntar a todo el mundo con quien se tropezaba:

—¿Y el señor Rada?

El señor Rada era *Patatine,* y *Patatine* estaba unas veces en el escenario, otras en la Delegación Regia y otras donde le daba la gana. Era igual; al centro de la tierra hubiera bajado a buscarle Du Flery, pues como el muchacho estaba encargado, a medias con el bueno de Marsilla, de los asuntos de Prensa, el cantante tenía que caer sobre él.

Y caía; tres o cuatro veces recorría la casa en todas direcciones, hasta que le encontraba; ya enfrente de él, y blandiendo un periódico con la mano derecha, le decía:

—*¡Oh, mio caro! Vous avez vu, ¿ne c'est pas?*

Hablaba una mezcla de francés e italiano, que resultaba mucho más pintoresca que el gabán de trabilla con que se adornaba; *Patatine,* que chamullaba a su modo los dos idiomas, se ponía a tono, y le contestaba en otra ensalada franco-italiana, a cuyo lado el esperanto era un dialecto.

—¿Ha visto la canallada que me dicen en *El Integral?*

—No...

—¿Cómo que no?—y la cara del artista expresaba todo el asombro del que cree que cuanto se habla o se escribe de él es al instante conocido por todo el mundo.

—No, no..., de verdad. No he leído hoy *El Integral.*

—Pues oiga—y traduciendo a medida que leía, pues el español lo leía de corrido, gracias a sus largas estancias en América, colocaba a *Patatine* todo el capítulo de agravios:—"En cuanto al barítono Du Flery, que tanto nos gustó en *El Barbero* la noche de su debut, sólo diremos que sería conveniente no olvidase que el hermano de Manon no es un tramposo vulgar, y que ciertos detalles de verismo en escena (como el sonarse las narices con la bocamanga), más que una impresión artística producen en el público una sensación de asco..." ¿Quién es este *Don Bartolo* que firma?

—Un buen padre de familia empleado en la Tabacalera, y que sabe de música un poco menos que el portero del teatro. Así y todo, es uno de nuestros mejores críticos.

—¿De verdad?

—Indudablemente. Ya irá usted conociendo a los demás.

—Bueno, pues mire la carta que le he escrito, y que usted me hará el favor de traducir y copiar para mandarla al periódico: "Para *Don Bartolo*, crítico musical de *El Integral*. Muy señor mío: Como artista modesto, pero muy celoso de los prestigios de mi nombre, contesto a la villana alusión que hoy se atreve usted a hacerme en su periódico. Yo no sé si usted habrá tenido padre conocido alguna vez..."

—¡Hombre, por Dios, Du Flery! Eso es muy fuerte.

Se exaltaba, rugía.

—¿Muy fuerte? Y lo que él me dice a mí, ¿es alguna galantería?... ¡Ah, el sinvergüenza! Todo

el mundo tiene derecho a meterse con el artista, y el artista no puede defenderse. Decirme a mí que no entiendo el carácter de Lescaut. Este apache debía saber que he representado la *Manon* ciento setenta y nueve veces, en la Opera Cómica, en toda Francia, en todo el mundo. En San Petersburgo, en la Opera Imperial, el zar me llamó a su palco para decirme que hasta aquella noche no había visto hacer trampas en el juego con tanta limpieza como yo las hacía en el acto del hotel de Pensilvania. ¡Que me limpio las narices con la bocamanga!... ¡Si supiera este hijo del acaso que en Nueva York gustó tanto este detalle, que al salir a saludar, terminado el acto, me obligaron a que me limpiase otra vez, en medio de una ovación!

El muchacho ponía en juego todos sus recursos para calmarle; aquel *Don Bartolo* estaba medio loco; entre sus compañeros, y aun entre el público, tenía muy mala reputación; nadie tomaba en serio lo que decía, pues no era un secreto que si no elogiaba a un artista, era porque no le había dado dinero.

—Yo tampoco se lo he dado, pero ha sido porque no me lo ha pedido. Que me lo pida y verá cómo se lo doy.

Una tarde se ensayaba *Mefistófele* y las butacas estaban casi llenas de gente; en el escenario estaba todo el coro y todo el cuerpo de baile; Tamarit iba de un lado para otro dando órdenes, con su andar un poco encorvado de hombre que ha trabajado mucho; Amalia y el maestro de coros no cesaban de hacer recomendaciones a sus

huestes. De pronto se hizo un silencio total en la inmensidad de la sala y de la escena. Scornetti, adelantándose hasta la orquesta, a cuyo frente la figura menuda del maestro Sainatti se agigantaba con los brazos en alto, empezó a ensayar a media voz el *Epílogo*.

Patatine, apoyado en uno de los bastidores de la embocadura, escuchaba extasiado. De pronto, como una tromba, como un escuadrón de caballería que saliese de maniobras, penetró en el escenario por la escalerilla de guardarropía el simpático Du Flery. Venía, como siempre, resoplando, pisando fuerte, dando al aire los faldones del abrigo como un pendón de combate y agitando como un airón los pelos castaños de su melena.

Hubo un siseo general; el barítono comenzó a andar de puntillas, pero siguió recorriendo así todo el escenario de extremo a extremo, en todas direcciones, cruzando dos veces por el mismo sitio, como buscando a alguien a quien estaba seguro de encontrar.

Patatine le había visto y se había quedado aterrado. ¡Adiós *Epílogo!* Ya lo oiría la noche de la primera representación. Intentó una huída decorosa, pero ya era tarde: Du Flery le había visto desde lejos y venía hacia él como una locomotora.

—¡*Caro* Rada!

Instintivamente hizo el muchacho un gesto de aplazamiento; pero no le valió.

—¡Oh, haga el favor!

Venía más furioso que nunca y llevaba en la mano un cuaderno, que estrujaba sin darse cuenta. Llevóse a *Patatine* al fondo, cerca de la esca-

lera de los camerinos, y con la voz temblona le preguntó:

—¿Quién ha hecho esto?

—¿Qué es eso?

Le enseñó el cuaderno: era un álbum en papel couché, con los retratos de todos los artistas de la compañía y unas cuantas líneas de elogio al pie de cada fotografía.

—Esto lo hace un impresor: el que tiene el programa.

—¡Pero este hombre es un bandido!

—¿Qué ha hecho?

Empezó a pasar hojas nerviosamente, como queriendo destruírlas a medida que las pasaba; al fin se detuvo en una.

—Mire usted.

Era una plana en la que había tres retratos: el de la Bonanza, una comprimaria bastante guapa; el de Carlitos del Alamo, noble y estirado como un gentleman, y el de Salobrini, un primer barítono, aunque de menos renombre y categoría que Du Flery.

—¿Qué le parece?

—Que están muy propios los tres; sobre todo Salobrini parece que acaba de tomar la primera comunión.

El artista le miró de un modo indefinido.

—Sí, ¿verdad?... Pues mire ahora.

Pasó otra hoja, y en ésta, en compañía del celebérrimo José Ranci, estaba en efigie Gastón Du Flery, con la melena muy alborotada y una cosa que no se sabía si era americana o gabán, y que tenía un enorme cuello de terciopelo.

—Aquí, casi al final, después que Salobrini... ¡A mí, que soy, según mi contrato, *il primmo baritono assoluto*...

Sobre esto insistía mucho; siempre lo estaba diciendo, recalcando las letras, como si con cada una se elevase un escalón más el monumento de su fama:

—... A mí, que tengo derecho a que mi retrato figure en la primera plana, al lado de los de las sopranos y los primeros tenores, en el sitio de honor. ¡A mí... ponerme al lado de los partiquinos!

Claro que en esta ocasión tenía razón el pelmazo. Por mala fe, o por tontería, los confeccionadores del álbum habían hecho un verdadero pastel; ahora Du Flery no hacía más que defender el prestigio de su nombre, que para un artista es cosa tan sagrada como para la mujer su propia honra.

Sólo que al ilustre cantante francés le pasaba lo que a esos embusteros de profesión, que, como se pasan la vida mintiendo, cuando dicen una verdad nadie los cree; Du Flery, siempre gruñendo por ofensas y agravios imaginarios, ahora que momentáneamente se había desposado con la razón, parecía que lanzaba un gruñido más.

Poco a poco, sin darse cuenta, fué elevando el tono de sus quejas hasta convertirlas en verdaderos alaridos; olvidóse del sitio en que estaba, y empezó a lanzar imprecaciones, con su voz ancha y robusta, como si estuviera cantando el arioso de la *Vendetta* en el *Rigoletto*.

Scornetti iba por la mitad del *Epílogo*, frasean-

do con su maestría incopiable la página inmortal. A medida que avanzaba iba insensiblemente aumentando el tono de la voz: ya no era la media, era toda ella a *gola aperta,* como pudiera hacerlo ante la sala llena de público. Llegaba a un pasaje interesante:

"Sotto una sabia legge,
vo che surganno a mille..."

Era un matiz delicadísimo, una apoyatura inverosímil, que el gran tenor hubo de cortar de pronto, ante los gritos desaforados que Du Flery daba a la sazón. Dejó de cantar, y sin volverse siquiera al sitio de donde partían los aullidos, hizo un gesto que quería decir:

—Con semejante bombardeo es imposible.

En todo el teatro se alzó un clamor de protesta. Sainatti, desde su puesto al frente de la orquesta, gritó:

—¡Esto es escandaloso!

Tamarit cruzó rápido el escenario para ir a decir al barítono, con toda su cortesía, pero también con toda su energía:

—Du Flery, ¿quiere marcharse a mi despacho para decirle a Rada lo que tenga que decirle?

Ya *Patatine* lo había cogido por un brazo y se lo llevaba casi arrastras hacia el pasillo de los camerinos. El cantante lanzó al escenario una mirada de desdén supremo, y, sin decir una palabra, desapareció detrás del muchacho.

Este no paró hasta que lo metió en la redondilla, desierta en aquellos momentos; una vez allí, el de Tarbes se desató:

—¡Ah, el tenor, el tenor! ¡Su majestad el tenor!... ¡Artista de camama, a quien conozco muy bien, y que alza toda su fama sobre una romancita bien cantada!... No es eso ser artista, no, señor.

Hablaba como con un personaje imaginario, con el que buscase pendencia.

—¡Artista! Ser artista es meterse dentro del alma de un personaje, y sacarlo a escena como de la mano, para darle al público la impresión de que no es a uno a quien ve y oye, sino al personaje mismo. Lo que hago yo con el Fígaro, y con el Rigoletto, y con el Beckmeser; pero no salir a cantar una romancita con detalles de confitería. ¡Ah! Le conozco bien a ese farsante. Todo su juego aquí esta temporada es convencer al señor Tamarit para que yo no cante con él *La Favorita.* Y es que sabe que si yo salgo a cantar con él *La Favorita,* me lo meriendo. ¡Vaya si me lo meriendo! No le quepa duda, señor Rada. ¡Me lo meriendo!

Y al decir esto hacía un gesto como si, efectivamente, Scornetti fuese un bocadillo de jamón, y él, con mucha hambre atrasada, se dispusiese a deglutírselo.

A la Emma le había salido un novio: no nos referimos a Scornetti, cuyos diálogos amorosos con la muchacha seguían teniendo por escenario el gabinete de la casa de la Costanilla, de donde ella salía casi como había entrado. No; era un novio formal, en el sentido más noble y puro del vocablo, y que, con su asiduidad de perfecto enamorado, no hacía más que aumentar el odio que hacia la muchacha sentían la mayoría de sus compañeras.

Todas las noches, si en la función tomaba parte el cuerpo de baile, apenas terminaba el primer acto, subía por la escalera de abonados al escenario un joven como de unos veintiocho años, alto, rubio, con el pelo muy tirado para atrás y muy pegado al cráneo, según la moda, y con el bigote recortado; iba metido en un frac que se le pegaba al cuerpo, como la funda a un paraguas cerrado, y llevaba en el ojal un inevitable clavel blanco, que Vicenta, la florista, le acababa de colocar al cruzar por el *foyer*.

Como iba a lo suyo, atravesaba la escena rápido y lo más pegado posible a la izquierda, para evitar que los tramoyistas le dejasen caer encima un bastidor, o los carpinteros le metiesen entre los pliegues de una alfombra al arrollarla.

Con igual ligereza pasaba a lo largo de toda la crujía de los camerinos, lanzando una mirada furtiva al interior de alguno que había abierto, sorteando los grupos que formaban en su centro artistas ya vestidos, altos empleados de la casa, algún crítico que venía a que le pagasen en sonrisas—o en cosa más fungible—un elogio reciente, y todo ese núcleo de aficionados y amigos que se ven siempre en los pasillos de los teatros.

Para pasar por éste había que vencer no pocas dificultades, y no era la menor la de cierto lugar apartado que se encontraba hacia su mitad y en el muro de la derecha, del cual salía a lo mejor, coincidiendo con el paso del transeunte, el bajo vestido de sacerdote de Isis, pero con la alba veste alzada hasta las ingles y las manos arreglando ciertos desperfectos en los aledaños del imperativo categórico. No es que el encuentro fuera como para pedir socorro, pero emocionaba un poco, sobre todo algunas veces en que el visitante del recóndito lugar, con las prisas, se devolvía a la circulacion con sus prejuicios al aire... Claro que antes de salir a escena se los abrigaba.

Sin duda, como compensación, el paraje tenía también sus encantos deleitosos, y era que, de cuando en cuando, del camerino de uno de los artistas salía un chorro de voz, como una escala que serpenteando subiera al cielo, en notas bajas al principio, graves después, agudas más tarde, para caer en viaje de vuelta al último rincón de las primeras, que si el que las emitía era un bajo, parecían salir del seno húmedo de una tinaja.

Era que el cantante se probaba la voz. Este de-

licado y finísimo instrumento de trabajo variaba tanto de un día a otro y aun de una a otra hora, que era preciso probarlo, ensayar su temple antes de esgrimirlo en público, saber hasta dónde se podría llegar con él, en qué punto flaqueaba, y en cuál otro, por el contrario, mostraba hoy inagotables energías. Como un general que tantea sus fuerzas antes de entrar en batalla, así estos simpáticos ruiseñores del Arte, al salir a dar la batalla cuyo botín había de ser el pan y un poco de gloria, tanteaban igualmente sus recursos, y si descubrían un punto flaco, pensaban el modo de cubrirlo lo mejor posible, aunque para ello hubiera que hacer una picardía.

¡Y cómo sonaban aquí, en la oquedad del pasillo abovedado, aquellas voces soltadas a chorro libre! ¡Qué soberbias, qué magníficas parecían todas, hasta la de la más insignificante partiquina! Eran como un torrente de fuerza increíble que no parecía salir de garganta humana. Luego, en escena, empequeñecidas por la inmensidad del recinto, los torrentes se convertían en arroyuelos, y algunos se secaban del todo.

El novio de la Emma llegaba, por fin, a la redondilla; generalmente tenía que esperar a que la chica viniese desde su cuarto, pues, o no se había vestido aún, o, si había bailado en el primer acto, no había tenido tiempo de cambiarse. Nunca era, sin embargo, muy larga la espera. La muchacha llegaba dando saltos por el pasillo del harem, y una vez junto a su novio, se aislaban en uno de los huecos amplísimos que formaban los dos ven-

tanales del salón, gigantescos como los de casi todos los edificios antiguos.

Las compañeras de Emma la miraban con envidia, no tanto por la noble figura de su cortejo, que pregonaba lo elevado de su alcurnia, sino por el hecho de ser éste el mismo todas las noches, honor a que ellas no habían podido llegar todavía.

Empezaron a circular entre ellas historias fantásticas: el pollo, que se llamaba Jaime, era hijo de unos millonarios, y quería nada menos que retirar a la chica del teatro para casarse con ella; según otras, era un título, si bien no con tantos millones como le asignaban las forjadoras de la leyenda anterior, con los suficientes para hacer la felicidad de cualquier mujer, y que mantenía con la bailarina aquellas relaciones a espaldas de su familia, que quería casarlo con una señoritinga de su clase, fea y corcovada como un barrendero viejo. Había también la tercera versión, y ésta era la que tenía más partidarios: aquel pollo líquido no tenía una peseta, era de esos de pelo muy planchado que para comprar tabaco tienen que hacer una vaca con varios amigos, y le daba coba a la Emma para conseguir de ella *lo natural,* y luego plantarla.

Ni éstas, ni las otras, ni las primeras, estaban en lo firme...

Lo que no podía dudarse, fuesen las que fuesen sus intenciones, es que a constante y rendido le ganarían pocos enamorados. ¿Lo estaba él, en realidad, de la muchacha?... ¿Por qué no? La chica se lo merecía; después de la Petra, era indudablemente la más guapa de todo el cuerpo de baile,

con su rostro de niña, sus cabellos castaños muy echados hacia la cara y un aire de ingenuidad en la figura que la hacía doblemente adorable.

Durante los entreactos charlaban y charlaban sin cesar con las caras muy juntas, los cuerpos todo lo próximos que permitía... el público que sin cesar cruzaba y hacía estación en la redondilla, diciéndose esas banalidades un poco vaporosas que se dicen los enamorados, y que oídas con sangre fría parecen el lenguaje de un memo o de una hoja de almanaque. En rigor, casi todo el gasto de la conversación lo hacía él; ella escuchaba sonriendo casi siempre, bajando los ojos de cuando en cuando, y haciendo signos negativos con la cabeza muy de tarde en tarde, mientras apartaba su vista de la de su novio, sin duda para no ver en ella cierto fuego diabólico.

Amalia, la maestra, en su ir y venir incesante, miraba a aquella pareja con más respeto que a las demás; le parecía uno de esos apartes que se forman en los hogares honrados esa parejita oculta en un rincón poniendo los jalones de su futura felicidad, mientras la madre hace calceta o el padre lee *La Correspondencia*. En cambio aquellas otras volantes, en que cada noche variaba el galán o se limitaba simplemente a variar de dama, le parecían cosa propia de antesala de prostíbulo, le olían a pachulí, y presagiaban una petición de agua caliente para un plazo bastante próximo.

La Regina, con su cara de gata a la que se escatima la cordilla, se plantaba a veces en el centro de la estancia y se pasaba las horas muertas contemplando a la Emma y a su novio, con sus gran-

des ojazos a los que se asomaba la anemia; al verlos tan amartelados no sentía ni envidia ni deseo, pues de este último andaba muy escasa su carne, siempre en añoranza de unas inyecciones de guisado que nunca acababan de llegar, al menos en la dosis que ella las hubiera deseado.

Las envidiosas, el grupo de las que hubieran querido para sí aquel novio que la compañera usufructuaba, eran Irma, Rosina, Tetis... seis o siete más, verdaderos pellejos a las que no se las acercaban los hombres más que en broma; bonitas en escena, repulsivas de cerca, con su eterno olor a sebo. En la noche de hoy el grupo estaba alborotado: unos pollitos vestidos de americana, que nadie sabía de dónde habían salido, las acompañaban, y entre todos cuchicheaban y comprimían de cuando en cuando unas risitas sin dejar de mirar a la pareja feliz. Alguna vez, y no sin cierta ansiedad, miraban también a la puerta que daba al pasillo del harem; parecía que esperaban a alguien que tardaba en presentarse.

Por fin, en el segundo entreacto del *Sansón,* vestidas ya las chicas para la bacanal del último, llegó por lo visto lo que aguardaban: Scornetti, que jamás iba al teatro en noche en que no cantaba, cruzó por delante de la puerta para entrar en el despacho de Tamarit. Al pasar, y con una cantidad enorme de disimulo, miró al hueco de la ventana donde los novios solían ponerse, pero éstos, habiendo encontrado el sitio ocupado, se habían cambiado al otro, y éste no se veía desde fuera.

El tenor vaciló un poco, miró al despacho de Tamarit y, viéndolo vacío, hizo un gesto de con-

trariedad, perfectamente estudiado: cruzó la redondilla, mirando a todas partes como buscando a alguien, y se metió en el pasillo de enfrente, donde estaba el cuarto del maestro director.

Ya había visto lo que quería: muy amartelados, muy juntitos, como siempre, estaban Emma y su novio diciéndose ternezas. Ella no le vió a él, o lo disimuló muy bien.

Luego era verdad: no era un chisme lo que decía el anónimo que a él le habían entregado aquella tarde en la portería del teatro: "Admirado Scornetti: Persona que le quiere bien y no puede consentir que esté por más tiempo en ridículo, le advierte que Emma es una p..., que tiene un querido, y que usted mismo puede verlos juntos todas las noches en la redondilla del teatro. Acostumbran ponerse en uno de los huecos de las ventanas." Escrito en perfecto italiano y con una letra contrahecha, no decía más el papelito. Pero, por lo visto, todo lo que decía era verdad.

El grupo de las envidiosas respiró satistecho. Por lo menos que aquella indecente no jugase con dos barajas. Si se dedicaba a acaparar a los hombres, ¿qué iba a dejar para las demás? Y con este razonamiento, tan propio de las feas, tranquilizaban su conciencia aquellas chicas. En cambio, Petra, la más guapa de todas, más que la Emma, con su pelo y sus ojos negrísimos y su cara fina, en la que parecía haber una perenne invitación, no le envidiaba a la otra el novio, aunque en el fondo no se explicaba cómo el muchacho, puesto a elegir, no la había elegido a ella. Solicitada por todos, y a todos manteniéndolos a raya, si no la hablaban

de dinero, paseaba, como el gallo en el corral, por el centro de la redondilla, sin criticar a los demás, encontrándolo bien todo, y muy convencida de que el día que ella quisiese decir que sí, nunca sería tarde.

En sus paseos, *Patatine,* desde el fondo del pasillo, la seguía con unos ojos que eran cada uno un vermú con gotas. La veía alzar las caderas, anchas y perfectas, a cada paso, y se prometía a sí mismo que al día siguiente empezaría el trasteo de la muchacha.

El no entraba nunca de noche en la redondilla, porque le parecía lo mismo que hurgarse los dientes con un palillo cuando se tiene mucha hambre.

Simpatizaron, y sin que nadie los presentara, se hicieron amigos. Se abordaron precisamente en esta noche, cuando las chicas fueron a escena para el último acto del *Sansón,* y fué la casualidad la que estableció el contacto.

Iba a marcharse el novio de Emma a la sala, y se encontró con *Patatine* casi a la puerta misma de la escalera de abonados. Le detuvo con un gesto amable:

—Usted perdone... ¿Sabe, por casualidad, si estas chicas tienen ensayo mañana?

—¿Quiénes? ¿Las bailarinas?

—Sí, sí...

—Lo tienen todos los días. A veces empiezan a las doce de la mañana, y algún día antes.

—Pero... ¿por la tarde...?

—Seguramente. Ahora, si quiere usted saber la hora fija, podemos enterarnos...

—¡Oh, no!

Patatine vió claro que aquello era un pretexto para entablar conversación con él. Sin duda aquel joven, para el logro de sus planes, comprendió que le convenía tener un amigo dentro de la casa. Fueron juntos a la sala. El acto no iba a comenzar aún, pues a las bailarinas las llamaban mucho an-

tes, con el fin de irlas colocando en escena para el cuadro plástico de la bacanal.

Era turno segundo, y el teatro estaba espléndido. En el *foyer* fumaban los caballeros, formando corros, en los que se charlaba de mil cosas banales, o paseando desde el busto de Gayarre al arco del *buffet,* como bañistas que esperan ayudar así al buen efecto de las aguas. Otros, más prácticos, se agolpaban ante el largo mostrador del *buffet,* o se sentaban ante sus mesitas, dulcificando los minutos de la espera con el wisky o la copa de cognac.

El humo de los cigarros, sin espesar la atmósfera, se diluía en seguida en la inmensidad del techo abovedado; en la estancia toda, con su aire solemne y brillante de salón de mediados del siglo pasado, había un ambiente de bienestar y de buen tono, al cual contribuía no poco la nota negra de los fracs o de los smokings.

El novio de Emma, que se acababa de presentar a *Patatine* como el conde de Villamarcina, iba poco a poco llevando la conversación al terreno que a él le convenía. Indudablemente quería enterarse, quería saber detalles.

—¿Qué sueldo cobran estas chicas?

—Cuatro pesetas.

—¡Caramba! Y... ¿cómo pueden vivir?

—¡Bah! No se mueren tan fácilmente.

—Bueno, pero ese sueldo, ¿no lo cobran más que los días que trabajan?

—¡Por Dios! Lo cobran todos los días. El régimen del alpiste no se le puede imponer a nadie.

Habían llegado a la galería de las plateas, fas-

tuosa y espléndida ahora, después de la obra del año último, como la crujía de un palacio. Sin ponerse de acuerdo, cruzaron el *tranvía*—que así llamaban al pasillo corto que separaba la sala de la galería anterior—, y entraron en el patio de butacas.

Era difícil que en teatro alguno del mundo se ofreciese a los ojos del espectador un cuadro semejante: con sus cinco pisos de palcos y su enorme y gigantesca embocadura del escenario, que parecía que iba a tragarse todo lo demás, tenía la sala del Real, a pesar de sus sesenta y pico de años, un aspecto de elegancia y de suntuosidad insuperable. En la noche de hoy, noche clásica de turno segundo, ni un asiento aparecía vacío en palcos y butacas, y el conjunto de las sedas, las pieles, el color de los cabellos de las damas y el refulgir de las joyas con que se adornaban, era de una policromía tan sobria, tan entonada, que parecía combinada en cada una de sus notas por la mano experta de un gran artista.

Los palcos, desde las plateas hasta los segundos, tenían el tamaño justo para que en ellos, sin resultar muy desairados, luciesen a la perfección los trajes y tocados de las abonadas, como una joya en su estuche. Esta ilusión se completaba aún más por el fondo grana de que aparecían revestidas todas las localidades.

Patatine, muchas veces, contemplando el teatro en noches como ésta, se paraba a pensar la suma de millones que representaba toda aquella riqueza reunida allí, como amontonada para lucirla de una vez. Y no era sólo el valor material de las alhajas,

de los trajes, de los *sprits* y de los adornos: era el valor de aquellos nombres, de aquellos títulos de la Heráldica, muchos de los cuales llevaban tras de sí la aureola de una fortuna fabulosa.

En aquel entresuelo de la derecha, mirando al escenario, estaba la marquesa de Pozas del Camastro, con las dos más feas de sus seis hijas; media isla de Cuba era suya, y dos terceras partes de los prados de Asturias daban su renta para ella; si el pedrusco que dejaba caer como *pendentif* entre las dos gelatinas de sus pechos se le hubiera desprendido de pronto, y hubiera caído sobre la cabeza de aquel señor calvo, que ocupa una butaca bajo el palco de la marquesa, seguramente al buen hombre lo tienen que sacar del teatro entre cuatro y llevar a la Casa de Socorro, con fractura de la base del cráneo. Así se explica que, siendo las dos hijas de la marquesa más feas que un carro de la carne, haya dos pollitos que estén en el palco haciéndolas el amor, como si se tratase de dos cromos.

Pues también está podrida—como dicen en Bolsa—la viuda de Castro Celada, que ocupa aquella platea con su hija y el marido de ésta. Medio barrio de Salamanca es suyo, y el administrador, todos los trimestres, tiene que cortar el cupón con guillotina, para evitar que llegue el otro trimestre y aun no haya acabado. Esta noche, ella, dando un gran ejemplo de modestia, no ha querido pasmar a la gente con las elegancias de una *toilette fashionable,* y se ha venido casi en cueros; desde el sitio que ocupan *Patatine* y Villamarcina en el pasillo central de las butacas, a la viuda no se la ve más que carne: dos cintas de terciopelo negro, delgadas

como fideos, bajan desde sus hombros, y después de contornear el busto, van a sujetar una especie de servilleta dorada, que le cubre la cornisa superior del ombligo; todo lo demás queda al aire, y la viuda, a pesar de sus cincuenta y siete años, con sus cabellos de ébano muy ondulados y peinados en cimera, y la sombra azulada de sus ojos, tiene todavía una faena.

Aquí y allá, por plateas y entresuelos, hay nombres cuya sola pronunciación parece que abren capítulos de nuestra Historia. El duque de las Navas dormita allá en el fondo de su palco, a la derecha del regio de gala, con la cabeza caída al suelo por la pesadez de sus barbas blancas; asomadas al palco, y alegrando la sala con sus risas de colegialas en asueto, están sus nietas: tres chiquitas recién puestas de largo—bueno, de eso que llaman ahora poner de largo—, guapas, como debió serlo su abuelo cuando tuvo sesenta años menos; desde abajo, las caras de las chicas, destacando sobre el armiño del viejo, componen un relieve *muy siglo de Pericles*. La duquesa de Santa Molina, joven aún, pero que se empeña en vestirse como se vestía su madre para ir a los bailes de la corte de Isabel II, da el tono de estampa de libro viejo en este palco bajo, cercano al de Fernán-Núñez; es una rubia, pero con ese rubio de los limones que han estado mucho tiempo guardados en el fondo de un arca; las joyas con que se adorna parece que han estado también guardadas en alguna parte; están como anémicas, cansadas de lucir sus reflejos bajo el brillo de cien lámparas de aquellas que parecían paraguas puestos al revés.

Hay—¿por qué no decirlo?—una respetable colección de feas: las solteronas de las de Garcés, con caras torcidas, que espantaban todos los novios imaginables, y que siempre en medio, como el centro de una circunferencia, habían pegado hoy la gorra en el palco de la marquesa de Baldivias, riendo a carcajadas para que todo el mundo se diera cuenta de que estaban allí. La señora de Pando y Puche—una Fernández de la Rioja—luce en esta platea de la derecha su dentadura postiza, que parece una *maquette* del acueducto de Segovia; además, hace el efecto de que se hubiera puesto el peluquín del revés, pues delante, sobre la frente, lleva un a modo de moño atravesado por un alfiler de brillantes, y, en cambio, el resto de la cabeza es una escala de los matices más audaces del verde, que parecen un muestrario de telas para cortinas.

Es fea la hija mayor de los marqueses de la Estigia, casada ahora con uno de los Sarrilaga, los opulentos mineros bilbaínos; pero como ha tenido el pudor de colocarse en un palco principal, resulta que desde aquí nosotros la vemos como una belleza que hubiera pasado mala noche.

Pero, ¿para qué fijarse en lo deforme teniendo al lado lo divino? Las miradas de una buena parte del público masculino se incrustaban ahora en el palco que caía al lado de la de Pozas del Camastro, antes citada; en él, sola con su marido y una amiga insignificante, está esa catarata de mujer hermosa, esa acrópolis de belleza que se llamó de soltera Alicia Gross y que hoy—realizado el sueño de toda su vida—se llama la duquesa del Fúcar. Es tan guapa, que al verla llama uno inconsciente-

mente a los bomberos: el cuerpo es una espiga, la cara es la de un ángel de Murillo, que hubiera cumplido los veinticinco años, y el pelo... ¡oh, el pelo de Alicia Gross!, es una cosa aparte: es de bronce, con reflejos de oro, y es tan bonito, que parecería postizo al no vérsele ese color vivo que hace inconfundible el cabello de raíz propia con el que procede de un saldo más o menos escogido de barbas de maíz. La duquesa del Fúcar constituía hoy la atracción principal del teatro, como lo era siempre de todo sitio donde entraba; al verla protestaba uno contra la injusticia humana, porque una mujer así no tiene derecho a pertenecer a un solo hombre; es como el sol, que cuando sale debe salir para todos.

También son apetitosas las dos señoritas de Ruiperdá—a las que *Patatine* llamaba siempre las señoritas de Cachóndez—; con su padre, un señor muy pulcro que se perece por Meyerbeer, ocupan un palco principal, que por los destellos de hermosura que irradia parece un semáforo. Estas chicas, de puro guapas, no encuentran quien quiera casarse con ellas; sería como meter en la alcoba nupcial una estatua de la Venus de Médicis con vida propia: como para no pegar un ojo en toda la noche y morirse de falta de sueño.

En una platea de la izquierda, mirando al escenario, y cercana a éste, se hallaba la familia del conde de Villamarcina: éste creyóse en el caso de enseñársela de lejos a *Patatine,* como quien enseña una corbata nueva.

—Yo estoy allí con mi gente.

El muchacho miró y no supo qué decir. ¡Bueno! Estuvo por contestar:

—Por muchos años.

Pero le pareció una incongruencia, pues allí estarían, a lo sumo, hasta la una y pico de la madrugada, en que terminaría la función.

Su gente eran una señora de cierta edad con el pelo gris y vestida de obscuro; otra mucho más joven, muy guapa, aunque con belleza algo estática, de cara muy blanca y pelo muy negro, que lo mismo podía ser hermana que mujer de Villamarcina; completaba el grupo—que visto desde aquí parecía un retrato para kilométrico—un pollito más joven que Villamarcina y con el pelo tan brillante como sus zapatos de charol.

Patatine se fijaba ahora en el público de las butacas: eran éstas el triunfo de la clase media acomodada, de esa burguesía de instintos gregarios que seguía a la aristocracia doquiera que fuera, formando así una especie de comparsería de frac para mayor lucimiento de aquélla. A primera vista no había gran diferencia entre unos y otros: los vestían los mismos sastres y modistas, les cortaban el pelo los mismos peluqueros y las peinaban las mismas manos; pero se diría que a los de abajo les faltaba el tono, la pátina, ese tinte melancólico del oro viejo, que distingue un relicario antiguo de una de esas modernas copas del polo o del golf.

Claro que había excepciones: a lo mejor entraba en el patio una mujer alta, erguida, un tipo clásico de reina, y, para ocupar su asiento, dejaba caer sobre el respaldo de su butaca la *salida* que, como un manto, le colgaba de los hombros; todo el teatro

se asomaba para verla, para comérsela con la mirada; las mismas blasonadas de los palcos armaban sus gemelos y, por un momento, envidiaban el *chic*, el *charme* incopiable de aquella escultura humana, que, a lo mejor, era una piculina.

Había también aficionadas y aficionados sinceros, gentes a quienes les gustaba la ópera, y que, puesto que podían pagarse la comodidad, preferían oírla arrellanadas en el sillón rojo a apretujarse en el paraíso o a asfixiarse en los palcos por asientos. No iban a lucirse; pero..., se lucían, y de un solo tiro mataban un par de pájaros.

Villamarcina volvía a lo suyo:

—Oiga usted, y esta Emma, ¿tiene novio?

—Sí, señor. Usted. Al menos, eso dice ella.

—¡Por Dios! Yo no soy más que un amigo... Y usted, que las ve a diario, y está siempre entre ellas, ¿no cree que la que más y la que menos..., se deja atropellar?

—¿Atropellar?... Le diré a usted: claro que la que quiere hacer de la virtud una profesión, no se dedica a bailarina; para eso están los Noviciados de Ursulinas y los empleos de mecanógrafas.

—¡Claro!

—Pero, aun en esta clase, entre estas divinas pajaritas que han hecho de las piernas una fuente de ingresos, las hay que se defienden como leonas, y cuando llega la hora del atropello, piden un seguro de vida antes de dejarse atropellar.

—Y Emma..., ¿será una de esas?

—No lo sé. Lo que sí puedo asegurarle es que no pertenece al grupo de las que salen a hacer la carrera a las horas del atardecer.

—¡Ah!, pero..., ¿las hay que...?

—¡Digo! Y cuando vuelven al teatro con diez pesetas, aquella noche, de puro gusto, bailan mejor.

El conde hizo un gesto que no se sabía si era de repugnancia o de contrariedad, por lo vago de los informes que *Patatine* le estaba dando. Sin duda, para cambiar de conversación, cogió a éste del brazo y le dijo:

—Hombre, venga usted hacia abajo, que le voy a enseñar algo estupendo que hay en la segunda fila.

Les costó trabajo abrirse paso, pues repleto como nunca el pasillo central, había que avanzar de perfil, convertido en lenguado provisional. Por fin, gracias a la presión de los codos, llegaron casi a la orquesta. Villamarcina se puso a la espalda de su nuevo amigo, hizo a éste girar como si fuera un anteojo en su trípode, y, apuntándole a los pares de la fila segunda, le dijo:

—Mire usted.

Y miró. Una mujer morena, de ojos de azabache y boca muy roja, estaba allí con un escote que llegaba hasta los muslos, y una cinta encarnada que le sujetaba los cabellos, repartidos en mil ricitos por toda la cabeza. Era, en efecto, algo monstruoso de puro guapa: una de esas hipérboles de la Naturaleza, que vacía los moldes de la fealdad y de la hermosura con irritante desigualdad a veces.

Tenía su guardia de honor: una verdadera cohorte de pollitos y de gallos con espolones, que se apretujaban en el pasillo y en las butacas próximas, girando todos en la órbita de la belleza. Algunos, aunque estaban a dos metros de ella, habían echado

mano de los gemelos y la asaeteaban, acercándosela todo lo posible.

¡Y aun hay quien se queja de las conveniencias sociales! A no ser por ellas, todo este batallón de admiradores caería a mordiscos sobre la hermosa en un momento dado, produciéndose una batalla a cuyo lado la de los campos cataláunicos sería un juego de bolos.

Villamarcina, muy serio, dijo a *Patatine*:

—Pero..., ¿no se desmaya usted?

Y el chico, haciendo ademán de caerse sobre una butaca de la primera fila, dijo muy serio:

—Sí, señor. Avise usted a la Casa de Socorro... Pero que no vengan solos: que se traigan un catre.

Salían ya los de la orquesta a ocupar sus sitios por unas diminutas puertecillas laterales: iba a empezar el acto.

Patatine y su amigo, remontando ahora la corriente de los que bajaban a ocupar sus localidades, ascendían lentamente por el pasillo central, mirando a derecha e izquierda, para que no se les escapase ni una sola de las bellezas o de las fealdades que ocupaban las butacas. Era una visita de inspección que, por la escrupulosidad y el rigor con que se efectuaba, parecía ordenada por algún ministro.

Sin querer, sin proponérselo, *Patatine* ahora pasaba revista a su batallón; él llamaba su batallón a los dignos y honorables miembros del exantemático, a los simpáticos hermanos de la cofradía del tifus, que iban al teatro con vale, vulgo billete de favor.

Eran lo mejor de cada casa, gente toda de alta condición social, nada de gorrones vulgares, sino individuos que por su significación o por su amistad con el empresario recibían el homenaje de una localidad gratis. *Patatine* era el encargado de extender los vales, y para ello tenía en el cajón de su mesa de despacho una colección de tacos de impresos, con los cuales, en un momento dado, hu-

biera podido hacer la felicidad de medio Madrid.

Todos los días recibía una lista—escrita o verbal—del empresario, con los nombres de los felices mortales a los que había que favorecer con un par de butacas libres de gastos; a veces era un palco lo que se les mandaba, pero lo general era el par de suculentos asientos de patio, donde se luce mejor la calva. Había algunos, hasta diez o doce, cuyo nombre glorioso no hacía falta incluírlo en la lista; desde el primer día de la temporada tenía *Patatine* orden de enviarles su vale diario, y primero hubiera faltado en su sitio el director de orquesta que faltar ellos a la función; el muchacho, y todos en la Delegación Regia, les llamaban *los abonados a diario,* y se les trataba con una consideración, con un cariño, que a veces llegaba a enternecer. Para ellos eran las mejores butacas del teatro, procurando que no estuviesen cerca de una puerta, para que las corrientes de aire no les dañasen; la letra de los sobres, que generalmente confeccionaba el escribiente de la Delegación, parecía como que se elegantizaba, se ennoblecía, al trazar uno de los dirigidos a tan simpáticos y consecuentes parroquianos.

La mayoría eran gente que podía permitirse con creces el lujo de pagarse su butaca; pero ello hubiera sido depresivo. Amigos del empresario, éste, al recibirlos en su casa, no podía consentir que pasasen previamente por la taquilla. Era una fineza, y las finezas no se pagan en metálico.

En la lista había nombres gloriosos: la duquesa de Barruelos, con sus tres vástagos, unas criaturas monísimas, que ocupaban casi siempre un palco

principal, pues había que dar también hospitalidad a los novios de las chicas, que eran distintos cada tres o cuatro funciones; el marqués de Serafín: a éste, sin consultar con la Contaduría, le daba siempre *Patatine* una butaca de la fila tercera, pues padecía unas cataratas, y mientras no se las bautiesen no quería renunciar a la admiración de los brazos desnudos de la contralto o de los juanetes del tenor; el general Payá, con su mujer, sus dos hijas y el marido de una de éstas: total, cinco butacas; el día que este matrimonio joven empezase a tener hijos, habría que mandar al general una fila entera; don Alvaro de las Coiñas Salobres, inspector del Timbre o cosa parecida, que de chico había jugado al balón con el empresario en un colegio de Suiza: éste llevaba consigo a la querida y a la hija de la querida, y no llevaba también al marido de la querida porque este digno señor, a causa de un lumbago crónico, no salía nunca de casa por las noches más que... para ir a ver a la mujer de don Alvaro. A este último había que ponerle en el sobre muy claros todos sus apellidos rimbombantes; si no, se enfadaba y devolvía las localidades...

Patatine ahora les pasaba revista uno por uno; sí, habían venido todos; no faltaba ni uno; habían tenido, por lo menos, el pudor de no vender el billete... O acaso no hubieran encontrado comprador. ¡Estaba todo tan malo!

Y eran los que más bullían, los que más se hacían visibles en su localidad, entrando y saliendo en ella con la misma familiaridad con que pudieran hacerlo en el cuarto de baño de su casa. Una no-

che, *Patatine* oyó en el *foyer* el siguiente diálogo entre uno de estos *abonados* y otro señor:

—¡Esto es insoportable! No renuevan el programa. Yo llevo ya oídas cinco *Bohemias*, unas detrás de otras.

—Y ¿por qué viene usted? ¿Es que se ha abonado a diario?

—¡Naturalmente, hombre! Pues si no fuera por eso, cualquiera me pescaba a mí aquí todas las noches.

—Ya, ya.

—Descuide usted, que no me volverá a ocurrir otro año.

El muchacho se volvió a mirarlo, para ver si se le notaba en la cara la mentira. ¡Nada! Como si acabase de leer en voz alta un trozo del Evangelio.

Pero fué más divertido lo que escuchó pocas noches después: hablaban dos tíficos de los crónicos, es decir, de los de ataque diario; éstos, a lo menos, eran más sinceros.

—¡Calle usted, hombre, por Dios! Yo estoy ya reventado: este hombre me va a matar de un *orsequio*, como a Lentejica. Me envía tres butacas diarias, y mi mujer y mi hija, ¡naturalmente!, como no van a venir todas las noches con el mismo traje, me traen *frito*.

—¡Toma, como a mí!

—Y es que este Angel, como es soltero, no sabe lo que son esas cosas de las mujeres. Al Teatro Real no se puede venir como se va al Cinema X. Las pobres han ensayado ya todas las combinaciones: se cambian los trajes la madre y la hija, y el

que se puso la primera en la función quinta del turno segundo par, se lo pone la segunda en la séptima del mismo turno, y viceversa; para que no se armen un lío les he tenido que comprar...

—¿Un par de trajes más?

—¡Ca, no, señor! Unas tablas de logaritmos.

—¡Utilísimo!

—Ya les he dicho que ensayen otro sistema.

—¿Cuál?

—Que se hagan los vestidos como las lentejas de dos caras. Por ejemplo: marrón por un lado, y azul turquí por el revés. Así un día enseñan el delantero, y a la noche siguiente no tienen más que darle la vuelta y enseñar el trasero.

—Mi cuñada ha descubierto un procedimiento tan definitivo, que yo le he dicho que está haciendo una verdadera primada con no sacar patente.

—¡Hombre! A ver, a ver...

—Muy sencillo. ¿Usted no ha leído en los periódicos y en los telones de los teatros un anuncio que dice: "Tinte ultrarrápido. Se tiñen telas en diez minutos, y quedan como nuevas"?

—Sí, señor.

Al oír lo del tinte, el señor se llevó instintivamente la mano a la barba, pensando si el otro no querría tomarle el pelo.

—Bueno, pues es una cosa mágica. El mismo traje azul que esta noche luce mi hermana política, se lo verá usted puesto mañana, pero de un color tan anaranjado, que dan ganas de echarle azúcar. Al día siguiente se lo tiñen en violado y así sucesivamente hasta agotar todos los colores del iris.

—¿Y cuando se acaben éstos? Porque no son infinitos...

—¡Bah! Entonces se empieza con las combinaciones; por muy larga que sea la temporada, se acaba antes que aquéllas. Lo único que tiene es que al llegar la treinta función de abono, el traje lo cuelgan en el balcón, y si no lo amarran se va solo al tinte. Ya nos ha ocurrido una vez el año pasado.

Patatine, oyéndolos, pensaba que en el mundo no hay cosas completas: el buen empresario creía obsequiar a aquellos señores mandándoles a diario unas localidades para su teatro. Creía él que no podía hacer más, pero se equivocaba de medio a medio; para que el favor fuera completo, y sus *abonados a diario* no tuvieran nada que reprocharle, hubiera sido preciso que al envío de los vales acompañase un traje para las señoras y señoritas de la familia y un abono al quitamanchas de la esquina para el frac del señor.

El chico, cerca ya de las últimas filas, se fijaba en otra clase de público, en una de las infinitas y pintorescas variedades en que se descomponía el público total del teatro: ésta no la formaban más que quince o veinte personas, que se distribuían por las butacas y por las delanteras de palco. Eran las piculinas, las tiernas y adorables piculinas de postín, que venían aquí a lo que iban a todas partes: a pescar. Claro que formaban la aristocracia del gremio, y el abono del Real era para ellas el complemento del abono de coche y de los sombreros y trajes caros.

Allí, en la fila octava, lado de los pares, estaba

Conchita *la Alicantina,* bella, con belleza perfecta de dibujo, recatada y sencilla, como una señorita de buena familia que hubiese tomado aquella mañana la primera comunión; su encanto principal consistía en eso, en no parecer lo que era, con su eterno aire fino de educanda del Sagrado Corazón.

En una de las primeras filas, sin duda para que a la entrada y salida la viera bien todo el teatro, había contemplado *Patatine* poco antes el corpachón grande y hermoso de Carmen Rodríguez—sin mote hasta ahora—, que por la profusión de alhajas que ostentaba por todo el cuerpo, parecía el escaparate de un joyero; era guapa, con hermosura de mujer del Norte, y se hacía acompañar por su amante, un señor algo aplebeyado, que estaba a su lado con el mismo orgullo con que podía haber estado junto a un caballo que hubiese ganado el gran premio en unas carreras.

La Trini lucía su hermosura salvaje de gitana en una de las últimas filas; muy engolada, adoptando siempre unas posturas de periódico de modas, tenía dos cosas sobre su cuerpo que justificaban todas las locuras que se hicieran por ella: el cabello y los ojos; el pelo era una masa de hilos de seda negrísima, con profundidades de abismo, en el que la vista se perdía, y los ojos, muy grandes, muy rasgados, muy serenos, miraban pocas veces cara a cara a la gente, como sabedores del peligro que encerraban.

María Zaragoza, Paca *la Diabética,* Julia Segorbe..., eran también de las asiduas. Y allá arriba, desde su altura de la delantera de palco, Pepita *la Sevillana,* como dominándolas a todas, lucía el

garbo de su figura castiza, y unos pendientes que vendidos al peso habrían hecho la felicidad de varias familias; esta mujer merecía tratamiento aparte: no tenía más que veintiocho años y era, en el gremio, una de las que más habían amado, pero *amado* en el sentido amplio e integral de la palabra. Ahora tenía un amigo, un muchacho de veinticinco años, por el que Pepita lo sacrificaba todo a diario, y al que vigilaba con celos de pantera. Desde allá arriba miraba a sus compañeras con cierto desdén; la amplitud con que desde el principio había dado su corazón parecía redimirla de otras culpas, y era como una lección viviente que las de abajo podían aprovechar.

Pero todas, sentimentales o prácticas, buenas chicas o truchas vestidas de señoritas, eran las que mandaban, las que habían llegado a la cumbre empujadas por sus propios méritos o ayudadas por la casualidad. A sus pies se arrastraban los hombres; por ellas se arruinaban muchos o se enfangaban otros en negocios sucios que los deshonraban para siempre. Eran fatales y eran adorables... Sin atender casi a lo que ocurría en la escena, pasaban la noche dirigiendo miradas más o menos francas a los palcos de la derecha, junto al escenario, los de las sociedades, los *palcos de los cabritos,* como les llamaban ellas, desde los cuales rara vez dejaban de asaetearlas unos gemelos, apreciándolas y tasándolas por fuera, como a las jacas y potrancas en los mercados.

A *Patatine,* mirándolas ahora, radiantes de joyas y de luz, confundiéndose y codeándose con las mujeres oficialmente honradas, le parecía que

en el rostro de todas ellas, real o fingido, afectado o espontáneo, había como un leve matiz de cansancio, como una vaga sombra de melancolía.

Cuando se cantaba *Traviata,* al llegar al último acto, y a veces antes, alguna de aquellas palomas sacaba a hurtadillas el pañuelo y se limpiaba unas lagrimitas; después, y para corregir estragos posibles, extraía del bolso de mano la diminuta polvera y se untaba con la borlita las mejillas.

Patatine—que de buena gana se las hubiera comido a todas sin pelar—, pensando en los hombres que se arruinaban por ellas, las miraba con una suprema tranquilidad, con la misma tranquilidad con que entra en una sala de juego el sujeto que sólo lleva una perra chica en el bolsillo.

Y es que a veces el no tener dinero da una mansa serenidad de espíritu.

Tito Scornetti, mientras se bañaba aquella mañana en su habitación del Palace, se había empeñado en descifrar un enigma; estaba tan preocupado, daba tantas vueltas al magín, que la operación del baño la realizaba mecánicamente, sin darse cuenta de lo que hacía.

Mientras con la esponja se untaba de jabón la axila derecha, iba pensando:

—Pues señor, ¿quién me habrá escrito ese anónimo, y qué interés puede tener en que yo me entere de los trapicheos de Emma...? ¿Y quién sería aquel pollito que de tal manera la achuchaba en la redondilla?... Claro que la niña lleva unos días que está completamente insoportable; dos veces la he citado en el *foyer* del teatro, y ninguna de las dos ha acudido... Si yo pudiese hablar con ella... Pero la cosa se está poniendo un poco difícil, y esta Cesárea no me deja ni respirar; se diría que sospecha algo, pues yo no la he visto nunca tan preocupada... ¡Cesárea!... Ya voy estando yo un poco cansado de semejante tutela. Me parece que va a tardar poco tiempo en seguir la suerte de sus antecesoras... No sé por qué no he de ser yo libre y dueño en absoluto de mis actos. ¡Libre!

Al llegar aquí, el egregio cantante, que ya había terminado de enjabonarse todo el cuerpo, se zam-

bulló otra vez en la tibieza acariciadora del agua; como si ahora su pensamiento marchase de acuerdo con el cuerpo, que le servía de cárcel, zambullóse también en un pequeño mar de confusiones.

¡Libre! Pero serlo equivalía a recorrer el mundo solo, de un extremo a otro; a tener que contentarse con el amor mercenario, con el gratuito, pero soso, que le brindase alguna corista o bailarina, o con el tempestuoso y temible que le ofrendase de cuando en cuando alguna abonada, una vieja lúbrica casi siempre, que quería agotar con el bello tenor todo el repertorio de cochinerías.

Tito, indefectiblemente, al otro día de una aventura de éstas, tenía que purgarse, y nadie sabía lo que ello le adelgazaba la voz y le hacía perder en dominio de su arte.

¡Libre! ¡Solo! Era renunciar a todos esos cuidados y previsiones que sólo una mujer sabe prodigar; era arrojar de su lado a un ángel bueno, para sustituírlo con la frialdad asalariada de un criado o del secretario particular: este diabólico Turchini, que sólo servía para reñir batallas con los jefes de la claque.

Como si la realidad quisiera confirmar sus temores, abrióse muy lentamente la puerta del cuarto de baño, que comunicaba con la entrada a la alcoba, y penetró por ella Cesárea; acababa de peinarse, y venía envuelta en una bata azul con grandes pajarracos de hilo de oro.

Segura de ser obedecida, dió una orden cariñosa:

—Tito, sal del agua. Llevas ya los quince minutos.

—Mujer, pero es que tú no cuentas el tiempo que he estado dándome jabón.

—No importa. Ya sabes que el baño largo te debilita mucho, y luego estás todo el día hecho un pingajo.

Metió en el agua la puntita de los dedos, y los retiró de prisa, como si le hubiera mordido un cangrejo.

—¡Qué atrocidad! Este agua está lo menos a cuarenta grados.

—Sí, se me ha ido un poco la mano en el grifo caliente...

—¡Pero hijo, por Dios! ¿No sabes que cuando tomas el baño muy caliente luego se te enfría la garganta? Aparte de que se te queda el cuerpo como si te hubieran dado una paliza... No puedo descuidarme ni un momento; otro día me encargaré yo misma de prepararte el baño.

El sentía que todo lo que su querida iba diciendo era verdad; y aunque le molestaba un poco aquella vigilancia, aquella tutela de todas horas, en el fondo le halagaba tal suma de cuidados, como si le dieran la medida de su valer; Cesárea le atendía, le resguardaba de corrientes de aire y de otros peligros, como se guardaría una alhaja, una de esas raras obras de arte de cristal finísimo, que al menor golpe puede quebrarse.

Ya fuera del baño el tenor, ella empezó a secarle con la sábana rusa, dándole unos suaves y continuados golpecitos en la espalda para hacerle entrar en calor; luego, con una toalla, frotaba su cabeza, aquella melena de pelos muy negros, que des-

pués ella misma se encargaba de rociar con medio frasco de quina.

Le ayudaba a vestirse, y sólo le dejaba cuando ya metido en su pijama lo colocaba ante la mesita, en la que aguardaba un gran tazón de café con leche y un panecillo impregnado de manteca. Y ella, en el fondo de todos estos cuidados, de todos estos mimos, ponía cierta malicia especial, cierto afán de que él se diese clara cuenta de todo lo que aquello valía; como si con cada atención quisiera decirle: "A ver si vas a encontrar otra que te cuide como yo te cuido."

Antes de ayudarle a meterse la camiseta le había puesto ella misma al cuello una cadenita de oro que había extraído de la cajita con que entró en el cuarto; pendía de ella como un guardapelos, y en su interior se veía una cosa que lo mismo podía ser un trozo de uña que una de esas piedrecitas diminutas y muy blancas que se encuentran en las playas.

—Toma: póntelo. ¿No te acordabas ya de que esta noche cantas?

El puso un gesto de terror.

—¡Es verdad!

Y ella, radiante, experimentó un gran regocijo al ver que una vez más triunfaba en su papel de Providencia del artista. Si no es por ella, se olvida de colgarse al cuello el amuleto.

Nunca salía a cantar sin él; pero para que su virtud obrase, era preciso llevarlo al cuello todo el día, desde el momento de vestirse. Lo que había en el interior del guardapelos era sencillamente un pedacito de corteza de cedro del Líbano; este ár-

bol tenía ciertas virtudes maravillosas sobre la voz de los tenores líricos, y salir a escena sin llevarlo encima hubiera sido tan temerario como hacerlo en una ópera nueva sin llevarse aprendida la partitura. Scornetti sólo una vez, en Montecarlo, sufrió tan lamentable olvido: cantaba *Puritanos,* y en el *A te o cara...* empezó a patinar de un modo tan descarado, que el público—un público de jugadores cosmopolitas, acostumbrado a las broncas de las salas de juego—le dió un recado expresivo en forma de pateadura contumaz.

Era el único tropiezo de su carrera, y Scornetti, cuando lo recordaba, oprimía instintivamente, con toda la mano derecha, una sortija que llevaba en el anular, una calavera de marfil que era un poderoso antídoto contra la *jeta.*

En su gremio era de los menos supersticiosos: no llegaba, ni con mucho, a los histerismos del tenor Palella, que hacía pocas noches se había negado a cantar el *Otello* en la escena del Real porque al venir al teatro desde la fonda se había cruzado con un negro auténtico, que al pasar junto a él estornudó. Esto, según él, era un síntoma fatal.

Eran infinitas las supersticiones, los amuletos y las *contrajetas* de que los artistas hacían uso a diario: la tradicional fe en lo absurdo de la raza parecía como que se exacerbaba en estos hombres que habían de ganarse la vida luchando con el público, al cual temían como a un enemigo invisible en la sombra.

Trozos de cuerno, yerbajos misteriosos, piedras de colores extraños, cogidas en las laderas del Vesubio en noches de plenilunio, cachitos de telas de

virtud desconocida, efigies del diablo o de la muerte, que parecían diminutas caretas de Carnaval. Y el amuleto variaba hasta el infinito con cada una de las personas; se diría que él en sí no tenía virtud alguna, y que ésta se revelaba de pronto al ponerse en contacto con el individuo que lo usaba. Lo que para uno era de un funesto y aterrador presagio, para otro no era sino promesa de fecundas bienandanzas, habiendo así una colección de *portafortunas* a la medida de cada cual, como los zapatos y los trajes hechos de encargo.

Y había una cosa en la que acertaban todos: si alguna vez, por olvido, habían dejado de colgarse el cintajo o la medalla al salir a escena, el fracaso no había tardado en surgir. Ello era infalible: la preocupación nerviosa que les invadía al recordar el lamentable olvido, parecía como que les formaba un nudo en la garganta, haciéndoles berrear toda la noche. Ello bastaba para dar a la superstición un valor inconmovible, contra el que ni aun los más incrédulos se atrevían a luchar.

De todas ellas, la más racional, la más tierna y conmovedora era la del bajo Grandini Bordalli: sobre el tocador de su camerino tenía siempre, mientras se vestía, el retrato de sus dos hijos, y jamás salía a escena sin estampar un beso en el rostro de cada uno de aquellos *bambinos*, dos rubios y simpáticos chiquillos, que allá en el colegio de Milán esperaban el regreso del padre.

Mientras desayunaba, el tenor seguía dando vueltas a su pensamiento. ¿Quién habría escrito el anónimo? ¿Cómo se las arreglaría él para hablar a solas con Emma?... Respecto a esto último

tomó muy pronto una resolución. Era necio buscar la ocasión con ahinco, toda vez que ya se presentaría ella sola, en un rincón del teatro, en medio de un ensayo, cuando menos la esperase.

Y ya al habla con ella, ¿qué haría? ¿Reclamar una explicación, que la chica no tenía por qué darle, ya que en realidad no había tenido más relación con él que aquellas harto efímeras de la casa de la Costanilla? ¿Mostrarse celoso, cuando en realidad no lo estaba?

Porque todo lo que Scornetti sentía hacia la chica era un simple deseo que le asaltaba de cuando en cuando, y que, al menos la primera vez, pasó apenas satisfecho. Nunca había pensado en ella como posible sucesora de la cuidadosa y apañadita Cesárea. Unicamente quería saber por qué ella se había alejado de él, y quién era el galán con quien le había sustituído.

En cuanto a la chica, al salir aquella tarde de sus revuelcos con el tenor, iba ya convencida de que por el lado de la... emoción carnal, no era aquél el hombre de sus sueños. Habría seguido cultivándole porque para una chica como ella, siempre con la comida en el aire, no podía ser nunca un mal negocio una complicación algo formal con un cantante de la categoría de Scornetti. Pero lo de ahora era más serio: incapaz, por honradez nativa, de entretener a dos hombres a un tiempo, al presentarse Villamarcina ella tenía necesariamente que alejarse del tenor.

Además, que el juego hubiera sido muy peligroso, pues el aristócrata podía enterarse, y entonces, ¡adiós ensueño! Porque el conde no se ha-

bía quedado corto haciendo promesas: tanteó el terreno, y al ver que la chica era de las que se resistían, se planteó muy claramente el problema; a aquella muchacha no se la convencía más que de dos maneras: ofreciéndole dinero, mucho dinero, cosa que por no estimarla negocio no estaba él dispuesto a hacer, o dirigiendo el ataque por otro reducto.

Y una noche, con la calentura de la proximidad de los dos cuerpos, en un instante en que casi los dejaron solos en la redondilla, el joven se lanzó; si la muchacha quería, él, por su parte, estaba decidido a casarse con ella.

Emma bajó los ojos y no contestó; en los breves momentos que estuvo así, un mundo de ideas cruzó por su mente. Era la realización del ensueño de todas ellas; el ideal que se convertía en realidad, y la humilde bailarina, transformada en condesa a impulsos del amor. Comprendió que debía decir algo:

—¿Tú casarte conmigo?... ¡En seguidita! Como que tu familia te iba a dejar...

Vino la protesta de rigor en estos casos.

—Yo nada tengo que ver con mi familia: si se oponen, peor para ellos. Soy mayor de edad y sé lo que tengo que hacer...

Fué el desbordamiento, el lenguaje ciego de la pasión, lleno de divinas locuras. El enamorado saltando por encima de todos los obstáculos; la posición social sacrificada si hacía falta; el mundo entero, con sus prejuicios y sus convencionalismos, reducido a un riconcito diminuto, donde

los dos entonasen el eterno dúo hasta convertirlo en terceto...

Emma había visto eso mismo muchas veces en las óperas. ¡Oh, Violeta renunciando a todo y marchándose con su amante al campo a cebar gallinas, a las que la *traviata* tenía sobrados motivos para llamar de tú! ¡Oh, Rodolfo y Mimí, convirtiendo las humildades de una buhardilla trastera en áureo palacio en que cada mañana florecía la azucena de una nueva ilusión! ¡Oh, Manon y Des Grieux, huyendo a París sin más ropa que la puesta... *e insieme!*

Pero el oírlo ahora, y sin música, le producía una emoción de ahogo que estaba a punto de hacerla llorar. El conde le había cogido una mano para renovar sus juramentos: quería una contestación inmediata; de ninguna manera consentía en marcharse aquella noche a su casa sin saber si su sueño de felicidad no había sido más que eso, un sueño, o si era, por el contrario, la iniciación de una vida más risueña.

Ella vacilaba: temía que al apresurarse a dar su conformidad se le conocieran demasiado las ganas. Dejarlo marchar con la duda hubiera sido una imprudencia, y al fin el Cielo—protector de los corazones sencillos—la iluminó con una fórmula por medio de la cual se decía todo sin decir nada en realidad.

—Bueno, ya hablaremos más despacio de esto: yo querré siempre lo que tú quieras.

—¿De verdad?

Le contestó más que con la boca con los ojos,

como dándose toda en la mirada ardiente que clavó en la suya:

—¡De verdad!

Y él, pensando en *lo suyo,* dijo para sí:

—¡Házmelo bueno!

Y se separó de la novia, pensando que la parte más difícil del camino ya estaba recorrida.

Roberto Zamora no era un hombre como los demás: al menos, en lo que dice relación al criterio para juzgar la belleza o fealdad de las mujeres, el simpático aristócrata era un mortal conformado espiritualmente en unos moldes que no eran los que habían servido para vaciar al resto de los varones.

Porque para todos los hombres, desde el más exigente al más amplio de criterio, existían mujeres feas y guapas, hembras atrayentes de esas que, con sólo su presencia, nos excitan al revuelco y al bocado libre, y mujeres repulsivas que, con sólo mirarlas, nos hacen pensar en las ventajas del voto de castidad. Y para todo hombre normal hay otro grupo de mujeres, el más numeroso, sin disputa, el de las indiferentes, a cuyo lado pasamos con la misma tranquilidad con que podríamos pasar junto a un teatro cuyo espectáculo carece de atractivos para nosotros; el que nos sean agradables o desagradables es una cosa puramente circunstancial, y el momento y el lugar son los que deciden y hacen que una de esas hembras del tercer grupo ingrese en cualquiera de los otros dos.

Para Roberto Zamora, no; para él toda mujer era apetecible, por lo menos de las que había conocido hasta el día, que eran unas pocas. Como si

el atractivo, el imán, consistiese en la indumentaria, y no en las gracias del cuerpo y del rostro, Zamora, en cuanto veía unas faldas, aunque fuera colgadas en un balcón, daba un salto interior con el espíritu, y notaba que en ciertos parajes de su cuerpo se tocaba a zafarrancho de combate, como en presencia del más dulce enemigo. Cualquiera diría que lo que menos le importaba de Eva era la cara.

Y, en realidad, ello no podía ser más cierto. El inspector del personal sabía que toda mujer, guapa o fea, simpática o cargante, tenía en ciertas reconditeces de su cuerpo un vallecito más o menos frondoso, centro de vida para todos los humanos, pues al venir al mundo hemos pasado por él, unos de cabeza y otros en las posturas más originales. Y como, en último resultado, el amor no venía a ser más que un paseo por el citado paraje, en él se fijaba Roberto, prescindiendo de otros aspectos del panorama.

Sobre ser caballo de buena boca—perdón por el símil, pero empleamos la palabra caballo en su sentido noble—, Zamora venía a ser lo que en lenguaje rural llamaríamos un cachondo; suelen ser cualidades que se muestran harto unidas en el sér humano, ya que la amplitud para aceptar toda clase de comidas es casi siempre indicio de un hambre insaciable.

Desde que había empezado la temporada—y hacía de ello un mes—, Roberto había conducido a la casa de la Costanilla a todas las bailarinas y coristas que se habían prestado a ello: de las últimas, sólo tres o cuatro; de las primeras, un

ochenta y tres y pico por ciento de todo el cuerpo de baile.

Pero esto no tenía importancia: para los hombres de temperamento igual al de Zamora, la única mujer que significa algo es la que no se entrega; las demás son puertas que se abren con sólo empujarlas un poco con el pie, y claro es que sólo se piensa en ellas mientras se las tiene debajo o encima. De las de la casa, este año se le habían declarado en rebeldía tres: las bailarinas Emma y Petra y la soprano Cecilia Gonzalvi; a las demás—salvando, claro es, a las que le habían acompañado a la Costanilla—nada había dicho aún, no por falta de ganas, sino por carencia absoluta de tiempo.

Y eso que Zamora jamás hacía el amor a una mujer: queremos decir con esto que no era hombre capaz de perder el tiempo en todos esos detalles de miradas lánguidas, palabras de doble sentido, persecuciones más o menos encubiertas y otras infladobleces, que algunos creen sinceramente son los preparativos indispensables de la declaración amorosa. Zamora, no: de pronto, cuando menos lo esperaba la interesada, a la que, a lo mejor, ni siquiera había mirado a la cara hasta entonces, le soltaba un rentoy amoroso que la víctima oía con la natural estupefacción.

Nuestro amigo tenía un arte especial para decir las mayores barbaridades, revistiéndolas de un aspecto de candor; era el tono de la voz, lo suave y seductor del lenguaje; mas lo cierto es que al oído de las damas vertía las más audaces y brutales proposiciones, sin que ellas experimentasen

la necesidad de ofenderse; a lo sumo, y si eran de las novatas, se echaban a reír, mientras decían:

—Pero qué cosas tiene usted, don Roberto.

Acaso influyese en ello la santa costumbre que el galante aristócrata tenía de acompañar siempre la acción a la palabra. Perfectamente orientado en materias de oratoria y declamación, sabía que la más gallarda elocuencia, el más perfecto recitado de poesías, no son nada si a cada frase no se acompaña el gesto correspondiente. Nada más triste, ni que produzca una mayor impresión de agobio, que ver a un orador o a un poeta en funciones, con los brazos pegados al cuerpo, como si se los hubieran sujetado con una tachuela. También un actor que no accione más que con los faldones del frac, será un actor condenado a morirse de hambre en plazo breve sobre el asfalto de la calle de Sevilla.

Y Zamora, que sabía todo esto de memoria, procuraba elegir para el momento de la declaración de amor parajes que no fueran muy frecuentados por la gente; en el teatro los había admirables, en ese sentido: el *foyer*, no siendo a la hora de la función; el pasillo de los camerinos, que como tenía el piso de madera, avisaba noblemente cuando algún transeunte se acercaba por cualquiera de sus extremos; la escalera que conducía a los telares y maquinaria; otra que partía del fondo del escenario y bajaba al sótano de la calefacción... Roberto procuraba conducir hasta allí suavemente a su víctima, y una vez los dos en el sitio elegido, empezaba a hablar y... a tocar.

Como un afinador que arregla un piano, el ins-

pector llevaba sus manos a los puntos débiles del cuerpo de su interlocutora; veía las teclas que sonaban bien, las de afinación perfecta, que transmitían puro el sonido apenas se ponía el dedo en ellas; las otras, broncas y rebeldes, que al menor contacto replicaban con un "¡estése usted quieto, caray!"...

De tales sesiones de parcheo sacaba nuestro amigo deducciones curiosísimas, con las que se hubieran podido formar varios tomos de psicología femenina. ¡Y qué compleja resulta, en efecto, el alma de la mujer! La misma que, impávida, resistía el contacto en el promontorio del final de la espalda, como si fuese el bombo de la orquesta lo que Zamora estuviese tocando, protestaba como pantera ultrajada si era al pecho donde el aristócrata dirigía las yemas de sus dedos; para esta corista valenciana, alta y morena, lo que había que defender, por lo visto, era la cara; todo lo demás era terreno libre, por el que se podía pasear impunemente.

Se diría que cada una había localizado el honor en un punto anatómico: ésta en las piernas, aquélla en los sobacos, y la de más allá, rindiendo culto a la rutina, en el pasadizo sexual.

El inspector—¡y ya se ve cuán sabiamente realizaba sus funciones inspectoras!—procuraba aprenderse de memoria el punto flaco de cada una. ¿Por qué no respetarles sus prejuicios, si salvando éstos no podían ser más complacientes? Pero a lo mejor se confundía, y tomando la pierna de la una por el pecho de la otra, recibía enérgicas repulsas, que sinceramente lamentaba. Se ha-

bía equivocado de piso, y estas equivocaciones en amor son siempre desagradables.

Será, sin embargo, justo consignar que la inmensa mayoría de las veces la táctica de Zamora triunfaba; buenas chicas casi todas, se dejaban inspeccionar ampliamente, y aun se diría que el secreto de su rendición estribaba en eso: viendo en las caricias de Roberto una promesa de su indudable maestría en ciertos menesteres, se tumbaban ante él seducidas.

Este año Zamora llevaba clavada una espina en el corazón: el desprecio de la Gonzalvi. Tenía la ilustre soprano fama de entregarse a casi todo el que la solicitaba, sin grandes exigencias. ¿Por qué a él se le había resistido? Cuando pensaba en ello, inconscientemente se paraba ante el gran espejo que ocupaba uno de los rellanos de la escalera de la Delegación, y sinceramente, sin autoadulaciones, se encontraba deseable todavía. A pesar de sus cuarenta y seis años—Roberto, para el cómputo de su propia edad, no contaba nunca cuatro años que pasó empleado en el Gobierno civil de Soria—, estaba joven con su figura alta y gallarda, turbada sólo por una leve prominencia abdominal que se había iniciado hacía pocos meses; verdad era que en su cráneo una calva precoz había talado la cosecha de cabellos; pero esa falta, con el sombrero puesto, no se notaba, y a cambio de ella, el rostro, como brindando una compensación, lucía la corrección y pureza de sus facciones, sin una sola arruga y cortadas por la línea leve del bigotito recortado a lo yanqui.

Y por encima de todo ello había algo que el es-

pejo no decía: el atractivo personal, la simpatía, el gancho, que dicen los castizos; y de todo ello sí que tenía en abundancia Roberto Zamora: tesoro oculto que, lejos de perderse, se acrecienta con la edad.

¿Por qué, pues, le había rechazado la histérica Cecilia Gonzalvi, que, según lenguas procaces, se había acostado con uno de los carpinteros del teatro la última vez que estuvo en Madrid?

El aristócrata no ignoraba que los cincuenta años de la Gonzalvi gustaban cada vez más de las caricias de los jovencitos. Sus preferencias se encaminaban ahora hacia Eduardo, el secretario de la Delegación Regia, un chico de veinticinco años, *muy Tanagra,* que poseía una cintura a cuyo lado un junco hubiera resultado un mortero de 420.

Noches antes los había sorprendido en el camerino de ella, vestida ya la diva para el primer acto de *Un ballo,* sentado él sobre el vestido de ella, cuya cola se extendía por el suelo, y acariciando Cecilia los cabellos del pollo, duros como madera a fuerza de cosmético. La puerta estaba entreabierta y Zamora no tuvo más que empujar para encontrarse en presencia del cuadro, digno del pincel del Tiziano. No se descompuso el grupo ante su entrada, y ella, muy risueña, como siempre, dijo al recién llegado:

—Oh, señor Zamora, qué caro, pero qué carísimo se vende usted... Pase, pase, que no nos comemos a nadie...

Y él, con aquella divina facilidad que tenía para decir desvergüenzas, contestó:

—Pues lo que es usted, si tardo en entrar un poco más me parece que se come a Eduardo.

—¡Qué bruto eres!—limitóse a contestar el aludido.

Y ella, soltando una carcajada estrepitosa, como si la frase le hubiera hecho en realidad mucha gracia, dijo:

—¡Qué malo, pero qué malísimo es usted!... ¡Y qué mal pensado, Dios santo!

Al día siguiente vió Roberto sobre la corbata de Eduardo un magnífico escarabajo de oro, que la Gonzalvi llevaba siempre como *pendentif*, y en el que el inspector se había fijado mucho, no por el valor de la joya, sino porque daba la casualidad de que caía como un bichito entre dos rocas, entre los dos pedazos nutridos y prominentes, de los que la gran soprano parecía sacar el *fiatto* para sus estupendos agudos. El *pendentif* se había convertido en alfiler, y ahora lucía en otro pecho más escurrido. Y es que Eduardito era una fiera para eso de las alhajas.

Ahora Roberto se había fijado en una mujer, en la cual sólo un hombre como él podía parar mientes. Y no porque fuese ningún monstruo, ni uno de esos dechados de fealdad que en un concurso se llevarían la medalla de honor; era guapa, fornida, con cierta majestad en la figura, que le daba un aire muy respetable, demasiado respetable para que nadie se fijase en ella. Bien provista de pechos y caderas, el conjunto no dejaba de ser apetitoso, pero...

Zamora, cosa rara, no había hasta entonces parado mientes en ella; pero la noche misma en que

sorprendió el idilio de Eduardo y la Gonzalvi en el camerino de la tiple, cruzóse con la otra en el pasillo. Saludáronse afectuosos, como siempre, y cada cual siguió su camino, en dirección del escenario ella, y él hacia la redondilla, donde las bailarinas, vestidas de cortesanas, estaban esta noche más apetitosas que nunca.

El inspector volvió la cara y quedóse admirando el soberbio panorama que aquella mujer ofrecía, vista así de espaldas. Un pensamiento satánico cruzó por su mente. ¿Por qué no?

Y al momento empezó a idear el sitio recóndito del teatro donde la conduciría para el acto de la declaración amorosa.

Patatine, poco a poco, iba llegando a una conclusión desconsoladora: la mayoría de las mujeres de teatro, vistas y tratadas de cerca, son absolutamente *indesirables.* Claro es que se refería a las guapas; las feas, para recibir con justicia ese calificativo que la guerra ha puesto de moda, no necesitan pertenecer al teatro.

Como si no tuviesen interés en aparecer atractivas más que en escena, se diría que el resto de su vida como mujeres no tiene para ellas importancia; preocupadas con su arte a todas horas, van perdiendo poco a poco ese no hacer nada, que es acaso el principal atractivo del sexo. Luego, las pinturas y la luz de las baterías van comiendo a paso rápido la hermosura, y al cabo de poco tiempo no queda de ella más que el recuerdo; al perderse la brillantez del rostro y de los ojos, lo demás resulta despreciable.

Pero en ello, como en todo, había la excepción, y *Patatine* había encontrado esa excepción en una de las dignas individuas del cuerpo coreográfico del Real.

La Petra, que no otra era la exceptuada, resultaba en escena y fuera de ella un bocado apetecible. Alta, llenita de carnes, sin ser gruesa, con el pelo y los ojos muy negros, y la cara muy blan-

ca, conservaba, acaso por llevar poco tiempo en el oficio, esa divina frescura, eterno perfume de la juventud, y que constituye ella, por sí sola, la mayor prenda de la belleza.

El muchacho hasta ahora nada le había dicho: en sus conversaciones con la muchacha, a la cual inconscientemente se arrimaba siempre que podía, había hablado de cosas sin substancia; pero ella sabía que le gustaba, y él se daba clara cuenta de que ella lo sabía. Por aquello de que en este mundo cada cual tiene su procedimiento para el asesinato de las pulgas, *Patatine,* al contrario que Zamora, cultivaba mucho lo de las miradas lánguidas, las persecuciones silenciosas y otros preámbulos del acto supremo del amor.

No es que lo hiciera deliberadamente, como el que se prepara a unas oposiciones; era que, sin darse cuenta, él no sabía hablarle a una mujer del hambre que le inspiraba, si antes no se lo había dicho con el lenguaje expresivo de los ojos.

La muchacha, muy solicitada por los de casa y algunos abonados, constituía realmente, en unión de la italiana Emma, el cogollo del cuerpo de baile. A todas las solicitudes que no venían acompañadas de un billete de veinte duros o de la formal promesa de él, contestaba invariablemente que no, sin fijarse en la cara ni en la mayor o menor simpatía del que las formulaba.

Esa, y no otra, había sido la razón de que rechazase las tentadoras ofertas de Zamora—el experto aristócrata le había ofrecido reprisar con ella nada menos que el golpe clásico de la Torre de Babel, diabólica invención suya—; pues pen-

sar que el inspector se rascase el bolsillo para dar el golpe de gracia a una sola de sus conquistas, era tan absurdo como querer tomar un tranvía de los Cuatro Caminos un domingo por la tarde.

Unas miradas furtivas de ella, que huía sus ojos, algo azorada, apenas se cruzaban con los del muchacho, animaron a éste un poco, y pensando que hay cosas en la vida que valen la pena de correr por ellas hasta el riesgo del ridículo, decidióse a hacerle el amor a la hija de Terpsícore, completamente en serio y en romántico, sin hablar para nada de revuelcos, ni de la casa de la Costanilla, con la misma aparente pureza de intención con que pudiera hacérselo a la hija de un probo empleado de Gracia y Justicia.

Cuando aquella noche, terminada ya la función, encontróse con ella en medio del escenario, brindóse a acompañarla hasta la calle.

—Digo..., si no estorbo.

Y ella, con toda naturalidad, como el cochero que levanta el alquila porque no tiene a la vista servicio ninguno que hacer, contestó:

—No; esta noche no estorba. Voy derecha a casita.

—Bueno; pero esa derechura no impedirá que nos tomemos un chocolate y un vaso de leche en el café de ahí enfrente...

—¡Claro que no!

—Pues andando.

Vestida de calle, con la cara muy recogida en el velo, y el abrigo largo y bombacho, que sólo se estrechaba en el cuello junto a las orejas, estaba más guapa que en escena: a diferencia de la

mayoría de sus compañeras, a las que sólo a la luz de las baterías se podía mirar. El rostro, lavado ahora y libre de afeites, parecía más blanco, con una palidez noctámbula que le daba tintes marfileños.

Cuando entraron en el café, ya el pianista, un cieguecito pulcro y simpático, tocaba al piano el pasodoble final, que venía a ser para los parroquianos que pasaban allí la velada entera como el el toque de rompan filas.

Tenía ambiente aquel viejo café, casi contemporáneo del teatro frontero, a cuya sombra vivía. Alargado, con sus gruesas columnas y pilastras, que casi lo dividían en dos, parecía un salón más del vecino edificio, en cuyos sofás aún iban a venir a sentarse las tertulias de massinistas y gayarristas, ardorosas, en perpetua polémica. En la puerta que daba frente a la Contaduría del teatro vendía periódicos una anciana que tenía mucha más edad que el café y el teatro juntos.

En tres mesas del rincón del piano, casi todas las bailarinas italianas bebían la última cerveza y se fumaban los últimos cigarrillos del día, siempre esperando, confiando vagamente en que antes de irse al lecho surgiría el adorador fabuloso que las retiraría del oficio y las vestiría como princesas.

Carlitos del Alamo había cogido a dos de ellas, Irma y Tetis, y había formado rancho aparte en el velador colocado junto a la ventana del chaflán. Hablaba con ellas en voz muy baja, como si los tres estuvieran ultimando los detalles de un homicidio.

Cuando vieron todos entrar a la pareja, quedaron un poco extrañados; las italianas empezaron a llamar a voces a *Patatine;* pero éste, con gestos, les hizo ver que tenía mucho que trabajar en aquel momento y no podía atenderlas.

Carlitos limitóse a toser intencionadamente, con una de aquellas toses baritonales en *fa* sostenido, que hacían retumbar las vetustas columnas del recinto.

Sin ponerse de acuerdo, Petra y su cortejo se encaminaron al rincón más solitario: una mesa colocada al fondo y a la izquierda del mostrador; detrás de éste el encargado había comenzado a descabezar un sueño.

Patatine, apenas les sirvieron, y deseando aprovechar el tiempo, se arrancó con una declaración amorosa en regla; nada de grandes explosiones, nada tampoco de alusiones más o menos directas al sexto mandamiento: una cosa seriecita, plácida, bañada de una tenue melancolía, que el galán acentuó aún más diciéndola toda ella con los ojos bajos y clavados en uno de los platillos del azúcar.

Petra le oía con cierta extrañeza; desde que pertenecía al teatro era la primera vez que alguien se le acercaba para hablarla así. ¿A ella con honestidades?... ¿Si estaría loco *Patatine?* Y la cosa le producía el mismo asombro jocoso que causaría en el dueño de un estanco la llegada de un comprador preguntando si allí vendían jamón en dulce.

No contestó nada, y cuando él, insistiendo, exigió una respuesta categórica, ella, sonriendo y

mirándole como a un bicho extraño, no dijo más que esto:

—¡Vaya con *Patatine!*... ¿También tú?

Era la primera vez que le tuteaba, y ello le dió ánimos.

—Sí, *Patatine* para los demás, pero no para ti. Yo te quiero, Petra; no sé si lo habrás notado.

—¡Bah! Querer... ¡Eso es muy difícil!

—¿Cómo lo sabes tú? ¿Es que has probado a querer a alguien alguna vez?

—Hasta ahora, no; y en buena hora lo diga.

—Entonces...

—Pero lo veo en los demás. Cariño verdad, lo que se llama cariño, pocas veces se siente en el mundo.

—Pues una de esas pocas es esta mía. Ya ves que hasta ahora no te he dicho nada; tenía miedo..., y lo sigo teniendo todavía, porque, en realidad, nada me has contestado aún.

Ni le contestaba; por obstinación, o porque, en efecto, ante el caso, nuevo para ella, no sabía qué decir, callaba, como pensando en cosas que estuvieran muy lejos.

De pronto, como si le hubiera entrado prisa, apuró el vaso de leche y le dijo al joven:

—Anda, vámonos...

Se levantaron; las italianas volvieron a llamar a voces a *Patatine,* y éste tornó a excusarse con idénticos gestos de persona muy ocupada.

El joven, al pasar junto a la mesa de Carlitos del Alamo, vió cómo éste ultimaba con sus cómplices los detalles de un crimen misterioso. El barítono había dibujado con lápiz sobre el mármol

del velador una cosa extraña que terminaba en punta y tenía en su base amplios desarrollos; debía ser el plano del lugar del suceso. Las dos chicas miraban la pintura con cierta avidez y explotaban en sonoras carcajadas; Irma, sin duda escéptica, decía:

—¡Oh! Eso es pintar como querer. Tú tienes mucha imaginación y lo abultas todo.

Tetis, al ver a su predilecta amiga al lado del joven, le lanzó una mirada de odio impotente.

La Petra vivía en la calle del Sacramento, en el riñón de ese barrio de leyenda y misterio, que es el más típico y evocador de Madrid. A estas horas las calles, solas ya, tenían un aire de cosa que duerme, muy propicio a la confidencia.

No hacía frío; era una de esas noches caprichosas del invierno madrileño, que en pleno diciembre resucita calmas y serenidades abrileñas; con la pareja, que ahora caminaba casi en silencio, por todas esas callejas pintorescas que desde la del Arenal suben a desembocar en la calle Mayor, se cruzaban de cuando en cuando esos raros elementos que pueblan los barrios apartados de la corte en cuanto dan las dos de la madrugada: un borracho que, haciendo jeroglíficos, se retira a su casa sin recordar a punto fijo hacia dónde cae; un sereno que filosofa recostado en una esquina; un trasnochador que va pisando fuerte para espantar el miedo que le inspira la soledad de la calle...

Patatine, influído por la hora, por el lugar y por la proximidad de Petra, que, sin querer, ro-

zaba algunas veces su cuerpo con el de su acompañante, quiso provocar ciertas aclaraciones.

—Tú, ¿con quién vives, Petra?

—Con mi familia.

—Bueno, pero quiero decir qué familia tienes...

—¡Un carro! Mi madre, tres hermanas y dos hermanos...

—¿Tú eres la mayor?

—No; hay una viuda, que vive también con nosotros. Las otras dos trabajan de corseteras en la calle de Recoletos, y de los chicos, el mayor, que tiene ahora once años, está de ordenanza en Telégrafos, y el otro, que es el más pequeño, está impedido.

Ella no decía más que *impedido;* en realidad, el chico, que nació con las dos piernas anquilosadas, se pasaba la vida metido en un cajón, de donde le sacaban para llevarlo al retrete y para acostarlo. Aunque nunca podría ganar un jornal, era, de toda la familia, el que disfrutaba de mayor apetito, como si el cajón en que vivía no tuviera fondo, y fuera arrojando a él los alimentos lo mismo que a un pozo.

Patatine quería completar el cuadro.

—De modo que en casa sois siete a comer.

—¡Ya lo creo! A comer... y a cenar...

—Y a ganarlo, ¿cuántos sois?

—Pues mis dos hermanas, que gana una seis reales y la otra siete, y el chico, que, con las propinas, viene a salir a unas dos pesetas diarias.

—Total: un durito largo...

—Bueno, y lo mío.

Patatine sonrió:

—Lo tuyo: cuatro pesetas durante cuatro meses, de los doce que tiene el año. ¡No echaréis coche!

El orgullo de ella, verdadera mantenedora de toda la familia, no le permitió callar:

—Pues todos viven a mi costa, te prevengo. Porque a ese duro que tú has dicho, si empiezas a quitarle las épocas en que no hay trabajo para las chicas, y las enfermedades, y otras gaitas, verás lo que te queda.

No quería hablar con franqueza; no quería decir la verdad, que el muchacho conocía tan bien como ella; aquellos ingresos extraordinarios, que cuando estaba el teatro abierto se convertían en ordinarios casi; aquellos veinte duros, que ella misma se había puesto como tarifa, y que unas veces eran veinticinco o treinta, y otras se quedaban en quince.

Ese dinero que ella ganaba sin más que decir que sí, era el pan de la familia todo el año, y era algo más: el bienestar relativo que se respiraba en la casa; el vestido, siempre negro, pero casi lujoso, de la hermana viuda, morena y guapetona como Petra, que cuando salía a la calle daba la impresión de que iba de pesca, aunque aun no se había decidido del todo a echar el anzuelo.

El caso era el mismo, repetido tantas veces desde que el mundo es mundo: el vicio, o eso que la gente llama así, salvando de la miseria a una familia, en apariencia muy honrada, que seguramente se hubiera ofendido si alguien hubiera puesto en tela de juicio su virtud.

Petra cumplía su deber de salvadora de la casa

con una tranquilidad ejemplar; no le daba ninguna importancia a la cosa, como quien sigue un poco inconscientemente la ruta que le marcó el destino.

Ella, entretanto, y mientras trabajaba para los suyos, no dejaba de divertirse, cenando muchas noches en los restoranes del centro de Madrid, y alocándose un poco todos los días a horas fijas.

El chico y ella hablaban ahora de todas estas cosas sin nombrarlas, mientras recorrían toda la calle del Sacramento, que con las dormidas fachadas de sus caserones y palacios tenía a estas horas un raro encanto conventual.

Se despidieron en la misma puerta de la casa, cerca ya de la calle de Segovia; él insistió una vez más:

—Bueno, ¿qué?... ¿No me dices nada?

—¿Qué quieres que te diga?

En realidad le había dicho demasiado; con toda aquella historia de miseria latente, que había contado como si se refiriese a otra persona, le había dicho algo muy elocuente.

—Hablarme como tú acabas de hacerlo, es hacerme proposiciones para que me muera de hambre.

Patatine se retiró a su casa aquella noche con un marcado sabor a vinagre en la boca.

Cannille no podía resignarse a lo que venía ocurriendo.

Que una mujer como Cesárea, que había sido suya tan ampliamente, se resistiese ahora hasta a cambiar con él dos palabras, era algo absurdo que a él no le cabía en la cabeza.

Se trataba, por lo visto, de una venganza de ella, que así quería martirizar al que antes la había abandonado sólo por miedo a su mujer. Otra cosa no podía ser, porque, haciéndolo con arte, no había de ser empresa difícil procurarse una entrevista a solas, sin que nadie, fuera de Dios, se enterase. Madrid era muy grande, el Teatro Real tenía muchos rincones y bastantes parajes obscuros, para no poder burlar la vigilancia de Scornetti ella, y él la de su mujer, que desde hacía unos días se mostraba menos recelosa.

Porque claro que Cannille no podía admitir, ni aun en sueños, que Cesárea estuviese enamorada de Scornetti. Conocía lo bastante a la ex bailarina para saber que esta muchacha, como Julita Fons y como la Chelito, era absolutamente incapaz de enamorarse de nadie.

Cannille era de Florencia, y había heredado de sus abuelos esa cierta malicia cautelosa que tanto distinguió antaño a los paisanos de los Médicis.

De ser español y dedicarse a político, hubiera hecho un buen teniente alcalde en época de elecciones; se había dedicado a cantante, y claro que todo su maquiavelismo, un poco rudimentario, no le servía ni para aumentar en un semitono el brío dramático de su voz.

El sabía, porque lo sabía todo el mundo en el teatro, lo que había entre Emma y Scornetti; la única que lo ignoraba era Cesárea. Esta ignorancia podía ser un arma a esgrimir. No sabía aún cómo ni en qué sentido; la cosa estaba un poco confusa en su mente: pero allí quedaba guardada, para salir en momento oportuno.

Lo cierto fué que Cesárea, al llegar esta tarde al teatro y penetrar en el camerino de Scornetti, que cantaba aquella noche, encontróse en el suelo con una carta que indudablemente debían haber echado por debajo de la puerta. Conoció la letra y se apresuró a recogerla, llena de terror. ¡Qué conflicto, si Tito llega antes que ella!

La carta era muy breve; sólo decía esto: "Mañana, a esta misma hora, mientras *ese* ensaya en el escenario, te espero en el cuarto del piano del tercer piso. Nadie nos verá. No faltes, si tienes interés en evitar un escándalo.—*Aurelio*."

Aurelio era el propio Cannille en persona, y el sitio, en realidad, no estaba mal elegido; el cuarto del piano era una habitación destartalada que había en la casa del arquitecto del teatro y que éste no habitaba. Toda ella la ocupaba un enorme piano de cola y unos bancos adosados al muro. Allí pasaban las partituras íntegras al piano las primeras y segundas partes, antes de bajar a conjuntar-

las con el coro al escenario. Casi todas las tardes, a primera hora, oíase desde la calle y desde algunas dependencias del teatro un verdadero chorro lírico que de aquel cuarto salía, tomando a veces la forma de una catarata.

Era la tal habitación una fábrica traidora de desilusiones. ¡Qué bien sonaban allí todas las voces, aun las más febles! El *fiatto* retumbaba en las paredes, que devolvían centuplicado el sonido en ecos de un vigor extraordinario. A veces uno de los cantantes ensayaba allí una *fermata,* y quedaba realmente complacido. Luego la trasladaba al escenario, ante el público, y las nubes cargadas de electricidad del paraíso devolvían también en un eco aterrador de protesta el aullido que acababa de lanzar el cantante.

Cannille se había enterado de que el paso de partituras de *Carmen,* anunciado para el día siguiente, había quedado aplazado veinticuatro horas; el cuarto del piano estaría vacío... Y se apresuró a escribir la carta.

Cesárea notaba que el cerco que su antiguo amante le había puesto iba estrechándose poco a poco. Aurelio era algo bruto, y tenía, sobre todo, esa vanidad de niño del cantante, que no puede aguantar el desprecio hecho a su persona. ¿No sería mejor hacerle caso una sola vez, y darlo todo por terminado en una sola entrevista? El riesgo era harto problemático: la suerte ayudaría, Tito no sabría nada, y ella se quitaría aquel mochuelo de encima.

¡Iría! Aunque faltaba un día entero para la cita, se decidió en aquel momento.

Y como la decisión era firme, al día siguiente fué. Cannille, llegado con mucha anticipación al teatro, pidió en la portería la llave de la casa del arquitecto, haciéndose el inocente.

—Qué, ¿no hay nadie arriba?

—No, señor—le dijo uno de los porteros.

—¡Caramba! ¡Pues me han reventado...! ¿Quiere usted dejarme la llave, que tengo que pasar unas cosas al piano?

Había orden de dársela a todo artista que la pidiese; que, además, lo que es de la casa, como no se llevase el yeso de las paredes, tendría necesariamente que salir de vacío. Se la dieron, y él, haciendo un alarde de tranquilidad, y acaso para probar la coartada, dijo:

—Si viene mi señora, haga el favor de decirle que estoy allá arriba.

No vendría, estaba absolutamente seguro de ello: acababa de dejarla en casa del dentista, que le había dado hora para empastarle dos muelas, y donde había una cola de doce o quince personas. Tenía, seguramente, para cinco horas.

Cesárea llegó al teatro, y preguntó si había venido *su marido*.

¡Naturalmente, no había venido! ¡Cómo iba a venir, si no hacía un cuarto de hora que ella lo había dejado metido en la cama, después de suministrarle un ponche hirviendo para que sudase una levísima ronquera incipiente!

Subió la pérfida por la escalera que conducía al escenario: ya en ella, no tenía más que equivocarse de piso, ascender dos más y... caer en los brazos de su antiguo amante. Se detuvo ante la puer-

ta de cristales del escenario: nadie venía por ella y nadie bajaba tampoco de los otros pisos. A no ser de casa del conservador del teatro, no era fácil que nadie bajase por allí a aquellas horas.

Se oía la voz de Cannille cantando al piano, para despistar, la romanza de la flor, de *Carmen*:

"...per qual sentier, per cual destin
t'ebbi a veder sul mio camin."

Sintió Cesárea la emoción del que va a comer de nuevo un plato que ya una vez le hizo daño. Subió la escalera, temblorosa, atenta al menor ruido. De pronto, la voz de Cannille se cortó: oyéronse sus pasos dentro de la casa, y en la puerta misma de la escalera, los brazos del tenor aprisionaron el cuerpo cimbreante de la muchacha.

Cerró él la puerta de una patada, y quedaron ambos dentro. En volandas casi, la llevó al cuarto del piano, y allí, de pie, de prisa, como quien teme que se le escape el tren, y empujándola contra uno de los lomos del cola, empezó él a... maternizarla.

La chica protestaba: no había venido a eso: había venido a parlamentar, a que hablasen... Pero a Cannille parecióle que el lenguaje más elocuente en aquellos momentos era el de su propio periscopio, y aumentó la violencia de su empujón.

Ella nunca había sido partidaria de luchar contra lo inevitable, y fué cediendo dulcemente: en el momento supremo, y cuando ya las dos bocas se juntaban, ella apoyó su mano derecha en el teclado del piano, y sonó una escala. Como los reyes de los cuentos, la cosa la hicieron con música.

Al emprender la retirada, el tenor se precipitó, y parte de sus reservas vitales fueron a caer sobre la falda de ella, de un marcado color celeste: sobre ese cielo apareció una miniatura de la vía láctea. Cesárea, mirándola, dijo:

—¡Cochino! Eso debe quedarse en casa... Es un derroche innecesario.

Se oyeron pasos en el corredor, y separáronse alarmados.

La voz de Roberto Zamora sonaba, confidencial:

—Anda, rica: aquí estaremos muy bien.

Al notar que era él quien llegaba, se tranquilizaron un poco. Pero una mano alzaba desde fuera el picaporte, y la puerta quedó abierta. La sorpresa fué igual para los de dentro y para los que llegaban. El inspector tenía cariñosamente cogida por el cuello a una de las coristas, una rubia gris completamente insignificante.

—¡Ah...! Están ustedes... Creí que no había nadie...

En la escalera se oían los pasos de alguien que subía muy de prisa. Por instinto, la parejita nueva pasó al cuarto a unirse con la otra.

Se abrió de un empujón la puerta de la casa, y en el dintel apareció Scornetti.

Venía pálido, con la fatiga del hombre que ha corrido mucho y con la boca apretada en forma de embudo, como para lanzar un mugido.

¿Eran novios? El caso es que el propio *Patatine* no lo sabía.

Se veían con mucha frecuencia, y siempre que podían salían y entraban del teatro juntos, sobre todo a la madrugada, cuando ella no tenía combinación.

En la redondilla, durante la función y los ensayos, formaban pareja aparte, y se hartaban de cuchichear; los ratos en que Du Flery, con sus eternos agravios contra todos, le dejaba libre, el muchacho corría en busca de su amor, y ella le guardaba por lo menos la consideración, como a un novio de verdad, de no celebrar en público coloquios con ninguno de sus adoradores.

Muchas noches, cuando ella estaba libre, al acabar la función se metían en el café, en aquel mismo rinconcito que fué testigo de su declaración amorosa, que, en realidad, aún permanecía incontestada. Aquellos ratos, y el del callejeo que seguía después, acompañando el muchacho a la Petra hasta su casa, eran los que más agradaban a *Patatine*.

Parecía que durante ellos la chica se ablandaba, se humanizaba, toleraba, con una sonrisa en los labios, ciertos inocentes atrevimientos de él, tales como rozar un muslo con uno de los suyos, cogerle por debajo de la mesa una mano, y probar la

calidad de sus medias con el pretexto de coger una cucharilla que se había caído al suelo.

Las bailarinas, desde que veían a *Patatine* singularizarse tanto con una de sus compañeras, le iban poco a poco perdiendo el afecto. Alguna, como la Tetis, había dejado de saludarle, y las demás lo hacían ya con cierto tonillo agresivo, como se saluda al amigo que nos ha sido infiel, aunque sea sólo con el pensamiento.

A él le tenía sin cuidado todo eso; lo que le preocupaba era que cada día le gustaba más la chica. O estaba más guapa cada veinticuatro horas, o a él se lo parecía. Lo que más le atraía de ella era el pelo: aquella cabellera de un negro brillante y sombrío, ondulada, no por la tenacilla, sino por la madre Naturaleza, y que la bailarina llevaba siempre muy limpia y olorosa. El hubiera sido feliz con que le dejase meter allí la nariz y la boca, y quedarse así dormido, como en el escaparate de una perfumería.

Otra cosa le preocupaba hasta el punto de causarle una constante molestia: en el teatro, todo el mundo, engañado por las apariencias, creía que *Patatine* y la Petra habían hecho changa hacía un rato largo. El pollo Eduardo, los chicos de Burgos, el conservador del edificio, Roberto Zamora, Carlitos del Alamo, todos, en fin, no cesaban de darle broma a propósito de sus relaciones con la muchacha.

—¡Vamos! Que bien pegaditos ibais la otra noche, a las dos, por la calle de Luzón...

—Buena cara tienes hoy, *Patatine;* anoche fue-

ron lo menos cuatro... los chocolates que os tomasteis ahí enfrente.

El lo negaba siempre, lo negaba con furia, se ponía serio para negarlo; y no era por otra cosa sino por el temor de que ella creyese que el joven se jactaba ante los amigos de una cosa que no era verdad.

Carlitos del Alamo una tarde, cogiéndole contra el palquito de artistas, durante un ensayo, hubo de decirle:

—Vamos, que buena moza te llevas, pirandón... Lo mejorcito de la casa.

Patatine lamentó que éste también hubiera caído en el error de los demás.

—No, Carlitos, no; te juro que no. Y parece mentira que tú, que eres listo y conoces a las mujeres, creas también que esa chica...

Pero el otro, poniéndole una mano en el hombro, le interrumpió:

—Mira, Rada, ese afán tuyo de negar a todo trance, es cosa que te honra, porque demuestra que eres un caballero; pero conmigo no te vale.

—Te aseguro que...

—Hay una señal infalible, única, que además te la voy a decir, para que te sirva de norma en adelante.

—Pero, ¿qué dices?...

—Cuando veas un hombre al lado de una mujer y quieras saber si se acuestan juntos, fíjate en un detalle: si ella le mira mucho a él hacia la parte central del pantalón, y él le inspecciona a ella con cierto detenimiento el correspondiente paraje de su cuerpo...

—Es que se acuestan.

—...No, hombre; todo lo contrario: eso quiere decir que hasta aquel momento no ha habido entre ellos dos más que conversación.

—¡Caramba!

—Pero, en cambio, si notas que ni una sola vez, ni por casualidad, se dirigen miradas mutuas a esos sitios, entonces ¡no lo dudes, *Patatine!*, aquella pareja ha mordido ya la manzana del Paraíso y, además, se ha tragado las cáscaras.

—A primera vista parece que debiera ser al revés.

—A primera vista, sí; pero no hagas caso: el viajero de un tren, si ha pasado varias veces por el mismo sitio, no siente curiosidad alguna por contemplar el paisaje.

—Es verdad.

—En cambio, el que por primera vez hace el recorrido, se asoma con ansia a la ventanilla y se traga todo el humo y el carbón que sale de la locomotora. ¿Qué habrá en la falda de aquel monte? ¿Qué sorpresa me aguardará en el fondo de aquel valle?

—Y esa regla, ¿quién te la ha enseñado?

—Como todas las que yo formulo, es fruto de mi experiencia personal.

—¿Y no tiene excepciones?

—¡Una sola!

—¿Cuál?

—Si el encuentro o los encuentros de los amantes han tenido lugar en una habitación a obscuras.

—No lo entiendo.

—Sí, hombre, sí; apura el símil del viajero; hay

aquello de decir: "Por aquí ya he pasado yo, pero he pasado de noche; voy a ver qué tal resulta esto de día." Y se asoma a la ventana. Es una cuestión de instinto.

—Eres diabólico, Carlitos; pero he de decirte que en el caso de Petra y...

Ahora le interrumpió, haciendo una mueca como las que hacía en escena al encarnar el Don Bartolo de *El Barbero*.

—Ni una sola vez os he sorprendido mirándoos al solar de la procreación. Es inútil, chico; conmigo estás vendido.

Una tarde, a eso de las cuatro, habiéndose terminado el ensayo en el escenario, *Patatine*, aburrido, se encaminó despacio hacia el pasillo del harem. El teatro todo parecía como muerto, pues hasta los carpinteros, colocada ya la decoración para la noche, se habían marchado, desparramándose por las tabernas que, como un cordón sanitario, rodeaban al inmenso edificio.

No se oía en la amplitud del recinto, lleno de sombras como una catedral después del coro de la tarde, más que el trabajo de alguna carcoma alojada sin duda en uno de los gigantescos pilares de madera que sostenían la armadura del escenario.

El despacho de Tamarit, al fondo del pasillo de los camerinos, aparecía cerrado; por el montante penetraba de la calle un agónico rayo de luz. De la redondilla no venía tampoco ruido alguno; Amalia debía haber licenciado por hoy sus huestes de aprendizas.

La verdad era que a estas horas en el teatro no debía haber nadie, y el único habitante posible de

aquellas soledades era Roberto Zamora, que precisamente escogía estas horas y estos ambientes para sus retozos de fauno jocundo.

Pero no, el simpático aristócrata no estaba por allí. *Patatine* llegó al despacho de Tamarit y enfocó el pasillo del harem... Casi se asustó ante lo inesperado de la aparición: la Petra, muy despacito, con las manos cruzadas a la espalda, como quien está haciendo tiempo para algo, salía de su cuarto y llegaba hasta la pared de enfrente, volviendo otra vez.

—¿Qué haces aquí?

—Eso te pregunto yo. ¿A qué vienes?

No llevaba puesto el abrigo ni nada tampoco a la cabeza, como si no pensase salir a la calle todavía. Una blusa roja, muy descotada, hacía resaltar más la blancura de la cara y el negro azulado del cabello.

Patatine tuvo una idea diabólica. ¿Habría alguien con ella en el cuarto?... Se adelantó para verlo. Ella le detuvo:

—¿Dónde vas?

—Aquí.

La miraba de un modo raro: la chica tuvo miedo. Era la primera vez que se veía sola con él, sola en una inmensidad tan propicia, que era como estar en medio del mar, en lo alto de un islote.

—No entres; ya sabes que está prohibido, y si te viera alguien figúrate lo que pensaría.

Estuvo por responder que nadie en el teatro podía ya pensar de los dos más de lo que pensaba. Pero lo primero era saber... Entró en el cuarto, miró detrás de la puerta, levantó unos vestidos

que, colgados de la percha, formaban como un pabellón... Nadie; y ya más tranquilo, volvió a la muchacha y le preguntó, cogiéndole una mano:

—Dime la verdad: ¿estás esperando a alguien?

Petra le miró ingenua.

—No; de verdad que no. Estaba haciendo tiempo para marcharme a la calle, porque no me gusta salir cuando están todas esas en la puerta.

Sin soltarle la mano, retrocedió él hasta la puerta del cuarto.

—Anda, ven...

Aquel *Patatine* no era el de siempre: estaba febril, tembloroso; los ojos se le bañaban en una extraña humedad. Ella resistía.

—No, no..., no seas loco; puede venir alguien...

—No viene nadie ahora...

Y de un tirón la metió en el cuarto, cerrando de golpe la puerta.

La habitación, que ya nos es conocida, por ser la misma en que con Petra se vestían la Regina y las otras dos, estaba ahora a obscuras. La muchacha había apagado la luz, y *Patatine* no tuvo prisa por encenderla.

Con una decisión rara en él, cogió por la cintura a la chica y la dió un beso en el cuello. Ella seguía negándose; pero, al menos, el muchacho pudo realizar una de sus grandes ilusiones: meter la boca y la nariz en los cabellos de ella y aspirar el perfume enervador que de allí salía.

El tal perfume tuvo el poder de elevar al rojo vivo la temperatura del muchacho. Había de ser, y estaba decidido a todo; puso en juego las manos

y quiso avanzar por lugares prohibidos. La chica, debatiéndose, no decía más que:

—No seas loco... No seas loco...

No quería ceder; era en ella una simple cuestión de cálculo. De hacerlo, sería la primera vez que se entregaba a un hombre y no a su dinero. Pero también comprendió que aquel volcán en que el chico ardía era preciso apagarlo, si no quería que sus ríos de lava la inundasen; su mano derecha, sabia en ciertos menesteres, fué a buscar el cráter del citado volcán, que por un misterio geológico acababa en punta, e inició el manejo libertador.

Patatine notó que una dulzura especial le invadía. Aceptando lo cierto, y desdeñando, por ahora, lo dudoso, conformóse con aquella caricia, que ya representaba un triunfo en el hasta ahora soso desenvolvimiento de sus amores. Instintivamente dejóse caer en una silla que tropezó a tientas, y Petra, que no había dejado de empuñar el cetro, quedó de rodillas a su lado.

Como la silla era baja, sus bocas estaban juntas. *Patatine* notó una especial languidez por todo su cuerpo, un deseo de abandono, de agonía en la breve eternidad de aquel momento, que la picardía de la muchacha estaba cubriendo de flores. Le llegaba hasta el alma el olor de los cabellos de ella, y apartando su boca de la de su novia, fué a morder con rabia un mechón de aquellos pelos que le obsesionaban desde hacía tiempo con su aroma.

Llegaba el momento álgido: la chica, como si quisiera brindar al muchacho con una imitación lo más perfecta posible, al notar que el fin se aproxi-

maba, alzóse violenta del suelo, y fué a sentarse a horcajadas encima de las rodillas de él. Y ya no fué sola la mano, fué todo el cuerpo, cuyos contornos iba él adivinando por encima de sus ropas, el que tomó parte en el acto estéril de la que podría llamarse fecundación a la atmósfera.

.....

Al salir al pasillo los dos, pocos minutos después, se encontraron a Zamora, parado y como esperando a alguien ante el despacho de Tamarit.

El inspector, como quien está acostumbrado a no asombrarse de nada, se limitó a decirles al pasar:

—¡Qué aproveche!

Ellos se rieron, y *Patatine,* por consejo de la chica, terminó de abrocharse el pantalón.

Por fin los deseos de la Gonzalvi iban a realizarse; aquella noche se daba la primera de *Tosca,* siendo ella la Floria enamorada y violenta, y accediendo Scornetti a cantar el Cavaradossi. Du Flery sería Scarpia, realizando así el célebre barítono francés su ensueño de mostrarse al público de Madrid en casi todos los papeles en que antes lo había hecho Titta Rufo.

Scornetti le tenía una antipatía especial a la célebre ópera de Puccini, que, por lo mucho que en ella abunda la sangre, parece una hemorragia suelta. A pesar de que en el *Adiós a la vida* promovía un alboroto en todas partes donde lo cantaba, no se ponía el traje ni el bigotillo postizo de Mario más que cuando no tenía más remedio.

Ante el espejo de su camerino, ayudado por Cesárea, se ponía ahora la gran corbata blanca, sujetándola en su centro con un diamante falso del tamaño de un duro. Antes se había palpado por encima de la camiseta, para ver si el amuleto, el trocito de cedro, estaba allí.

Desde el día en que sorprendió a Cesárea en el cuarto del piano, Tito era un hombre más libre que antes: culpable ella y convicta, aunque no confesa de su culpa, ante él, la tenía dominada, como encogida, y con un prurito de extremar sus

amabilidades, que al tenor llegaba a empalagarle muchas veces.

Sin embargo, ella no había confesado. Su versión *oficial* del suceso era la siguiente: había llegado al teatro, y Cannille, sin duda por embromarla, habíala dicho que el maestro Sainati la esperaba en el cuarto del piano, pues quería darla un recado para el propio Tito; subió ella, y al llegar encontróse con Roberto Zamora y el mismo Cannille, que se rió mucho de haberla hecho subir tanta escalera.

La explicación le parecía necia a su amante. El estaba convencido de que aquella zorra le había engañado; pero... ¿con quién? Porque cuando él, al recibir el inevitable anónimo—escrito por el mismo Cannille en un momento de broma sádica—llegó al teatro y subió a la casa del arquitecto, vió que del cuarto del piano salía su querida, pero acompañada de dos hombres: el tenor y Roberto. ¿Cuál de ellos era?... Porque no había que presumir que fueran los dos, reunidos allí con Cesárea para la confección en vivo de un tríptico de la escuela flamenca.

Esta duda, este dilema, era el que le había impedido aplicar al hecho una sanción radical: él era un caballero, y así se lo ponía en los carteles—*Cav. Tito Scornetti*—, y sabía cómo se arreglaban entre caballeros estas cosas: a ella, la consabida patada en el antípoda del cráneo, y a él... una retirada del saludo para toda la vida.

En lugar de eso, al verlos juntos a los tres, hizo de tripas corazón, y como si tuviera interés en no

darse por aludido, saludó muy sonriente y se limitó a decir a la pérfida:

—Mujer, podías haber avisado. Te he estado buscando por todo el teatro...

Y se fué con ella, mientras Cannille y Zamora se felicitaban mutuamente al ver lo bien que les había salido la cosa. La idea fué de Roberto, y, por lo rápida, no cabía duda de que tenía algo de genial; al oír los pasos, abrió cauteloso la puerta, y por la raya que entre ella y el marco quedaba, vió que el llegado con tanta oportunidad era Scornetti en persona. Se hizo al punto cargo de la tragedia que iba a estallar: el gran tenor, impulsivo como buen italiano, llevaría el asunto por el lado de la sangre, acaso sacase un revólver, y hasta era posible—porque el Destino tiene a veces bromas crueles—que aquel revólver estuviera cargado. Sonaría un disparo, y la bala lo mismo podía ir a alojarse al pecho de la infiel que a la calva de Roberto Zamora... Ordenó a la corista que con él había subido que se escondiese debajo del piano, y por señas hizo a Cesárea salir al encuentro de Tito, escoltada por ellos dos.

Se había salvado la situación; pero era lo cierto que desde aquel día la posición de la ex bailarina con relación a su amante se iba debilitando por momentos. Tito la despreciaba, y ese desprecio se trocaba en odio sordo cuando pensaba que no valía la pena sacar a una mujer de la plataforma de un tranvía para que luego esa misma mujer le adornase a uno la cabeza con un par de *trolleys* soberbios.

En el momento en que le ayudaba a ponerse el

redingote, penetró en el camerino el jefe de la claque.

—Buenas noches, señor Scornetti.

Se aproximó todo lo que pudo al cantante, y le dijo:

—Vengo a tomar órdenes.

Era un catalán alto, con el pelo rizado y cara de indio: había sido tenor, y por ello todo el mundo le llamaba *Raul,* pues según él, en *Hugonotes* había dado corrientes eléctricas a la mitad de los públicos del mundo. Ahora llevaba ya más de quince años fabricando a fuerza de palmadas la gloria y el dinero de los demás, con ese escepticismo del hombre que, por haber sido cocinero antes que fraile, sabe que un billete de cien liras es equivalente a una hoja de laurel.

Scornetti miró por el espejo para enterarse de las personas que había en el camerino: *Patatine* y el sastre del teatro; se podía hablar con libertad.

—¿Ordenes?... Especiales, ninguna. Lo de siempre: en la romanza del tercero.

—Esa ya la pedirá el público.

—Por si acaso...

Y *Raul,* con su acento catalán, que parecía modulado para recomendar una nueva marca de cretonas, añadió:

—Descuide usted, señor Scornetti, que allí estamos nosotros, siempre al pie del cañón. Recuerde la otra noche en la *Manon,* que...

—Ya, ya...—e hizo un gesto como indicando que le hacían poca gracia ciertos recuerdos.

Raul, que las cogía al vuelo, no insistió.

—La romanza, ¿dos..., o tres?

Le preguntaba si, como el sueño de *Manon* y *La donna e mobile,* quería cantarla tres veces. El artista coqueteó un poco:

—No. Dos nada más, y ya es bastante.

—Bueno, bueno.

Tito puso una cara de niño mimado, y con esa falta de sinceridad que acompaña a la mayoría de los artistas, aun en el momento de mudarse de ropa interior, añadió:

—Digo..., a menos que insistiesen mucho.

Con esto *Raul* ya sabía que el *Adiós*... quería el divo cantarlo tres veces, y que las que habían de insistir eran sus huestes.

—El *Recondita armonia,* ¿quiere usted repetirlo?

—¡No, por Dios! Antes la muerte.

El jefe de la claque salió.

La primera de *Tosca* fué un éxito para sus intérpretes; a Du Flery lo único que el público pudo reprocharle fué que, sin duda para dar a Scarpia un carácter mayor de fiereza, se llenó toda la cara de unas arrugas concéntricas que parecían el enrejado de una enredadera.

Llegó el tercer acto, y Roberto Zamora colocóse a oír el dúo en una de las cajas de la izquierda escénica. Desde allí se veía toda Roma dibujada en el telón de fondo, y tan cerca de la mano que, como hicieron los Césares, se la podía dominar sin más que cerrar el puño; en segundo término, hacia la sala, un trasto de cartón que cruzaba el escenario de parte a parte, simulaba el muro almenado del castillo de Sant-Angelo: delante de él la ex-

planada, y en ella Scornetti y la Gonzalvi diciéndole cosas bonitas al aire.

"Amaro sol per te m' era il morire,
da te la vita prende ogni splendore."

Y entre el muro almenado y la ciudad, el foso terrible, el abismo, que aquí no eran más que las tablas del escenario con toda su polvorienta desnudez. Sobre ellas había de venir a estrellarse Floria Tosca al final del acto; pero como no era cosa, aun tratándose de una ópera del género verista, de llevar el verismo al extremo de que la Gonzalvi se marchase al hotel con unos chichones, sobre el abismo una mano providencial había extendido una colchoneta.

Zamora contemplaba esa mullida prenda con cierta envidia: sobre ella caería dentro de poco el cuerpo fornido de la Gonzalvi, que él deseaba como lo deseaban todos: con hambre.

De pronto, una idea infernal cruzó por su mente. ¿Por qué no? Era una audacia, pero ¿acaso la Fortuna no busca siempre el contubernio de los audaces? Había sonado ya la descarga que corta en flor la vida del pintor Cavaradossi; los soldados del piquete desaparecían por la escalera que conducía al foso del escenario. Roberto se lanzó: arrastrándose como un gato por junto al muro almenado del castillo famoso, llegó a la colchoneta y se tendió en ella panza arriba.

Cuando Tosca, en lo alto del pretil, vió lo que abajo la aguardaba, dió un grito de horror, esta vez nada fingido. Lanzóse al espacio y vino a caer en el abismo de los brazos de Zamora.

SEGUNDA PARTE

Desde el balcón se veía toda la plaza de Oriente, que en este día gris de enero parecía un campo castigado por la escarcha. Los pocos árboles que una tala reciente habían dejado en pie, aparecían desnudos de follaje, esqueléticos, como enormes varas plantadas en el suelo para tender ropa de gigantes. Al fondo, la masa ciclópea del Palacio Real parecía proyectar sobre la gran plaza su sombra poblada de recuerdos históricos.

En este mismo comedorcito, coquetón y abrigado, y en las estancias vecinas, todas ellas abiertas ante el panorama de la sierra lejana, vivía en verano un torero famoso, las escasas horas que le dejaban de descanso en Madrid sus correrías de un extremo a otro de la Península. La casa toda estaba llena de su recuerdo, y aquí mismo, en el comedor, como presidiendo la mesa, había un gran retrato suyo, debido al pincel de un pintor amigo, y en el que aparecía el héroe vestido de paisano, con la cara de niño precoz que en la plaza parecía hipnotizar a los toros.

En los meses de invierno el piso se alquilaba casi siempre a un artista del Real, y este año lo había tomado para todo lo que durase la temporada el bajo Grandini Bordalli, instalándose allí con su esposa y una criada italiana, que guisando

macarrones y *tellatellis* era una especie de Miguel Angel culinario.

En el almuerzo de hoy, *Patatine,* sin hipérbole, podía asegurar que se había metido en el estómago un par de kilómetros de tan nutritiva pasta.

Grandini, a más de ser el heredero directo de Uetam, y el artista que en los momentos actuales compartía con Chaliapine el cetro de los cantantes de su cuerda, era un gastrónomo formidable; comía mucho, pero le gustaba comer muy bien, y para él la cantidad del alimento era una cosa poco apreciable si no iba acompañada de ciertas excelsitudes en la calidad.

Como un gran señor, cuando en el mundo había grandes señores, el célebre bajo no sabía sentarse nunca a la mesa si no le acompañaban dos o tres convidados, por lo menos; en su casa había siempre, a la hora de las comidas, gente de fuera, y cuando no la había, él propio en persona salía a buscarla a la calle, cazándola a lazo en el bosque frondoso de sus amistades. Parecía que, convencido de que en este mundo lo que más importancia tiene es la alimentación, quería hacer partícipe de sus esplendideces al mayor número posible de personas.

Había en ello mucho de orgullo: un orgullo simpático de niño, que eso era en suma el artista, a pesar de su talla de gigante y de su vozarrón de Júpiter enfadado. Y este hombre, que apenas daba importancia a sus triunfos en la escena, y que acogía con una sincera modestia cuantos elogios se le tributaban por ellos, enloquecía de júbilo cuando en la mesa uno de sus invitados declaraba por su

honor no haber probado nunca unas alcachofas al jugo como las que ahora acababa de engullir, o juraba por la fe de sus mayores no habérselas entendido jamás con un timbal de macarrones como el que—¡casi íntegro!—acababa de pasar a su estómago.

El almuerzo de hoy no se había compuesto más que de las siguientes miniaturas: primero, un puré de lentejas, tan espeso y concentrado que en él la cuchara se tenía de pie como amaestrada a la voz; después, unos huevos a la parmesana, compuesto diabólico, especie de enciclopedia de cocina, en la que entraban diez y ocho cosas distintas y ninguna de ellas venenosa; más tarde, el consabido timbal de macarrones, ante el cual *Patatine,* rendido ya, se creyó en el caso de hacer una frase histórica:

—¡Pero esta cocinera de ustedes maneja los timbales mucho mejor que Wagner!

Se ganó un abucheo general, y la mujer de Grandini, sin duda para castigarle, sirvióle una nueva ración.

Langosta, un pollito con patatas a la milanesa, un solomillo a la parrilla... Al llegar aquí a *Patatine* ya no le quedaba más sitio en el estómago; muy estirado en la silla, para dilatar así sus espacios interiores, si hubiera tenido que inclinarse al suelo para coger algo, se habría visto en un serio compromiso.

Y aun quedaban los postres: un flan diabólico, a base de ron y menta; unos bizcochos completamente jumeras, tres o cuatro clases de queso, entre ellos uno auténtico de Parma, en el que Grandini cifraba el más legítimo de sus orgullos; frutas a

discreción... Durante la comida se había bebido rioja, sidra—la mujer de Grandini era de Tolosa—y chianti; a los postres, con el café, salieron a relucir un cognac que debía ser más viejo que Pepe Ranci, el inmortal partiquino; chartreusse y anís del mono.

Cuando el dueño de la casa ofrendó a *Patatine* un cigarro puro más largo que un roten, el muchacho, por un momento, víctima de una obsesión, creyó que aquello se lo daban también para que se lo comiera. ¡No, por Dios! ¡No podía más! Y como el dueño de una fonda que tiene todas las habitaciones llenas con exceso, ante la presencia de nuevos viajeros, exclamó:

—Lo siento mucho, pero si me hubieran ustedes avisado con tiempo...

Reflexionó, sin embargo, y comprendió que de aquello todo lo que tendría que tragarse sería el humo, y aun esto no era obligatorio.

Hoy los invitados habían sido tres: el citado *Patatine,* Orfila, un periodista muy aficionado y muy inteligente en cosas de música, y que acaso por eso no ejercía la crítica en ningún periódico, y Parrondo, crítico éste de un diario de la noche y hombre tan atrabiliario y bilioso que sólo la paciencia de Grandini Bordalli podía sentarlo a su mesa como amigo.

El tal Parrondo era algo así como el arquetipo de lo que entre nosotros se entiende por crítico de arte. Salvando las excepciones—que acaso no excedan de dos o tres—, la mayoría de los señores que en nuestra Prensa esgrimen el escalpelo son unos asnos cargados de petulancia; algunos ni si-

quiera han oído una ópera antes del día en que el director de su periódico, en un momento de hastío, les dice:

—Hombre, Peláez: ¿por qué no se encarga usted este año de hacer las cosas del Real...? Vizcaíno, que las hacía hasta ahora, va a hacer el *Senado*.

Y Peláez se encarga con el mismo entusiasmo con que podría encargarse de subir unos baúles de la estación.

Lo primero que hace es comprarse en el Rastro un frac y hacer que un sastre de portal amolde a su cuerpo las costuras; luego adquiere un sombrero de copa en la calle del Bastero, y después, en la Redacción, pide las colecciones del periódico de los últimos cinco años y se lee todas las atrocidades que en ellos han escrito sus predecesores. Ya con eso tiene ropa y una cultura musical, como si dijéramos vestido para el cuerpo y para el alma, y los dos adquiridos en el mismo sitio, porque también las ideas tienen su Cabecera del Rastro.

Y ya no hay más que esperar a la inauguración de la temporada y tener una audacia muy grande para decir las mayores atrocidades. En este mundo de la ignorancia, en que casi todos podrían llamarse de tú, el que más mérito tenía era el que escribía la burrada mayor. La consigna del gremio parecía ser la siguiente: desprecio inmenso hacia la música italiana y apoteosis de Wagner; a última hora el santo y seña había variado un poco, y ya de lo italiano se aceptaba algo—desde luego lo que menos le gustaba al público—, y el elogio incondicional se había extendido desde Wagner a

todo el que hiciera una música a base de camelos.

Parrondo era, dentro de este rebaño, el más significado de todos; él, más que crítico, se creía musicógrafo, es decir, algo así como un Menéndez Pelayo de la música; y era, en verdad, de un cómico sublime ver a este hombre hepático, amargado y maldiciente, dictaminando desde su periódico en materia de escuelas y tendencias musicales, llamando a Bellini llorón y a Meyerbeer zarzuelero, él, que en la realidad de su vida había pasado de un salto desde la música más plebeya del género chico a las sublimidades del *Parsifal*.

Patatine lo conocía de antiguo, pues habían estado juntos en la Redacción de un periódico; era un mal bicho, envidioso de todos y de todo, capaz de levantarle una calumnia a su propio padre sólo por calmar un poco las dolorosas punzadas de su hígado. Siempre había tenido ese aspecto sucio y enfermizo del hombre a quien, desde pequeño, le ha hecho traición su propia fisiología, y era uno de esos tipos que, al encontrárselo en un sanatorio o en la galería de un balneario, dice uno compadeciéndole:

—¡Pobre señor! ¡Qué bien ha hecho en venir aquí!... Con tal que tenga fuerzas para volver a su casa...

Ahora, sin duda para agradecer la comida con que el bajo acababa de obsequiarle, aprovechó un inciso de la conversación para decir una serie de impertinencias.

—Créame usted, Grandini: la culpa la tienen ustedes, los artistas, que no seleccionan el repertorio, y una vez seleccionado se lo imponen a las

empresas en los contratos. Usted, por ejemplo, ha elegido como su obra de batalla el *Mefistófele,* ese zarzuelón anodino y pretencioso.

Orfila interrumpió:

—¡Por Dios, Parrondo! Que en el *Mefistófele* hay cosas que están muy bien no lo niega ya nadie.

Y Grandini, llenándose de paciencia, pero atronando el espacio con su voz, dijo:

—El ochenta por ciento de la partitura del *Mefistófele* está muy bien; lo que pasa es que ustedes los críticos parece como que se han puesto de acuerdo para denigrar todo lo italiano. Además, me hace usted un reproche que no puede ser más injusto: lo del repertorio. Sepa usted que yo lo único que impongo en todos mis contratos es el Wotan, de *Walkyria.*

—Muy bien; pero también canta usted *Puritanos,* esa cosa abominable.

—Mire usted, Parrondo—volvió a intervenir Orfila—, yo siento mucho tener que hablar así; pero ya me están ustedes cargando con sus adjetivos y con su sistema de calificar. En Bellini hay un sentido de la melodía que no lo alcanzan, ni aun subiéndose en una escalera, todos esos músicos ultramodernos que usted y los suyos ensalzan.

—¡Por Dios!

—Y por su Santa Madre. Se han empeñado ustedes en que la Música sea una Ciencia, como la Ingeniería, y se han olvidado de una cosa muy importante: el corazón. Así hoy, cuando se oye uno de esos trozos de música moderna, que parece escrita para que la interprete una batería de cocina, es como si se asistiera a una carrera de obs-

táculos. Al compositor se le concede mayor mérito cuantas más dificultades técnicas va resolviendo. A mí me parece todo eso como ejercicios de composición hechos por alumnos de un Conservatorio.

Grandini Bordalli, callado ahora, aprobaba con una sonrisa. Parrondo, muy retrepado en un sillón, sonreía también, pero con risita de conejo, enseñando unos dientes amarillos en los que el puro iba dejando máculas piltrafosas.

—Es como lo de la combatidísima *Bohemia*.

Parrondo hizo un gesto de asco, como si le hubiesen obligado a tomarse un purgante.

—Puccini tiene dos graves defectos: la monotonía y la suciedad de la orquestación. Pero, a cambio de eso, ¡qué riqueza evocadora tan inmensa! ¡Qué raudal fluyente de inspiración! A través de sus notas en *Bohemia* se ve el París de aquella época...

Iba a seguir soltando ditirambos; pero se calló al ver que Parrondo, no acostumbrado a las comilonas, había empezado a vomitar bilis sobre una escupidera.

Se hacía la segunda de *Tosca;* de modo que el cuerpo de baile tenía vacación por esta noche.

Petra pidió a *Patatine* dos antepechos de paraíso, y allá se encaminaron los dos un cuarto de hora antes de que la función empezase.

Desde el día del... masaje se consideraban ya novios formales, como si el compromiso romántico que los uniera fuera aquella furtiva operación, que podríamos llamar de tanteo, realizada entre las sombras del camerino. La cosa se había repetido varias veces, pero no habían pasado de ahí. Cuando se encontraban solos y él se ponía farruco, acudía ella al recurso extremo. La verdad es que la cosa no podía ser más cómoda: nada se arriesgaba, nada se comprometía, y el trabajo no era tampoco muy grande, pues la naturaleza fogosa del muchacho respondía al instante y a las primeras llamadas.

En esta noche había ella tenido el antojo de venir con *Patatine* a ver la función desde allá arriba, como un estudiante y su novia. Desde su sitio, casi en el centro de la gigantesca herradura, se dominaba todo el teatro. Por las dos puertas laterales empezaban a entrar al paraíso verdaderos racimos de gente; a la mayoría, después de los escalones subidos desde la calle, aun les quedaban que ascender algunos hasta llegar a su sitio.

Una vez en él, y en noches de lleno como ésta, en que cantaba Scornetti—también cantaba Du Flery, pero...—, estaban apretujados, sudorosos, sentados en una tabla, sin más respaldo que las rodillas del vecino de atrás, y con los pies encogidos, pues la distancia entre una y otra fila no era la suficiente para que las extremidades abdominales ocupasen su postura normal.

Pero todo se soportaba, todo se sufría con tal de oír al ídolo. El público lo formaban estudiantes, señoritas de la clase media de presupuesto escaso, familias de empleados, alumnas y alumnos del Conservatorio, que iban allí como a un complemento de la enseñanza diaria; divas y divos futuros, que soportaban complacidos el calor y las apreturas hasta el momento en que el tesoro que llevaban en su garganta les hiciese bajar de allí a la escena, cubriendo de oro y de gloria su vida.

Visto desde el antepecho el paraíso, con sus innumerables filas, para cuya colocación había habido que darle un mordisco al techo del teatro, parecía un pim-pam-pum gigantesco que en un momento dado iba a desplomarse sobre el patio de butacas. Se veían las cabecitas ansiosas, brillantes de sudor, muy fijas en la escena, como gente que va de buena fe a un espectáculo por el espectáculo mismo y apenas se alza el telón cae en una especie de arrobamiento místico, unida a la garganta del cantante por un hilillo misterioso. Luego, en el entreacto, los hombres, los muñecos de este pim-pam-pum, como si un poder mágico les concediese vida, se animaban, se movían y salían a los pasillos a fumar, a refrescar en la

cantina, y, sobre todo, a pelearse. Era la hora de las grandes batallas; resucitaban las polémicas entre massinistas y gayarristas, que más de una vez confundieron los argumentos con las bofetadas, y en las que muchas noches tuvo que decir la última palabra la fuerza pública.

Se diría que era algo que estaba en la masa de la sangre, y que de padres a hijos se transmitía. Porque no había artista, por excelso que fuese, no había garganta humana, aun de las que por lo perfectas parecían un milagro, que no tuviese críticos y enemigos declarados desde la noche misma de su debut. Todos tenían un pero: este tenor abusaba del falsete; aquel barítono arrastraba las notas como si fuesen la cola de un traje de Corte; la tiple ligera de fama mundial tenía una voz blanca imposible..., y así todos.

Y lo peor era que estos eternos descontentos tenían razón; nada había perfecto en el mundo, y los simpáticos ruiseñores del arte no habían de ser una excepción en esa regla que al ente de apariencia más acabada le asigna una mácula. Lo que resultaba un poco cruel era fijarse en el defecto para cubrir con él las buenas cualidades; a esto, un refrán castellano harto expresivo, le llama *oler las perdices por el c...*, que es por el único sitio que huelen mal.

Las discusiones tomaban carácter de lucha en campo abierto en los dos pasillos que comunicaban con las localidades laterales del paraíso. Allí se reunía lo más significado de cada bando: el de los incondicionales del artista y el de la acera de enfrente. Los dignísimos miembros de la claque,

y el propio *Raul,* tomaban alguna vez parte en estas batallas, pero por lo general su actitud era de una sensata expectación, como correspondía a los fabricantes oficiales de la gloria, que forzosamente habían de estar por encima de las disputas de los hombres.

Entre los luchadores no faltaba nunca el aficionado antiguo, hombre de sesenta años, que había conocido a *los buenos,* como él los llamaba, y para el cual todo lo actual no era más que un vago remedo, a veces como una caricatura de las grandes figuras de los años gloriosos. Su opinión la daba siempre del mismo modo:

—¿Quién? ¿Titta Rufo?... No está mal... Pero ¡aquel Menotti en el *Viè̀n Leonora* no ha habido quien lo mejore!...

A veces prefería callar, envolviéndolos a todos, artistas y público, en un piadoso desdén. ¡Aquellos infelices, que no habían oído cantar a la Patti la cavatina de *El Barbero!*

Patatine, mientras se estrechaba todo lo que podía contra el cuerpo de la Petra, se fijaba en los individuos de la claque. Estaban distribuídos con arreglo a un sabio plan estratégico, ocupando cuatro puntos que podríamos llamar el centro—dividido en dos—y los flancos. Aquél se hallaba efectivamente en los dos extremos del centro que daba frente al escenario, y los flancos ocupaban la parte de la lateral izquierda y derecha que caía más cerca de la embocadura. Cada uno de estos grupos tenía su jefe local, y mandándolos a todos en jefe estaba *Raul,* en uno de los extremos del grupo central izquierdo, destacando su figura de

tenor de la antigua escuela, como si en un momento dado fuese a cantar el *septimino* de *Hugonotes.*

A pesar de la enorme distancia que los separaba, se comunicaban unos grupos con otros a través de aquel mar de cabezas; y para dar las órdenes no tenía el jefe que hacer grandes aspavientos ni esforzarse en gesticular: le bastaba con iniciar el aplauso, juntar sus dos manazas, que blanqueaban en la sombra del paraíso como dos palomas que llevasen en el pico el laurel de la gloria, para que al punto todo aquel ejército organizado a la alemana rompiese en una salva atronadora.

Cantaba ahora la Gonzalvi el *Vissi d'arte;* su voz brillante aún, pero algo castigada por los años, filaba a veces hasta lo inverosímil algunas notas, escamoteando así los agudos. Terminó, y *Raul,* de pie en su puesto—cuando se ponía de pie era porque quería subrayar el entusiasmo—se rompía las manos, y hacía que los suyos se las rompieran pidiendo el bis; entre la ovación mezclaba a veces una palabra mágica que le salía del corazón:

—"¡Brava! ¡Brava!"

El maestro Sainati, que llevaba la orquesta, se dispuso a repetir el *pezzo*. Callóse *Raul* y calláronse los suyos, no sin antes soltar dos o tres *bravas* rugientes, y cuando el silencio se hizo y la Gonzalvi, sentada en el sofá, iba a empezar de nuevo, unos siseos salidos de un rincón oculto del paraíso vinieron a aguar la fiesta.

Eran las *lechuzas,* que así se les llamaba a estos protestantes, y su protesta no era la iracunda y epiléptica de las noches de catástrofe, sino una

mansa, suave, sutil, como si sólo quisieran subrayar con un siseo su desagrado.

Raul alzóse de nuevo en su asiento, y sin decir nada empezó a aplaudir, siguiéndole al momento sus huestes. La Gonzalvi, en escena, conmovida ante aquel entusiasmo del público, tornó a saludar; pero al enmudecer la claque, otra vez las *lechuzas* dejaron oír su canto dulce, monótono, como el chorrito de una fuente. Vuelta *Raul* a la batalla; y como la cosa llevaba trazas de no acabar, Tosca, obedeciendo a un enérgico batutazo de Sainati, empezó a repetir su romanza, en medio de la ovación. Y fué entonces cuando, para oírla, se callaron todos.

Pero la cosa sólo era una escaramuza, sin parecido, ni aun remoto, con las grandes batallas de otras veces, que no esperaban, para estallar, a que el telón hubiese caído. Este año no existía la contraclaque, especie de partida de la porra, capitaneada por alguno que tenía agravios que vengar de la Empresa, y que, como para entrar en el teatro había tenido que pagarse su billete, pasaba la noche poseído de una santa indignación. A veces los artistas, no queriendo líos, se entendían también con este bando, y entonces el oficio de la contraclaque se reducía a cargar la mano en los infelices cantantes que no querían o no podían darle dinero.

La Petra, que jamás había presenciado una función desde aquellas alturas, estaba un poco desorientada.

—Chico—le decía a *Patatine,* en uno de los entreactos—, desde abajo los aplausos suenan de

otra manera. Porque te habrás fijado que el público de verdad rara vez aplaude.

—¿Ahora te enteras? Ese público sólo aplaude en dos o tres ocasiones cada temporada; habrá algún aplauso suelto, pero la ovación de todos rara vez surge. Ahora, por ejemplo, en este acto que viene, la oirás estallar cuando Scornetti termine su romanza.

—¿Y por qué es eso?

—Mujer, es natural: aplaudir es siempre incómodo, y si encima de todas las incomodidades que el público de estas alturas tiene que aguantar, aún va a echarse encima una más...

—Es verdad.

—Además hay algo de tranquilidad de conciencia: por mucho que les guste un artista y por muy merecedor que lo juzguen del aplauso, como saben que hay quien por obligación se encargará de tributárselo—los de la claque—, descansan despreocupados.

—Sí, pero cuando se trata de menear, ya saben hacerlo los condenados...

—¡Claro! Por la misma razón: porque si ellos no lo hacen, no habrá quien lo haga. ¿Tú no sabes que las temporadas en que había una contraclaque organizada se observaba que el público siseaba menos?

—Ya, ya... Y la madre de la Fiorella, que se pone tan loca cuando oye que a su chica le tocan unas palmas...

La Fiorella era la primera bailarina.

—¡Bah! Es que la Gloria baja a vosotras desde

aquí, como la luz de un foco que nadie sabe dónde está situado. La cuestión es que enfoque bien.

Empezaba el tercer acto, el de la trinchera de Scornetti. Allí, en el *Oh dolci baci o languide carezze*... el gran Tito escalaba las cumbres de su arte, y durante diez minutos enloquecía al público, lo hacía rugir en sus localidades al decirle adiós a la vida, a la que aseguraba no haber amado nunca tanto como en aquel momento.

Los rezagados ocupaban sus localidades entre las protestas de los demás, pues la orquesta había comenzado ya a sonar.

Alzóse lentamente el telón, y Roma, la ciudad Eterna, presentóse ante los ojos del espectador. Entre ella y el castillo Sant Angelo mediaba el abismo.

... El abismo, y la colchoneta donde Roberto Zamora, pocas noches antes, había recibido el corpachón de Tosca-Gonzalvi.

Los dos primeros actos no le interesaban; los cantaba siempre de mala gana, como quien echa un jornal.

Y es que Scornetti no sentía la partitura de Puccini; coincidiendo en esto con Parrondo y demás lampreas de la crítica, toda aquella serie de notas que acompañaban los amores de la cantante y el pintor y los sadismos de Scarpia, le parecían cosa postiza y artificial, sin relación alguna con el asunto del drama. Echaba de menos en los dos primeros actos uno de aquellos momentos líricos en que el alma del cantante se transfiguraba al cantarlos, como en el dúo del segundo acto del *Rigoletto,* o en el *Bella figlia del amore,* en que parecían revivir todas las melancolías de un atardecer en la campiña lombarda, donde el tenor pasó los primeros años de su vida, o como en el *Spirto* de *Favorita,* que parece compuesto para decirse entre sollozos en una noche de luna.

A su juicio, Puccini, que en *Bohemia* había escrito casi toda la partitura con el corazón, al servir el drama de Sardou se había despistado. Al *Recondita armonía* le profesaba Tito verdadero odio: parecíale el canto regocijado de un confitero al que le acabase de salir a su gusto una tarta de complicada confección. Las escenas telegráficas

del segundo acto... "*Nego... nego... nego*", con sus gritos finales, que desgarraban la garganta, creía él que las podía haber cantado con lucimiento el más infortunado de los partiquinos... Y aquella salidita entre cuatro, con las sienes manchadas de pimiento molido para simular la sangre, antojábasele algo abominable.

Y es que Tito Scornetti, diferenciándose en esto de la mayoría de sus compañeros, tenía una finísima sensibilidad para el ridículo; por eso, uno de los peores ratos que le proporcionaba su carrera gloriosa era cuando en *La Favorita*—ópera que, aparte de eso, cantaba con verdadero amor—, acabado de casarse con la Leonora, le decían los nobles, sus compañeros, que había hecho el canelo, pues acababa de contraer el nudo nada menos que con la querida del rey. Siempre que llegaba ese momento, y sin poderlo remediar, les decía por lo bajo a los coristas:

—¡Cabroncetes! ¿No me lo habéis podido decir antes?

Claro que la frase no estaba en el libreto de la ópera.

Pero la *Tosca* tenía un momento que era la redención de su autor y de Scornetti: el *Adiós a la vida,* del tercer acto.

Aquella romanza, tan corta como la moda las pedía en las óperas actuales, era una demostración plena de que en la Música, como en todas las Artes, el triunfo será siempre del corazón. Puccini, al llegar a ella, se olvidaba de sus disonancias, de sus melodías truncadas y desviadas de su giro natural, de los saltos rítmicos e insinceros, extra-

ños funambulismos con que en vano pretendía adaptar a su musa, toda sentimiento, la escuela y los procedimientos del coloso.

El público, al oírla, parecía como que reposaba en un fresco oasis, después de un camino por un sendero de abrojos. Y la ciudad, aquel conjunto histórico de edificios que la media sandía del Vaticano presidía, adelantaba hacia la escena desde el telón del fondo, vibrando toda ella al impulso de las notas en la frase final.

Scornetti esta noche se notaba una cosa rara en la garganta: para cantar como siempre tenía que hacer un esfuerzo, que el público de seguro no notaba, pero que a él le tenía inquieto y desasosegado.

Era un perro oficio éste, que obligaba a salir al público siempre con iguales bríos, cuando muchas noches—y ésta era una de ellas—el cuerpo, sin saberse por qué, pedía reposo únicamente. Nadie sabía la preocupación, el cuidado sumo que exigía cada una de aquellas notas filadas, aquellos hilillos de voz que el cantante parecía adelgazar con tanta facilidad, pero que suponían un estudio de todas horas, que le hacía respirar satisfecho cada vez que pasaba de una de ellas, como quien ha salvado un grave obstáculo.

Toda la magia, todo el encanto que puede producir la voz humana, y que para el público no era más que un don gracioso con que la Naturaleza obsequiaba a sus elegidos, se conseguía por los interesados a fuerza de cuidados exquisitos, de una atención concentrada que había de estar en guardia para que la respiración fuese la indicada,

para que un golpe de tos inoportuno no viniese a cortar bruscamente la emisión del sonido, para que el conducto nasal estuviese limpio de obstáculos...

Y esto, que a diario no era más que una aplicación casi mecánica de las reglas del arte, hoy para Scornetti representaba un esfuerzo fatigoso, aumentado por la preocupación de que no se lo notasen.

Cuando, después de sobornar al carcelero, Scornetti quedaba solo en la explanada del castillo, en todo el teatro se producía un silencio pleno de expectación. No había sido espontáneo, pues para formarlo había hecho falta una cantidad regular de siseos; pero una vez conseguido, nadie habría osado turbarlo.

Parecía mentira que en una aglomeración tal de personas se pudiese hacer una tan absoluta carencia de ruido: era algo imponente, como una sombra que cubriese momentáneamente todo el teatro, desde el paraíso hasta la orquesta, y en medio de la cual iba a resonar la voz de un solo hombre, sublimada por la maestría del arte.

En el recitado inicial, la voz de Scornetti era como un susurro que cruzase a flor de tierra, añorando caricias perdidas ya para siempre.

"E lucevan le stelle...
Ed olezzava la terra...
E stridea l' uscio dell' orto..."

Y luego, creciendo al par de la orquesta, la voz se tornaba gruesa en unas notas graves... "e mi cadea fra le braccia...", para volver a adelgazarse hasta el infinito en el principio de la romanza:

"Oh! dolci baci
o languide carezze.."

Hay voces metálicas que suenan a clarín bien templado, como eran las de Tamagno y Marconi; hay otras de nácar, como la de Gayarre, y las hay también de plata, como las de Massini y Bonci. Y no hablamos de las voces blancas, anodinas, sin relieve, que de sonar a algo suenan a maullidos de gata en el período. La voz de Scornetti—que tenía el defecto de no ser igual en todos los registros—era de terciopelo desde el *fa* natural para arriba.

Y aterciopelada, rozando suavemente el oído como una caricia, iniciaba la frase cumbre de la romanza:

"... le belle forme disciogliea
dai velli!..."

La última palabra era un filado prodigioso, con una apoyatura en su centro, después de la cual la voz se apagaba muy lentamente, como si pasando por encima de los edificios de la Roma eterna, fuese a morir en el último rincón de la campiña que se veía al fondo.

Aquí el silencio del teatro se interrumpía en un murmullo de aprobación que casi parecía un rugido: la claque no había intervenido para nada en su formación, y si alguno de sus miembros había contribuído a él, sería como simple espectador, contagiado del entusiasmo de los demás. El murmullo cesaba, y el tenor daba fin a su romanza con un agudo intercalado entre dos sollozos, que eran el último adiós.

La ovación estallaba imponente, con fuerza de catarata; desde el sitio que Petra y *Patatine* ocupaban, se la oía y se la veía salir de todo el teatro, cual una bandada de palomas que viniesen a juntarse en un solo vuelo para caer sobre la cabeza del artista como una corona ideal de gloria. Aplaudía—¡caso rarísimo!—la gente de los palcos con sus manos enguantadas, y la de las butacas en proporción mayor, y del palco regio caía el supremo regalo de unas manos reales que se juntaban para premiar al divo.

Era el momento grande de la profesión, el desquite en varios segundos de todas las penalidades y miserias del oficio. Por conseguir aquello—que no era sólo gloria, sino que era también dinero—, el artista daba por bien empleados los años monótonos del aprendizaje; los trabajos obscuros y sin resonancia de los primeros tiempos, hasta que llegaba el triunfo apetecido; los mil cuidados y las mil privaciones de toda una vida sacrificada al normal funcionamiento de la garganta; las insidias y mordeduras de los compañeros; las patadas de la crítica, acostumbrada en todas partes a llevar el escalpelo en el mismo bolsillo que el portamonedas...

Y ahora un público entero se rendía, y la Fama, como si bajase del telar, se llegaba a la frente del cantante y depositaba en ella un beso. Esto era lo grande; lo demás, incluso el dinero que se ganaba, no era más que la escoria del oficio.

Esta noche los besos fueron tres, pues Scornetti cantó tres veces la romanza, y a cada una de ellas llegó la imponente ovación.

Al sonar la última, Du Flery, que pasaba por el fondo del escenario para marcharse a la calle, se cruzó con Tamarit y le dijo:

—¡Ah, Su Majestad el tenor! El público es igualmente estúpido en todas partes, *caro direttore*... En cambio a mí, que me he caído muerto en el segundo acto como acaso no me caiga cuando me muera de veras, sólo me han dado un aplauso de cortesía... ¡Ah, bergantes!

Tamarit contentóse con sonreír, y el barítono se fué hacia la calle, haciendo ondear en la marcha los faldones de su gabán y el airón orgulloso de su melena.

Acabó la ópera, y *Patatine* y Petra aguardaron a que fuera saliendo alguna gente, para no meterse en apreturas.

Al salir, y en el pasillo lateral, en el sitio de siempre, un grupo de cuatro o cinco discutía:

—¡Es inmenso!

—Sí, muy inmenso, pero el agudo final se lo ha comido.

—¡Usted sí que debe comer a diario lo que yo diga!

—Las cosas como son: este tío es un camama, que con dos notas filadas y un par de *mordentes* se mete en el bolsillo al público, que es imbécil de suyo.

El aficionado viejo formaba también parte del grupo que bajaba las escaleras, pero no decía nada. No podía hablar; como su crítica era siempre una crítica fundada en el recuerdo de los años gloriosos, resultaba que en estas óperas modernas le faltaba lo principal: la comparación. Porque claro

que a él, a todos los artistas que habían cantado *Tosca* en el Real, desde Giraud hasta Scornetti, no les concedía importancia alguna.

Prefería callar, sabiendo que el silencio es la fórmula suprema del desdén.

Cesárea respiró al oír a Tamarit la noticia:

—A Cannille le quedan tres funciones, y quiero dárselas en esta semana.

Lo decía en un corro formado a la puerta de su despacho por Carlitos del Alamo, el veterano Pepe Ranci y el maestro Muntagnoli.

—¿Pues no venía para toda la temporada?—demandó Carlitos.

—Tenía veinticinco funciones, pero como vino antes de lo que nos creíamos, resulta que ha terminado también antes.

Y Pepe Ranci, siempre atento a que sus deberes del teatro no le chafasen las combinaciones con que por fuera se buscaba el dinerillo, preguntó:

—¿Se canta por fin *Carmen?*

—Sí; el jueves.

¡Lo habían reventado! En la ópera de Bizet hacía uno de los contrabandistas, y ello le suponía, por lo menos, tres ensayos de tarde y el general, que seguramente sería el miércoles en la noche. Este no le importaba mucho, pues sólo suponía unas horas menos de sueño al tener que levantarse temprano el jueves para el funeral de San Ginés, pero los ensayos de la tarde le partían por el eje. Como que tendría que fumarse la novena de la

Candelaria en San Andrés, y ello le significaba una pérdida de nueve duros.

Era una hormiguita este viejo italiano, que llevaba cuarenta años en España figurando siempre en la compañía del Real, gracias a su amistad con la gente de los periódicos. Vivía solo con su perro en un pisito tercero del barrio de San Cayetano, y así como no había Empresa del Real que se atreviera a formar la lista de la compañía sin incluír en ella su nombre prestigioso, así tampoco había novena de rango, funeral solemne ni triduo de postín en que la voz de tenor de Ranci no arrullase la piedad de los fieles, dejando caer desde las alturas del coro las dulzuras del *O Salutaris* o los jipíos del *Stábat Máter*.

Tenía dinero, aunque él lo negaba furiosamente cuando se le hablaba de ello, pues sabía que su gran fuerza era su pobreza, unida a la ajena compasión. Su nombre era popular, y los periódicos, copiando en esto al difunto Saint-Aubin, su protector, saludaban siempre su actuación en alguna ópera con los más extravagantes adjetivos: el piramidal Ranci, el catapúltico Ranci, Ranci el ciclópeo... El leía todo eso y no podía menos de reírse de la imbecilidad ajena, que tan buen caldo le hacía.

Con la cara llena de arrugas, como un terreno al que la sequedad de su vida hubiese ido agrietando poco a poco, el hoy partiquino y antaño tenor iba haciendo su camino, que ya no podía ser más que la ruta del cementerio. Cuando la hora de diñarla le llegase, Pepe Ranci, cuyo nombre en

la lista del Real era tan indispensable como el pie de imprenta, le dejaría los dineros a su perro.

Cesárea se detuvo junto al grupo al oír la conversación; era a ella a quien más le interesaba. Tamarit se apresuró a saludarla con la cortesía con que lo hacía todo en esta vida y a preguntarla por Scornetti.

—Está en la cama; como llueve no he querido que se levante... ¿De modo que Cannille se marcha?

Apresuróse Carlitos a contestar:

—¡Sí, hija mía! Yo lo siento, porque es una excelente persona. ¿Verdad?

—¡Ya lo creo!

Hubiera dicho que sí a todo, pues el júbilo se había apoderado de ella. Era la obsesión, era la pesadilla que huía al fin, libertándola de aquel cautiverio de dos meses. Porque el bravo Cannille, después del suceso del cuarto del piano, en el que Cesárea estuvo a punto de perderlo todo, se había envalentonado, y con amenazas, con serias promesas de un escándalo inmediato, había logrado que la ex bailarina, venciendo dificultades mil, continuase regalándole de cuando en cuando sus caricias.

No había idea de la cantidad de precauciones que la chica tenía que adoptar para verse con su amante de otros días; pero éste la había amenazado—y nadie mejor que ella sabía hasta qué punto era capaz de cumplir su amenaza—con decírselo todo a Scornetti, si Cesárea se negaba; en su poder conservaba cartas imprudentes que ella le ha-

bía escrito en plena luna de miel de sus amores. No necesitaba más.

Y la muchacha, dominada por aquel revivir de su pasado, que ella creía lejano, accedía a todo. Inventaba mil pretextos; hacía creer a Tito que tenía fiebre, obligándole a meterse días enteros en la cama, y saliendo ella sólo una hora; aprovechaban, a veces con avaricia, el tiempo que Scornetti estaba en escena, para ultrajarlo en el mismo cuarto de él, donde Cannille entraba y salía, sin cuidarse de que le viesen.

Este asalto al galope, en el mismo sofá donde el divo acababa de sentarse para mudarse el calzado, regocijaba en grado sumo a Cannille, que guardaba un odio secreto a su compañero, mejor cantante y que cobraba más dinero que él.

Otras veces el tenor citaba a Cesárea en cierto misterioso entresuelo de la plaza de Oriente, donde una dama que había sido corista del teatro hasta hacía cinco años recibía amablemente a parejitas amorosas, sin imponer más que una condición, que por cierto honraba mucho los sentimientos artísticos de la celestina; porque la condición *sine qua non* que imponía era que uno de los componentes de la pareja—no importaba si el hombre o la mujer—había de ser artista contratado en la casa de enfrente. Cuando lo eran los dos, cobraba una peseta menos por la cama y procuraba que el agua caliente estuviese filtrada. Los y las cantantes y bailarinas la llamaban doña Mecenas.

Cesárea acudía a estas entrevistas con la misma gana con que podía haber acudido al matadero. Cumplía una obligación penosa, estaba siempre

deseando acabar, y bien se le conocía en el mal humor de que hacía alarde todo el tiempo que duraba la entrevista.

El, que recordaba sus dulzuras, sus ternezas de gata mimosa de otros tiempos, le echaba en cara su aspereza de ahora con un abúndante repertorio de palabrotas soeces.

—¡Ah, zorra! Se ve que estás enchulada con el marica ése... Por lo visto, a cambio de llamarte *su mujer* delante de todo el mundo, te obliga a que le des masaje con la boca por todo el esqueleto...

Otras veces, pareciéndole poco expresivas las palabras, acudía a las obras, y arrimaba a su antigua amante cada paliza, que la hacían ir por la calle renqueando como Beckmeser.

Un día llegó al hotel con un ojo completamente empavonado. Tito, al verla, exclamó:

—¡Pero hija! Píntate por lo menos los dos... ¡Cómo has abusado del carboncillo!

—¡Calla, tonto! Si es que me he caído de un tranvía en la calle de Cedaceros.

—¿Y el golpe ha ido a parar a un ojo de la cara?

—¡Vaya!

—También ha sido mala suerte.

Pero la esclavitud se iba, por fin, a terminar. Cannille se marcharía de Madrid, y Dios sabe en qué remoto rincón del mundo se volverían a ver otra vez.

Cuando aquella noche comunicó Cesárea la noticia a su amante, sin darle ninguna importancia, Tito se alegró, aunque se guardó de exteriorizarlo. Amortiguado ya por el tiempo el recuerdo de aquella escena bochornosa, el dilema revivía, sin

embargo, en su mente cada vez que se tropezaba con uno de sus dos términos: Cannille o Zamora. Una molestia inevitable le desazonaba, sobre todo en presencia del inspector, cuya fama de libidinoso no le era desconocida.

Marchándose uno de ellos, no es que resolviese la duda, pero al menos se quedaría más tranquilo.

Cannille había tenido un éxito un poco gris —como eran todos los suyos—en *Carmen*. La romanza de la flor, cantada casi toda a media voz, porque decía él que en la realidad la emoción no le permitiría a don José cantarla de otra manera, se la brindó a Cesárea, que había tenido el capricho de presenciar la representación en una butaca de la segunda fila, y al lado de su marido oficial.

Hubo una frase, sobre todas, que el cantante casi arrojó a la cara de su amiga:

"... e t' invocai lontana ancor."

Al terminar, aplaudió la claque, y Scornetti, siguiendo una regla inmutable de compañerismo, unió sus aplausos a los que caían de las alturas como una sarta de perlas falsas. Cesárea aplaudió también, y don José, desde la escena, les agradeció la fineza con una sonrisa, que partía en dos su cara de patán asombrado.

El día de su última función, Cannille mandó a Cesárea, por conducto de doña Mecenas, que frecuentaba mucho el escenario, un aviso citándola para la tarde siguiente. Era la despedida, y la muchacha acudió a ella con el regocijo y el temor a un tiempo con que acudimos a casa de un médico que nos va a extirpar un forúnculo.

El se sentía hoy tierno.

—¿Cuándo nos volveremos a ver, Cesárea?

—¡Quién sabe!

—¿No vais este verano a Buenos Aires?

—Me parece que no.

—Pues Folchi va por ahí diciendo a todo el mundo que tiene contratado a Scornetti para veinticinco funciones.

Folchi era ese tipo de empresario farsante que tanto abunda, y que no admite, ni en hipótesis, una compañía superior a la suya; tiene siempre contratados a los mejores artistas, pero cuando llega el momento de iniciar la temporada, resulta que todos ellos le han hecho una porquería y se han ciscado en los contratos. Y el buen empresario empieza la estación con una *troupe* de hambrientos, a los que para que puedan tenerse de pie en escena la primera noche ha de darles unas inyecciones de estofado.

Cannille, poniéndose melancólico, agregó:

—¡Si vieras, Cesárea, que me da pena dejarte en brazos de ese hombre!

—¡Bah!

—Aunque tú no lo creas, yo te quiero, chiquilla; y... siempre es triste ver a una persona que se quiere dominada por otra que... no se la merece.

—Ya te he dicho muchas veces que no me gusta que hablemos de él.

—Y ya ves que yo te he hablado muy pocas. Pero es que ahora, antes de separarnos, Dios sabe para cuánto tiempo, quisiera cumplir con mi con-

ciencia y decirte algo que no tengo derecho a ocultar.

Adoptaba un tono patético y sombrío, como en escena, cuando cantaba la conjuración en el *Hernani*. Ella, que sabía lo farsante que era, no le hizo mucho caso al principio, pensando que iría a contarle algún chisme de bastidores.

—Te he dicho que ese hombre es indigno de ti, y ya comprenderás que lo he dicho por algo.

—Tú sabrás... Si acaso seré yo la indigna de él. Tito es muy bueno.

—Eso crees tú, y yo, aun traicionando a un compañero, tengo el deber de abrirte los ojos. He esperado hasta última hora, para que no creyeras que hablaba por despecho. Ahora ya es la conciencia la que me hace hablar.

—Bueno, pero ¿de qué se trata?

—¿Conoces a una de las bailarinas, que se llama Emma?

Cesárea quedóse pensativa.

—Sí: una que parece una niña, con el pelo echado por la cara.

—La misma; es la cuarta de la primera fila, entre la Regina y la Petra.

—Eso...

—Bueno, y... ¿no has visto en ella nada raro?

—¿Respecto a qué?

El tenor hizo un gesto de suprema desolación, mirando al cielo, como si le pidiese castigo para las miserias de la tierra; después volvióse a la muchacha, metióse los pulgares en las sisas del chaleco, y mirándola fijamente a los ojos, le dijo:

—Emma es la querida de *tu marido* desde que empezó la temporada.

No dijo nada Cesárea, y a su vez quedósele mirando fijamente. Aquel tío era un guarro, que había inventado aquello para martirizarla y dejarle aquel recuerdo envenenado. Y se echó a reír como una loca, con una risa en cuyo fondo se adivinaba un temblorcillo nervioso.

—¿No lo crees?

—¡Claro que no!

—Muy segura estás de él.

—Dame la prueba de lo que me has dicho, y verás cómo dejo de estarlo.

—¡La prueba! ¡Siempre lo mismo! Comprenderás que yo no tengo una fotografía en la que aparezcan los dos abrazándose, ni un acta notarial en la que se dé fe de esos amores.

—No, pero hay otras...

—Si se han escrito cartas, no me las iban a dar a mí, que además no me he dedicado nunca a detective de película.

—Pues entonces...

—Pero si como prueba te basta el saberlo todo el mundo en el teatro, y el que cuando tú pases se te queden riendo por detrás, ahí tienes una prueba.

Separáronse en la puerta misma de la casa. Cesárea notaba que toda la alegría de la separación se la acababa de agriar aquel tío con lo que le había dicho. Acaso lo hubiese hecho sólo por esto.

No era posible... Tito, siempre a su lado, vigilado, casi dirigido por ella, no podía haberla engañado, no por falta de ganas, sino por falta de tiempo.

Aunque, ¿y ella? ¿No le engañaba a él con Cannille, y sacaba tiempo en combinaciones inverosímiles? ¿Por qué no podía él haber hecho lo mismo? Y con esa falta de lógica, que parece constituír la base cerebral de la mujer, pensó al instante que si el engaño era mutuo, en realidad la falta de él era mucho más grave.

Lo de ella había sido un caso de fuerza mayor, una necesidad, un medio de defensa; lo de él no podía haber sido más que una traición repugnante, a la que ella sabría aplicar el castigo.

Cuando cruzó la Puerta del Sol eran ya las siete; se detuvo para dejar paso a un tranvía, y pareció que se detuvieron al mismo tiempo sus pensamientos. ¡Estaba loca! ¡Todo aquello era mentira! Una invención de Cannille, deseoso de dejarla un agradable recuerdo.

Aquella noche, en el teatro, durante el ensayo de *Traviata,* Cesárea se cruzó con Emma en el pasillo de entrada al escenario. La chica había venido de espectadora, y la otra se volvió para mirarla apenas hubo pasado. Y casi sin darse cuenta, dijo para sí:

—¡Parece mentira, por lo que pierden la vergüenza algunos hombres!

Patatine, algunas tardes, cuando terminaban los ensayos y el teatro quedaba semivacío en aquella breve calma diaria que se prolongaba hasta la hora de la función, gustaba de refugiarse en el despacho de Tamarit.

Generalmente, sólo el propio don Eduardo estaba en él a aquellas horas; eran las únicas en que le dejaban tranquilo, sin el ajetreo de los artistas que pretendían que sólo a sus conveniencias se ajustase la dirección del teatro; sin las consultas, casi constantes, del guardarropa, de los concertadores, del jefe de la maquinaria; sin los mil incidentes que surgían a cada paso en la marcha de aquel gigantesco mecanismo, cuya dirección él llevaba sin compartir con nadie la responsabilidad.

El director aprovechaba aquellas últimas horas de la tarde para organizar los planes de las funciones futuras, para pensar en la postura de las obras nuevas, para estudiar...

En realidad, podía decir que no había hecho otra cosa en toda su vida. Maestro de canto, conocedor de todos los secretos de su oficio, había sido director en los principales teatros de Europa, y había llegado a dominar el arte de dirigir uno de ellos con toda esa seguridad que un hombre listo ad-

quiere en la técnica de una profesión cuando consagra a ella toda su afición y toda su vida.

No era muy viejo, pues aun no había cumplido los cincuenta y cinco, y con su cabeza, en la que ya estaban en mayoría los cabellos blancos, y su cuerpo ágil, que se inclinaba un poco al andar, don Eduardo, al cruzar el escenario dando voces a los de la maquinaria, o al dirigirse, con los brazos en alto, al coro para ahogar, siempre cortés pero enérgico, un conato de sublevación, producía el efecto de un sabio patriarca que quisiese hacer a los demás partícipes de su experiencia.

Patatine sabía que Tamarit, en medio de sus preocupaciones de aquella hora, agradecía mucho un ratito de conversación que sirviese como de entreacto, y por eso él, de cuando en cuando, se permitía tocar con los nudillos en la puerta del despacho, y al entrar volvía a cerrarla, para evitar que nadie les distrajese.

Gustaba el muchacho de la conversación del director de escena como de la lectura de un viejo libro que evocase con todos sus colores pasados tiempos de esplendor. Era inmenso el caudal de anécdotas, curiosidades y hasta indiscreciones de esas que sólo pueden contarse en voz baja, que don Eduardo poseía; con prodigiosa memoria y buen arte de narrador, el maestro hacía desfilar ante su oyente todo ese rosario de pequeñeces que constituyen la verdadera historia de una época o de un ambiente, ya que en ella los hechos grandes y culminantes son como las piedras que marcan en el camino el principio de una nueva jornada.

Y no era sólo el Teatro Real, este caserón cuyos

muros tantos secretos guardaban, el que figuraba en el archivo de recuerdos de Tamarit. Los principales coliseos líricos del mundo, la vieja Scala, con sus prestigios de Meca del Arte, hoy un tanto marchitos; la Opera Imperial de San Petersburgo, que parecía, con su organización autocrática, un salón más del palacio de los czares; el Covent-Garden, con sus grandes consagraciones de la temporada de primavera; los pequeños teatros de las ciudades italianas, especie de campos de maniobras en que los reclutas y neófitos del Arte ejercitan sus armas hasta que llega el día del triunfo en la Scala o en el Constanzi, que les proclama como glorias de la escena ante todo el mundo...; todos ellos desfilaban en las narraciones de Tamarit con ese tufillo de miseria y de intriga que se esconde siempre bajo los dorados y los talcos de la escena.

Hoy le tocaba el turno a una evocación triste: don Eduardo había sido testigo y actor en el final, rápido como el derrumbamiento de una cumbre gloriosa, de Julián Gayarre. El tenor que con su nombre había llenado el mundo, y aún le seguía llenando con su recuerdo; el que había impedido para siempre la representación de ciertas óperas—*Favorita, Pescadores de Perlas, El Profeta*...—, sin que las acompañase una comparación desfavorable, había caído en plena escena como herido por un rayo, cual si todo en él hubiese de ser luminoso.

El despacho del director de escena tenía ahora una vaga melancolía, iluminado apenas por la luz agónica de una tarde invernal, en la que un sol muy pálido se filtraba a través de la ventana que

daba a la calle. Parecía un sol enfermo, de sala de hospital. La voz de Tamarit, un poco monótona, resonaba allí sin eco alguno, mientras sus ojos se perdían en las sombras, cada vez mayores, como repasando hechos lejanos.

—Gayarre tenía un catarro, nada más que un catarro—decía—: la prueba de que así lo creíamos todos, incluso él, es que salió a cantar *Pescadores de Perlas*. Inició la romanza "Mi par d' uddire ancora...", que cantaba siempre prodigiosamente, y al llegar al agudo final, de repente, se le quebró la nota.

—¿Y el público?

—Fué un estupor, una sensación de asombro que no le permitió decir ni hacer nada. Como si viera a un hábil tirador, seguro siempre de su puntería, fallar un tiro. El asombro se trocó en alarma cuando vieron que Julián se echaba mano a la garganta y sufría un desvanecimiento.

—¿En escena?

—¡Ya lo creo! Si fué todo simultáneo... Se echó el telón en seguida, y yo, que, sin saber por qué, había estado todo aquel acto en la primera caja de bastidores, acudí presuroso. Llegué a tiempo de que cayera en mis brazos: sudaba, tenía temblores, y estrechándome una mano con las suyas, me dijo: "Eduardo, esto se ha acabado." Yo no supe qué decir; me parecía una sandez tan grande lo que aquel hombre acababa de exclamar, que, por instinto, estimé como la mejor respuesta el silencio. ¡Acabado! Pero ¿es que *aquello* podía acabarse nunca? Y sobre todo, ¿es que podía acabarse de aquella manera? Así se terminan las cosas huma-

nas; pero como todos nos habíamos hecho a la idea de que la voz de Gayarre era algo por encima de las fuerzas del hombre, era una cosa divina, la razón se rebelaba contra aquel final. Y, sin embargo, Julián tenía razón, porque *aquello* se acabó. Yo me he preguntado muchas veces qué sentiría aquel hombre en el momento de quebrársele la nota, para decir con aquella firmeza: "¡Esto se ha acabado!" Porque lo dijo de un modo extraño, con una voz que parecía venir de muy lejos, y con la certeza del que anuncia algo que no puede faltar. Aun me parece estar oyéndolo...

Tamarit hablaba, en efecto, ahora con la voz trémula, como si, a pesar de los años transcurridos, la frase del gran artista sonase aún en sus oídos.

Patatine quería saber más.

—Se suspendería la función...

—¡Ca! No, señor: ocurrió algo más grande después de eso. Gayarre, conducido a su cuarto, se arropó con unas mantas y tomó un par de tazas de un cocimiento caliente. Julián era un hombre de mucho pundonor artístico: lógicamente, debió y pudo dar por terminado el espectáculo; pero él sabía que el público había ido a oírle, tuvo. quizá, un presentimiento... Días después de su muerte, alguien aseguró haberle oído decir, mientras discutía con los amigos, que se empeñaban en que no volviera a salir a escena: "Dejadme, ya que es la última vez que canto." Yo no oí la frase: no puedo responder de que sea exacta. Pero si no la dijo pareció ser su norma de conducta aquella noche. En *Pescadores,* como usted sabe, el tenor no tiene

más momento brillante que ese de la romanza, y Julián, sabedor de que el público le aguardaba siempre ahí, no quiso que en esta noche quedase defraudado.

—¿Qué hizo?

—Se puso de acuerdo con el maestro, y acordaron incluír la romanza en un momento propicio del acto siguiente. Por lo visto, quería despedirse con aquello. En el entreacto se había mejorado bastante: se le había pasado el frío, se animaba. Yo me acerqué a él cuando se dirigía a escena: "Estoy mejor—me dijo—, estoy casi bien." Parecía más animado, como si con el frío se le hubieran marchado también los negros presentimientos. Yo me coloqué en mi sitio de antes: en el público, cuando Gayarre empezó la romanza, no se oía ni el más leve rumor: yo no he sentido mayor ansiedad en toda mi vida. Al llegar al agudo final, la nota volvió a quebrarse, con ese sonido de caña hueca que helaba la sangre, pero él, en un cuarto de segundo, y haciendo un alarde de suprema maestría, casi sin que el público lo notara, cambió el registro, la atacó de pecho, y dió una nota brillante, limpia, sonora y varonil, que el público premió con una ovación, una de aquellas ovaciones en tumulto que sólo a él se le tributaban. En su última batalla había triunfado, como en todas.

Patatine ansiaba saber, llegar al final.

—¿Y después?

—Al salir del teatro se metió en la cama. Pasaron unos días, no recuerdo con precisión cuántos, y todos creíamos que lo que el enfermo tenía era una de esas leves indisposiciones de garganta tan

comunes en los artistas, pero que, mientras duran, les imposibilitan para salir a escena. En la muerte nadie pensaba: ¿es que un hombre joven, robusto, sano, había de morirse de un catarro, como un recién nacido o como un viejo? Una tarde, Battistini, al venir al ensayo, nos dió a todos la fatal noticia: "Gayarre se muere. Tiene una pulmonía, y... se muere." Y se murió. A los dos días de aquello, en su habitación de la plaza de Oriente, delante de un gran balcón, por el que, desde la cama, no se veía más que un trozo de cielo y de ramaje de los árboles, pelados por el invierno, Julianillo—como le llamaba siempre Peña y Goñi—se murió. Aunque, en realidad, cuando había muerto era la noche aquella... En eso tuvo él más razón que ninguno, porque me dijo "esto *se ha acabado*", no dijo "esto se va dentro de poco a terminar".

Calló el maestro. El muchacho se fijaba en él: sería la hora, sería el contagio de la narración, pero a él le pareció ver en los ojos del director algo así como el primer brote de una lágrima.

Patatine pensaba en todo lo que había de misterioso en el anterior relato. Volvía a repetirse la pregunta de don Eduardo: "¿Qué había sentido el artista al quebrársele la nota? ¿Qué fierecilla diminuta se le había agarrado a la garganta, para hacerle experimentar con su mordedura envenenada la sensación de que aquel cristal se rompía?"

El muchacho había visto meses antes la garganta del coloso, que un gran médico de Madrid tenía el capricho de conservar en su casa. Era una piltrafa blancuzca metida en un frasco, que parecía un despojo de sebo de esos que los matarifes arro-

jan a los perros, y sólo por un capricho un poco fetichista podía conservarse aquello, inútil ya sin el espíritu que la animara, como el violín de Paganini, que se conserva muy guardado en una urna en el despacho del alcalde de Génova.

Sin embargo, como es difícil tener quieta la imaginación en presencia de ciertos objetos, la del muchacho, recordando aquella laringe que parecía de trapo, la hacía hablar, y era como si ella misma le fuese explicando el misterio. Sí; se comprendía lo que el genial artista debió sentir al notar que el mágico instrumento le faltaba; recordando, sin duda, sus primeros tiempos de corista anónimo y de partiquino abucheado, pensó en un momento que notas como aquella que se le acababa de romper eran las que él daba en los comienzos de su carrera y las que le valían las burlas y rechiflas de los públicos.

Y ahora, en plena gloria, cuando en fuerza de triunfos había casi olvidado todo aquello, un simple roce gutural venía a ponérselo delante de los ojos, como el viajero que habiendo hecho una larga caminata vuelve sin darse cuenta al punto de partida.

Y era la terrible bohemia de los primeros años, las noches pasadas en un banco de la plaza de la Scala, en Milán, sin más abrigo que su fe y una vieja capa española; eran los días de mal comer paseando errabundo por toda la ciudad con su barba rubia, que al encuadrar un rostro de facciones duras le daba aspecto de obrero tostado por el fuego de los hornos; era el esperar y el perder de nuevo toda esperanza, como el enamorado que va al

encuentro de la Gloria y por haberla aguardado demasiado cree que ya no va a llegar nunca... Todo esto era lo que la nota, muerta al nacer en la garganta del artista, venía a traer a su memoria.

Por eso, sabiendo que no se engañaba, dijo la frase impregnada de tristeza:

—"¡Esto se ha acabado!"

No pensaba él acaso en la muerte de su cuerpo, sino en la de su arte. El hombre podría seguir viviendo, pero el artista moría. Y con esa escrupulosidad de conciencia de los elegidos, adivinaba que cuando un artista deja de serlo y sigue viviendo, se convierte en algo peor que un cadáver.

Pero *Patatine* no quería dar por terminada la conversación, y abordando de nuevo a Tamarit, le dijo, tirándole de la lengua:

—El entierro creo que fué un momento de emoción.

—Sobre todo para mí, que a la pérdida del amigo y del artista tuve que añadir el peligro de mi propia vida.

—¿Usted? Y ¿por qué?

—El día que se celebró el entierro nevaba con verdadera furia. El conde de Michelena, empresario de esta casa a la sazón, ordenó que se abriesen las puertas de la plaza de Oriente, y así, mientras al pobre Julián se le tributaba el último homenaje, el cortejo—¡y él mismo!—podrían resguardarse un poco de la impiedad del tiempo. La orquesta del teatro salió al vestíbulo del *foyer*, donde se colocaron también varias coronas. Al aproximarse el cortejo, que venía casi del edificio de al lado, una multitud que llenaba toda la plaza quiso penetrar bajo el vestíbulo, no sólo para ver de cerca la conmovedora ceremonia, sino para resguardarse en parte de la nieve. Si aquella masa de público, en la que abundaban las mujeres, hubiera logrado sus designios, el cadáver del pobre Gayarre habría rodado por el suelo y habría sido pisoteado: tal era

el empuje de la masa. Entonces la Guardia civil tuvo que simular una carga y... aquí entraron mis apuros. Yo estaba junto a Michelena en sitio visible, y una de las mujeres, una viejuca que aún me parece que la estoy viendo, se fijó en mí, y desde el sitio relativamente cercano donde las había rechazado la Guardia civil, empezó a gritar como una furia: "Aquel de la chistera es el que tiene la culpa. Ese es el que ha mandado que nos echen de allí..." Debía tener mucho prestigio entre las masas, porque como si su voz hubiera sido la de una Juana de Arco o de cualquier otro conductor de pueblos, movilizó al instante toda aquella multitud, que avanzó hacia mí con el modesto pero decidido propósito de lincharme. Ya les importaba poco el entierro y la nieve. De lo que se trataba era de llegar hasta mí para agradecerme el favor... Cargó de nuevo la fuerza, y esta vez con más energía: hubo carreras, sustos, gritos, maldiciones; yo miraba aquello sin explicármelo aún del todo, pero la grandeza de lo que vino después nos hizo a todos olvidarnos del incidente.

—¿Qué fué?—demandó ansioso *Patatine*, que en realidad estaba viviendo el suceso como si hubiera estado presente.

—Había llegado el féretro al arco de entrada del vestíbulo, y la orquesta comenzó a tocar el *Spirto gentil*, y de pronto aquella música, que sonaba de un modo tan extraño en aquel momento, tuvo el privilegio legendario de amansar a las fieras, porque ocurrió que al escuchar las primeras notas aquellas furias que contra mí venían, se calmaron como por ensalmo, cual si una aparición

misteriosa las hubiera llenado de pavor; callárons-se sin que nadie se lo mandara, y quietas en medio de la plaza estuvieron hasta que terminó la ceremonia.

—Sería un momento de emoción.

—Yo vi llorar a muchas personas, y no estoy seguro de que yo mismo no derramase alguna lagrimita. Realmente fué una evocación aquella que por lo conmovedora llegaba a hacer daño. Todos teníamos en los oídos la voz de Julián cantando aquello, y nos parecía que por uno de esos milagros de que nos hablan las vidas de los santos, el difunto iba a resucitar, y allí mismo, incorporándose, se iba a poner a cantar su pieza favorita, con la magia de aquellos *ai me,* que murieron con él como otras muchas cosas.

—Una pregunta, Tamarit.

—Diga usted.

—¿Quién fué el primero que cantó en el Real *La Favorita* después de la muerte de Gayarre?

—¿El primero?... Ahora mismo no estoy muy seguro, pero me parece que fué Garulli.

—Si era un hombre de conciencia, debió sentir una emoción especial. Pero siga usted, y perdone la interrupción.

—Ya poco queda que contar. Terminó la orquesta, se colocaron las coronas y Julián se despidió de su teatro para siempre.

Aún hablaron algo más, con aquella fiebre por conocer detalles que animaba a *Patatine.* Por lo único que lamentaba no tener veinte años más era por no haber conocido al gran tenor, cuyo nombre,

como un símbolo, estaba oyendo repetir toda la vida.

Y muchas veces se había planteado la cuestión. Aquellos elogios desmesurados, aquel afirmar constantemente que como Julián Gayarre no había habido ninguno, ¿no serían hipérboles, la inevitable exageración que los años van añadiendo a las reputaciones en fuerza de repetir su aureola? A menudo, al mismo Tamarit, a Roberto Zamora, gayarrista en sus quince años, de los más fogosos, había pedido que le explicasen cómo era y en qué consistía el encanto de la voz de Gayarre. La petición era completamente pueril, pues toda la elocuencia del orador más descriptivo no sería bastante para trasladar a su auditorio la sensación que produce una manifestación cualquiera del arte; el propio Demóstenes, si viviera hoy, sería impotente para decir *cómo* es un cuadro de Velázquez.

Roberto Zamora no era Demóstenes, aunque se le parecía algo en lo mucho que le gustaban las señoras. Sin embargo, el simpático aristócrata daba una idea, a través de treinta años, de lo que era para el oído la voz mágica del coloso.

—El secreto del encanto, de la sensación, casi fuera de lo humano, que aquel hombre producía cuando cantaba, era un secreto que lo formaban varias cualidades. En primer lugar, el timbre de la voz, purísimo, claro, nítido, que no se parecía a ninguno... ¿Usted recuerda a Sobinof?—preguntaba a *Patatine*.

—¡Ya lo creo! ¡Aquel *Epílogo* de *Mefistófele!*...

—Pues ese ha sido el único tenor que en tantos años me ha recordado a mí un poco a Gayarre.

Y por si había dicho una herejía, se apresuraba a añadir:

—En el timbre de la voz nada más. Entendámonos... Luego había otra cosa en Gayarre, que ya entraba en el orden de lo maravilloso. Porque lo del timbre de la voz era un don natural, en el que el artista nada había puesto de su parte; pero lo otro... Y lo otro era sencillamente una facilidad tan asombrosa de ligar, un *fiatto* tan increíble, que al oírlo, y por mucha atención que se pusiera en ello, no se veía nunca el momento en que el cantante respiraba. De ahí sus apianados inverosímiles, aquel tomar la nota llena en todo su vigor e irla adelgazando hasta lo infinito... Esto lo hacen muchos: el mismo Scornetti lo practica prodigiosamente. Pero lo que no ha habido nadie que haga es lo que hacía Gayarre, y era que, cuando la nota había llegado a un apagamiento casi total, cuando ya no era más que un susurro, sin cortarla, sin respirar, volvía a subirla muy poco a poco, exactamente con igual graduación con que la había bajado, hasta el extremo de que en un imaginario aparato que midiese estas cosas, tendríamos siempre acusadas las mismas vibraciones en el dismiuír de la nota que luego en el crecer; y acababa otra vez como había empezado: con la voz llena, vibrante, en un agudo prodigioso. Así en los *ai me, ai me, ai me,* del *Spirto.*

Zamora tenía exactamente la misma voz que podía tener una rata castigada por pertinaces anginas; pero con ella, y haciendo gala de un falsete

que le hubiera envidiado el mejor caricato de opereta, reproducía los alardes gayarrinos, como un cristal sin azogue reproduce las imágenes que ante él se colocan.

—Esa era la fuerza que ponía al público de pie —y uso la frase en su sentido material—en el *O paradisso*: la que interrumpía con un alarido al cantante en la prodigiosa *fermata* de *El Profeta*, en el *Sopra Berta l'amor mío...*; ese era, a mi juicio, el secreto de Gayarre.

—¿Y en *Lohengrin?*

—Si usted me guardara el secreto, yo le diría una cosa.

—Por guardado.

—Que a mí no me gustaba Gayarre en el *Lohengrin.*

Y con el miedo que siempre tenía a las herejías, se apresuraba a paliar:

—Entendámonos: no me gustaba para ser Gayarre.

—Ya, ya; comparado con él mismo, con lo que hacía en otras óperas.

—Exacto. A mí Ibós, en sus buenos tiempos, me gustaba mucho más.

Patatine, a quien encantaban estas conversaciones, preguntaba:

—Dígame, Roberto: ¿y la competencia de Massini y Gayarre?

El aristócrata hacía un gesto de desdén.

—Para mí no hubo nunca duda... Massini era el tenor juguetón, el de la eterna sorpresa, el que cada noche sacaba un efecto nuevo en cada momento de la partitura; verdadero prototipo del

cantante efectista, especie de saltimbanquis de los *mordentes,* las apoyaturas, los *grupettos* y las *fermatas,* en este sentido era un coloso. Pero...

—¿Qué?

Acentuaba el gesto de desdén.

—Que a mí esa clase de artistas no me han producido nunca más que un efecto superficial.

Aquí, en el terreno del arte, el simpaticón inspector, tan juguetón y revoltoso con las señoras, aparecía revestido de una seriedad rigurosa, como esos aficionados al toreo, partidarios de la escuela rondeña, que van a la plaza dispuestos a no tolerar más que cosas serias, como en cualquier sesión de la Academia de Ciencias.

—Pero en el momento debía emocionar...

—¡Ya lo creo! Pero la emoción era falsa; no labraba hondo, no dejaba la huella que dejaba el otro, la eterna memoria de lo sentido. Ahora, en lo suyo, era maravilloso, lo reconozco. Salía, por ejemplo, a cantar el *Rigoletto,* después de haberlo cantado cien noches; el público, mientras ocupaba sus localidades, se preguntaba: "¿Qué nueva travesura nos traerá preparada Massini esta noche?" Y Massini salía y empezaba a cantar la balada.

—¡Creo que la cantaba maravillosamente!

—Eso desde luego; Verdi no la conocería si la oyera, pero eso era lo de menos. El tenor no se conformaba con ser un intérprete de lo que otros habían escrito, sino que él creaba a su vez. Después de las diabluras de siempre, llegaba a la frase final:

Se mi punge una qualche beltá.

De pronto, cuando todos esperaban el agudo de

iempre, él lo atacaba poderoso, y al terminar de decir la palabra *punge,* cortaba de repente la nota con un golpe violentísimo de la garganta; se quedaba callado un rato, y después, como quien vuelve a recoger un bulto que ha dejado olvidado, soltaba el resto de la frase: ...*una qualche beltá.* El público se volvía loco, y lo vitoreaba; la habilidad suprema producía su efecto. No olvide usted que estábamos en la época del auge de Romero Robledo, maestro en toda clase de habilidades... La diablura de esta noche se ponía en seguida de moda, y aún hoy día, después de tantos años, no oirá usted cantar *Rigoletto* a ningún tenor, aun de los más *tímidos,* sin que largue el detallito massiniano; si no lo hiciera, se creería deshonrado.

—¿Qué era lo mejor que cantaba?

—El acto de Grecia de *Mefistófele* y *Hugonotes.* Aquellos *Elenas* eran de lo más honrado que hacía, y en la ópera de Meyerbeer tenía el talento de convertir en trincheras fragmentos que siempre, aun con Marconi, han pasado inadvertidos. Por ejemplo, la entrada en el segundo acto: *O beltade che rallegri...,* lo decía con un buen gusto, con una ternura, con algo inexplicable, que reflejaba exactamente la impresión que sufre un hombre que se encuentra de repente en un sitio desconocido con una mujer cuya belleza le deslumbra. Oyéndole ahí, y en algún otro pasaje parecido, como en el *Forma ideal purissima...,* del *Mefistófele,* se convencía uno de que la voz humana, manejada por un hombre que sea artista de corazón, puede expresar ideas y sentimientos en un grado tal, que

ningún instrumento, por perfeccionado que esté, puede llegar hasta él.

Zamora hacía una pausa, y como quien remueve una vieja herida, exclamaba:

—Y ese canalla de Wagner, empeñado en considerar a la voz del hombre como una especie de fagot o de corno inglés... ¡El tiene la culpa, con la inmensidad de su talento, de toda esta ramplonería, que es la música de ahora!...

A *Patatine* esto último no le interesaba; discutir ahora la música de Wagner le parecía algo tan monótono y fatigoso como disertar acerca de las ventajas de la República sobre la Monarquía, o como pelearse por la existencia de Dios. Para que Roberto no se despistase, procuraba llevarle otra vez a su terreno; el inspector, dócilmente, obedecía.

—Además, la voz de Massini era una voz blanca, sin color, sin matices. ¡Buena diferencia con la voz del otro: una voz de púrpura, que en ciertos pasajes llegaba a producir escalofríos!

—Bueno, pero, a pesar de todo, con los dos el público se volvía loco, ¿no es eso?

—Desde luego; y créame usted, Rada: no es afán de embellecer el pasado, no es hipérbole de los que nos vamos haciendo viejos: es que cuando recuerda uno a los grandes artistas de entonces, estos de ahora, los de primera fila, le causan la impresión de unos horteras aplicados, cantando en una reunión cursi organizada por la viuda de un comandante.

Una noche, estando reunidos, después de la función, en el despacho de la Delegación regia, *Patatine,* Zamora, Eduardo y alguno otro, como se hablase de mujeres y se le hiciesen alusiones al inspector acerca de la facilidad de sus conquistas, éste, con cierta solemnidad, lanzó una insinuación que tenía algo de reto.

—Si supiesen ustedes—dijo—con qué mujer del teatro me estoy acostando yo ahora, se demayaban.

Alguien se echó a reír, y Eduardo, muy grave, afirmó:

—Yo sí lo sé.

—¿A que no?—replicó Roberto, en el tono en que se afirman los dogmas.

—¡Ya lo creo!... Con la madre de la Fiorella.

Ahora la carcajada fué general; la dama aludida era una anciana de sesenta años, con una nube en un ojo y una galerna en el resto del cuerpo. Claro que Roberto ni siquiera contestó a la sandez; dió una chupada al cigarro, y se sumergió de nuevo en la interrumpida tarea de llenar un ciento de vales para sus compromisos del día siguiente.

Patatine, a quien el aristócrata le había hecho el honor de una confidencia noches antes, exigiéndole palabra de honor de que no la haría pública, le dijo, guiñándole un ojo:

—¿No será la... de marras?

—¡No, por Dios!

Y ahora el que guiñó el ojo fué él, señalando a los demás y pidiendo al muchacho con un gesto que nada dijese.

La confidencia en verdad que valía la pena de tenerse secreta; era un incidente, una nimiedad, pero que, si la coge Feydeau, hace con ella tres actos. En el paraíso, y encima de los asientos laterales, había una especie de troneras en el muro que, vistas de lejos, parecían la señal que deja al descolgarse un cuadro largo tiempo adosado a la pared; en el teatro se les llamaba *las gateras,* aunque su nombre oficial era—con ese amor a la amplificación que tiene aquí casi todo lo oficial—el de palcos de paraíso.

Por dentro eran unos agujeros lóbregos, con unas cuantas sillas, para llegar a los cuales había que subir por una escalera de torre, viéndose el teatro, una vez en ellos, como podría verse desde el planeta Marte, dado el caso de que no esté desalquilado. Generalmente no se vendían, y la empresa o el Ministerio los regalaban casi siempre a familias que estaban de luto y no querían pasar la noche en casa por no gastar en luz. No podía ser otra la razón de que aceptasen el regalo, pues lo que es para enterarse de lo que pasaba en la escena no sería...

Zamora amaba *las gateras* como si las hubiera llevado en el vientre nueve meses; dados los dos principios que informaban su táctica en materia de amor—alejamiento y obscuridad—, aquellas cuevas parecían hechas de encargo para él por un

arquitecto amigo. Aisladas en absoluto del resto del teatro, y privadas de luz, las tinieblas en ellas eran tan densas, sobre todo cuando se apagaba el alumbrado de la sala, que el individuo que dentro de su recinto hubiera querido sonarse las narices, habría tenido que buscárselas llamando a un detective.

No habrá que decir que, en cuanto había ocasión, Roberto se quedaba con un vale de *gatera* para la función del día siguiente, por lo que pudiera ocurrir...

En esta noche tenía dos invitadas para ocupar uno de aquellos tenebrosos agujeros: eran la tiplecilla ligera—en todos los sentidos de la palabra—Eurídice Selva y su señora madre; la chica estaba a punto de debutar desde que empezó la temporada; la catástrofe no había tenido lugar aún porque la Empresa retardaba la explosión, sin duda en espera de que encareciesen más aún las hortalizas.

La chica no era guapa, pero tenía veintiséis años; la madre era... como son todas las madres de todas las tiples que en el mundo han sido. Pero ¿de dónde las sacarán?...

Roberto había empezado la conquista de la tiple aquella misma tarde. No era empresa difícil, y ahora, cuando subían las escaleras del teatro en dirección a la *gatera,* el inspector, aprovechando un recodo favorable, pudo ya inspeccionar al tacto ciertos bajorrelieves de la muchacha; ésta, al sentirse masajeada, limitóse a sonreír, como quien agradece una fineza.

Llegaron arriba cuando el acto había empezado; la sala estaba a obscuras, y allá abajo, como en el

fondo de una mina, se veía el raudal de luz del escenario. A tientas ocuparon los tres sus asientos, procurando Zamora quedar al arrimo de Eurídice; porque es lo que él diría, plagiando escandalosamente a Orfeo:

—«Che faró senz a Euridice...?»

Durante el acto, que era de los pesados, el aristócrata no dejó quietas las manos ni un solo momento; seguramente al otro día se encontraría con que en sus palmas le habían salido callos de tanto tocar. Y la soprano, por lo visto, hacía radicar su honor—con arreglo a la teoría anatómica de Zamora—en la planta de los pies, pues éste era el único sitio de su cuerpo que al inspector le había quedado por abordar sin que la muy ingenua se quejase.

Al fin, cuando ya Roberto sentía agujetas en los brazos, el acto tocó a su fin; él, queriendo resumir y como coronar la faena con algo excelso, se aproximó a ella, siempre a tientas, y le largó un par de besos en el carrillo. Bajó el telón, se dió luz a la sala y..., Zamora no cayó al suelo desmayado porque había cenado fuerte aquella noche. A quien había estado parcheando muy cerca de una hora era a la madre de la chica que, en la confusión de las tinieblas al llegar, había cambiado el sitio con su hija. La vieja, cuya cara era un granero, miraba al aristócrata con una mirada en la que derramaba todo el caudal inmenso de su gratitud, y con una sonrisa que era un cuchillo de postres al que le hubieran salido dos dientes negruzcos, parecía decirle:

—Ya me habían dicho a mí que sólo en España se encuentran hombres así...

Cuando Roberto contó a *Patatine* el drama, lo hizo como si refiriese una hazaña del Romancero, en la que él sólo hubiera sido espectador.

En el despacho entraba ahora gente: Tamarit, Grandini Bordalli, Cannille y su mujer, que venían a despedirse, pues se marchaban al día siguiente... El delegado los recibía ahora con la llaneza amable con que acogía a todo el mundo. Sentado detrás de su mesita del rincón, parecía haber abandonado el resto del despacho a Zamora y los demás, que en torno a la gran mesa roja despachaban los asuntos y chismorreaban a todas horas. El conde, desde aquel rincón de su despacho, gobernaba el teatro con un cariño, con un interés que le hacía estarse allí hasta las cuatro o las cinco de la madrugada; no era el empresario que lo sacrifica todo a la defensa de su propio dinero: era el hombe digno que ha recibido de muy alto el encargo de defender un puesto y lo hace sin reparar que en él se va dejando poco a poco hasta la propia salud. Cuando llegaban hasta él los gruñidos de algún miembro de la piara periodística que, habiendo visto disminuído el pienso, criticaba a tontas y a locas su gestión, el conde, con la despectiva fortaleza del hombre que siente calmada su conciencia, se limitaba a encogerse de hombros y a sonreír.

Al entrar el grupo, Zamora y los suyos suspendieron la conversación femenil: Grandini y Tamarit—que venía a despachar con el delegado—se acercaron a la mesa grande, mientras el matrimo-

nio Cannille se aproximaba a la del conde para hacer una despedida con todas esas zalamerías de los artistas que miran casi siempre a la *riconferma.*

En el despacho, de una elegancia suntuosa, con su gran chimenea, en cuyo hogar había ahora instalado un radiador, y con el zócalo de madera que corría a todo lo largo de la estancia, lleno de retratos, resonaba la voz del tenor, que parecía aquí más vigorosa que en la escena.

En el diálogo mezclaba con prolijidad sospechosa las dos palabras "caro conte", y algunas veces, subiendo un semitono el *caro,* se convertía en un *carissimo* que llegaba casi a arrancar lágrimas de emoción.

La mujer, con su figura noble, alta y erguida, y su aire de severa matrona romana que hubiera ido a la escuela con la madre de los Gracos, se despedía también, efusiva, aunque con menos aspavientos. Era una gran mujer físicamente, y debía serlo también en el terreno moral: una compañera como seguramente no se la merecía el sinvergüencilla de su marido. Recordando mucho en la manera de andar a la diosa Minerva, parecía la sutil encarnación de la virtud: se escapaba de toda su figura, sin ser adusta ni mal educada, un aire de respeto que la incluía en el gremio de esas mujeres a las que, para echarlas un piropo, había que ponerse una escafandra que le librara a uno de la bofetada inmediata.

En ella la virtud no debía ser una prenda del alma, sino un flujo orgánico, y el marido podía estar tan convencido de su fidelidad, que si alguna vez llegaba a encontrársela en la cama con otro

hombre, era seguramente porque se había equivocado de lecho. En el teatro, desde el primer día, todos la respetaban, y siendo como era guapa y apetitosa, con su cara de transparencia opalina, con su pecho y caderas, que, por lo firmes, debían ser de mármol, guardaban para ella ese respeto que se guarda a un *foxterrier* del que se sabe que devuelve a bocados las caricias.

Todos se habían puesto en pie para despedirlos: Cannille repartía abrazos muy apretados, con la misma emoción con que pudiera repartir pitillos de cincuenta; ella daba la mano, que algunos, como *Patatine* y Zamora, presas de un respeto inevitable, se apresuraban a besar, y largaba a cada uno un *a rivedercci* que parecía un adiós a toda esperanza.

A la misma puerta salió el grupo a despedirlos. En la entrevista con el conde nada se había hablado de *riconferma.* Cuando el tenor se vió a solas con su mujer en la escalera que conducía al vestíbulo de Contaduría, no pudo menos de decírselo:

—Fabia, me parece que por aquí vamos a tardar un poco en volver.

Ella no dijo más que:

—¡Bah! ¡Quién sabe!

Y como si acabase de despedirse de algo muy querido, largó un suspiro, a cuyo lado el legendario suspiro del moro fué un estornudo inarmónico.

A la tarde siguiente, a eso de las cinco, *Patatine* tuvo el capricho de ir a hacer una visita a doña Mecenas; conocía él mucho a esta señora de veria en el teatro por los camerinos de los artistas como un pajarraco que lleva el pico cargado de prome-

sas, pero nunca había estado en su casa. Hoy iba por primera vez, pues quería ver si en una charla con la distinguida celestina se enteraba de algo referente a los trapicheos de Petra.

Llegó al portalón de la plaza de Oriente, y con arreglo a la consigna que él conocía de oídas, no tuvo más que decir al portero que le salió al paso:

—Voy al principal.

El cancerbero le saludó con una sonrisita que parecía querer decir:

—Que aproveche, amigo.

Empezó a subir la escalera, preocupado con la fórmula que había de emplear para traer la conversación con la dueña de la casa al terreno que él quería.

Había pasado ya del entresuelo y sólo dos tramos le faltaban para llegar al piso de doña Mecenas. En aquel momento oyó cómo la puerta de éste se abría, y dos personas, después de haberla cerrado otra vez, bajaban cuchicheando. La cosa no le chocó, y se propuso hacer lo que toda persona discreta hace siempre en trances parecidos: cruzar con los que bajaban sin mirar siquiera, sacrificando la curiosidad a un natural espíritu de tolerancia.

Pero una tos que llegó a sus oídos le dejó algo perplejo. ¿Sería posible? ¿No sería un caso de semejanza de toses, en el cual podía basarse hasta un error judicial?... Porque a él le parecía que el que había tosido era Roberto Zamora; si no se equivocaba, sería que el inspector—animado, sin duda, por el postín de su víctima—había cambiado hoy las humildades de la casa de la Costanilla por las elegancias de los gabinetes de doña Mecenas,

en los que el *bidet* era un artículo de primera necesidad.

No le hacía ninguna gracia el encuentro: desde que Zamora les había visto a la Petra y a él en la tarde de marras saliendo del camerino, no perdía ocasión de gastar bromas al muchacho acerca de aquel encuentro. Claro que como el inspector era un caballero no había dicho a nadie una palabra, y cuando había gente delante las bromas que gastaba a *Patatine* eran tan vagas que sólo ellos dos podían entenderlas. Pero el joven se encontraba con respecto al aristócrata en esa situación de dependencia moral que nos ata con toda persona que posee un secreto nuestro. Hasta se diría que el hecho de referirle Roberto su aventura de la *gatera* no había sido más que un supremo rasgo de delicadeza del caballero para que ambos estuviesen a la recíproca.

Se cruzaban ya los que bajaban con el que subía; como si el portero de la casa fuese un diablo que adivinase la situación, dió en aquel preciso momento luz a la escalera. El nimbo luminoso de una bombilla de veinticinco bujías vino a caer de lleno sobre la cabeza de Roberto, sombreada a medias por el ala del borsalino. *Patatine* y él se miraron un cuarto de segundo, y el aristócrata, suspendiendo la operación de pasarse la lengua por el bigote, en que, sin duda por atavismo, venía entretenido, dibujó en sus labios una sonrisa que quería decir disculpa y picardía a un tiempo.

Patatine, firme en su decisión de caballerosidad, no hubiera mirado el rostro de la señora que bajaba con su amigo, a no ser porque ésta, apresu-

radamente y como quien huye de un peligro tremendo, intentó bajarse el velillo del sombrero: una espesa gasa que hacía casi las veces de antifaz.

Lo intentó nada más, porque el diablillo enredador, decidido por lo visto a meter la pata, hizo que las manos de la dama se entorpecieran de pronto y tropezasen en incógnitos obstáculos. *Patatine* sintió un impulso más fuerte que él, y casi instintivamente miró.

Para no caerse tuvo que agarrarse al pasamanos de la escalera. La señora que salía de casa de doña Mecenas en compañía de Roberto Zamora era la mujer de Cannille. Grave, digna como siempre, parecía aumentar ahora su continente de Minerva pudorosa y honesta. Al muchacho el encuentro le hizo el mismo efecto que si, pasando una madrugada por la plaza de Castelar, viese que la Cibeles descendía de su pedestal y le invitaba a perderse con ella por entre las próximas frondas del Prado.

Recordó en un momento la frase de Zamora:

—Si supiesen ustedes con qué mujer del teatro me estoy acostando yo ahora, se desmayaban.

Realmente la cosa era, si no para desmayarse, al menos para que le diera a uno un vahído.

Sentados los dos en su rinconcito del café, vieron entrar a la Emma y llegarse hasta ellos.

Patatine le cedió su asiento al lado de Petra, y él se sentó en una silla enfrente de las dos.

—¿A que no saben ustedes a lo que vengo? —dijo la italiana.

—A cenar con nosotros.

—No, gracias, ya lo he hecho... A pedirte a ti un favor muy grande, Petra.

Eran buenas amigas, nada envidiosas la una de la otra: muy satisfecha la española con su vida de saltos, que acababan siempre sobre un colchón, y radiante la italiana con su noviazgo, que representaba para ella nada menos que la solución de toda su vida futura.

Precisamente de esto venía a hablar, y lo hacía como siempre, en un español salpicado de frases italianas que resultaba encantador. A veces se olvidaba, y soltábase a hablar en su lengua, que Petra y su novio entendían perfectamente.

—¿Sabéis que me caso?

—¿Cuándo?

—El primero de abril; ya para entonces se habrá terminado la temporada, y Javier y yo nos iremos a hacer un viaje por Italia; él quiere conocer a mi familia.

—Debe ser muy bueno.

—Sí que lo es; no tienes más que ver... lo que va a hacer conmigo.

Al decir esto, la chica bajó los ojos como humillada. La amiga protestó.

—Eso no, mujer; tú te lo mereces todo... Oye, y ¿cómo ha arreglado él lo de su familia?

—¡Pobrecillo! Le ha costado una de disgustos... Por fin, los padres se han convencido de que el muchacho no cedería, y han dado el consentimiento; claro que hubiera sido lo mismo, porque él es mayor de edad.

—¡Un rato largo!—pensó, sin decirlo, *Patatine*.

—¿De modo que ya es un hecho?

—Sí, hija; esta mañana, por fin, y después de buscarlo durante quince días, hemos encontrado un cuarto.

—¿Sí?... ¿Dónde?

—En una casa de una de aquellas calles que salen a la plaza de toros, y que se llama..., verás...

Sacó del bolsillo un papel muy doblado, y lo leyó con cierto trabajo:

"Calle de... O...donell, número 49..." Es el último piso, pero como tiene ascensor, es igual.

—Y sobre todo—dijo *Patatine*—, es lo que vosotros habréis dicho: será el último piso subiendo desde la calle, pero bajando del tejado es el primero.

—¡Claro, chico! Tenéis que venir a verlo.

—Iremos.

—Desde pasado mañana, que nos lo entregan, empezaré a arreglarlo, pues Javier quiere que me vaya a vivir a él en seguida.

—Bueno, ¿y dónde está el favor que yo he de hacerte?

—Chica, verás... Sus padres consienten en la boda, pero dicen que no quieren nada con nosotros, y que a mí ni siquiera quieren conocerme... Bueno, yo no me apuro, porque sé que eso es lo de siempre: ya se ablandarán con el tiempo.

—¡Qué remedio!

—Sobre todo—intervino *Patatine*—, cuando, en vez de padres, sean abuelos.

Emma, con su cara de niña, creyó oportuno sonrojarse.

Patatine, regocijado con aquello, añadió:

—Lo que debéis hacer es apresuraros. ¿Para qué esperar los nueve meses?

—¡No seas bruto!—exclamó la Petra—. Sigue, tú...

—Pues te decía que, ¡claro!, no hay que pensar en los padres de Javier para que sean padrinos de la boda, y como mi familia está tan lejos..., pues... yo había pensado en ti para que fueras la madrina.

Le hacía la proposición con timidez, como quien propone la complicidad de un crimen.

—Chica, yo encantada y agradecida, además, de que te hayas acordado de mí; pero, francamente, ¿no será muy poca madrina para la boda de todo un señor conde?

—¡Ay, hija! No te preocupes por eso: cuando le dí a Javier tu nombre, se quedó encantado.

—¡Caray, muchas gracias!

—¿De manera que puedo contar contigo?...

—Desde luego; pues vaya una cosa. Bueno, ¿y el padrino?

—A ese hemos decidido Javier y yo que seas tú quien lo elija.

—¡Ah, eso sí que no!

—Pero, ¿por qué, tonta?

—Porque no debe ser. ¿No tienes tú a nadie?

—Ya sabes que no. Por lo menos, aconséjame. Vamos a ver: tú en mi caso, ¿a quién elegirías?

—Mujer, déjame pensarlo un poco; así, de pronto...

—Bueno, pues tú lo piensas, y mañana o pasado me lo dices.

Se enfrascaron en una conversación de la que *Patatine* quedó casi excluído. Eran esos mil detalles diversos de una persona que organiza su felicidad, cuando esta felicidad, por no esperarla más que de un modo remoto, le ha cogido desprevenida. Sinceramente se alegraba Petra de la suerte de su amiga, y en su pensamiento no había el más ligero fondo de envidia; acaso para ella una boda así sería un obstáculo más que una solución. Ella seguiría impasible la ruta de su destino, que era el de trabajar para los demás; a un marido, por complaciente que fuese, no podía imponerle la obligación de llenar el estómago a toda su dilatada familia.

Era la hora de la función, y como las bailarinas no trabajaban, no tenían prisa en dar por terminada su charla. El café se llenaba de todos esos elementos que, como heraldos anunciadores, avisaban siempre el principio del espectáculo en la casa vecina. Espectadores del paraíso, que venían

a tomar de prisa su café para salir corriendo a trepar por las escaleras que les llevaban a su localidad; individuos de la orquesta que, casi de pie, delante del mostrador, humedecíanse la boca, ante la perspectiva de cuatro horas de soplar o de rascar en sus instrumentos; aficionados consecuentes, de los que iban a la ópera como quien va a la oficina sin faltar apenas una noche, y a los que no les importaba llegar un poco tarde, siempre que en el primer acto de hoy no tuviese el tenor ninguna trinchera que tomar...

Los coristas, tramoyistas y empleados de la casa desdeñaban el viejo café, cuya lista de precios no era muy halagüeña para sus bolsillos, y acudían a las tabernas que, en número de catorce, rodeaban el teatro, estratégicamente repartidas por sus inmediaciones.

La principal de todas ellas, si de beber se trataba, era la del señor Lucas, antiguo carpintero del teatro, que con un perfecto sentido de la topografía, instaló su establecimiento frente por frente a la puerta del escenario; el parroquiano no tenía más que cruzar la calle y pedir... En menos de tres minutos se podía ir allí desde la escena, tomarse un quince con seltz, y volver otra vez a la obligación.

Cuando el estómago, a más de vino, pedía cosas sólidas, su propietario tenía que andar unos pasitos más, aunque no muchos, y encaminarse a la calle de la Independencia; en ella, y hacia su mitad, estaba la joya del barrio: la casa del señor Fermín *el Chalana,* un asturiano que para eso de confeccionar una paella, un *ragout* o unos callos

con chorizo, era algo así como el Titta Rufo del gremio.

En el teatro le llamaba todo el mundo a su casa *el Ritz,* y todo aquel artista o empleado al que sus ocupaciones le retuviesen dentro del edificio al llegar la hora sagrada del pienso, se hacía servir un cubierto de siete reales, que era algo así como el milagro de los panes y los peces ampliado a todos los ramos de la alimentación.

El mismo *Patatine,* muchas veces por variar, hacía traición al clásico café y se iba al *Ritz* de la calle de la Independencia; el local, muy limpio, era como todos los de Madrid consagrados al culto de Baco, sin modernismos traicioneros. Un zócalo de azulejos, dando la vuelta a todo él; el mostrador con su gran cubierta de cinc y su fuente, donde los vasos se limpiaban al chorro de agua que salía de un grifo; mesas de pino esparcidas aquí y allá, con sus clásicas banquetas; muebleci-llos ligeros y manejables, que en los momentos de bronca servían de proyectiles o de bombas de mano con que acariciar la cabezota del adversario; el escaparate, poblado de promesas algo arcaicas: la fuente de judías estofadas, el plato de las tortillas que parecían hechas a molde, el pedazo de jamón bien curado...

Fermín había tenido el capricho de poner en los muros de su establecimiento una nota de arte. Al efecto, un día llamó al insigne pintor de puertas que había ido a dar una mano a las maderas del local, y le dijo:

—Oye, Macario: ¿serías tú capaz de pintarme unos cuadros bonitos ahí en esas paredes?

Macario miró los lienzos, examinándolos en sus dos dimensiones, como queriendo calcular si su inspiración daría para llenar todo aquello. Por lo visto, el cálculo fué favorable, porque dijo:

—¡Anda, Dios! En el techo también le pinto algo, si usted quiere.

—No; el techo vamos a dejarlo por ahora. Quiero que me lo ponga el casero de madera labrada.

Como se ve, el señor Fermín *el Chalana* era un artista. Hoy día, mientras el comensal recreaba su cuerpo saboreando unos langostinos con salsa tártara—¡el plato favorito de la casa!—o unas albondiguillas de bacalao, podía recrear también su espíritu admirando los tres frescos que el genio de Macario había creado sobre el yeso de las paredes. El que había encima del mostrador representaba un puerto de mar en el momento en que salía de él una poderosa escuadra de barcos de vela. La nota bucólica se cultivaba en el de la pared de la izquierda, entrando en el local: un pastor, cuyo rostro tenía un extraño parecido con el de Melquiades Alvarez—acaso fuese una venganza del pintor, por el estilo de las de Miguel Angel—, apacentaba unos borregos en medio de un campo de perenne verdura. En el de enfrente, una muchedumbre endomingada se disponía a asistir a una corrida de toros en una plaza cuya silueta arquitectónica se dibujaba al fondo como un flan que se hubiese desviado un poco del molde. Así el *tríptico* resultaba un compendio de la vida toda: el mar, el campo y la ciudad. No podía pedirse más por doce duros, que era lo que Macario ha-

bía recibido por su labor. En España se paga aún con avaricia el trabajo del artista.

Los días festivos, a las horas de las comidas, el local, lleno de gente hasta la cueva, se espesaba con una atmósfera de humo, en la cual parecían cocerse las fuentes de los alimentos que las dos hijas del dueño—dos muchachas muy garridas—llevaban a todas las mesas. Se hablaba a gritos, se discutía, se daban fieros golpes en los tableros. El público, formado en su mayoría por coristas y músicos de la orquesta del teatro, parecía elegir aquel sitio para hablar mal de sus directores y de las primeras partes.

El vino daba audacia a las afirmaciones y convertía en terribles polemistas a los que en el teatro aparecían más tímidos ante el maestro de coros.

La crítica se ejercía allí como podía ejercerse en una barricada, escuchándose a cada paso las frases más atroces dichas por un corista viejo y desdentado, que cuando abría la boca en escena parecía un sapo que se sintiese lírico... ¿Scornetti? Un romancero que daba el camelo al público, adoptando en escena posturitas de dama. ¿El maestro Sainati? Un ignorante que dirigía la orquesta como pudiera dirigir un escalo. ¿La Gonzalvi? Una histérica atacada de furor uterino, que mientras cantaba se estaba haciendo señas con el apuntador. ¿Tamarit? Un intrigante, al que no le cabían en la cabeza dos escenas seguidas de una ópera. ¿Du Flery? Un chiflado, que cantaba como un perro, y al que, en cualquier teatro que no fuera el Real, no le pagarían arriba de diez liras por función.

Cada afirmación se lanzaba con orgullo, a pulmón lleno, haciendo alarde de una fiera independencia que era un timbre de gloria. ¡Pobre gente! En el fondo eran unos infelices, y en todo aquello no había más que ese rencor sordo de todo el que no ha podido llegar a la cumbre de su oficio, sin fuerzas para destacarse del montón. Todos ellos empezaban su carrera con la seguridad de llegar a divos en cuanto el público los oyese un par de veces, y al verse estancados en jornaleros del arte, sirviendo de comparsas para que las primeras figuras se luciesen, revolvíanse contra ellas como si fuese suya la culpa de su postergación.

Tenían ese malestar, ese resquemor del hombre engañado por su propio destino, al cual se habían abrazado bajo la promesa de gloria y de millones, y que abandonándoles en la primera jornada, pero ya tarde para retroceder, les ataba por siempre a su carro con las ligaduras del hambre.

Era el mismo caso del crítico Parrondo, fracasado desde el vientre de su madre, y ahogándose siempre en su propia bilis. Esta comida barata que *el Chalana* les servía en su *Ritz* de similor, cuando ellos se creían con méritos suficientes para comer a diario en el otro Ritz, no hubieran podido digerirla sino a fuerza de maldiciones y de chismorreos.

Para ellos el hablar mal de los de arriba en esta hora del pienso, que era, de todas las del día, aquella en que más patente se les hacía su pobreza, venía a ser algo así como el bicarbonato, que ayuda a la digestión y lo dan gratis en casi todos los restoranes.

Las dos chicas seguían hablando de lo mismo. *Patatine,* que no tenía prisa por ir al teatro esta noche, se había puesto a leer el *Heraldo.*

Faltaría escasamente un cuarto de hora para que empezase la función; por la puerta del café cercana al mostrador empezó a entrar una fila de gente que, cruzando el local, se metía sin vacilaciones por una puertecita en cuyo óvalo de cristal se leía la palabra *billares.*

El cuarto o quinto en la fila era *Raul,* y tras él seguían entrando individuos en cantidad respetable, hasta formar un núcleo de más de ciento; durante un rato el café permanecía dividido en dos partes por esta barrera humana que pasaba rozando el mostrador.

Eran los de la claque, la digna mesnada que *Raul* mandaba en jefe como un caudillo almogávar. Eran casi todos gente joven, con indumentaria de estudiante o de empleado, con mayores detalles de elegancia en el vestir algunos de ellos. *Patatine,* que los había visto cruzar así el café muchas noches, con aire de conjurados de película, tenía curiosidad por saber qué hacían allá dentro, y, levantándose, sumóse a la hueste en su desfile.

En la propia sala del billar, y agrupándose todo lo que podían en un rincón si había jugadores,

Raul, con su voz atenorada de viajante catalán, empezaba a pasar lista; parecía aquello una clase de la Universidad. A cada nombre, como por un resorte, respondía un *presente;* el individuo que lo pronunciaba recibía de manos del jefe una cartulina no mayor que un billete del tranvía, y que era la que le facilitaba la entrada en el teatro.

A veces detrás del nombre venía un silencio. *Raul* lo repetía, y si el silencio se repetía también, una rayita mágica venía a señalar en el papel la falta del desertor que había abandonado el campo a la vista del enemigo. Ni más ni menos que la clase de Derecho canónico en los buenos tiempos del señor Morales. A las tres faltas, el desertor dejaba de ser *claqueur* y, en adelante, si quería entrar en el teatro, había de rascarse el bolsillo y aflojar una peseta con ochenta que costaba la entrada general.

Pero *corruptio unius generatio alterius.* Esta ley inmutable de vida se cumplía también en la claque, que al fin y al cabo era un pequeño mundo gobernado por los mismos principios que rigen los movimientos de los astros. A cada socio expulsado reemplazaba inmediatamente uno de los aspirantes, cuya lista llega a ser muchas veces tan numerosa como la de la misma claque; el recién ingresado, con el ardor del neófito, se rompía las manos aplaudiendo, haciéndolo con verdadera furia y sin aquel modo mecánico que poco a poco iría adquiriendo, hasta convertirse en un maniquí; uno de los socios más viejos de la claque—llevaba en ella veinte años—explicaba esa conversión del

hombre *claqueur* en una máquina por un fenómeno nervioso.

—Yo tengo ya tan arraigado el hábito—solía decir—, que cuando en un café oigo a un parroquiano dar una palmada para llamar al camarero, rompo al instante en una ovación sin poderlo remediar.

Pasada la lista, el jefe daba sus instrucciones: en tal pasaje había que insistir en el aplauso; a la tiple, al terminar la primera parte de su romanza, hay que darla tres "bravas" seguidos... El barítono quiere que se le interrumpa en el aria de salida con un "así se canta".

Aún tenía el jefe que hacer una última recomendación:

—Con *las lechuzas*, ya sabéis: hay que rendirlas. A cada siseo suyo, una ovación nuestra, hasta dejarlas fuera de combate.

Y comenzaba de nuevo el desfile, pero ahora a la inversa. La majestuosa cola volvía a cruzar lentamente el café en dirección a la calle; otra vez el local aparecía dividido por aquella barrera humana que parecía proteger el mostrador de un ataque imaginario.

Al volver *Patatine* a la mesa notó que Emma suspendía el cuchicheo y se quedaba mirando a la otra como preguntándole algo. Petra le dijo:

—No; puedes seguir hablando. Este es como si fuera yo misma.

Y dirigiéndose a su novio añadió:

—Me está contando lo que le ha pasado con Scornetti.

El chico había oído algo, pero contado por la

interesada no cabía duda que la cosa tenía más sabor.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada: figúrate tú si yo, por hacerle caso a él, iba a perder lo de Javier.

—¡Claro!

—Bueno, pues él empeñado en que teníamos que vernos, y que si yo quería, podíamos vivir juntos... y qué sé yo cuántas cosas.

—Y ¿os visteis?

—No.

Aquí la chica lanzó una mentira como una casa; pero ello no tenía importancia.

—Bueno, ¿y Cesárea? ¿No dicen que le tiene tan sujeto y no le deja ni respirar?

Petra intervino:

—¡Bah! Lo de todas. ¿Sabes por quién se ha enterado Cesárea de que Scornetti quería a ésta?

—Por el ministro de Instrucción pública.

—¡No seas burro! Por Cannille.

—El y ella creo que ya, antes...

—Han sido queridos mucho tiempo, y ahora, al encontrarse aquí, se han vuelto a enredar.

—¡Edificante!

—Ella es una zorra.

—Pues si ella es eso que tú dices, ya sé lo que es Scornetti.

Rieron los dos, y Emma, procurando aclarar lo que le convenía, dijo:

—La última vez que Cannille y ella se han visto, poco antes de marcharse él, le ha dicho que yo y Scornetti estábamos liados. ¿Qué te parece?

¡¡Es un canalla!!... Claro que yo sé por lo que lo ha hecho.

—Por *sport*.

—No; para hacerla rabiar. A mí, como comprenderéis, me tiene sin cuidado... Teniendo la conciencia tranquila...

—Sí; con tranquilidad de conciencia, buen apetito y algún dinero, no se pasa del todo mal en este mundo.

—La prueba de que él es un sinvergüenza, es lo que ha hecho con Scornetti.

—¿El qué? ¿Adornarle la frente? ¡Bah! Eso ocurre en las mejores familias.

—No me refiero a eso.

—Pues entonces, ¿a qué?

—¿De veras no lo sabes?

—Te doy mi palabra...

—Pues muy sencillo: el mismo día que salió de Madrid le escribió una carta diciéndole que el que había estado una tarde en el cuarto del piano con Cesárea era él y no Zamora. Parece que Scornetti sorprendió a los tres, y se quedó con la duda.

—Eso ya lo sé.

—A la carta acompañaba un paquetito de diez o doce más, escritas todas por la muchacha a Cannille en el tiempo en que estuvieron liados.

—Lo cual Scornetti lo ignoraba—agregó Petra, refocilándose con todo aquello.

—Y si no lo ignoraba, podía hacer como que nada sabía. Pero ahora ya...

—Bueno, y al recibir el paquetito, ¿qué ha hecho el divo?

—Creo que le pegó una paliza tremenda.

—¿A Cannille?

—No, a Cesárea. Cannille había cogido ya el tren. Han estado a punto de separarse, y, por lo pronto, habréis observado que ya no salen a la calle juntos. Ella no hace más que llorar... Yo creo que se separarán al marchar de Madrid.

Patatine resumía para sí la situación, mientras su novia y la otra seguían cuchicheando. La cosa no podía ser más clara: el divo corría tras Emma, mientras Cesárea caía en los brazos de Cannille, el cual, para vengarse de los dos, decía a ella que él y la Emma se entendían, y contaba a él que su personita se las había entendido tiempos atrás con la que ahora era querida del divo, y se las había seguido entendiendo todo el tiempo que duró su estancia en Madrid. De todo ello resultaban: el divo engañado por partida doble, pues si Cesárea lo engañaba con Cannille, Emma lo había dejado por el conde de Villamarcina; Cesárea, engañada también por su amante, que corría tras la cara infantil de Emma por el obscuro *foyer* del teatro; Cannille, triunfante en sus intrigas, y la novia de Villamarcina orgullosa al verse solicitada por dos hombres.

Patatine había visto situaciones de una diafanidad parecida en esos vodevils franceses que parecen escritos con la pluma mojada en pimienta, y en los cuales el espectador llega al último acto completamente loco... Y eso que al vodevil de ahora, cuyo argumento acababa de sintetizar Emma, le faltaba la pincelada definitiva para convertirlo en obra maestra del género: aquella escena de la mujer de Cannille—del propio intrigante que

se había creído engañar a todos—bajando del brazo de Zamora las escaleras de la casa de doña Mecenas, con su rostro grave de Minerva.

Pero esa escena sólo dos personas la conocían: Roberto y *Patatine,* y no había cuidado de que ninguno de ellos se la sirviese al público.

En medio de todo, era admirable el barullo que en cuestiones de amor reinaba entre los bastidores de la vieja casa. La Moral allí era, por lo visto, algo que tenía *jettatura,* y de la que todos huían por miedo a que les trajese algún mal; y aquellos hombres que, en escena y a la luz de la batería, apenas alguien les mentaba *l'onore,* sacaban la espada y entonaban un aria en la que lo más suave que se decía para el ofensor era la consabida frase de "il tradittor morrá...", luego, en la vida, y apenas se quitaban el colorete, parecían jugar a los bolos con todo aquello, riéndose como chicos cuando les contaban alguna aventurilla amorosa en la que la víctima era un compañero.

¡Y ellas!... En las óperas se mataban casi siempre por ser fieles al ser amado. Verdaderas heroínas de la fidelidad, se abrían el vientre, como la *Buterflay,* o se tomaban el veneno, como *Leonora* y *Elvira,* antes que traicionar, no ya al marido, pero ni siquiera al novio. Luego, como si hubiesen agotado ante el público su caudal de honradez, eran las gatas en celo que paseaban por el mundo entero sus lubricidades entre *fermatas* y calderones.

Y todo eso lo hacían—¡y esto era lo grandioso!—entre sonrisas de camaradería, sin que el que no estuviese enterado pudiese sospechar el mundo

de traiciones que vivía bajo aquellos abrazos, aquellas felicitaciones y aquellos "o mio caro!" prodigados con cualquier motivo.

Eran como amables enemigos que se hiriesen mortalmente por la espalda, escondiendo el puñal entre flores.

Había llegado el Carnaval. En el rodar incesante de los días, habíamos arribado de nuevo a aquellos en que, según dicen los cronistas, anda suelta por las calles Nuestra Señora la Locura.

El templo máximo de esa deidad, en cuyo culto se mezclaban no pocas tonterías, estaba por una noche en el teatro Real, cuyo baile de Bellas Artes congregaba dentro de sus muros vetustos a lo más saliente de la cofradía laica del trueno y del holgorio, más una no despreciable suma de asistentes pacíficos, que aun cuando, según ellos, no iban más que de espectadores, acababan metiendo más bulla que todos los demás juntos.

La gran fiesta pagana tenía lugar, según tradición respetable, el lunes de Carnaval, y desde que terminaba la función del domingo, toda la legión de carpinteros y tramoyistas del teatro procedían a colocar el enorme tablado que, emparejando sala y escenario en un mismo plano, dejaba convertido el recinto en un gigantesco salón de baile; sobre el tablado se colocaba una alfombra de tan diversos trozos y colorines, que parecía el traje de Arlequín, y al fondo del escenario se cerraba el espacio con una decoración de las más viejas de la casa, que figuraba la estancia de un palacio de singular arcaismo. Ante ella quedaba instalada la plataforma para la música.

El conjunto ofrecía un aspecto anticuado de estampa o caricatura de Ortego, en el cual parecían echarse de menos los miriñaques de las damas y las melenas—ya un poco recogidas—de los caballeros. A ello contribuía el tono de oro viejo del teatro, la vetustez de la alfombra, que debía ser contemporánea de González Bravo, y, ¡sobre todo!, aquella decoración del escenario, con sus grandes puertas, sus muros rosa y sus enormes medallones algo churriguera.

Cuando *Patatine,* en punto de las once y media, penetró en el recinto, muy embutido en su frac, creyó haberse equivocado de casa, y haberse metido en la tranquila de una honesta familia burguesa, en la que se celebrase un baile blanco para festejar la petición de mano de la mayor de las chicas. Acomodadas en los asientos que junto a las plateas orlaban todo el recinto, había unas doscientas máscaras, la mayoría sin antifaz, y con ese aire resignado del que espera divertirse mucho, pero no se atreve a dar el primer paso en el camino de la diversión.

Aquellas personas, seriecitas, muy compuestas, parecía, a pesar de su disfraz, que se disponían a asistir a una conferencia científica; en el centro del salón los bastoneros, enfundados en sus capuchones negros, contribuían a dar al conjunto su aire aburrido de salón del Ateneo.

En los palcos no había nadie aún; alguno que otro aparecía ocupado por una dama enmascarada que se asomaba con timidez a la sala, temerosa de llamar la atención.

De pronto, la orquesta inició un pasodoble;

como con resorte se animaron algunas de aquellas figuras de cera, y unas parejas, hasta diez o doce, se lanzaron a los riesgos de la danza.

Poco a poco la concurrencia se iba espesando; la cosa resultaba inexplicable, pues fijándose en las tres puertas que facilitaban el acceso al salón —la del *tranvía* y las dos pequeñas laterales, en las que, por el desnivel, había habido que colocar una rampa—, apenas se veía entrar gente por ellas. Parecían brotar del suelo los dominós de todos los colores, los capuchones, los mantones de Manila, los disfraces raros y caprichosos, entre los que ponía su nota grave el negro de los fracs y de los smokings. Eran como diablillos que fuesen acudiendo de todos los rincones del Averno para la gran saturnal.

Sin embargo, en esta primera hora, el recogimiento y el orden imperaban aún. Mientras la orquesta descansaba, las parejas, formando una rueda colosal, iban dando vueltas al recinto, muy lentamente, como quien sabe que recorre un camino que no tiene fin. Y al sonar los primeros compases de una habanera o de un *one-steep,* el conglomerado se deshacía, como una tortilla ciclópea cuyos bordes se desmigasen, dejando libre el espacio del centro para los sacerdotes de Terpsícore.

Pero eran todavía bailes racionales, en los que se bailaba por bailar, como quien ejerce un culto, y en los cuales el ritmo y el compás tenían aún un sentido claro y preciso, que la música se encargaba de ir dirigiendo.

Patatine, muy serio, se había agarrado a la cintura de una dama que vestía el traje de campesina

napolitana y cubría el rostro con el negro antifaz de raso. Cada vez que las naturales evoluciones del baile llevaban a la pareja ante la platea de la Empresa, que era la tercera a la derecha, los ocupantes de ésta—Roberto Zàmora, Eduardo, Scornetti, Grandini y algún otro—le preguntaban con insistencia, señalando a la dama:

—¿Quién es?

El chico se encogía de hombros.

A la tercera vuelta, Roberto la llamó, soltando un nombre al azar, por ver si acertaba:

—Adiós, Petra. Muy bien, muy bien. Estás muy guapa.

La aludida, como si nada hubiera oído, no movió ni siquiera la cabeza. Zamora pensó si se habría equivocado. *Patatine* limitóse a sonreír, sin afirmar ni negar.

El orden seguía imperando en el salón, a pesar de que ya, en los descansos, eran muchos los que salían y, bajando al *foyer*, dedicábanse a refrescar la garganta. El aspecto del *buffet* y del mismo *foyer* contrastaba con el de la sala: todo lleno de mesitas, sin más espacio libre que el suficiente para que pudiese circular la gente, parecía uno de esos modernos salones de gran restorán parisién, con los que sueñan en sus rincones de provincias los aspirantes a libertinos. En el severo vestíbulo parecía haber más luz que de ordinario, alegrada la seriedad de sus muros rojos por la albura de tanto mantel sobre los que brillaba el cristal de las copas como en una invitación. El busto de Gayarre, cejijunto y sombrío, presidía aquella especie de campamento de las huestes de Pantagruel, en

el que muy pronto se librarían verdaderas batallas. Por todo el pavimento, para salvar la alfombra de los ultrajes de las vomitonas y de los vinazos, se había extendido un hule parduzco, al cual al andar se agarraban los pies.

El restorán de abajo era, por decirlo así, el grueso del ejército; pero sirviéndole de avanzadas, y desplegadas en guerrilla por toda la casa, había mesas en las galerías de las plateas, esplendorosas y relucientes con la suntuosidad de sus nuevos zócalos de mármol y de sus puertas de ricas maderas, en los pasillos de los palcos entresuelos, en los rellanos de las escaleras, en todos los rincones del teatro donde quedaba libre un huequecito para instalar en él un altar, por pequeño que fuese, del culto báquico y sensual.

Había pasado ya la primera hora, la hora honesta en que el baile parecía una reunión en un Ayuntamiento de pueblo, y a la cual, según fama, concurrían disfrazadas algunas señoras muy de su casa del brazo de sus maridos, impregnando la sala de un tufillo a espliego y a honradez realmente repugnante; se iniciaba la bacanal, siempre una bacanal algo... baja de techo, pero único remedo en los tiempos actuales de aquellas orgías de griegos y romanos, en las que también debía haber mucha gente que con toda sinceridad se aburriese.

El local estaba ya tan lleno, que las parejas, aun las de los más hábiles bailarines, se movían con dificultad; de cuando en cuando los bastoneros habían de intervenir, agitando sus tirsos empenachados de cintas, para desenredar a unos bailarines muy próximos a la bronca.

Viéndolo vacío al principio de la noche, parecía imposible que el vasto salón pudiera llenarse; sin embargo, ya lo estaba hasta rebosar. Y era realmente admirable, vista desde la altura de un palco, aquella gigantesca policromía que el azar había ido formando, llena de vida y de luz.

Ante espectáculos así es como se convence uno del fondo de falsedad que hay en toda obra de arte, por realista que parezca. Ni el pintor más hábil en el manejo de los colores podría componer un cuadro en el que el matiz de cada uno de ellos se combinase de modo tan perfecto. El propio García Sanchiz, mi ilustre amigo, que en esto del colorismo parece tener el estanco, se vería negro—¡un negro muy Veronés!—para trasladar a uno de esos lienzos, que son siempre sus cuartillas, el conjunto, brillante y sencillo a un tiempo, de aquella vidriera de catedral gótica.

Era la nota clara, chillona como un tendido de sol, de los mantones de Manila, amarillos y rojos, morados y oro, y al lado de ellos los capuchones violeta, verde-nilo, grana-tercer aviso; los trajes de Pierrot, de una blancura nebulosa de luna otoñal; las telas de color indefinido de los disfraces raros, como aquella túnica *muy momia egipcia*, en la que se había embutido el célebre dibujante Pepito Salamanca, que asomaba las brasas de sus ojos de antracita por entre los agujeros de un capuchón completamente persa.

Las mantillas blancas caían sobre las cabezas de ébano o de cobre como una bandeja de chantilly que se hubiese derramado desde un balcón sobre un campo de moras o de trigo.—¡Este símil es de

los inamovibles, mi amigaso!—Y en medio de toda esa orgía de color, como el dolor está mezclado a las alegrías en la vida, se veía la mancha obscura de los fracs de los caballeros, los trajes de seda negra de las señoras, que, ¡chulas y castizas ellas!, se habían creído en el caso de venir al baile con la misma *toilette* de visita de monumentos en Jueves Santo: mantilla negra y un grupo de flores rojas en el pecho, como un corazón que sangrase.

En el salón empezaban a verse esas caras pálidas del hombre que ha bebido mucho, pero que, en medio de su palidez, aun conserva unas manchitas rojas en las mejillas y ese aire jocundo y pantagruélico que acompaña siempre al primer período de la borrachera. El baile se descomponía un poco; ya había parejas que danzaban haciendo graciosas piruetas y diciendo alguna barbaridad cortés a otra pareja con la que se tropezaban. Muchos nudos de corbata empezaban a deshacerse, y algunos peinados masculinos se despojaban poco a poco de la tiesa armadura que el cosmético había puesto en ellos. Ya se veían muchas caras de mujer desprovistas de antifaz, aunque la mayoría entraron en el baile con él.

Patatine, un poco aturdido, había traspasado su misteriosa pareja a Eduardo y se había refugiado en el palco de la Empresa; lo primero que le llamó la atención al llegar a él fué una particularidad del indumento de Roberto Zamora, que sin duda debía ser un disfraz; por lo menos era algo que, para exhibido en público, sólo en los días de Carnaval resultaba tolerable. Ello era que el aristócrata, por el decoro de la fiesta, había tenido el buen gusto

de estrenar un traje de frac aquella noche, y su pantalón, mientras su dueño permanecía de pie, no ofrecía particularidad alguna; pero en el momento en que se sentaba, los dos lados de la bragueta se separaban de un modo violento, como si desde las ingles les tirasen con unos cordones misteriosos; no llegaba la pretina a abrirse del todo gracias a la sujeción de los botones, que hacían de guardianes de la Moral, pero quedaba formando un zigzag abullonado y muy caprichoso, que era algo así como una sonrisa de la prenda.

Aquello parecía, abriéndose y cerrándose a medida que Roberto se sentaba o se levantaba, uno de esos trucos de indumentaria tan usados por los payasos de los circos para provocar la risa del público ingenuo. Alguien propuso que se pintase de color rosa el fondo de aquella sonrisa, y seguramente Zamora tendría un éxito gigante.

De cuando en cuando, en la rueda de las parejas pasaba una mujer que tenía el privilegio de concentrar todas las miradas: alta, hermosa de cuerpo, con los brazos y las piernas al aire, y la mitad de los senos a la intemperie, todos adivinaban en ella a la mujer codiciable, a pesar de que el rostro lo llevaba tapado.

Empezaban en seguida las conjeturas.

—Es la Fulana.

—¡Ca, hombre! Si la Fulana está allí, en aquel palco de arriba, con su querido.

—¿Quién? ¿Aquella del traje azul? Es la mujer de Fulano.

—Pero ¡por Dios, Roberto! Si Fulano está allí, en el palco del Casino. Míralo,

—Ya lo sé; la ha traído él.

—Entonces, ¿quién es el que va con ella?

—Pues un amigo del matrimonio.

Debajo del palco en que se hallaba *Patatine* había desde primera hora de la noche dos mujeres, vieja la una, y vestida con un sencillo capuchón de color ceniza, como sus cabellos; más joven la otra, con traje de circasiana embarazada, y ambas con la cara descubierta. No se habían movido; nadie se había acercado a ellas, ni ellas tampoco habían sonreído a nadie: eran dos de esas mujeres vulgares, por cuyo lado pasan los hombres con la misma indiferencia que por los derribos de la calle de Jacometrezo.

En la platea que estaba a la izquierda de la de la Empresa, se instalaron, desde que empezó el baile, los individuos de la Policía de servicio en el teatro: el simpático inspector Luis Oriol, los agentes Sánchez Mata y Robles, el capitán Delgado y algunos más.

Patatine, al volverse hacia allí una de las veces, notó que a las dos mujeres vulgares les había salido un novio: el inspector Oriol, que no les quitaba ojo ni por un momento. El muchacho le llamó la atención.

—Vamos, Luisito, que hemos hecho pesca.

—No lo sabes tú bien. No te distraigas, y verás qué pez más bueno.

No entendió lo que quería decir con aquello. Pasó un rato, y de pronto, Oriol, de un salto, cruzó el tabique que separaba su platea de la de la Empresa, y rogando a los que estaban en primera fila que se apartasen, avanzó hasta la barandilla y

dejó caer las dos manos sobre los hombros desnudos de la más joven de las mujeres. Sánchez Mata, que, dando la vuelta, había bajado a la sala, completó la obra colocándose ante ellas, mientras el inspector decía a su presa:

—Te he pescado. Anda, rica, sal ahí fuera, que tengo que darte un recado.

Entonces sonó un grito, un alarido espantoso que retumbó por todo el baile. Una señora rubia, disfrazada de ama de cría y que pasaba del brazo de un caballero grueso con muchos bigotes, era la que había gritado.

—¡Mi bolsillo! ¡Mi bolsillo!—decía aún, pero ya en tono más bajo, mirando a los que la rodeaban.

Oriol intervino para calmarla.

—No se apure usted, señora, que está aquí.

Y exhibía en la mano derecha un grandioso bolso de plata, en cuyo interior se adivinaban riquezas tales como un pañuelito, unos billetes del tranvía y una polverita diminuta. Conducida la ladrona al cuartito del *foyer,* donde de ordinario se vendían los periódicos, se la encontraron, en una gran bolsa que llevaba en salva la parte, y oculta por el disfraz, nada más que las tonterías siguientes: unos gemelos de señora, de esos con mango de enchufe; tres bolsillos más de plata, un peluquín de caballero, unas ligas de sexo indefinido, dos chapas del guardarropa, una cartera con la cédula, el retrato de Joselito y unas medias color perla. No se le presentaba mal la noche a la infeliz, que, por lo visto, pensaba poner un bazar con el producto de sus rapiñas.

Roberto Zamora, como si hubiera visto algo en la sala, desapareció de la platea. Al ponerse en pie para salir, la sonrisa de sus pantalones volvió a cerrarse.

Cruzó la galería de plateas, no sin cierta dificultad, pues ya el barullo era enorme, y penetró en el salón entre codazos.

Buscar allí a una persona determinada era como pretender el hallazgo de una aguja en un pajar; se entregó en brazos de la suerte, y, en efecto, al poco rato, y cerca de una de las rampas que bajaban a las puertas laterales, se encontró con una mujerona alta, grandiosa, algo así como un camión al que hubiesen revestido de telas de colorines, y que caminase a bandazos por entre el oleaje de la multitud. Venía vestida de chula, con pañuelo blanco a al cabeza y antifaz muy negro por la cara; entre los dos asomaban unos tufitos rubios, como capullos que se salen de una cesta.

Zamora no estaba seguro de que fuera ella, y, para salir de dudas, la llamó por su nombre.

—Adiós, doña Mecenas.

Ella, sin tomarse el trabajo de fingir la voz, le dijo:

—Hola, Roberto. Tanto bueno por el baile...

—Eso digo yo. ¿Qué te trae por aquí?

—Pues mira... Que he venido aquí con estas señoritas...

—¿Quiénes son?

—¡Ah!... Eso que te lo digan ellas.

Eran dos: una ya grandecita y bien formada, de ese tipo delgado, pero de mujer sólida, que tanto se parece a un caballo de carreras; vestía

sencillamente un manila verde y grana, arrollado al cuerpo, dejando al aire los brazos, el pecho y los hombros; el antifaz era sólo una manchita negra en el rostro, que dejaba ver una boca monísima y casi la puntita de la nariz. Se veía que no tenía un gran interés en que no la conociesen. La otra era un *pierrot* chiquitín; si la apariencia no engañaba, aquella mascarita no debía tener más de trece o catorce años; por detrás del casquete negro le caía una abundante mata de pelo muy negro, que casi le llegaba a la cintura.

Zamora tuvo un rasgo:

—¿Quieren ustedes tomar algo?

Doña Mecenas tuvo una idea:

—Tenemos arriba un palco. ¿Por qué no subes? Puedes cenar con nosotras, porque precisamente el novio de ésta—y señalaba a la mayor—me ha dicho que invite yo a alguien, si quiero...

Roberto se pasó la lengua por el bigote; fijóse en el *picrrot* más de lo que hasta entonces lo había hecho, y preguntó:

—Y esta señorita, ¿no tiene novio?

Doña Mecenas echóse a reír.

—¡Por Dios, hijo! Espera que salga del colegio. Si a esta chica le han quitado el pecho anteayer, como quien dice.

El apéndice bucal de Roberto giró ahora más de prisa por todo el oasis de su bigote. Miraba a la chica como a una promesa esplendente, como a esas frutas, verdes aún, que se nos ofrecen en las ramas de los árboles al borde de los caminos, y que tan buenas son para guisadas con almíbar.

El almíbar ya se encargaría de ponerlo Roberto.

Aceptó el convite de doña Mecenas, y se encaminaron los cuatro a la salida más próxima.

Las mesas de los pasillos estaban ya llenas de gente. Aún había en los rostros y en los ademanes cierta compostura; estábamos, como quien dice, en el primer plato.

Por una de las escaleras laterales subieron al primer piso; doña Mecenas dió unos golpecitos en la puerta de uno de los palcos, y ésta se abrió. Era uno de los que daban frente al escenario, al lado del regio de gala. En el antepalco un caballero, como de unos cuarenta años, con un frac muy ceñido, que se veía que no era suyo, leía el *Heraldo*, al parecer con un gran interés.

Doña Mecenas hizo la presentación.

—Don Fermín Cantalapiedra, novio de esta señorita... Roberto Zamora...

Se conocían los dos de vista, como se conoce mucha gente en Madrid. El tal Fermín era uno de esos puntos fijos en el café o restorán recién inaugurado, en los estrenos en que se esperaba que hubiese bronca, y en las casas de juego donde el banquero era siempre un presbítero. Acogió al aristócrata con esa cordialidad efusiva del hombre que sabe que la amistad se engendra a veces con un simple saludo.

—¡Tanto honor! Con las ganas que yo tenía de conocerle... Cenará usted con nosotros, ¿verdad?

La celestina le dijo que ya ella se había adelantado a hacer la invitación. El individuo experimentó esa alegría expansiva del hombre que, aunque sea a costa de su bolsillo, ha encontrado un amigo que le ayuda a llevar la carga.

Porque a él le había aterrado, desde primera hora, la idea de encerrarse a solas en aquel palco con aquellas tres mujeres.

Roberto se asomó al palco: la sala, desde aquella altura, parecía un gigantesco tapiz de flores que hubiesen empezado a marchitarse.

Cuando volvió Zamora al antepalco, se encontró a la mayor de las chicas sentada sobre las rodillas de su novio.

El *pierrot,* asomándose tímidamente por entre las cortinas, miraba el baile con ese aire de curiosidad avara con que se contempla por primera vez un sitio del que se ha oído hablar mucho.

Doña Mecenas se había quitado el antifaz y se había bajado hasta el cuello el pañuelo que le cubría su cabeza. Sus cincuenta y tres años parecían esta noche treinta, como si un Mefistófele de tocador hubiera cerrado con ella pacto.

Roberto se acercó a la pequeña y—fiel a su táctica—antes de decirle nada le puso una mano en el promontorio del dorso. La chica no se estremeció.

—¿Cómo te llamas?

—Sofía.

La voz era tan débil, que parecía llegar por un hilillo del teléfono.

—Quítate la careta.

—No quiere doña Elena.

—No, Roberto, no; no seas malo—dijo la alcahueta—. La he traído al baile como podía haber traído a mi hija.

—Pero... ¿ha venido a rezar el rosario?

—Hombre, no: a ti te dejo que te acerques a ella, pero a otro cualquiera ¡ni pensarlo!

El inspector no insistió: sabía que en un baile de máscaras la mujer que al llegar cierta hora no se quita la careta, es porque ha venido sin ella desde su casa. Todo era cuestión de esperar.

Sólo que él se propuso esperar andando, que es el modo, según San Francisco de Asís, de que las esperas se hagan cortas. Y, sin hablar, empezó a dar a la pequeña una de besos tal por la barbilla y por la frente, que doña Mecenas, para no quemarse con el fuego de aquellas dos hogueras que tenía a su lado, salió al palco y sentóse tranquilamente en él a contemplar el baile.

Era ya más de la una y había empezado la hora trágica; en una de las plateas se presentó ese fenómeno que en esta clase de fiestas suele ser como el anuncio de que va a empezar la bacanal: el fenómeno consiste sencillamente en un señor que, despojándose del frac o del smoking, se queda en mangas de camisa. Es difícil establecer la relación que pueda existir entre el libertinaje y el hecho de enseñar el forro del chaleco, pero lo indudable es que en todo baile o fiesta, más o menos *montmartroise,* mientras no hay un señor que se desprende de parte de su traje, parece como que la fiesta no hubiera empezado. Ello acaso sea un símbolo y quiera decir que ha llegado el momento de mostrarse al desnudo, saltando por encima de los prejuicios sociales.

Así debía ser, por lo menos en el baile de hoy, porque, coincidiendo con la aparición en la platea del sujeto desvestido a medias, empezó el jaleo.

En el centro del salón, un pollo, sentado tranquilamente en el suelo, aparecía rodeado de cinco o seis máscaras, a las que debía estar contando unas cosas muy graciosas, dado lo mucho que se reían. Frente al palco de la Sociedad de ídem, ocupado esta noche por lo más granado de nuestra heráldica y de nuestros clubs, y que, por la colocación del tablado, había quedado al nivel del suelo, una mascarita rubia, vestida de bebé, subastaba a gritos sus gracias. El duque de San Juan y Feli Mortero eran los que con más ahinco se la disputaban:

—Cuatrocientas pesetas.

—Cuatrocientas cincuenta.

—Quinientas.

El joven conde del Solar, un pollo con el labio caído y la cabeza pelada, a pesar de sus veintiocho años, intervino en la puja.

—Yo, si te quitas el antifaz, te doy mil.

—¡Eso! ¡Que se descubra! ¡Que se descubra!—rugieron todos.

La muchacha, alejándose un poco de la platea, dijo riéndose:

—¿De veras queréis que me descubra?... Pues voy a daros gusto.

Rápidamente volvióse de espaldas, alzó hasta los riñones la faldita, ya de suyo muy corta, y enseñó la más linda posadera femenina que el cielo se haya entretenido en fabricar: un montecillo de manteca y rosa, partido por gala en dos, como el rubí de que hablaba el poeta. En la parte baja se adivinaba, más que se veía, un bosquecillo de castaños...

Salió corriendo por toda la sala, y el conde del Solar, con la lengua fuera del labio péndulo, saltó la baranda y se lanzó detrás. La chica triscaba como una corza por aquel bosque humano, perseguida por el aristócrata, al que por debajo del frac se le veían el rabo y las pezuñas del fauno; en la huída tropezó ella con el tirso de uno de los bastoneros y estuvo a punto de caer. Los brazos del noble la recogieron, y juntos ya perdiéronse los dos por una de las puertas de salida.

En la danza aparecieron unos bailarines que daban la vuelta al salón mordiendo materialmente el cuello de la pareja, incrustados en su cuerpo, mientras otras bailoteaban en ridículas contorsiones, como si estuvieran representando un sainete.

Claro que en medio de la locura general había quien conservaba la serenidad, como el capitán de un barco batido por la tormenta. Así *Patatine,* que pasaba ahora muy tieso, muy ceñido, bailando un pasodoble con arreglo a los cánones y en compañía de la *Maja,* una artista de varietés muy castiza ella, que en los bailes *agarraos* hubiera podido servir de modelo a Fidias. El joven llevaba ya en la cara las primeras señales de una borrachera en su infancia: ojeras azules y cierto desviamiento de la nariz, que era en él el barómetro de su estado interior; pero conservaba la presencia de espíritu necesaria para marcarse toda clase de bailes, sin recordar para nada los dibujos grotescos de los caprichos de Goya.

Se empezaba a oler a vino en la sala: era un vaho especial que hacía más densa la atmósfera y que parecía escaparse de cien bocas. Se veían es-

parcidas aquí y allá esas caras trágicas de la borrachera en su segundo período, cuando pierde ya el carácter jocundo de los primeros momentos: ojos de loco, enturbiados y como mirando fijamente a un punto invisible; grandes rosetones de la piel, bajo la que parece verse el alcohol, rodeados de una lividez especial muy parecida a la de los cadáveres; pecheras de camisa abiertas; prendas de vestir arrugadas..., todo ese conjunto de pelele humano que tantas veces se ha reproducido en las caricaturas y en los cuadros de Carnaval.

De cuando en cuando dos sujetos se liaban a mamporros, mientras sus parejas respectivas se ponían a chillar: acudían los bastoneros, se movilizaba Sánchez Mata y los otros agentes de servicio en el teatro, pero casi siempre, antes de que hubieran llegado al campo de batalla, los combatientes se enlazaban por última vez, pero ésta para sellar con un abrazo la paz. No valía la pena pelear por nada en este mundo, y quedaban más amigos que antes.

Personas que nunca se habían hablado se tuteaban ahora como si una vieja amistad las uniese; en la baranda de un palco una mujer, caída hacia la sala, recibía los besos de dos sujetos a la vez; al pie mismo del tablado de la orquesta, una señora ya entrada en años bailaba el *cancán* ante un corro de espectadores que la jaleaban. Y sirviendo de fondo a todo esto, como si lo esencial fuera ella y todo lo demás no fueran sino detalles despreciables, la orquesta seguía tocando muy ordenadamente los números del programa y las parejas seguían bailando; cuando en las evoluciones de la

danza tropezaban con alguno de esos obstáculos—borrachos caídos, luchadores de boxeo, oradores improvisados—se limitaban a dar un pequeño rodeo y seguían bailando como quien cumple una penitencia.

A lo mejor, un sujeto, después de haber hecho el burro un rato largo por la sala, caía al suelo desplomado; como si hubiese encontrado al fin una postura por largo tiempo buscada, quedaba inmóvil, como muerto; un bastonero y algún que otro espectador compasivo lo recogían como quien recoge un saco de patatas y lo llevaban por todo el salón hasta meterse con él por una puertecita que se abría en la decoración del escenario. A veces la cosa se complicaba, pues uno de los que hacían de camilleros, antes de llegar al fin del viaje, caía también al suelo como herido por el rayo... Al cabo de un rato, el que había entrado por aquella puertecita misteriosa conducido entre cuatro, volvía a salir por ella, pero ahora por su pie, muy tieso y muy firme, mirando todas las cosas con ojos de extrañeza, como quien despierta de un largo sueño.

Se daba el caso de sujetos que no habían bebido nada, o lo habían hecho en una forma moderada, y que, sin embargo, aparecían más *húmedos* que los demás. Era el contagio, como si todo aquel vaho alcohólico que salía por la mayoría de las gargantas se les metiese a ellos de nuevo pulmón adentro. Era también un caso de imitación inconsciente: el mismo que en las calles, cuando desfila un regimiento al son de un pasodoble, hace a la mayo-

ría de los transeuntes caminar a compás de la escuadra de gastadores.

Doña Mecenas había hecho que les reservasen para cenar una mesa que había en el pasillo y enfrente de la puerta de su palco; era de cuatro cubiertos, pero ya se arreglarían para sentarse ante ella los cinco, aunque tuvieran que hacerlo los unos encima de los otros.

Ella, quejándose de un hambre horrible, se había colocado ya en su sitio y devoraba una ración de langostinos. Fermín y su novia, en la misma puerta del palco, se acariciaban cada vez con más efusión; Zamora, tumbado en el diván del antepalco, había hecho que el diminuto *pierrot,* enmascarado aún, se sentase a horcajadas encima de sus muslos. El aristócrata, desabrochando el traje de la niña, había sacado al aire sus dos senos, unas bolitas de marfil apenas torneadas, y las frotaba con su mano en el punto débil, como si tuviese el proyecto de sacarles brillo.

La chica dejaba hacer con una indiferencia absoluta; se veía que estaba haciendo en esta noche su aprendizaje, y un poco extrañada de las tonterías con que se divertían los hombres, acogía las maniobras de Roberto con esa curiosidad expectante de la primeriza, que tanto se parece al cinismo.

Doña Mecenas había creído desde el primer momento que no era mal profesor Roberto Zamora para iniciar a la muchacha en los secretos de su arte futuro, cada día más complicado desde que los hombres se han vuelto tan caprichosos. Conocía bien al aristócrata y sabía que no tenía nada de peligroso. De sus manos una principianta nun-

ca saldría estropeada, sino más bien como empavonada y ennoblecida por un curso de extensión universitaria que le ayudaría luego mucho en sus luchas por la vida. Así ahora le dejaba hacer, sabiendo que lo que hiciera no tendría malas consecuencias.

Sin embargo, les llamaba a los cuatro.

—Pero ¿no vienen ustedes? Que se enfrían los langostinos... Bueno, y si no se enfrían me los voy a comer yo todos.

Cantalapiedra y su novia se habían sentado ya, aunque a él, en rigor, lo que menos le importaba era comer. Zamora y su pareja—que casi podía ser su nieta—se hacían los remolones.

Pero sonó un taponazo de champaña y el *pierrot* dió un salto.

—¡Ay, están bebiendo champaña! Yo quiero probar eso...

Había oído hablar de él tanto, como de una bebida asociada siempre a juergas diabólicas, que sentía ardiente curiosidad por conocerlo... personalmente. ¿A qué sabría? De seguro, a azufre, que es a lo que saben todas las cosas del Infierno.

—Anda, vamos... Que se lo van a beber todo...

—¿No lo has bebido nunca?

—Claro que no...

Roberto quiso aun contenerla.

—Espera, tonta, que vamos a hacer ahora una cosa que te va a gustar mucho.

—Luego, luego...

Se había olvidado de disimular la voz, y el aristócrata oía ahora algo que había oído ya en otra parte. ¡Tendría gracia que conociera él a la chi-

quilla...! Pero no recordaba dónde. De lo que sí estaba completamente seguro era de que aquella voz había sonado ya varias veces en su oído.

De un salto se escapó la muchacha, y el inspector salió al pasillo tras ella. Lo primero que hizo fué abalanzarse a una copa que doña Mecenas llenaba ahora con el resto de una botella. Sintió un cosquilleo en el paladar y en los ojos, y como las grandes emociones se resumen casi siempre en una sola idea, dijo:

—Parece sidra.

—Pues es champaña—dijo doña Mecenas, enseñando la etiqueta de la botella.

—¡Bueno!

Y la chica, perdido el encanto—aquello sabía, efectivamente, a azufre—, no insistió más: todas las copas que bebió en el resto de la noche fueron por compromiso.

Durante la cena reinó cierta seriedad; por el pasillo transitaba gente de continuo, y no era cosa de obsequiarla con unos cuadros vivos sin que les hubiese costado un cuarto.

Roberto, por debajo de la mesa, tenía cogida la mano izquierda del pierrot, que iba paseando lentamente por ciertos parajes de su propio organismo, como si no quisiera perder el contacto. La otra pareja se besaba, con la boca llena de grasa, a cada bocado. Doña Mecenas, acaso mejor orientada, se dedicaba francamente al comestible. Tiempo habría para todo.

La novia de Fermín debía ser muy sensible para el alcohol, porque a la tercera copa ya estaba bo-

rracha. Y, ¡claro!, lo primero que hizo al encontrarse así fué quitarse la careta.

Era rubia, guapa, aunque algo vulgar, y reía ahora continuamente, como si tuviera un gran empeño en lucir unos dientes muy blancos y muy chiquititos, que eran lo mejor que tenía sobre su persona. Roberto la conocía de haberla visto muchas noches en las delanteras de palco del teatro.

Fermín, sin dejar de mirar al aristócrata, y señalando la cara de su novia, le preguntó:

—¿Qué le parece a usted?

—Que es muy bonita. Tiene una cara preciosa.

—Pues si viera usted lo demás...

—Ya me lo figuro.

Patatine hubo un momento en que se encontró solo. La *Maja,* llamada desde un palco por unos amigos completamente borrachos, le dejó plantado en medio de un baile. En cuanto a la Petra, que no otra era su pareja misteriosa de primera hora, no había vuelto a verla por mucho que la había buscado.

La muchacha, con la franqueza con que le hablaba siempre, se lo había dicho al ir con él al baile:

—Voy contigo; pero no olvides que si me tropiezo con alguno de mis... cabritos, he de aprovechar la ocasión. El baile de Bellas Artes es el agosto del dueño del restorán y de... *nosotras.*

Era la primera vez que, sin eufemismos, se incluía en el gremio de las piculinas. *Patatine* aceptó el trato con melancolía, pero comprendió que no tenía derecho a monopolizar a la muchacha aquella noche; hubiera sido como obligar a un comerciante a que cerrase la tienda el día de la fiesta del pueblo.

Plantado en el centro del salón, miraba el rebullir de las parejas, que giraban en torno a los bastoneros como mariposas alrededor de una luz; pero eran ya mariposas algo descoloridas. De pronto notó por la espalda un fuerte empujón que casi le

hizo caer; fué a volverse, y un cuerpo cayó a su lado como un árbol que, herido en el tronco, se desploma.

Era un jovencito, un muchacho casi imberbe, que seguramente para venir al baile había tenido que escaparse de su casa. Estaba, más que pálido, amarillo, y por la boca arrojaba una babilla que poco a poco le iba convirtiendo en un fuelle la pechera de la camisa.

Acudieron cuatro o cinco personas, entre ellas un señor que llevaba la corbata en el cogote y que estaba tan... *uva* como el que yacía en el suelo.

Patatine cogió al caído por las piernas, y levantándole en alto con ayuda de los otros, le llevaron a través del salón hasta la puertecita que se abría en la decoración del escenario. El borrachillo no se movía, casi no respiraba, dejándose llevar como un baúl.

Subió el grupo los escalones que llevaban al pasillo de la izquierda del escenario y se encaminó a un cuarto que había enfrente, y sobre cuya puerta se leía en un letrero: "Director de orquesta."

De ordinario aquello era otro cuarto del piano, como el de la casa del arquitecto, donde los artistas pasaban las partituras; pero hoy el instrumento había sido substituído por una cama, la misma sobre la que moría Mimí en escena, al final de la *Bohemia*. En un ángulo había un armario con unos frascos, y en otro, un palanganero. Esto y unas sillas completaban el mobiliario de la habitación.

Al entrar en ella se olía a éter y a cloroformo. De la cama se levantaba un individuo escuálido, con un chichón en la frente de procedencia reciente.

Miró a los dos médicos de guardia a aquella hora y les dijo:

—¿Qué han hecho ustedes conmigo?

No le contestaron. El hombre salió muy sereno, palpándose el chichón, impregnado ahora de árnica, y que se había producido al caer beodo contra la esquina de una mesa.

Al ver el fardo que se les entraba por las puertas, los doctores—dos simpáticos muchachos, con toda la abnegada caridad de la profesión en el rostro—se miraron el uno al otro, como diciéndose:

—¡Esto ya es más serio!

Y lo era, en efecto; el pollito imberbe parecería muerto, a no ser porque los difuntos no suelen oler a mostagán de una manera tan decidida.

Padecía un colapso cardíaco, y fué preciso administrarle una inyección; la cosa felizmente resolvióse antes de lo que se hubiera podido esperar, y cuando el muchacho salió de la estancia pudo, acompañado por uno de los que le habían conducido hasta ella, salir por su pie a la calle y meterse dentro de un coche.

Patatine, que era amigo de los médicos, prefirió quedarse allí. El espectáculo era interesante. Entraban los beodos, conducidos siempre por fuerzas ajenas, y al momento eran tumbados encima de la cama. La mayoría de ellos venían charlatanes, sin haber perdido la razón, pero sí con grandes nubes en ella. Había que sujetarles mientras se les daba el amoníaco, pues manoteaban con furia al principio, como queriendo librarse de una pesadilla.

Era una mueca de repugnancia que les cogía todo el cuerpo, y éste se retorcía de la cabeza a los

pies, con grandes arcadas, próximas al vómito, como si el alcohol que rebullía en su estómago protestase de la presencia del enemigo. Después se iban calmando poco a poco, y ya no exhalaban más que un estertor ronco, que iba suavizándose hasta desaparecer, y el borracho quedaba como dormido. Pasaban unos segundos, recobraba en parte las fuerzas, y lo levantaban de la cama; había que dejar sitio para los demás.

Porque los cuerpos entraban sin cesar, y apenas guardaban turno para esperarse los unos a los otros. En la estancia había una atmósfera pesada, que emborrachaba, como si el alcohol que había huído de los cuerpos se hubiese quedado flotando en el aire.

A veces, los nuevos *difuntos* habían de esperar a la puerta, pues el sitio estaba aún ocupado; como en un hospital de sangre, los heridos afluían en gran cantidad cuando la batalla había llegado al período álgido, y la prodigiosa actividad de los dos médicos resultaba insuficiente.

Los muchachos se relevaban cada hora; todos eran buenas personas, rivalizando en celo por atender a los caídos, con esa resignación admirable del hombre que ha ido a un lugar de diversión sólo para trabajar y pasar malos ratos. Pero en la pareja que entraba ahora de guardia había uno tan alto como un ratón en dos pies, que era la imagen de la presunción y de la petulancia; poseído de su papel, y creyendo, sin duda, que todos los médicos habían de ser Recaséns o Ramón y Cajal, tenía toda esa vanidad del hombre chiquitín, de cerebro igual a su estatura. Se llamaba Polanco, y sus

compañeros, para mortificarle y castigar de algún modo su idiotez, le llamaban siempre *Polanquito,* cosa que le producía muy cómicos arrebatos de ira. Apenas se hizo cargo de la guardia, comenzó a decir y cometer impertinencias. Por unos momentos se creía el director del Hospital General.

El fardo que entraba ahora pertenecía al género femenino; era la primera mujer que caía por allí en toda la noche: rubia, alta, fornida, con el cuerpo casi desnudo, envuelto en los jirones de un mantón de Manila, como el de un héroe en su bandera.

Polanquito, haciendo caso omiso del compañero—un muchacho alto, seco, con una flema a prueba de coces de borriquito—, empezó a dar órdenes:

—A ver, pónganla ustedes con la cabeza muy alta.

Los que la traían, entre los cuales estaba su pareja, obedecieron; *Polanquito* la miró el cráneo, como si se tratase de hacerle la trepanación. El compañero quiso darla el amoníaco.

—No, no, espere usted.

El otro hizo un gesto, como diciendo: "¿Pero estamos aquí para quitar borracheras o para dar conferencias?" *Polanquito* preguntó a los que habían traído a la mujer:

—Vamos a ver, ¿qué ha cenado esta señora?

El tono de la pregunta quería decir: "¿Pero ustedes no saben que para darle de cenar han debido pedirme permiso a mí?"

Los interrogados se miraron; el que más y el que menos estaba un poco calamocano.

Polanquito insistió:

—Yo necesito saber lo que ha cenado esta señora. ¿No lo saben ustedes?

La interesada, que, aunque divagando, no había perdido el uso de sus sentidos, miraba al mediquillo de cierto modo desde el principio de la escena; incorporóse como pudo, y clavando en él sus ojos como una furia le dijo:

—He cenado mierda. ¡Mierda para tu boca!

Estalló en el cuarto una carcajada general; el galenillo, no sabiendo con quién pagarla, dijo a los otros:

—Hagan ustedes el favor de salir de aquí.

Iban a hacerlo, cuando un incidente imprevisto les detuvo. La mujer, ya casi sentada en la cama, y repitiendo la frase como un estribillo... "He cenado mierda... He cenado mierda...", se detuvo en su canturreo para decir:

—¡Ah! ¿Es que no lo crees? Pues mira..., para que te convenzas.

Acercóse a *Polanquito,* que estaba de pie junto a la cama, hizo un esfuerzo violentísimo con todo su cuerpo, y, ¡zas!, dejó caer sobre el frac y la camisa del petulante toda la cena que hacía una hora había entrado en su estómago y las seis botellas de vinacho que se había bebido.

En efecto, no le engañaba: aquella lluvia verdosa, aquel caldo esmeralda, en el que flotaban unos trocitos amarillentos, parecía eso: la porquería que los nenes dejan en el pañal los días en que la diarrea les avasalla. *Polanquito* no sabía qué hacer: retiróse a un rincón y despojóse del frac; mientras lo hacía, notó que por la cara le resbalaba algo viscoso, mientras una cosa amarga se le metía

en la boca. La cena de la socia le había alcanzado también el rostro, y la sensación de asco fué tal, que él mismo notó que el estómago se le revolvía y de un solo golpe le salía a su vez por la boca... Llegó a tiempo de desaguar en la palangana. Por lo visto, había cenado lo mismo que la dama, más tranquila ya en la cama, después de devolver lo que no quería ser suyo.

Media hora después, *Polanquito,* liado en un lienzo blanco, como una momia, iba camino de su casa en un coche de punto.

En el cuarto seguían entrando y saliendo cuerpos humanos; la mayoría, al cabo de breves minutos, volvían a salir por su pie. Alguno, al hacerlo, se despidió de los médicos con un "Hasta luego" muy expresivo. En efecto, antes de la hora volvió a entrar—o lo volvieron a entrar—, y así hasta tres veces en la noche. La cosa, después de todo, no podía ser más cómoda: la repugnancia a la bebida que el amoníaco inspiraba se vencía con un poco de voluntad, y generalmente no duraba más allá de la primera copa. ¿Por qué no insistir, si el juego era tan divertido?

Pero algunos, de allí no podían salir más que para sus casas: eran los cardíacos, a quienes la broma de la borrachera podía costar cara; los alcohólicos que podríamos llamar de oficio, con los síntomas del *delirium tremens;* los peligrosos, en plena locura agresiva, para quienes todo el amoníaco del mundo hubiera sido insuficiente... Estos eran baja definitiva, y como si salieran del hospital para el cementerio, eran sacados del teatro a viva fuerza y entre guardias, si no querían de otro modo.

El *Spoliarium* se llenaba: ya la cama sola no bastaba, y echados en sillas, hasta en el suelo, eran asistidos los menos graves, mientras la cola infernal aguardaba a la puerta. Los despojos humanos, grotescos y sucios, como peleles caídos en el fango, eran retirados de este nuevo circo romano cuando las fieras de la locura y del disparate los dejaban incapacitados para tenerse en dos pies. Viendo el espectáculo se sentía un poco de vergüenza al ver la razón humana, el decoro, la dignidad, anegados en un mar de alcohol.

Iba a salir *Patatine*, agobiado ya un poco por aquella atmósfera, cuando vió entrar a Roberto Zamora, llevando él solo en vilo al *pierrot* diminuto. La pequeña venía sin conocimiento, con la cabeza caída hacia atrás y con la blanca túnica llena de manchones.

Parecía un cordero al que acabasen de dar el golpe de gracia. Sin careta ahora, *Patatine* la reconoció: era Angelita, una de las aprendizas de baile, la más mona de aquellas cuatro o cinco chiquillas con las que Amalia, la maestra, batallaba a diario en la redondilla para que aprendiesen bien su oficio.

Seguramente que la pequeña, en esta noche, había aprendido más que en muchos años.

Los llamados salones regios, que eran los de la fachada de la plaza de Oriente, constituían las habitaciones de lujo de la casa, como esas estancias severas y de buen tono que en las mansiones burguesas no se abren más que los días que repican gordo y en las cuales les está prohibida la entrada a los niños, bajo penas severísimas.

El principal era uno blanco, con amplios huecos, y con una araña de cristal en el centro, que era una gigantesca obra de arte. De muros lisos, sobrio en su decorado, daba una impresión de modernidad, de cosa de ahora, que contrastaba violentamente con el resto del edificio, suntuoso, pero un poco vetusto.

También, como en las casas burguesas, estos salones no se abrían al público más que en las noches de baile, que eran a lo sumo dos al año; el resto de él permanecían cerrados y sin luz, y de día los utilizaba para sus ensayos una sociedad de conciertos.

En la noche de hoy, a pesar de su grandeza, eran un amable retiro, como un lugar confidencial y apartado, donde se refugiaban las personas a quienes fatigaba el tormentoso barullo de las salas de abajo. El salón blanco, lleno de mesitas y animado por los sones voluptuosos de una orquesta de tzíganes, tenía, para acentuar su nota de selección, una

cuota de entrada, que consistía en exigir, para tener derecho a ocupar asiento en él, el consumo mínimo de una botella de champaña.

Estaba lleno de gente; apenas quedaba en las mesas sitio disponible, y, sin embargo, la estancia seguía conservando su aspecto de lugar propicio a las confidencias, el rumor blando y apacible de los lugares de reposo. Acaso fuera por el tono muy blanco de los muros, tal vez porque, viniendo del volcán de abajo, todo pareciese como adormecido.

Patatine y Eduardo, el secretario de la Delegación, subieron a dar una vuelta: allí se encontraron al conde de Villamarcina, sentado ante una mesa y muy pegado a una máscara que, bajo el misterio del capuchón y del antifaz muy cerrado, tenía un aspecto marcadísimo de persona decente.

Los dos muchachos se miraron y pensaron lo mismo: "¡Pobre Emma! Si supiera que el hombre que va a ser su marido dentro de un mes está ahora en el baile juergueándose con otra..."

Pero Villamarcina les llamó y les hizo sentar a su mesa. Presentó a la incógnita:

—Una amiga.

Y no dijo más.

Pero la amiga, desde que los dos muchachos se habían sentado, estaba desasosegada, inquieta; al cabo de un rato, acercóse al oído del conde y le dijo:

—Yo me voy a marchar. Quédate tú si quieres, pero acompáñame hasta la puerta.

El, un poco borracho, se resistió:

—Mujer, no seas pelma. Si esto está ahora en lo suyo...

Pero como ella insistiese y hasta se pusiera de pie para salir, él, rápidamente, y mirando a una mesa del fondo, cambió de idea y le dijo:

—Bueno, como quieras; te acompañaré... Vengo en seguida, señores.

Y en efecto, a los cinco minutos volvió, pero solo. Antes de sentarse dijo a sus amigos:

—¿Ustedes se han fijado en aquella mujer de allí?

Eduardo y *Patatine* miraron donde Villamarcina les decía; sola en una mesa, bebiendo a sorbos muy diminutos una copita de licor, estaba una mujer delgada, rubia y muy blanca, vestida sencillamente, como para una *soirée,* y sin antifaz. Era un tipo exótico, pero de una seducción especial, con los ojos azules muy rasgados, los labios muy rojos y unos gestos lánguidos y viriles a un tiempo. Se veía que había venido al baile a buscar compañía para aquella noche o acaso para más tiempo; pero se mantenía en cierta altiva reserva, como mujer que no está dispuesta a aceptar lo primero que pase.

—Sí que es guapa—dijo *Patatine.*

Eduardo, que estaba en plena fiebre de jamonas, no pudo reprimir un gesto de desdén.

—De cara es bonita, pero está demasiado delgada. Esa mujer, desnuda, debe ser un saco de huesos.

—¿Cree usted?—dijo el otro—. Pues yo voy a ver si me entero.

Y prescindiendo de sus amigos, empezó la conquista de la solitaria—que al llevarse la copita a los labios parecía uno de esos cromos anuncios de

un licor—con la rapidez con que en ciertos sitios se conquistan ciertas cosas.

En efecto, al iniciar minutos después los tzíganes un vals lento, Villamarcina se acercó a la dama y ella aceptó el baile. En el salón había pocas parejas; nada del rebullir ni de las apreturas de abajo: se bailaba con alegría, pero con cierta discreción, sin imitar al canguro ni al oso polar. La dama rubia bailaba con elegancia, muy recogida en sí, muy entregada, y el baile iba produciendo en ella un efecto de transformación muy marcado: los ojos la ardían, la carne toda parecía echarle fuego, y el conde se encontró de pronto con una hoguera entre sus brazos, que le iba excitando más a cada paso de la danza. Aquella cara ya era otra; los ojos, entornándose hasta casi cerrarse, brillaban, sin embargo, más; la boca sonreía como en una continua invitación; el cuerpo todo se plegaba al suyo, como si una mano invisible los fuese acoplando... Cuando terminó el baile, el muchacho tuvo que hacer grandes esfuerzos y adoptar posturas violentas para que la gente no reparase en que... había hecho el trípode.

Mientras la conducía a su mesa, cuchichearon un poco, y debió ser muy definitivo lo que hablaron porque al momento salieron juntos del salón, despidiéndose el conde con una mueca de sus amigos.

Por la galería de palcos salieron a una de las escaleras laterales; no querían que los viese mucha gente. Recogieron los abrigos en el guardarropa y salieron a la calle por el vestíbulo de Contaduría.

Subieron al coche, y apenas arrancó éste, el

conde empezó a comerse a besos a su nueva amiga. Esta se defendía, mimosa.

—Deja, deja; no seas impaciente...

Desde el principio le había cautivado su voz. Era una voz débil, como desmayada, pero al mismo tiempo había en ella un matiz metálico, como un raro fondo de energía que la hacía irresistible. Era como si, habiendo sido en tiempos recia voz de contralto, hubiera perdido fuerza en una larga enfermedad.

Llegaron a una casa de la calle de Colmenares, que era la preferida de Villamarcina para ciertos ejercicios gimnásticos. La socia subió la escalera restregándose a tientas contra el cuerpo de su amigo; tenía andares firmes, no desprovistos de cierta voluble majestad.

El conde tenía el llavín del piso y entraron sin molestar a nadie. Guiándola él, la condujo a obscuras hasta una habitación y encendió la luz de una gran lámpara eléctrica; era un gabinete vulgar, con la misma disposición mobiliaria de todas las habitaciones destinadas a ciertos usos. Una *chaise-longue,* tan amplia que parecía un trono, hacía las veces de cama; era lo único que daba un tono original a la estancia, pues al menos dejaba de rendir culto a la rutina de que ciertas cosas haya necesariamente que hacerlas en el lecho.

El galán estaba excitadísimo, presa de una lujuria agresiva, que, de no calmarse pronto, le hubiera llevado hasta el crimen. Siendo, como era, un futurista en materia de revolcones, sentía cierto desprecio por la suerte natural del amor; con frecuencia solía decir que ella le parecía admirable

cuando se trataba de fabricar hijos; pero cuando sólo se perseguía darle gusto al cuerpo, había que buscar otros moldes.

El tipo de la mujer—Lucía dijo que se llamaba—era también muy a propósito para realizar con ella toda clase de volatines. Delgada, con delgadez enfermiza, marcado el rostro con el brillo de fiebre que despedían los ojos, y partido en dos por la boca grande y rojiza de vampiresa, pertenecía a esa clase de mujeres, mezcla de hospital y de alcoba, que piden ser amadas en el aguafuerte de una noche de nieblas. Una mujer *muy Lorraine,* como diría el maestro Hoyos.

Sin embargo, Villamarcina, sin duda por contraste o por aquella fuerza de saturación que nos hace buscar lo anormal en lo vulgarísimo, ya en viaje de vuelta, sintió el deseo de maternizar a su compañera.

Como hiciera un gesto que así lo indicaba, ella dió un salto y gritó alarmadísima:

—¡Oh, no! ¡Cochino! Eso es una porquería...

Y cual si defendiese una virginidad, dispuesta al heroísmo, se negó en absoluto a entregar la llave del castillo.

—No me gusta..., no me gusta... Es una porquería propia de gañanes.

Viendo que él se enfurruñaba, colgóse a su cuello mimosa.

—Verás... Tú déjame hacer. Verás como no te arrepientes.

Le hizo tenderse en la *chaise-longue,* y ella, sin quitarse ni un alfiler de su tocado, arrodillóse a sus pies. El joven había cruzado sus brazos por

detrás de la cabeza y dejaba hacer; estas situaciones pasivas, en que no había más que soltar el grifo al llegar el momento, le encantaban.

En una imaginaria Escuela de Estudios Superiores—¡y tan superiores!—, en que se graduasen estas cosas, la joven obtendría seguramente el título de maestra. Ejecutando el acto, un poco agnóstico, de la... antifetación, la chica daba claramente la impresión de no haber hecho otra cosa en toda su vida. Parecía, además, una de esas cualidades innatas que adquirimos por herencia, como si ya nuestros ascendientes la hubieran estado cultivando desde siglos. Lucía no recordaba en aquel momento de quién era hija ni mucho menos nieta, pero seguramente que una y otra dama—la madre y la abuela—debieron ejecutar a la perfección el deporte del clarinete.

Villamarcina, en los prodromos del placer, estaba asombrado ante una cosa que veía, y la veía muy bien, pues para observarla mejor habíase incorporado un poco. El había tenido siempre una alta idea de lo bien que le había dotado la Naturaleza de cierto periscopio; sin haber establecido la comparación con otros semejantes sabía por intuición, que es como se saben estas cosas, que el de su propiedad era de los de calibre mayor, dentro de la relativa insignificancia de la especie humana en ciertos terrenos.

Debido a ello, sin duda, siempre que en la vida le habían obsequiado con una manufactura del género francés, sólo desaparecía de la vista—por muy grande que fuera la voracidad de la oficiante—una parte mínima del... artefacto sexual, quedando el

resto al aire libre, aunque sujeto a las naturales oscilaciones de la succión. Ahora, no: como si de repente su periscopio se hubiera empequeñecido o como si la cavidad bucal de su conquista fuera la de un gigante, todo el mágico aparato había desaparecido de la circulación, como una carta arrojada a un buzón de labios muy rojos.

El conde recordaba a esos artistas de circo que, queriendo epatar a su público, se tragan una espada, luego un paraguas y más tarde una sillería completa. Claro que todos esos objetos vuelven a salir del esófago del artista, aunque un poco más sucios de lo que han entrado. ¿Pasaría ahora lo mismo con... *lo suyo,* o se quedaría allí para siempre?

La duda era como para volver loco al propio Hamlet, sobre todo cuando Villamarcina se fijaba en el rostro de su amiga y le veía rozando casi el bosquecillo de su entrepierna, como si el árbol más frondoso de él hubiera desaparecido en una tala despiadada.

Felizmente, la zozobra fué breve: los ríos interiores se le desbordaron, y la vampira, como si se estuviera enjuagando la dentura, hizo durante un rato unas muecas con la boca. Terminó el acto, y el prisionero volvió a salir a la calle, libre ya, aunque un poco ajado, sin duda por los rigores de la prisión.

La faena había sido soberbia, pero a él aquellos platos fuertes no le servían casi nunca más que de vermú, sobre todo esta noche, en que, por un raro capricho, se había propuesto el cultivo de la normalidad.

Alzóse del asiento, cogió a su amiga por la cintura y empezó a forcejear con ella.

—Pero ¿qué quieres? ¡No seas cochino! ¿No te he dicho que no me gusta?...

—A mí, sí.

Y volvió a la carga con más fuerza.

Ella se defendía, como si le fuera en ello la vida: cayeron juntos sobre la *chaise-longue,* y entonces, viéndose vencida, empezó a suplicar:

—¡Por Dios! No me obligues... Mira, yo te haré todo lo que tú quieras...

Villamarcina, sin perder el tiempo en palabras, había llevado su mano al sitio del peligro. Estaba ebrio, furioso, babeando y encantado en el fondo por aquella resistencia *muy Juana de Arco,* que le daba carácter de violación a una aventura vulgar.

Ella se vió perdida y lanzó su último grito:

—Bueno, haz lo que quieras; pero luego no te quejes... Tú serás el único responsable...

En otras circunstancias él se hubiese detenido ante la leal advertencia; aquella mujer podía estar enferma, y, noblemente, se lo avisaba. Ahora, no; sin oírla, deseando llegar cuanto antes al final, alzó sus ropas y...

Quedóse un poco perplejo. Juraría que su mano acababa de tropezar con un objeto extraño y desde luego completamente exótico en aquellos parajes.

Comprendió; se trataba de una bromita de Carnaval, de dudoso gusto, pero broma al fin.

—¡Qué graciosa eres!

—¿Por qué?

—Sácate eso de ahí... Después de todo, la cosa tiene cierta gracia.

—No lo sabes tú bien.

Reía de un modo tan extraño, que Villamarcina empezó a escamarse. De pronto, con los puños cerrados y los ojos muy abiertos, se fué hacia aquel cuerpo humano, que seguía tendido en la *chaise-longue*:

—¡Desnúdate! ¡En seguida!

—Bueno, hombre, bueno; no te enfades.

Fuése a un rincón y empezó a despojarse de la ropa: el vestido, muy corto por arriba y por abajo, cayó pronto al suelo. Al verla con una camisa finísima que se escapaba de un corsé diminuto, con las medias negras llegándole hasta los muslos, el conde tuvo la esperanza de haberse equivocado. Apenas tenía pecho, mas ello no era un indicio, pues ya su cuerpo delgado, visto desde fuera, hacía presumir aquellas escaseces; en cambio, las carnes eran blancas, depiladas, con suaves transpariencias femeninas.

—Desnúdate del todo, como si fueras a bañarte.

—Ya voy, ya voy... No sé por qué te pones así; yo no te he engañado.

Y apenas dijo esto, sacóse por los pies la camisilla, y Villamarcina cayó sobre él a patadas, a salivazos, a insultos.

—¡Canalla! ¡Marica!... ¿Por quién me has tomado? Yo te juro que has de acordarte de mí.

Era un tío, un bigardo con todo lo suyo. Mejor dicho, una mujer guapa, a la que por una graciosa aberración de la Naturaleza le hubiese crecido un alcornoque en la entrevía. Aguantó la lluvia de

palos muy acurrucado en un rincón, y cuando el temporal amainó un poco, fué a vestirse otra vez.

—Sí, vístete; ahora mismo avisaré a la Policía, y saldrás de aquí para la cárcel.

El, muy tranquilo, como quien sabe que pisa terreno firme, dijo con cierta humildad:

—Pues sí que va a ganar usted mucho con eso. Que se entere todo el mundo, y crean... lo que no es.

Al decir esto último le miró con cierta gachonería.

¡Era verdad! No quedaba más recurso que el silencio. La vergüenza para él solo: la vergüenza, el asco de haber bailado con aquel tío, estrechándose mucho contra él, de haberlo besuqueado en el coche, de haber dejado que luego sobre la *chaise-longue*... ¡Maldito Carnaval, que con tu traje equívoco así permites que triunfe la ignorancia suprema!

¡Carnaval! Mucho te han cantado los poetas, pero, después de todo, no eres más que eso: una orgía en la que los esclavos cambian de sexo bajo la complicidad de tu manto.

Y el caso era que él, en la *chaise-longue,* había gozado como si aquello se lo hubiese hecho una mujer...

Miró ahora al mancebo, aún desnudo, con menos rencor, con cierta gratitud, como a un demonio que nos ha revelado un camino nuevo...

Sentado ante la mesa grande del despacho, Roberto Zamora se abismaba en profundos estudios. Tenía a su derecha el taco de vales para la función del día siguiente, que iba llenando a medias con *Patatine;* delante, el plano de las localidades del teatro, y un poco a la izquierda un bloque de cuartillas.

De cuando en cuando, sirviéndole los dedos de compás, medía la distancia exacta que había entre una butaca de la fila tercera y otra de la décimoctava; con los dedos en alto, trasladaba la mano a una de las cuartillas, y con un lápiz trazaba en ella unos signos cabalísticos.

A veces daba un suspiro de satisfacción, requería la pluma y llenaba un vale. Otras hacía una mueca de contrariedad y dejaba caer el lápiz con desgana sobre el plano.

Patatine le veía hacer, y una de las veces le interrumpió la faena para decirle:

—Roberto, ¿quiere usted una tabla de logaritmos?

—¡Calle usted, hombre! Si es que esta Blanca Cortés me trae loco... Figúrese que quiere tres butacas de la fila diez en adelante.

—Pues déselas usted.

—Sí, pero es que...—se paraba para sonreír...—

la Tetrafurcis me ha pedido dos de la fila octava precisamente, y figúrese con lo amiga que es Blanca Cortés de mi familia, si me ven hablar con ella en los entreactos, pues... para qué quiero yo más.

Porque todo su problema era ése: ver cómo colocaría a sus amistades, a sus queridas y a sus parientas, de modo que no chocasen unas con otras si le veían en pleno galanteo.

Era un problema geométrico, psicológico y un si es no es trigonométrico. Las chicas de la casa, a las que seducía, pedíanle siempre en pago unas butaquitas para el día siguiente, y como él, hombre galante y dieciochesco, no podía dejar de cultivar con ellas el madrigal en los entreactos, había de colocarlas de modo que no le vieran sus amigas serias y familiares, que también le freían a sablazos de localidades.

Pasaba verdaderos apuros. A lo mejor ocurría que su tía política, la baronesa de Cintruénigo, mujer de conducta tan estrecha que sólo iba al Real las noches en que ponían óperas en las que salían frailes y monjas, le pedía un palco principal. Roberto, modelo de sobrinos políticos, se lo enviaba, y como desde él se dominaba toda la sala, el inspector había de privarse de entrar en ella para que la estantigua de su parienta no tomase buena nota de sus mariposeos.

Una noche la cosa revistió caracteres de tragedia griega: la Pepita, una de las aprendizas de baile, ocupaba unas butacas de la segunda fila en compañía de su madre—un *foxterrier* con boa de plumas—. Zamora llevaba unos días detrás de la niña, a la que trataba de convencer para que pro-

base cierta ración de lengua a la escarlata, que en el café de enfrente la hacían muy buena. En el primer entreacto sentóse a su lado en una butaca que estaba vacía, y con la boca metida en la oreja izquierda de la muchacha, empezó a desarrollar ante ella un programa esplendoroso... Pasó el tiempo, empezaron los de la orquesta a ocupar su sitios, dióse luz a la batería, y Zamora se levantó para marcharse; volvióse, y en las dos butacas de atrás encontróse con sus dos cuñadas.

No fué culpa suya, pues habían tomado la localidad en el despacho, pero hubiera dado la mitad de sus canas porque el piso del teatro se convirtiera en aquel momento en el cráter de un volcán y le tragase.

En esta noche estaba muy preocupado, porque el problema de hoy iba a tener que resolverlo por integrales. ¡Era un grano de anís! La Tetrafurcis—una tiple que figuraba en la lista de la compañía, pero que no había llegado a debutar—y la Gonzalvi le habían pedido cada una dos butacas del lado de los impares—para ver bien a los reyes—y hacia el centro del teatro. La cosa sería hasta un festejo, a no ser porque las dos tiples, por antiguas rencillas amorosas, habían jurado arrancarse los bisoñés donde primero se encontrasen.

Hasta ahora no se habían encontrado, pero lo que es mañana por la noche se iban a tropezar. El aristócrata, medio loco, había trazado en una cuartilla dos números, y entre ellos había pintado un triángulo rectángulo, una tangente a la hipotenusa, un romboedro y una elipse. ¡Inútil! Estaba

ya dispuesto a sumergirse en las funciones abelianas, cuando la puerta del despacho de la Delegación Regia se abrió y una voz recia de tenor dramático dejóse oír detrás del biombo rojo:

—¿Se puede?

—Adelante, Nicasio—dijo Zamora.

Entró un muchacho alto, rubio, delgado, pero fornido, con los pómulos muy colorados y un gabán raído, que en su juventud debió ser de un insultante color tórtola. Daba vueltas en la mano a un sombrerillo insignificante.

—Buenas noches, señores.

Hablaba con timidez, como el hombre que se cree siempre acorralado. Quería sencillamente que le regalasen una primera fila de paraíso para el día siguiente, pues le habían dicho que Palella cantaba el *Otello* y quería oírselo.

Zamora le dió el vale, y guiñando un ojo a *Patatine,* preguntó al visitante:

—¿Qué? Y esa voz, ¿cómo va?

—No sé: ahora hace ya días que no canto.

—¿Se dedica usted a pintar?

—Sí, señor; me voy a la sierra y me estoy allí tres o cuatro días. Hago un cuadro para la Exposición esta que viene, que está muy bien.

Hablaba bruscamente, como un patán, que eso era en definitiva: el hijo de unos labriegos navarros que había venido a Madrid con un destinillo en un Ministerio, y aprovechaba todos los ratos libres para entregarse a la pintura como a una querida que le tuviese dominado.

La Naturaleza le había dado una hermosa voz

de tenor dramático, de la que él no hacía ningún aprecio.

—¿Y cuándo se decide usted a estudiar, a educar esa voz?—le dijo Roberto—. Está usted tirando un porvenir por la ventana.

—No tengo dinero.

—Ni le hace falta. Ya le he dicho muchas veces que el día que se decida yo me encargo de buscarle un maestro.

—Pero... ¿tendré tiempo para pintar?

Era la pregunta de siempre, y Zamora, también como siempre, se indignó.

—Pero no sea usted niño. No tiene usted perdón de Dios. Eduque esa voz, hágase un artista, y cuando gane, que puede ser muy pronto, cinco o seis mil pesetas por noche, entonces podrá dedicarse a pintar todo lo que quiera. ¿O es que cree que con los pinceles, aun en el caso más afortunado, va usted a ganar ni la décima parte?

El chico le oía, mirando receloso a todos lados. Era un bruto, un animal completo, un estuche imbécil, en el que la Naturaleza, en un momento de sarcasmo, se había complacido en encerrar la joya preciada de una voz a lo Tamagno. Roberto, siempre que lo veía, se ponía furioso. ¡Qué injusticia en el reparto! ¡Ah! ¡Si él hubiera tenido una voz así!...

Cuando salió, mirando receloso a toda partes, el aristócrata se desahogó.

—¡Qué bruto! Yo ya no vuelvo a decirle ni una palabra más. ¡Que se jorobe y pinte puertas!... Porque a mí lo que más me indigna de este tío

es lo receloso, lo desconfiado que es. Cree que todo el que le habla de eso es porque quiere explotarle.

—Bueno, pero siendo tan bruto, ¿de qué le iba a servir estudiar?

—¡Bah! Ríase usted de eso. Voz, voz y voz... He conocido divos y divas muy famosos que, fuera de la escena, no tiraban de un carro porque su familia no les dejaba... Y más éste, que es tenor dramático. Hay quien dice que la mejor preparación para los cantantes de esa cuerda es la de pasarse unos cuantos años subiendo baúles de la estación...

Pero volvía a sus exaltaciones.

—¡Esa voz! ¡Qué lástima! Si la cogiera cualquiera de esos pobres muchachos que se preparan para eminencias en la claque del paraíso...

Patatine, a la evocación de Roberto, los recordaba con melancolía. Eran muchos, y todos llevaban en los ojos ese brillo de fiebre del que sueña a todas horas con la gloria. Unos, los más modestos, hacían sus estudios en el Conservatorio, y sólo los que podían permitirse ese lujo recibían lección de un profesor particular. Pero por la noche, como si se hubiesen dado cita, todos acudían al paraíso del Real, apretujándose, oyendo la ópera casi en cuclillas las noches de gran lleno.

Algunos, como había dicho Roberto, para poder entrar a diario sin grave quebranto del bolsillo, tenían que hacerse de la claque y pasar la noche fabricando con sus manos la gloria ajena, mientras llegaba el momento de recoger los dorados laureles de la propia.

A ellas, a las futuras tiples ligeras y dramáti-

cas, no les quedaba ese recurso; pero rara vez faltaban a la función, sacrificando a los reales que costaba la entrada una buena parte de la propia comida. Había que aprender, había que oír mucho.

De entre la legión ilusionada saldrían las glorias futuras de la escena, y en el montón anónimo, como la violeta crece en la humildad de los prados, crecerían los nombres excelsos aureolados de dinero y de fama de los herederos de Gayarre, de la Barrientos, de Uetam y demás divos españoles.

Pero había mucho engañado: la mayoría de ellos podía decirse que lo estaban. En cuanto un dependiente de comercio cantaba con aplauso la romanza del bajo de *La Tempestad* en las reuniones de una viuda, saltaba bonitamente el mostrador, se dejaba crecer la melena, y... empezaba a pasar hambre y a hacer escalas. El día era para él un continuo abridero de boca, ya para soltar el *fiatto* en la clase del Conservatorio, ya para extasiarse, pleno de añoranzas, ante los escaparates de las casas de comidas.

Y ellas lo mismo: no había chica de patrona que ante el clamor que levantaba la romanza de *El cabo primero,* salida de su boca en una tertulia de amigos, no se declarase en rebeldía, dejando de hacer las camas de los huéspedes y dedicándose de lleno a estudiar el repertorio.

Y menos mal el que tenía alguna voz... Pero había casos de locura, de verdadero forzamiento de la Naturaleza. Individuos que sin otra aptitud natural que una afición casi enfermiza, se lanzaban intrépidos al abismo. Entre ellos había existido uno, ya muerto el pobre, celebérrimo en su

tiempo, que había llegado a batir el *record* de la insensatez; era un pobre chiflado llamado Cebreros, afónico pertinaz desde el vientre de su madre, tanto que, para llamar al sereno por las noches, tenía que usar una bocina.

Se había engañado en ser tenor, y decía que, poseedor de un vozarrón formidable, éste no podía salir al exterior mientras no encontrase un médico que acertase a hacerle una operación quirúrgica determinada, a levantar un obstáculo que se alzaba en su garganta.

Cada tres meses iba al Hospital General y se hacía extirpar una cosa de la garganta: un huesecillo, una piltrafa, un cartílago... Al cabo de dos años tenía la cabeza hueca por dentro, como un pimiento al que hubiesen vaciado; apenas le quedaba más que el cráneo y dos o tres muelas, y para comer tenían que echarle el alimento directamente al estómago por un tubo, para evitar que se extraviase en el camino en medio de aquella caverna.

Cuando estuvo así, gastóse unos cuartillos que le quedaban en montar un teatro en su propia casa y dar una representación de *Lohengrin*.

—Ya que los empresarios no me contratan—decía muy serio—, me haré yo mismo empresario.

Invitó a todos sus amigos, y aquello fué una juerga. Cuando salió vestido todo él de papel de plata, de ese de envolver el chocolate, el escándalo tomó tales proporciones que tuvo que subir el sereno. Esta vez Cebreros no tuvo que llamarlo con su bocina. Al mes murió el pobre loco, dándoles un disgusto a los gusanos, que al ir a devorar el

interior de su cabeza se encontraron con que los habían timado.

Pero no importaba; aquellos chicos y aquellas chicas que iban para celebridades, se quedaban después en coristas, o a lo sumo en partiquinos distinguidos. De cada mil salía uno que llegaba a cobrar las siete mil pesetas por función de Tamagno, o las seis mil de la Patti. Los demás... El Arte necesitaba también sus jornaleros, y para reclutarlos no vacilaba en encender, de vez en cuando, la antorcha de la ilusión, para que su resplandor atrajera a los incautos.

Muerto Tamagno y retirado de la escena Cardinali, el único tenor que *cantaba* el *Otello* era Palella.

Hemos subrayado la palabra cantaba; los demás tenores que llevaban en su repertorio la inmortal y peligrosa ópera de Verdi, lo más que hacían era gritarla, ladrarla, y, en el caso más favorable, rugirla.

Pero Palella era un niño, en el sentido defectuoso del vocablo: recio de hombros, amplio de tórax, con cabeza grande y cuadrada y todo el *físico* de tenor dramático, resultaba un alumno de los Escolapios al que hubiesen concedido un día de asueto.

A lo mejor, en pleno ensayo general, suspendía el recitado de su parte para ponerse a hacer unas piruetas por el escenario, que acababan casi siempre abrazándose a don Eduardo Tamarit, y llamándole a gritos *mio caro direttore*.

Era frecuente el caso de que el tenor, vestido para la escena, se echase a llorar, presa de un miedo infantil, diciendo que el público venía dispuesto a matarlo aquella noche.

Para suspender representaciones era el único; a lo mejor, una hora antes de la función, se metía en la cama, mandaba aviso a la Empresa, enviaba

ésta a su médico, y... la escena era siempre la misma.

—Pero usted no tiene nada, y puede cantar perfectamente esta noche.

—Ya sé que no tengo nada, pero me estoy muriendo.

Y había que matarlo, en efecto, o dejarlo. El médico, para tranquilizar un poco su propia conciencia, certificaba que el tenor Palella padecía una crisis nerviosa que le impedía tomar parte en la función. Y la mayoría de las veces no mentía, porque el cantante, en clase de histérico, hubiera dejado muy atrás al propio Mahoma, que, como se sabe, era un neuromano de abrigo.

Es decir, que el célebre intérprete del esposo de Desdémona había venido a reproducir en nuestros días el caso del famoso tenor Aramburo, aunque sus genialidades no llegaban a perturbar el orden público como las de éste, que una noche se marchó a la calle vestido de Manrique entre el primero y segundo acto de *El Trovador,* teniendo que ser reintegrado al teatro por la Guardia civil, con un evidente anacronismo de uniformes.

Palella, por una de esas casualidades que hay en la vida, había nacido en Egipto, pero de padres italianos; tenía, sin embargo, del egipcio el color moreno de la piel y el brillo de una dentadura blanquísima y firme, que en escena le ayudaba mucho para los efectos dramáticos.

Era, en efecto, una hermosa cabeza la suya en el *Otello;* ahora, en su camerino, poco antes de empezar la ópera, *Patatine* la contemplaba con admiración. No era la de ese moro convencional que

sacan algunos tenores, y que por lo bonita y perfecta parece el anuncio de una marca de chocolate; no era tampoco esa otra de carbonero sucio y peludo que asusta a los abonados de las primeras filas. La de Palella no era negra del todo, sino más bien cobriza: el pelo ralo en barba y bigote, prolongaba el trazo de este último hacia ambos lados de la cara, achatando así la nariz y dando a los labios la forma de morro peculiar de la raza. El pelo de la cabeza, muy ensortijado, pero poco crecido, caía en punta hasta la mitad de la frente.

Así, caracterizado y vestido con propiedad, daba al público la sensación de un moro al presentarse en escena, y no le alarmaba creyendo que iba a presentarle la factura del consumo mensual de antracita.

Raul, el jefe de la claque, entró en el camerino de Palella poco antes de empezar la función; el tenor, ya vestido, se contemplaba la figura en el gran espejo colocado en uno de los muros de la estancia, llegando hasta el suelo.

El catalán, con su acento marcado de comisionista, le dijo:

—A ver si aprietas, hombre. A ver si te da la gana. Mira que en Madrid hace mucho tiempo que no nos han cantado el *Otello*...

Palella, hablando con la voz muy apagada, casi baja, en un prudente ahorro de energías, contestó:

—¡Oh! El año pasado lo cantó Zenni.

—Sí, pero... ¡ya sabes!

El cantante se sujetaba al pecho la capa blanca con que había de cantar el *Esultate.* El otro, como despedida, le dijo:

—Bueno, a ver lo que haces. Mira que arriba te espera la gente como quien espera al Mesías...

El tenor separóse del espejo, puso una de las manazas pintadas de negro en el hombro de *Raul,* y le anunció:

—El martes será un buen *Otello;* hoy, no.

Raul hizo un gesto de resignación. *Patatine* se quedó aterrado; aquellas palabras, en boca de otro cantante cualquiera serían un rasgo de modestia; en boca de Palella eran el anuncio seguro de una catástrofe. Insistió en el presagio:

—Hoy no puede ser: tengo aún el *Sansón* metido en la garganta, y necesito echarlo fuera.

Era una de las muchas martingalas que habían inventado los simpáticos ruiseñores del Arte para disculpar sus fracasos: las óperas había que *meterlas en gola,* como quien mete una cinta cinematográfica en el aparato para luego irla sacando a pedacitos. Y para meter en la garganta una partitura no había cosa mejor que descansar ocho días entre ópera y ópera; esto a Palella le encantaba.

El acto había comenzado; hasta el camerino llegaban amortizadas las voces del coro, como el oleaje del mar de Chipre que se fuera calmando poco a poco. Llegó Tamarit hijo, un chicarrón fuerte y alto como un germano, que ayudaba al padre en el manejo de la complicada máquina escénica.

—Señor Palella, cuando usted quiera.

Con un movimiento de cabeza indicó que estaba dispuesto. Bebió de un trago una tacita de café muy negro y humeante que había sobre el tocador, y salió.

Ya en el pasillo, y mientras un grupo de partiquinos y empleados se abría para dejarle paso, Palella tosió con violencia, pero con una de esas toses estentóreas fabricadas a voluntad, como para probar la resistencia de la garganta. Las paredes y el techo del pasillo retemblaron ante el rugido metálico, fresco, brillante, de aquella tos que era un toque de clarín.

Patatine fué corriendo a ocupar su butaca para oír el *Esultate;* por la izquierda del escenario llegaría mejor, y antes de salir por la puertecilla que daba acceso a la galería de butacas, tuvo tiempo de ver al tenor aguardando la salida de pie ante la rampa que simulaba el muelle, con la blanca capa terciada por el pecho y el gigantesco montante blandido en la mano derecha; detrás de él unos comparsas, vestidos de guerreros—con esa tristeza haraposa que imprime el comparsa a todo disfraz—, se disponían a seguirle en su avance poblado de rugidos. Uno de los maestros concertadores, con la partitura en la mano, aguardaba el momento preciso de dar la salida.

Patatine sentábase en su butaca en el instante justo en que Otello atacaba la frase de entrada en escena: aquel *Esultate* de alegría y de triunfo, que un brusco platillazo de la orquesta cubría en su mitad, como si quisiera marcar su carácter luminoso y de victoria.

Palella cantaba aquello como nadie, arrojando todo el caudal de su voz en cada palabra, elevando hasta lo inverosímil la hermosura de la frase en el *dopo l'armi lo vinse,* para terminar con un

grave espléndido, potente, que convertía la palabra *uragano* en un verdadero huracán capaz de sepultar cien escuadras.

Bueno, todo esto... sería el martes, porque lo que es hoy, el histérico tenor cantó los tres versos con la misma indiferencia y la misma frialdad con que podría haber cantado un cuplé; parecía como si todo el frío húmedo del mar que le había rociado durante la batalla se le hubiese subido a la garganta.

El público se indignó; a los tímidos aplausos iniciados por las huestes de *Raul* siguió una verdadera tempestad allá arriba, con aullidos, siseos y un violento golpear con los talones sobre los asientos de madera, que, oído desde abajo, daba la impresión de que el edificio entero se desmoronaba.

En el dúo pasó sin pena ni gloria, y en el entreacto, *Patatine* no quiso subir a verlo, porque nunca le habían divertido las visitas de pésame.

Se le esperaba en el *addio sante memorie* para perdonarle lo pasado o... para matarlo. Aquello, en rigor, había sido una tomadura de pelo al público; todos sabían lo que Palella era capaz de hacer en esta ópera; en voz no había perdido nada desde la última vez que estuvo en Madrid; era, sencillamente, que no le daba la gana, que salía a cantar por cumplir un contrato, y *fischiándose* bonitamente en el público, en la ópera y en su propia reputación.

Contra lo que esperaban todos, la violentísima relación del segundo acto no fué para el cantante

ni un Jordán ni la antesala del patíbulo; la cantó discretamente, y aunque la discreción ya era un delito en pasaje de tanto brío, el público, al final, no hizo más que abstenerse y dejar a la claque que resonase el tableteo de sus palmas, que sonaban a gloria mecánica.

Pero llegó el final del acto, aquel tremendo juramento de venganza que, en letra y música, parece escrito con un puñal. Palella, de rodillas a la derecha de la concha del apuntador, atacó la frase vigorosa: *Si, pel ciel marmoreo giuro. Per le attorte folgori!* Y parecía que, en vez de estar proyectando una catástrofe, estaba entonando una serenata. La voz arrastrada en tono bajo; los agudos convertidos en gritos de doncella acorralada; las frases cortadas, como si una fatiga invencible le invadiese, acabaron de agotar la paciencia del público. El telón cayó entre una tempestad de las alturas, y *las lechuzas,* con una verdadera lluvia de siseos, hicieron lo demás.

Ahora *Patatine,* atraído por el encanto de lo morboso, subió a ver a Palella; desde fuera, aun estando abierta la puerta del camerino, no se oía nada; como en esas visitas de duelo en que la gente, cansada de decir vulgaridades, enmudece de pronto, el cuarto del tenor tenía un ambiente aletargado que se palpaba desde fuera.

Dentro no había mucha gente: *Raul,* Roberto Zamora y el hijo menor de Tamarit, un chico listo y con toda la simpatía de la familia. Todos estaban de pie: en el centro del corro, sentado de lado al tocador y con la cabeza hundida entre las manos,

estaba Palella. Se había quitado la peluca, y la luz de las dos bombillas del espejo caía de plano sobre la negrísima melena del egipcio, que brillaba como si fuera de azabache.

Patatine, con un gesto, preguntó a los demás qué le pasaba. Zamora contestó en igual forma: nada; simplemente que le dolía la cabeza. El joven se sumó al duelo. Aquello parecía un coro de cortesanos en día de abdicación del monarca.

Aun pasó así un rato largo. De pronto, el tenor alzó un poco la cabeza, y dijo solamente:

—¡Villanos!

Volvió a sumirse en sus tinieblas, de las que sólo salía para decir de cuando en cuando:

—¡Canallas!

—¡Cabrones!

—¡Hijos de... la noche!

Se refería a los que le habían pateado; la cosa era clara. La verdad es que podían haberse esperado hasta el martes y hubieran visto lo que era canela fina.

De pronto, en uno de aquellos cambios bruscos, que eran como la armazón de su carácter, levantó la cara hasta ponerla muy alta, echóse a reír, enseñando sus dientes, que parecían dos cuchillitos de marfil entre el ébano del rostro, y empezó a hablar como para él solo, entre serio y broma:

—¡Ah! *Cattivo mestiere questo!...* Yo en mi casa, de pequeño, estaba muy bien. ¿Quién me mandaba dedicarme a artista?... Papá tenía algún dinero, una carroza y unos caballos para llevar a la familia al cine. De pronto un día yo me dedi-

qué a esto que llaman Arte. Papá se oponía. "No seas loco, hijo mío. Termina el bachillerato y hazte notario." Pero yo siempre contestaba lo mismo al pobre viejo: "Papá, siento en mí el fuego sagrado..." Y papá acabó por ceder. ¡Estúpido! Y todo, ¿para qué? Para que unos bribones, unos sinvergüenzas, por los céntimos que les habrá costado la entrada, tengan derecho a patearle a uno encima de la cabeza. ¡Ah! *Cattivo mestiere!*

Y todo ello dicho en un italiano de tenor de opereta, que completaba muy bien el cuadro.

Entró Tamarit acompañado de un muchacho modesto que venía como avergonzado. Don Eduardo, apenas miró a Palella, se dió cuenta de que la crisis había pasado.

—Palella: este muchacho, alumno mío, un futuro tenor, quiere conocerle.

—A mí, digan lo que quieran los de arriba—dijo el muchacho poniéndose muy colorado—, me ha gustado usted mucho esta noche.

Palella no hizo caso del elogio; dejó caer sus manazas sobre los hombros del neófito y, mirándole iracundo a los ojos, le dijo:

—Pero ¡cómo! ¿Que quiere usted ser artista?... Mire, ¿me admite un consejo?... Aunque tenga usted más voz que Tamagno y sea más artista que Massini, no haga tal cosa. Conduzca un tranvía, váyase a la guerra, ponga una casa de trato, y si con nada de eso puede comer, péguese usted un tiro. Pero artista, no. ¡Créame! *Cattivo mestiere!*

El chico no sabía qué responder y se limitaba a sonreír como un estúpido.

Iba a comenzar el tercer acto, y casi todos se despidieron. Mientras salía por el pasillo, en los oídos del tenor en agraz resonaba aún la frase que Palella repetía como una obsesión:

—*Cattivo mestiere!*

Desde la noche famosa del baile de Bellas Artes—¡para ella, famosísima!—, Emma notaba en su novio algo raro.

Porque la que había estado con el conde de Villamarcina en el baile, la que se marchó a la calle al aproximarse *Patatine* y Eduardo a la mesa en el salón blanco, había sido la propia Emma, que no quiso negar a su prometido el gusto de acompañarle aquella noche.

Fué también por egoísmo: estando a su lado durante la que ella imaginaba espantosa bacanal, evitaba que otra ocupase su puesto. Fué, y... no supo negarle nada. Lo que había estado defendiendo con tanto tesón durante tanto tiempo; lo que le había negado siempre, conduciéndole con la negativa a las puertas mismas de la Vicaría, se lo había entregado aquella noche casi sin darse cuenta.

No es que estuviera borracha; más lo estaba él cuando en aquel antepalco del segundo piso cayó sobre su novia babeando y suplicando. Ella cedió..., ¿qué sabía?, influída acaso por el medio de holgorio y libertinaje, sin pensar ni remotamente que aquel anticipo de treinta días a un hombre que dentro de un mes iba a ser su marido pudiera tener malas consecuencias.

Pero, por lo visto, había sido por lo menos una ligereza; bien claro lo veía ahora, porque el galán, como si con *aquello* hubiera perdido el interés, empezó a cerdear, a echarse atrás desde la noche memorable. Hoy precisamente, cuando faltaban quince días para la boda, Emma había recibido una carta de su novio; hacía una semana que no lo veía, y la carta venía a decir que había pensado en la conveniencia de aplazar el casamiento a lo menos un par de semanas. Como razón poderosa para ello daba la de que su familia se lo había pedido así, viendo él en este acaso un atisbo de que su gente al fin perdonase a los novios y hasta asistiese a la ceremonia.

En su pisito del barrio de la Plaza de Toros, donde la chica, accediendo a los deseos de él, se había ido a vivir, recibió la bailarina el mensaje, que al principio la llenó de angustias. ¡Dios mío! ¿Qué era aquello? ¿La habría engañado aquel canalla? La cosa sería horrible: horrible por el ridículo en que quedaría ante todos, pues la noticia la había ella echado a volar a los cuatro vientos. Horrible también por la plancha que ello supondría para la chica ante el bueno de Tamarit.

Precisamente aquella tarde había estado a ver a don Eduardo en su despacho del teatro. Se había despedido, porque casándose dentro de quince días no le parecía bien estar bailando hasta la noche antes de la boda e ir al altar casi con las ropas de baile de *Aida* o de *Hugonotes*.

A Tamarit le contrarió la cosa.

—Pero ¡hija, por Dios! ¿No podías haber esperado un poco? Para diez funciones que faltan...

—Es que mi novio..., ya sabe usted lo que son los hombres.

—Sí, y las mujeres. ¡Válgame Dios! Si al menos me lo hubieras avisado con tiempo. Porque no hay medio ahora de buscar una que te sustituya al final de temporada; primero que se encuentre se ha acabado esto.

—Yo lo siento mucho, don Eduardo, pero... ya ve usted...

—Bueno, bueno. Por lo menos me harás el favor de bailar pasado mañana en el *Sanson*.

—¿Va el *Sanson* otra vez?

—Sí, para que se despida Palella; no quiere volver a cantar el *Otello*.

—¡Ah! ¡Pues vendré; sí, señor, vendré; cuente usted conmigo!

Emma ahora, sola en su casita, y mientras recorría sin saber por qué las cinco habitaciones de su nido, ya dispuestas para recibir al amado, iba pensando en lo conveniente que sería volver aquella tarde a ver a Tamarit y decirle que de lo dicho no había nada. Sí, iría, pero..., se le había ocurrido de pronto..., en vez de hacerlo por la tarde lo haría por la noche: la función era del turno segundo y Villamarcina ocuparía el palco con su familia. En uno de los entreactos suplicaría a *Patatine* que lo llamase, y... hablando se entiende la gente.

Desde que se le ocurrió la cosa, quedó más tranquila. El pesimismo se le fué disipando poco a poco, para dejar paso a un optimismo suave. ¡Bah! Era demasiado impresionable. Después de todo, un retraso de unos días y nada más. ¡Y quién sabe

si no sería para bien! La familia de él, vencida al fin, acabaría por enternecerse, y el nuevo matrimonio no iba a perder nada con ello.

Sentada en el diminuto comedor de muebles de madera blanca, esperó a que la portera le subiese la comida, que allá abajo, en su propio fogón, le cocinaba. Parecía mentira: en tan poco tiempo, qué gran cariño le había tomado a la casa, a los muebles, hasta a los visillos de los balcones, detrás de los cuales se transparentaba todo el campo hasta el cerro de los Angeles, palpitante ya con los primeros anuncios de la primavera. Su habilidad de mujer hacendosa y pulcra se reflejaba en mil detalles: el piso de madera de la salita parecía, por lo lustroso y encerado, una pista de patines. El día que Petra y *Patatine* visitaron la casa, por poco caen juntos sobre una mesilla llena de muñecos, al resbalar en el pavimento. Cuando se repusieron del susto quedáronse con la boca abierta al ver cómo con dos mil pesetas escasas que su novio le había dado para que amueblase el nido se podía haber instalado aquel palacio, que parecía un Fontainebleau en miniatura.

En un cuarto contiguo a la cocina, que cuando en ésta se guisase haría las veces de despensa, tenía Emma escondida una cosa que ni aun a sus propios amigos quiso enseñar: era una cuna en la que, algo apretados, podían colocarse hasta dos chicos, suponiendo que viniesen gemelos. Claro que aquel mueble hasta dentro de nueve meses sería un trasto inútil en la casa.

¿Nueve meses?... Si la noche de Carnaval no había sido completamente perdida, los nueve, a

contar desde ahora, no serían más que siete y medio.

Ella tenía sus motivos...

Para salir aquella noche tuvo que abrigarse como en las mejores del invierno. El tiempo había dado una rabotada por la tarde, y la noche de fines de marzo recordaba a las más crudas de enero.

Eran las diez cuando con el cuello del gabán hasta las orejas y el sombrero *melón* hasta el colodrillo tomó en Alcalá el tranvía. Al llegar a la Puerta del Sol, era tan fuerte el aire frío que venía por la calle del Arenal, que tuvo miedo de ir a pie y prefirió tomar un tranvía de Argüelles y apearse frente al teatro en la plaza de Oriente.

Al llegar al centro de la calle de Bailén se apeó. El teatro debía estar brillantísimo, a juzgar por el número de automóviles que, dando la grupa al paseo central de la plaza, se alineaban en correcta fila. Parecían piezas de artillería que, limpias y recién bruñidas, aguardasen la revista del general en jefe para marchar a la línea de fuego. Alguno de ellos palpitaba aún con el estertor de sus propias entrañas, no apagadas del todo: eran los que acababan de llegar y ocupaban el último puesto en la fila. Un chorrito de vapor que salía por el tubo de escape se disipaba al momento en el frío horrible de la noche.

Era incalculable la fortuna, los montones de dinero que aquellos gigantescos juguetes representaban, no ya por lo que valían en sí, sino por la riqueza que suponían en sus poseedores. Realmente vivían bien aquellos tíos y tías: salían calentitos del teatro, donde habían pasado la noche chismorrean-

do, viéndose unos a otros y hasta puede que oyendo música, y al salir se metían en su coche, enguatado por dentro, como un estuche, y antes de que tuvieran tiempo de enfriarse ya estaban en su casa. Tendrían penas, claro es, pero las amortiguaban bastante bien con el suave abullonado de sus palcos y de sus carruajes.

Los monstruos dormían ahora, mientras el espectáculo se celebraba, y sus conductores se refugiaban casi todos en las tabernas que rodeaban el teatro como un collar el busto de una dama. Solos, apagados, únicamente brillaba en la inmensa plaza el túnel gigantesco que formaba el vestíbulo del *foyer*, por cuyas puertas salía un río de luz, como si el edificio entero estuviera ardiendo. Pero sonaba la una, y los bichos se despertaban: uno a uno iban penetrando por una de las puertas del túnel para salir por la otra, y ya enfilada la calle de Carlos III, comenzaba la más desenfrenada carrera que hayan presenciado los siglos.

Parecía aquello un animado concurso de velocidad, en el que al que llegase antes se otorgase un premio fabuloso; durante media hora larga los vecinos de la calle del Arenal sentían retemblar sus casas, como si desfilasen tres regimientos de artillería a galope tendido. Alguna vez, para justificar su aspecto de monstruos, atropellaban a un transeunte en su loca carrera. Ello no importaba: a la noche siguiente corrían más, y el río de acero se despeñaba con más fuerza.

Los coches de potencia extraordinaria era entonces cuando se lucían, dejando atrás a los de paso más lento.

Emma ahora, al cruzar la plaza para llegar al teatro, buscó el coche de Villamarcina; debían haber llegado temprano, porque ocupaba el sexto lugar en la fila de la izquierda... Era un coche americano, pintado de gris, y la chica, inconscientemente, pensó en que acaso dentro de muy poco se pasease ella en él por derecho propio.

Al entrar en el escenario se encontró a *Patatine* hablando con la Tetrafurcis, junto a la rampa del fondo.

Esta Tetrafurcis era una tía muy guapa, pero muy pelmaza: algo así como el Du Flery de las tiples, por lo latosa y entrometida. Para quitársela de encima, la Empresa la había contratado con la condición de que no cantase en toda la temporada, pues parece ser que largando notas era una especie de Moncayo con moño tieso.

A ella la condición no le había importado mucho, pues vivía de... otra cosa. Para *eso* no estaba mal, y siempre le quedaba el consuelo de ponerse en adelante en tarjetas y carteles: "Cristina Tetrafurcis, del Teatro Real de Madrid", cosa que hacía el pie sumamente pequeño. Al principio de la temporada, atraídos por su indiscutible belleza, todos empezaron a cortejarla: Zamora, *Patatine*, Eduardo, los chicos del conservador del teatro, fueron haciéndole la rosca por orden casi alfabético; pero su pelmacería, su afán de meterse en todo, que la llevaba al extremo de agregarse al grupo de alguno de ellos cuando en el *foyer* charlaba con su familia, hicieron que todos la fueran dando de lado, y ahora ya, para que alguno se

prestara a acompañarla en coche a la salida, hacía falta que ella ofreciese pagar el carruaje y convidar al acompañante a chocolate con mojicón en casa de doña Mariquita.

Erraba siempre sola por el teatro, como un acomodador que tuviera poco que hacer, y la gente de la casa, acostumbrada a aquel maniquí ambulante, que estaba en todos los sitios a todas horas, la trataba ya como a un animalito casero, del que sólo se preocupa uno cuando ladra demasiado.

Ahora ladraba bastante, quejándose amargamente a *Patatine* de que, desde hacía tres días, no recibía el vale de dos butacas para la función. Como si fuese una cláusula de su contrato, ella se llevaba todas las noches dos butaquitas gratis, una de las cuales estaba casi siempre vacía; alguna vez obsequió con ella a uno de los camareros del Palace, donde se hospedaba.

Emma, sabiendo que hacía un gran favor al chico, llamó a *Patatine* aparte; le dió el encargo, que el muchacho se apresuró a cumplir. Precisamente estaban ahora en un entreacto, y el momento era propicio.

Cuando volvió cinco minutos después, la bailarina le esperaba nerviosa en la puertecilla misma del escenario. El chico movió la cabeza contrariado.

—Yo le dije que le llamaba un amigo, pero, o se ha olido la tostada, o me ha conocido en la cara la mentira.

—¿Por qué?

—Porque me ha dicho que no puede venir, que

tiene visita en el palco y que no puede moverse de allí.

Emma, casi mecánicamente, se fué al despacho de Tamarit; felizmente, estaba solo, cosa rara a aquella hora; al entrar ella salía el maestro Sainatti, que dirigía aquella noche la *Butterflay*.

—Don Eduardo, vengo a decir a usted que de lo que le dije ayer tarde no hay nada; ya no me voy del teatro.

Tamarit, como la cosa más natural del mundo, le dijo:

—¿Qué es eso? ¿Ya no te casas?

La pregunta, al verla formulada con tanta naturalidad, le hizo el efecto de un presagio, y antes de contestar, como quien oye formular por otra persona lo que él mismo no se atreve a pensar, se echó en el diván, para no caerse al suelo, y rompió a llorar estrepitosamente.

El director de escena se alarmó.

—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa, chiquilla?

Como la puerta estaba abierta, y en el pasillo había mucha gente, pronto acudieron varios: el maestro Muntagnoli—con su chaqué vitalicio, que no se quitaba ni para bañarse—; Carlitos del Alamo, vestido para el cónsul de *Butterflay;* uno de los hijos de Tamarit... Todos preguntaban lo ocurrido, pero la única que lo sabía callaba y se limpiaba las lágrimas. De pronto ovó en la puerta las voces de la Regina, de la gordinflona Tetis y de algunas otras bailarinas que habían venido al teatro esta noche, aunque no trabajaban, porque, como hacía frío... Emma, como si le hubiesen apretado un resorte, dejó de llorar; no había que darles un

alegrón a aquellas puercas. Se puso de pie, secóse del todo los ojos, y salió riendo y diciendo a todos:

—Si ha sido una broma; nada más que una broma...

Pasó en el café de enfrente las dos horas que tardó en terminar la función. A la una menos diez volvió a entrar en el teatro, cruzó la galería de butacas, pasó por el *foyer*, y se instaló en un rincon-cito detrás del puesto de la florista. Su novio tendría que pasar por allí, y aun aguardar un rato a que le tocase el turno a su automóvil. Ella no sabía a punto fijo lo que quería. ¿Hablar con él? Sería difícil yendo con su familia. ¿Que la viese...? No; más bien verlo ella a él y convencerse de que no había desaparecido del mundo. Empezaba a salir la gente; el amplio salón se poblaba de grupos, en los que se continuaba el chismorreo de toda la noche. Al fin, en lo alto de la escalera de plateas y butacas, apareció Villamarcina dando el brazo a una mujer: era su hermana; Emma la conocía muy bien de verla desde la escena.

Junto a la bailarina se habían instalado dos pollitos *bien*, que, con esa insolencia de la clase en cuanto ven a una mujer sola, habían empezado a piropearla. De pronto, uno de ellos dijo al otro:

—Oye, mira a Villamarcina con su mujer.

—Sí, ya lo veo; ahora van mucho juntos.

Emma los miró; pero como su novio y... su hermana se marchaban ya por la puerta lateral, pues sin duda habían citado el coche en el vestíbulo de Contaduría, quiso aprovechar para ver a... ¿la hermana? En efecto, no se le parecía en nada.

La bailarina no supo lo que le pasaba; parecía

que la habían arrancado del suelo y que estaba suspendida en el aire.

¡Su mujer! ¡Casado...! Pero su mujer, ¿no iba a ser ella misma dentro de muy pocos días?

Se fué a pie hasta su casa. Al llegar a ella, aun seguía formulándose la estúpida pregunta.

Después de la función muchas noches Zamora, Eduardo y *Patatine* se marchaban a cenar a cualquier sitio no lejano de la Puerta del Sol.

Muchas veces era el Colonial el que acogía a los noctámbulos, otras Fornos, y alguna noche, cerrados ya los cafés, se refugiaron en el comedor de la Peña, de la que Roberto Zamora era socio.

Pero, en un sitio o en otro, todas las noches se repetía la misma escena; Eduardo y *Patatine* pedían, según el hambre, dos, tres y hasta cuatro platos; llegábale el turno de pedir al aristócrata, y decía:

—No; yo esta noche no quiero tomar nada.

Los otros dos protestaban:

—Pero hombre, Roberto, entonces, ¿para qué hemos venido?

—Si es que no estoy nada bien. Tengo un peso en el estómago...

—Eso debe ser debilidad.

El camarero, mientras tanto, se impacientaba. *Patatine* insistía:

—Vamos..., atrévase.

—Anda, Roberto, no nos dejes solos, que nos da miedo—decía Eduardo.

El inspector hacía un gesto de suprema resignación, ponía los ojos en blanco, disponiéndose a consumar el gran sacrificio, y preguntaba:

—¿Qué ha pedido usted, *Patatine?*

—¿Yo? Dos futesas: arroz a la cubana y filetes de ave.

Roberto se dirigía ahora al camarero, sin abandonar su gesto doliente:

—Bueno, pues tráigame a mí eso mismo.

El camarero—¡por fin!—se marchaba. Entonces Eduardo tomaba la palabra:

—Te advierto que has hecho el primo.

—¿Por qué?

—Porque has debido pedir lo que yo he pedido.

—¿Qué has pedido tú?

—Tres granos de alpiste: huevos con jamón, el solomillo a la portuguesa, que es una cosa brutal, y lubina en salsa verde.

Cuando volvía el camarero a extender servilletas y manteles, Roberto Zamora, llevando su abnegado heroísmo al extremo, le decía:

—*Además* de lo que le pedí antes, tráigame lo mismo que al señor—y señalaba a Eduardo.

El servidor empezaba a hacerse un lío.

—De modo que quiere usted...

—¡Yo no sé lo que quiero! Díselo tú, Eduardo.

Cuando terminaba el condumio, Roberto Zamora, para levantarse del asiento, tenía que apoyarse en sus dos amigos. Se había forrado por dentro, y casi por fuera, como si se dispusiera a penetrar en una ciudad sitiada por hambre.

Una noche, en la Peña, Eduardo, a mitad de la cena, dijo a Zamora:

—Oye, Roberto: me he enterado hoy de una cosa, y te la voy a decir, aunque no sé si te molestará.

—Puedes asegurar que no.

—¿A que no sabes cómo te llaman las bailarinas?... Pero siempre, ¿eh? Yo creo que se han olvidado de tu apellido.

—¡Qué sé yo! Son tan zorras las pobrecitas...

—Yo sí lo sé—dijo *Patatine*.

—Y ¿cómo es?

—El tocador de señoras.

—Tiene gracia.

—Dicen que como no hace usted más que parchearlas a todas...

Eduardito, que a las veces tenía peor intención que un contrabandista, dijo:

—¡Ah! Pero... ¿creen ustedes que es por eso el mote?

—¡Claro! ¿Por qué, si no...?

—¡Ca! La cosa tiene más gracia todavía.

El aristócrata, aunque no era muy propicio a ello, comenzaba a escamarse. Eduardo siguió:

—Vamos a ver: ¿qué hacen las señoras en esa habitación reservada que en teatros y sitios análogos se designa con el eufónico nombre de tocador?

Zamora protestó:

—¡Hombre, por Dios, Eduardo, que estamos comiendo!

—Tú lo has dicho: hacen precisamente lo contrario de lo que nosotros estamos haciendo ahora.

—Bueno, ¿y qué?

—Hombre, que como las chicas dicen... yo no sé si será verdad..., que, si no lo mayor, al menos lo menor, es muy rara la que no se lo ha hecho en tu boca...

En el viejo comedor, desierto a aquella hora, sonó una explosión; Eduardo y *Patatine* notaron que sus rostros se llenaban de unas salpicaduras extrañas. Era que Zamora, con la boca llena de besamela, había estallado en una carcajada; el alimento había vuelto a salir de su prisión, cayendo sobre los otros comensales, sobre sus fracs y las pecheras de sus camisas, sobre las copas, los platos y las botellas del vino, como una nevada que empieza a extender sobre los campos su encaje de armiño.

Eduardo, que era un pensador, dijo:

—Recogiendo todo esto, ¡qué hermosas croquetas se podrían hacer!

Pasó el incidente, y, al final de la cena, Roberto dijo:

—Señores, y yo que no tengo ni pizca de ganas de acostarme esta noche...

—Lo mismo me pasa a mí—agregó *Patatine*.

—Vámonos al teatro otra vez.

Eran las cuatro de la mañana. Eduardo se asombró.

—¿Al teatro ahora? ¿A qué?

El inspector se aferró a su idea.

—¿Ustedes no han estado nunca en el teatro a estas horas? Es divertidísimo.

—Por mí, vamos.

Y se fueron.

No hacía frío en la calle. La madrugada, llena

de calmas, parecía como que purificaba todas las cosas. Los pocos transeuntes que se veían caminaban despacio, como gozando de aquella tibieza inesperada del ambiente. En la Puerta del Sol un grupo de cocheros tomaban en el punto un café, traído del puesto ambulante de la esquina de la Montera.

En la plaza de Celenque les detuvieron dos chiquillas: eran dos tipos de esos indefinidos entre el hampa y la prostitución, con las piernas y el pecho al aire, y bailoteándoles tras el harapo de la blusa unos pechitos temblones que parecían gazapillos.

—¿Queréis venir?

Zamora, fiel a sus principios, llevó las manos a las tetillas de una de ellas. No estaban mal, y casi inició una huída con las dos hacia los solares del Monte de Piedad.

Pero los otros protestaron.

—¡Hombre, no sea usted guarro!

—Podías haberlo dicho y nos hubiéramos marchado a casa.

Por fin, sacó dos perras gordas y entregó una a cada una, dándoles licencia; la más chiquitina, sin duda para demostrar su gratitud, le estrujó violentamente el periscopio por encima del pantalón.

Cuando se reunió con sus amigos, Roberto aseguró muy formal que si llega a ir solo hace changa con las dos.

—Estas pobres, como son tan dóciles, hacen pasar muy buenos ratos... Sobre todo cuando se juntan dos.

Para entrar en el teatro llamaron al sereno, el cual, conociendo a Zamora, abrió la puerta de la Conserjería; se sumieron en pleno reino de las tinieblas.

Para poder dar un paso tuvieron que encender una cerilla. Roberto se puso a la cabeza haciendo de guía; cruzaron medio a tientas la puerta que daba al vestíbulo de Contaduría, y penetraron en éste.

—Conviene que hablemos alto para no infundir sospechas.

—¿Sospechas a quién?—dijo Eduardo—. ¿A las ratas?

—No, hombre: a los dos serenos que se quedan dentro de la casa toda la noche.

—¡Ah! No sabía: yo creí que aquí, a estas horas, no habría más que ratas, alguna carcoma y las pulgas que las señoras hubieran dejado convenientemente repartidas por palcos y butacas.

Al entrar en la galería nueva las cerillas se apagaron.

—Efectivamente, chico, esto es divertidísimo. Lo único que faltaba es que nos tomaran por ladrones y nos soltaran un tiro.

—No sería la primera vez.

—¡Canastos!

—Hace muchos años, siendo empresario Michelena, una noche un buen señor se quedó dormido en un rincón de los palcos por asientos; acabó la función, se cortó la luz de la sala, y el vigilante encargado de hacer la requisa antes del cierre del teatro no le vió; tan doblado y encogido estaba en su asiento. Debía tener el sueño muy pesado, pues

no despertó hasta las tres de la madrugada, y fué tal su terror al verse en un paraje desconocido y rodeado de tinieblas, que echó a correr, tropezando en puertas y tabiques, y atrayendo con el ruido a los dos vigilantes. Le dieron el *alto* tres veces, y viendo que no contestaba, le soltaron un tiro.

—¿Lo mataron?

—Contentáronse con chamuscarle el bigote. Luego resultó que el pobre hombre era sordo y no había oído el alerta.

Eduardo, por si acaso el relato era una coladura de Roberto, le dijo:

—Bueno, y si era sordo, ¿para qué venía al Real?

Zamora, viendo la intención, le contestó:

—Supongo yo que vendría porque le saldría de los riñones.

Habían llegado al *foyer;* uno de los vigilantes estaba allí, pero sin duda les había conocido en la voz, pues no pareció inmutarse por su presencia. Les saludó con un *buenas noches* muy respetuoso, y fuése a marcar la hora en uno de los relojes que había cerca del *buffet*.

Había varios aparatos de éstos en toda la casa, y los guardianes tenían que ir señalando su paso ante ellos con cierta periodicidad. Al día siguiente no había más que inspeccionar el aparato y ver si alguno de ellos acusaba a los serenos del grave delito de sueño.

Zamora tuvo el capricho de que subieran al escenario; alumbrados por la linterna del vigilante, el camino fué fácil; fueron a buscar la escalera de

abonados, y por la diminuta puertecilla penetraron en el amplio recinto. Una lucecilla triste brillaba allá en lo alto de los telares; lo demás estaba a obscuras.

Al débil resplandor de la linterna sólo salían de la obscuridad las gigantescas pilastras de los cos-tados, dando al local aspecto de catedral, en que las columnas iban a perderse en el cielo infinito de las bóvedas.

El inspector acercóse a la batería: a simple vista no se distinguía la línea en que acababa la escena y empezaba la sala. Era preciso fijarse mucho, acostumbrar los ojos a aquellas tinieblas, para atis-bar un espacio vacío, en el que parecía que la obs-curidad se hacía menos densa. Mirando arriba, muy en lo alto, se veía otra lucecilla, que parecía una estrella en un cielo muy negro. Era una bom-billa que había en el paraíso: ésta y la del telar eran las únicas luces que quedaban encendidas en todo el edificio.

Imponía, casi llegaba a causar pavor aquella in-mensidad tan llena de negruras. *Patatine* sentía entonces, con más vigor que a plena luz, toda la evocación de aquellos muros, en los que—como en los discos del gramófono—parecía haber quedado grabada para siempre la historia de la vieja casa.

Eran sesenta años largos de glorias y de triun-fos, de clamores y de ovaciones, y también de tristes fracasos. Se imaginaba que, por un prodi-gio del cielo, todas las voces que habían hecho vi-brar aquellos muros iban a romper a cantar de pronto en el silencio de la noche.

Muchos de los cantores del imaginario coro an-

gélico habían muerto ya, y sus personas, sus gargantas, en que se incubaba el prodigio, eran ya algo tan hueco e impalpable como aquellas sombras, que no eran más que aire privado del regalo de la luz. De su arte, que un día conmovió al mundo, no quedaba nada, ¡nada! Tan sólo el recuerdo, y ése mientras vivieran los que les oyeron. ¡Triste privilegio de un arte que se enterraba con el artista!

Zamora, influído también por el lugar y la ocasión, dijo, señalando al proscenio platea de la izquierda:

—Aún me parece que estoy viendo ahí a María Buchental, tirándole el abanico a Gayarre para que se diese aire después de cantar el *raconto* del *Lohengrin*.

El vigilante, que le había oído, pero no le había entendido, le dijo:

—¿Ei qué, don Roberto? ¿Aquello que bulle allí...? Debe ser uno de los gatos, que andará al olor de alguna rata.

El inspector no quiso contradecirle. Fué al centro del escenario, cuadróse, y empezó a cantar a toda voz el *Credo* del *Otello*.

Sería casualidad, pero instantáneamente las dos lucecitas de lo alto se apagaron, como si el cielo en que brillaban se pusiera negro del todo y amenazase con un chubasco inminente.

El bravo Scornetti se marchaba aquel día de Madrid; Cesárea iba con él... por lo menos hasta la primera estación. Como Tito era un caballero—así se lo ponía en los carteles: *il cav. Tito Scornetti*—quería dejar a la chica en el mismo sitio en que la había tomado; pero la separación ya no tenía remedio. La llevaría a Italia, y, una vez allí, a volar cada uno por su lado.

La noche antes subió el tenor a despedirse a la Delegación Regia; hubo abrazos, apretones de manos, augurios felices. El delegado, con su aire noble de caballero de otros tiempos, tuvo para el cantante efusiones que conmovieron a Tito; se llevaba de Madrid un nimbo de gloria, un núcleo grande de partidarios y una cosa que los artistas estiman más que ninguna, por lo que es en sí y por lo que representa: la *riconferma*. Volvería a Madrid el año próximo; renovaría en el escenario, que parecía impregnado de gloria, los triunfos de ahora.

Se lo llevaba todo, pero..., se había dejado algo del corazón. No es que él hubiera querido nunca a Cesárea, pero el desengaño le había dolido mucho, tanto como le había avergonzado el fango en que, sin saberlo, se había estado revolcando aquellos últimos meses.

Patatine quiso ir a despedirlo a la estación. Habían simpatizado mucho, pues el tenor, con su aire de eterno muchacho alegre, al que los triunfos no lograban envanecer, era un vivero inagotable de simpatía.

Llegó a la estación cuando el tenor y su amante ocupaban ya un departamento del *sleeping* en el expreso de Barcelona. Cesárea estaba pálida, como empequeñecida, escondiéndose de todo el mundo; aquel viaje, que ella sabía era el último en compañía de su amante, era una cosa que le molestaba. Venía a ser algo así como las horas de capilla del reo condenado a muerte; por su gusto se hubiera marchado sola.

Pero Scornetti, que de prórroga en prórroga había ampliado su contrato un mes, no quiso dejarla marchar. Acaso aquel viaje juntos fuese su venganza.

Patatine no supo qué decir a la muchacha para despedirla; ella, al verlo, acordándose de muchas cosas a un tiempo, rompió a llorar. Refugióse en un rincón del departamento, mientras Scornetti, a quien molestaba mucho aquella ternura de última hora, cogió a *Patatine* por un brazo y lo sacó al pasillo.

Faltaban diez minutos para la salida del tren. De improviso, cruzando el andén como una de aquellas carretillas cargadas de equipajes, apareció *Don Bartolo*, el inflado y vanidoso crítico de *El Integral;* había venido a despedir a unos parientes y se acercó a saludar al tenor, al que había propinado varios bombos durante la temporada, con esa

vaciedad del señor que no sabe por qué es buena una cosa.

El tal *Don Bartolo,* gordo, majestuoso, dándoselas siempre de muy enterado, tenía esa antipatía viscosa del hombre que se las da de simpático sin serlo. De música venía a saber lo mismo que uno de aquellos mozos de estación que llevaban ahora a cuestas los bultos de su equipaje; pero para demostrar a la vista de todos su suficiencia tenía dos martingalas, que a él le parecían infalibles: consistía una de ellas en llevar el compás con la cabeza, con las manos, con la barriga y con todo el cuerpo desde su butaca de la segunda fila, cada vez que la orquesta atacaba un pasaje que a él le parecía solemne. La otra martingala tenía aún mayor eficacia: se reducía a entrar siempre en el patio de butacas por una de las puertas laterales cuando el telón llevaba ya levantado un largo rato; aguardaba en el pasillo, y cuando por entre las cortinas de la puerta veía que estaban en la segunda o tercera escena, avanzaba muy lento, pausado, solemne, hasta llegar a su sitio. El público, atento a lo que pasaba en el escenario, o simplemente distraído en lo que le placía, veía de pronto avanzar por el lado derecho de la sala una especie de tiburón acabado en punta: era la barriga de *Don Bartolo;* detrás de la barriga venía todo lo demás, pero en ello nadie se fijaba, pues lo único verdaderamente interesante en el crítico de *El Integral* era el vientre. Ya en su sitio, satisfecho, con esa vanidad pueril de los tontos, engordaba unos kilos más al creer que la atención del teatro entero se había detenido durante unos minutos en su persona.

Scornetti, por unos momentos, sintióse protegido por *Don Bartolo*. Era lo que le ocurría a todo el que hablaba con el tripudo periodista: tenía la manía de proteger a todo el mundo, y llegaba a creérselo tan en serio, que contagiaba a su interlocutor.

—Ya sé que vuelve usted el año que viene.

—Espero que sí.

—Pero tiene que cantar el *Werter*, si no nos enfadamos.

Lo decía riendo, bromeando, pero muy convencido en el fondo de que si él se enfadaba con el tenor éste no volvería a hacer carrera en su vida. Al fin se marchó; cuando su barriga de hidrópico desapareció por la puerta del andén, parecía que a la estación del Mediodía la habían ensanchado de repente.

Llegó la hora de que *Patatine* se despidiera; Tito y él diéronse un abrazo muy apretado, y como el chico se inclinara a uno de los oídos del cantante, éste llevó su boca al carrillo de su amigo y estampó en él un sonoro beso.

A *Patatine* era la primera vez que le besaba un hombre; la cosa le hizo el mismo efecto agridulce que si le rozaran la cara con una escofina.

Ya en el andén, y el tren en marcha, el muchacho le dijo casi a gritos:

—*Addio, maestro.*

¡Maestro! Como le llamaban por burla los chicos del colegio de Verona, para reírse de su atraso.

Muy despacio, sin pensar en nada, gozando de la tibieza del anochecer, subía *Patatine* por el Prado hacia la Cibeles. Al cruzar la amplia plaza oyó

que le llamaban desde una de las plataformas de un tranvía de las Ventas.

Era la Petra, y le hacía señas de que subiese.

Llevaban unos días algo distanciados. La chica, desde el Carnaval, sobre todo, tenía muchos pedidos, y, aparte de que ellos no la dejaban mucho tiempo libre para atender a su novio, éste se iba ya cansando de la falsedad enorme de su papel, que consistía en no aprovecharse más que de las sobras.

—¿Dónde vas?—preguntó a la chica, una vez que estuvo a su lado.

—A casa de Emma.

—¿A qué?

—Pero..., ¿es que no sabes lo que le pasa?

—Yo, ni una palabra; vengo de despedir a Scornetti.

La curiosidad pudo en ella más que todo.

—¡Ah! Oye, dime. ¿Va la Cesárea con él?

—Sí, pero nada más que hasta Milán.

—Entonces, ¿lo de la separación es verdad?

—Completamente.

—¡La pobre!... ¡Sabes que ha acabado bien la temporada!... Sobre todo las bailarinas han tenido una suerte...

—¿Por qué lo dices? Tú no te puedes quejar.

—¡Bueno! Yo no hablo de mí ahora—dijo muy secamente, como haciéndose cargo del reproche—, pero ya ves la Cesárea, que al fin y al cabo es del gremio, se queda otra vez en la calle, y Emma...

La poca gente que había en la plataforma los escuchaba, y llevándose a *Patatine* a un ángulo comenzó a hablar en voz baja:

—Se ha puesto muy mala; creo que se morirá. Hace una hora me ha mandado un recado con la portera, diciéndome que está sola y que haga el favor de ir a su casa.

Patatine se quedó tonto.

—Pero..., ¿qué le pasa?

—Según me ha dicho la portera, que debe estar muy bien enterada de todo...

—¡Claro, o no ser portera!

—Bueno; pues dice que Emma hace una semana escribió una carta a su novio diciéndole que sabía que era casado, que era un canalla, que estaba dispuesta a...

—Pero ¿qué dices? ¿Villamarcina es casado?

—¡Anda! Pero ¿ahora te enteras? Pero, hijo, ¿dónde has vivido tú estos días?... Emma la otra noche vió salir a su novio llevando del brazo a una mujer por el *foyer* del teatro.

—Eso debió ser la noche que yo fuí a buscarle de parte de ella y no quiso acudir.

—Bueno, pues esa mujer...

—Su hermana.

—Sí, ¿verdad? ¡Qué rico! ¡¡Su señora!! Unos muchachos lo dijeron casi al oído mismo de Emma. Ella, para saber si era verdad, le escribió; él ha tardado cinco días en contestar, y ayer, al fin, lo hizo. Le decía que tenía que marcharse de Madrid y por eso no iba a verla; que tuviera paciencia y esperase su regreso, pues él seguía queriéndola como siempre, y el hecho de ser casado no había de impedir que se viesen... Y, sin duda para dorarle la píldora, le enviaba un billete de quinientas pesetas. ¡Será tío..., el tío!

—Sí que se ha portado como un pocero.

—Creo que Emma está desde ayer con unas fiebres cerebrales que van a acabar con ella.

Llegaron. Cuando el ascensor de la casa nueva les dejó en el quinto piso, aun tuvieron que subir uno más para llegar al cuarto donde la bailarina vivía. Salió a abrir la portera.

—Cuánto me alegro que venga usted, señorita, porque yo no quería dejarla sola a la pobre, y estoy haciendo falta en la portería.

—¿Cómo está?—preguntó *Patatine*.

—Ahora parece que se ha quedado un poco más tranquila, después de tomar unas cosas que le ha mandado el médico.

—¿Qué médico ha venido?

—El de la Casa de Socorro. Pero yo le voy a avisar a don Matías, que vive abajo en el entresuelo derecha, y es muy buena persona, y seguramente no le interesará nada.

Antes de marcharse dijo, en voz muy baja, a Petra:

—En el comedor, en uno de los cajones del trinchero, están los cien duros enteritos, tal y como se los mandaron. Yo he tenido que jurarle que los había quemado, como ella me lo ordenó. Pero ¡qué iba a quemar! ¡Si no tiene otra cosa la infeliz!

Cuando entraron en la alcoba estaba la enferma medio dormida. La enfermedad parecía haber acentuado los rasgos infantiles de su cara, marcadísimos ahora por unos mechoncitos de pelo que, escapándose de un pañuelo que se había puesto a la cabeza a modo de gorro, le cubría casi los ojos.

Abrió éstos, y, al verlos, echóse a llorar; inten-

taron calmarla, pero el contagio obró, y la Petra rompió en un llanto desconsolado, abrazada a su amiga, mientras *Patatine,* para que no le vieran cierta humedad que empezó a empañarle los ojos, hubo de volverse a los cristales del balcón y hacer como que contemplaba el paisaje, ya envuelto del todo por la noche.

En una botella colocada en una mesita, decía: "Bromuro." Petra le hizo tomar una cucharada a la enferma, y, por lo que pudiera ocurrir, se tomó ella otra.

Cesó el llanto al poco tiempo, y Emma, con una voz muy débil, dijo:

—¿Has visto qué canalla?... ¿Serán todos los hombres así?

Petra miró a *Patatine,* que ya se había vuelto de su inspección de turista, y dijo:

—Casi todos.

El muchacho le dió las gracias con una mirada.

Aquella noche en el teatro se cantaba la *Buterflay,* y, por lo tanto, las amables hijas de Terpsícore nada tenían que hacer allí; Petra aprovechó la vacación para quedarse al lado de la enferma desde ahora y hasta el día siguiente; *Patatine* se marchó al teatro a las ocho, para volver al acabarse la función.

Así lo hizo, y cuando llegó, con una ración de fiambre que había comprado para que su novia—metida allí desde las seis—cenase algo, se encontró a las dos dormidas como leños: a la enferma en su lecho, y a Petra tendida en el suelo y sobre una hermosa piel de león casero que había a los pies de la cama.

Sin hacer ruido, fuése al comedor y preparó sobre la mesa el fiambre y un jarro de Lozoya; cuando su novia despertase no tenía más que sentarse a la mesa. La señora estaba servida.

Pero por lo visto le había oído, y vino andando de puntillas desde la alcoba, que estaba al lado.

No tenía ganas de comer; se había tomado un ponche a poco de marcharse él, y ahora no tenía más que sueño, un sueño horrible.

—Emma está muy tranquila. Seguramente se pasará durmiendo toda la noche. Yo creo que debemos aprovecharnos, y dormir también nosotros.

—¿Cuántas camas hay en la casa?

—Nada más que la de Emma. Pero yo puedo dormir sobre la piel de la alcoba, y tú...

Miraba a todos lados, como buscando.

—Sí—dijo *Patatine*—, yo puedo dormir en el alero del tejado.

En el comedor había una mecedora, y Petra se había dejado caer en ella. El chico tuvo una idea.

—Mira, tú quédate ahí: estarás mucho mejor que tendida en el suelo, para que mañana te duela todo el cuerpo. Y yo me tumbo aquí, encima de esta mesa.

Apartó a un lado los fiambres, y sin decir más apagó la luz; en la obscuridad de la casa no brillaba más que una bombilla de diez en la alcoba de la enferma, velada por una pantalla verde.

Petra quiso dormirse, pero no pudo; la proximidad de su novio, tendido allí, a dos pasos de ella, la tenía preocupada, inquieta. No es que le temiese, era... todo lo contrario. Lo acaecido a Emma le había abierto los ojos, cambiando el rum-

bo de sus pensamientos; todo en el mundo era mentira, y constituía una tontería grave el privarse de nada que nos fuera grato. ¿Para qué? ¿Para venir luego a parar en una cama, enferma del cuerpo y del espíritu?

Tenía el presentimiento de que si *Patatine* en aquel momento hubiera iniciado un asalto, ella no se hubiera resistido. ¡Pobre muchacho! Demasiada paciencia había tenido.

La chica estaba en uno de esos ratos de escepticismo delicuescente, en que, por sernos todo igual, nos inclinamos siempre a lo jocundo. Y no sólo no se hubiera negado a los deseos de su novio, sino que—sin confesárselo—lo deseaba como nunca.

Patatine daba vueltas encima de la mesa, como si no acabase de encontrar la postura ideal. Hay quien afirma que cuando dos personas están solas en una estancia, en medio de un gran silencio, sus pensamientos se comunican; algo de eso debió ocurrir aquí, porque, de pronto, a *Patatine* le entraron unas ganas feroces de caer sobre su novia, armado de todas armas.

So pretexto de que estaba muy incómodo, se levantó; Petra fingió que dormía. El chico tiróse al suelo a sus pies, apoyando la cabeza en su falda.

Fué una escena completamente muda, aunque harto expresiva. *Patatine* comenzó unos avances por debajo de las ropas de su amada; aunque nadie se lo había dicho, tenía la certeza de que en aquella ocasión no se iba a ir de vacío. Lentamente fué incorporándose hasta quedar en postura propicia, y entonces, ¡oh, maravilla!, fué la chica mis-

ma—que *oficialmente* aún no se había despertado—la que ayudó al explorador a terminar la operación.

El chico realizó su ensueño. Metió las narices, la boca, la cara entera entre los cabellos de ella, agarróse con una de las manos a sus pechitos recios y temblorosos, y..., la Naturaleza hizo lo demás.

Petra se reía en el momento culminante. ¡Qué cosas! ¡Y para eso tanto esperar!... Pero rióse mucho más cuando *Patatine,* ya en viaje de regreso, le dijo:

—¡Chica, nunca lo hubiera creído!

—¿El qué?

—Que fueses tan... poco amplia. Yo creí que los caminos por donde ha pasado mucha gente estaban más expeditos. Si parecía una primicia...

—¡Bah! ¡Quién sabe!...

La enferma, como si quisiera asociarse al festejo, y curadas provisionalmente sus heridas del alma, daba unos ronquidos estrepitosos.

La temporada tocaba a su fin; esta noche se daba la última función, y en el teatro había sonado ya el toque de rompan filas.

Se cantaba *Sanson,* y las chicas de Terpsícore se vestían por última vez para la bacanal del tercer acto. En el cuarto donde Petra y sus compañeras se alojaban, comentábase la ausencia de Emma; había mandado recado de que estaba enferma, pero no se sabía más, y como la Petra, que era la única que podía hablar, había tomado el sabio acuerdo de callar desde el primer momento, las otras dejaban volar la imaginación.

—No está mala—decía la Tetis—; es que, como es la última noche, tendría combinación por ahí, y no habrá querido molestarse en venir.

—No estáis enteradas—dijo Irma—: es verdad que está enferma; pero ¿a que no sabéis lo que tiene?

—¿Qué?

—Pues un aborto. Lo sé de muy buena tinta.

Aquí Petra tuvo que hacer un gran esfuerzo para no romper el silencio que se había impuesto. Ahora veía lo bien que había hecho en callar; menudo alegrón tendrían aquellas guarras si supiesen la verdad.

Estaban más famélicas que al empezar la tem-

porada, como si unos meses más en espera de lo que no llegaba nunca las hubiese envejecido. Era una temporada más que huía sin que el problemático adorador de la leyenda se presentase: el oficio, que la realidad iba poco a poco despojando de esa aureola, se convertía en un perro y cochino oficio, en el que, para ganar un poco más de lo que se ganaba en el taller o en la fábrica, había que pasarse el día sudando en la pesadez de los ensayos, durmiendo poco y recorriendo el mundo de parte a parte. Y la que no se resignaba a la pobreza tenía que convertir el escenario en escaparate de su prostitución, de una prostitución baratita y de bajo vuelo, ya que habían pasado los tiempos en que los príncipes se casaban con las bailarinas.

¡La verdad era que las sacerdotisas de Terpsícore no podían haber llegado a menos!

Patatine, al fondo del patio de butacas, se despedía del teatro en esta última noche. ¡Vieja y simpática casa, en cuyos rincones había archivado un mundo de anécdotas y hasta de hechos históricos! ¡Jaula de oro en la que, durante setenta años, venían cantando unos ruiseñores amantes del dinero y de la gloria! Sus gorgoritos, sus jipíos, sus gallos, parecían oírse desde toda la ciudad, que había de venir a ella cuando quería deleitarse con las viejas canciones del repertorio lírico, delicia de nuestros abuelos.

Había terminado el segundo acto, y un grupo de pollitos, haciendo irrupción en la sala por la puerta del *tranvía,* casi estuvo a punto de derribar a *Patatine.* Uno de los del grupo decía a los demás:

—Venid por aquí, que en la fila quinta he visto tres butacas estupendas.

Les conocía bien: eran *las águilas,* plaga que, con la del tifus, era conocidísima en todos los teatros, pero que en el Real tomaba caracteres de epidemia. *Las águilas* eran aquellos sujetos que, muy embutidos en el frac o en el smoking, penetraban en el teatro con una entrada de palco o con una del paraíso; los primeros actos los pasaban como podían, de pie ante alguna puerta, gracias a la tolerancia del acomodador, o simplemente confundidos con el vulgo en los incómodos asientos de la entrada general. Desde allí *observaban juego,* es decir, veían qué butacas quedaban desocupadas, y si al mediar la función nadie se había sentado en ellas, entonces *las águilas,* cansadas de volar por las alturas, abatían el vuelo y caían sobre su presa.

Una vez en el asiento, adoptaban posturas llenas de despreocupación; como si toda comodidad les fuera familiar, bullían mucho en él para que la gente les viese bien, y si otra *águila* les disputaba el sitio, entonces la primera lo defendía con encarnizamiento, como las de verdad defienden el producto de su rapiña.

Esto de *las águilas* y el que daba la barriga de *Don Bartolo,* entrando siempre a telón levantado, eran los dos espectáculos más divertidos de la noche.

Patatine fué a buscar a Petra al final de la función; aunque Emma estaba mucho mejor no querían dejarla sola por las noches. Sacando un colchón de su cama, se improvisó otra en la misma alcoba, y allí descansaba Petra; su novio se había

agenciado una especie de cama imperial sobre la mesa del comedor con la piel del león casero, unas latas de galletas vacías y tres sillas cojas.

En esta noche Emma no tenía sueño, y acogió con júbilo la llegada de sus amigos; tenía ganas de charlar, estaba muy animada, y proyectaba levantarse al día siguiente.

Empezó a hablar del porvenir.

—Venderé estos muebles, y con lo que saque me marcharé a Italia.

—¿Tienes mucho que hacer allí?

—No; pero..., y aquí, ¿qué voy a hacer?

Petra no contestó, aunque le sobraban las contestaciones. Preguntó a su vez:

—¿Qué familia tienes allí?

—Casi ninguna: mi madrastra, que vive en Milán, y con la que me llevo muy mal, y mi hermana, que está casada y vive en Perusa.

—Bueno; y allí, ¿qué vas a hacer?

—Pues bailar.

—Es decir, ganar cuatro liras por noche, cuando tengas contrato...

—Tres; allí a las bailarinas no les dan más que tres liras.

—Pues es un porvenir.

—¿Y qué quieres que haga?

—No te vayas—dijo *Patatine,* por no estar callado.

—¿Y qué hago aquí? ¿Morirme de hambre?

Petra echóse a reír.

—¡Qué infeliz eres!... Mira: ¿quieres que hablemos claro, Emma?

—¿Por qué no?

—Supongo que tú no pensarás enterrarte en vida por la canallada que te ha hecho ese tío cochino...

—¡No me habléis de él!

—No te apures, que no te lo volveré a nombrar. Lo único que quiero saber es que no estás dispuesta a guardarle ningún respeto.

—¡Tú verás!

—Bueno; pues ahora te voy a decir lo que yo haría en tu caso. En lugar de marcharme a Italia, donde todo lo que te espera es una madrastra, me quedaría aquí. Tienes lo principal, que es una casa puesta. ¡Si tú supieras cuánto darían algunas por tener un pisito así!... Bueno, pues te decía que yo me quedaría aquí y... viviría.

—Sí, pero ¿cómo?

—Mira: si tú quieres, yo te ayudo a pagar la casa; te doy la mitad de lo que te cueste; además, te entrego también la mitad de lo que hayan costado los muebles...

—¡Mujer, por Dios! ¿Quieres callarte?

—No, no me callo. Cuanto más amigas, más claras. Te pago tu mitad...

—¡Ay, qué gusto! ¿Y te vendrás a vivir aquí?

—A vivir, no, porque yo a mi gente no puedo dejarla sola; pero, en fin, ya veríamos. Por lo pronto, vendría todas las tardes y algunas noches... Ahora que..., no vendría sola... Yo arreglaría mi habitación donde ahora tienes el comedor... Porque comer, se come en cualquier parte.

—Sobre todo cuando, para poder comer, se ha empezado por perder la vergüenza—dijo *Patatine*, a quien molestaba un poco la frescura de su novia.

—¡Qué bruto eres, hijo!—replicó ésta.

Emma había entendido de sobra lo que su amiga le quería decir. Lo que no veía muy claro era el papel que a ella se le asignaba en aquello. Para celestina era aún muy joven...

Pero Petra siguió hablando.

—Te advierto que lo tengo todo muy bien estudiado. Como que desde que a ti te pasó lo que te pasó no he hecho más que pensar en ello. He sondeado a los porteros, y he visto que por su parte no habrá dificultad. Con tres durillos de regalo al mes dejan hacer aquí hasta moneda falsa.

Emma miró a *Patatine* como si le pareciera demasiado franca la conversación para mantenida en su presencia. El chico, como si le adivinase el pensamiento, se levantó, vino decidido hasta la cama, y le dijo:

—Mira, resumiendo: lo que esta frescales te propone es que, en vez de dejar este pisito—lo cual a mí también me parecería una tontería, porque como estratégico lo es más que el peñón de Gibraltar—, lo utilices como sala de recepciones, vulgo picadero, donde ella acuda con los *clabritos* que por clasificación le correspondan, y tú hagas también lo tuyo... Porque yo supongo que, con esa cara, no querrá dejarte para que portees el agua caliente.

—Lo que yo te propongo es que el dinero que ahora se ganan doña Mecenas y otras de su promoción, nos lo ganemos nosotras.

—La supresión del intermediario—añadió *Patatine*—, que es a lo que se va en la Economía moderna.

Emma no sabía qué decir. No era una santa, ni

estaba en el caso de asustarse de nada. Cierto que ella hasta entonces no había, por decirlo así, sistematizado el amor, no lo había convertido en profesión; pero lo que sus amigos le proponían era la menor cantidad posible de infamia; en su casita, y sin que nadie se enterase, podía muy bien ganarse la vida, y aun el lujo de ella; todo eso que es la salsa del vivir.

Petra la miraba.

—¿En qué piensas?

—No lo sé...

—Pero, ¿no te parece un disparate lo que yo digo?

—¿Disparate?... Tú tienes mucho talento. Lo que me preocupa es cómo voy a vivir estos primeros días.

—Con los cien duros intactos que tienes en el cajón del trinchero.

—¿Cien duros?

—¡Pues claro! ¿Creías que la portera iba a ser tan imbécil que te hiciese caso?

—¿Y están ahí?

—A ver.

Volvió a quedarse pensativa. De pronto, como quien salta el último obstáculo, dijo:

—¡Bueno! Dios lo ha querido. Haremos lo que tú quieras... *Patatine,* hijo mío, ¿has visto qué malas somos las mujeres?

—Lo había visto hace tiempo.

—Y ¿qué cargo te vamos a dar en esta nueva casa de... lo que sea?

—El de tenedor de libros—se apresuró a decir el muchacho.

Pero su novia le miraba ahora con cierta melancolía; se había puesto muy seria.

—*Patatine* es el único que sale perdiendo con todo esto. Bien hará en no volver por aquí, porque las cosas, cuando no se ven, parece que se sienten menos.

—¡Bah!

Emma no se conformaba con aquel final.

—¿Qué es eso de no volver? ¡Protesto! Vendrá, ya lo creo que vendrá...

Y Petra, como resumiendo el deseo de todos, dijo:

—Bueno; de cuando en cuando organizaremos unos días blancos sólo para los tres, y a todo el que llame a la puerta le daremos con ella en las narices.

Quince días después todo estaba en marcha; Emma se había puesto buena del todo; Petra se había comprado una alcoba y la había instalado en el antiguo comedor del pisito; habían tomado una criada que se iba a dormir fuera de casa por las noches... Las dos chicas, juntas siempre, empezaron a frecuentar el Palace, a ir por las noches a los teatros, y cuando llegó mayo tomaron un abono de coche y se daban los grandes paseos por el Retiro y por la Castellana.

La siembra que todo esto suponía no tardó mucho en dar fruto; muchas tardes la puerta del piso se abría para dar paso a un galán enamorado que no había venido en un cisne como Lohengrin, sino generalmente en un coche del Casino o de la Peña.

Patatine iba por allí una vez a la semana; en alguna ocasión tuvo que volverse desde el portal

porque a sus manos llegaba una cartita misteriosa que le entregaba la portera y que decía:

—"¡Por Dios, no subas ahora! Se trata de un compromiso ineludible y de... pingües consecuencias. Ven mañana a esta misma hora."

Y así lo hacía.

Una de esas noches, las chicas tuvieron un capricho: traer la cena de casa de Botín. *Patatine* fué a encargarla, aunque para ello tenía que cruzar Madrid de punta a punta.

Cuando volvía por la calle del Arenal, vió una parejita que casi tropezó con él en la esquina de Bordadores. Eran Roberto Zamora y una de las aprendizas de baile del teatro; una chica rubia, de unos catorce años, con el pelo suelto aún y unos pechitos incipientes que rebullían bajo la blusa.

No le vieron. Por los gestos del inspector y aun por alguna palabra suelta que llegó a su oído, *Patatine* sospechó que Roberto iba convenciendo a la pequeña para que le dejese reprisar con ella el golpe clásico de la torre de Babel.

FIN

Precio: 5 ptas.

PUBLISHED IN SPAIN

Imp. y Talleres de Fotograbado.

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.)